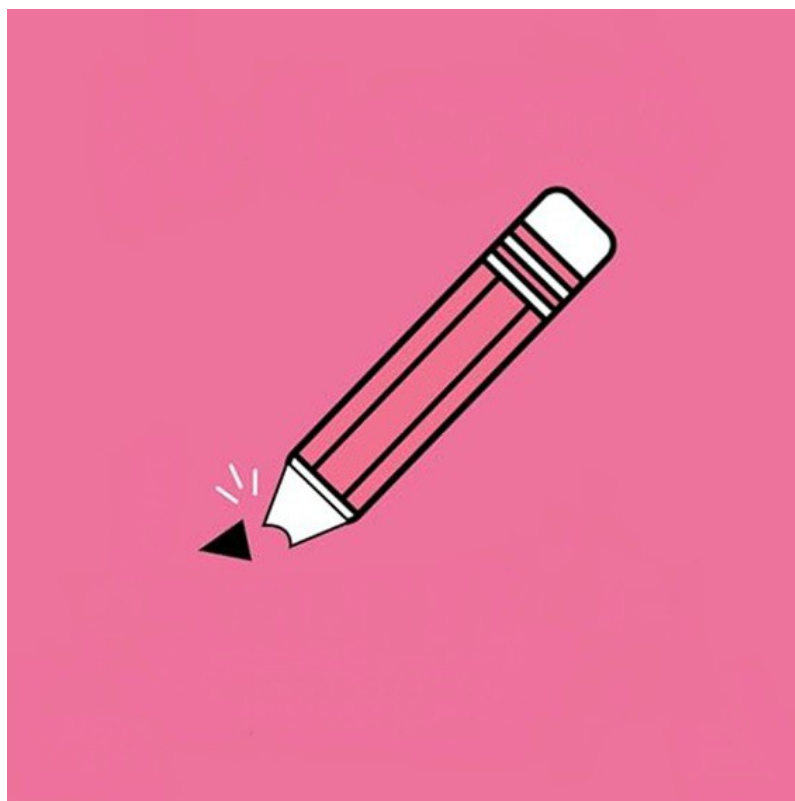


ADRIAN MOLE

Los años de la próstata
(2009)



Sue Townsend

Traducción:

Julio Tamayo

cinelacion@yahoo.es

Traducción dedicada a Maese Lucense

2007

Sábado 2 de junio de 2007

Nubes negras sobre Mangold Parva. Ha estado lloviendo desde el principio de los tiempos. ¿Cuándo parará?

PRINCIPALES PREOCUPACIONES

1. Glenn luchando contra los talibanes en la provincia de Helmand.
2. La librería solo recaudó 17,37 libras hoy.
3. Me levanté tres veces anoche para orinar.
4. Oriente Medio.
5. ¿Mis padres tienen un plan funerario actualizado? No puedo permitirme enterrarlos.
6. Mi hija, Gracie, muestra alarmantes rasgos estalinistas. ¿Es normal este comportamiento en niños menores de cinco años?
7. Han pasado dos meses y diecinueve días desde la última vez que hice el amor con mi esposa, Daisy.

A veces siento que me quiere menos que antes. Hace siglos que no me quita la punta al huevo cocido. Todavía no se ha comprado un par de botas de agua a pesar de vivir en Mangold Parva desde hace tres años. Es la única madre fuera del colegio que lleva tacones de doce centímetros.

Esto demuestra su total falta de compromiso conmigo y con el campo inglés. En el primer mes de nuestro matrimonio, recogimos moras juntos y se animó a hacer confituras. Ahora, cuatro años después, las cicatrices de la mermelada hirviendo casi han desaparecido por completo, ¡y está comprando mermelada de frambuesa Bonne Maman a 3,50 libras! Es ridículo cuando se puede comprar la marca blanca de la cooperativa por 87 peniques.

Ayer la encontré llorando sobre su viejo maletín. Cuando le pregunté qué le pasaba, sollozó: «Echo de menos Dean Street».

«¿Quién es Dean Street?», pregunté.

Golpeó el maletín contra el suelo y pateó con furia una bolsa de John Innes.

«Dean *Street*, el sitio [calle del Soho de Londres], *idiota*», dijo con esa voz calmada y sarcástica que he llegado a temer.

Pero al menos me hablaba, aunque sigue evitando el contacto visual. La semana pasada, mientras buscaba mi maquinilla de afeitar en el bolso de mi mujer, encontré una libreta Paperchase tamaño A5 con una portada que mostraba monstruos de aspecto inofensivo. Al abrir la libreta me sorprendió encontrar, en la primera página, una nota dirigida a mí.

ADRIAN, SI HAS ENCONTRADO MI DIARIO Y ESTÁS LEYENDO ESTO, NO SIGAS LEYENDO. ESTE DIARIO ES MI ÚNICO CONFIDENTE. POR FAVOR RESPETA MIS DESEOS Y PERMÍTEME UN POCO DE PRIVACIDAD.

¡CIERRA LA LIBRETA Y VUELVE A PONERLA EN SU SITIO, AHORA MISMO!

Continué leyendo.

Querido diario,

tengo la intención de escribirte todos los días y no me guardaré nada. No puedo decirle a nadie cómo me siento. Adrian sufriría una crisis nerviosa, mis padres y hermanas dirían: «Te advertimos que no te casaras con él», y mis amigos dirían: «Ya te lo advertimos». Pero la verdad es, diario, que me siento completamente miserable. Odio vivir en este lugar de paletos donde la gente nunca ha oído hablar de la Galería White Cube ni del café macchiato y piensan que Russell Brand [humorista] es un tipo de hervidor eléctrico. ¿Amo a mi marido? ¿Lo he amado alguna vez? ¿Puedo vivir con mi marido hasta que uno o ambos muramos?

Oí el portazo de la puerta trasera y Daisy entró del jardín. Rápidamente volví a colocar el diario en su bolso y por alguna razón grité: «Daisy, ¿cuándo es el cumpleaños oficial de la Reina?».

Entró en la sala y dijo: «¿Por qué quieres saberlo? ¿No le habrás escrito uno de tus poemas, verdad?».

Mientras inclinaba la cabeza para encender un cigarrillo, no pude evitar notar que ahora tiene triple papada. También he notado últimamente que ha manipulado nuestra báscula de baño que «dice tu peso», así que ya no habla.

He dejado de acompañarla a las tiendas a comprar ropa desde que tuvo una rabieta en el probador de Primark, cuando se quedó atascada en una camisa de la talla 14 y la encargada tuvo que cortarla. Todo el camino a casa no paraba de decir: «No lo entiendo, solo tengo una talla 12». Incluso mi amigo Nigel, que es ciego pero puede ver formas, dijo recientemente: «¡Por los clavos de Cristo, Daisy ha ganado peso! Vino a verme el otro día y pensé que mi cobertizo del jardín se movía».

Cuando entró en la cocina, estuve tentado de coger su diario y seguir leyendo, pero no me atreví a arriesgarme.

Después de cenar (ensalada de atún en lata, patatas nuevas, salsa de remolacha, fresas de mi huerto, nata Elmlea) estaba lavando los platos cuando Daisy entró y sacó un paquete de galletas de chocolate digestivas del armario. Más tarde, después de haber limpiado las encimeras de la cocina y haber empujado el cubo de basura y los contenedores de reciclaje hasta el final del camino de entrada, fui al salón a ver las noticias del Canal Cuatro y no pude evitar darme cuenta de que Daisy se había comido tres cuartas partes del paquete de galletas. No debería haber dicho nada. Debería haber mantenido mi boca firmemente callada. La consiguiente discusión fue como la erupción de un volcán.

Gracie subió el volumen al máximo de su DVD de *High School Musical 2* y exigió: «¡Dejad de gritar o llamo a la policía!».

Mi madre vino de la casa de al lado para averiguar si Daisy realmente me había matado. Puso fin a la discusión gritándonos por encima del hombro a Daisy y a mí: «¡Daisy, estás en fase de negación! ¡Obviamente usas la talla 16! ¡Acéptalo! Evans, Principles e incluso Dawn French [humorista con sobrepeso] venden ropa para mujeres gordas».

Daisy se arrojó a los brazos de mi madre, y esta me indicó con un gesto airado de su cabeza que saliera de la habitación.

Esta mañana Daisy no se quedó en la puerta mirándome subir a la bici cuando salí para el trabajo como de costumbre, y cuando llegué al camino y me giré para saludar, no estaba en la ventana. Físicamente estoy agotado. Me levanto de la cama al menos tres veces durante la noche, más si me permito una copa de vino después de *Nocturnas*. Por consiguiente estoy exhausto, y a la mañana siguiente tengo que aguantar a mis padres (con quienes comparto pared medianera) quejándose de que el constante vaciado de la cisterna los mantiene despiertos.

Como iba en bici con el viento en contra tardé más de lo normal en llegar a la librería, y cuando llegué a las afueras de Leicester me retrasé aún más. Parecía que habían excavado todas las carreteras principales para instalar nuevas tuberías de alcantarillado. Como reacio propietario de una fosa séptica esto me provocó una rabia casi consumida por los celos. ¿Acaso sorprende que mi mujer anhele la metrópolis? Le he negado una de las necesidades básicas de la vida. Culpo a mi padre por nuestras primitivas condiciones sanitarias, el dinero que ahorramos para el alcantarillado cuando construimos las pocilgas se despilfarró en rampas para sillas de ruedas para él. Sin embargo fue culpa suya que sufriera un derrame cerebral, el único ejercicio que hizo durante años fue mover el dedo índice en el control remoto. Para colmo, todavía fuma treinta cigarrillos al día y se atiborra de pan frito y chicharrones de cerdo con chile.

Lamento el día en que mis padres compraron dos pocilgas destartaladas y las convirtieron en viviendas unidas. Agradecí tener un techo sobre mi cabeza en los primeros días de mi insolvencia, pero ciertamente he pagado el precio.

Otra preocupación es mi fracaso como padre. Gracie llegó ayer de la guardería con un dibujo a rotulador de «Mi familia». Diario, busqué entre los monigotes mi propia representación pero no la encontré. Me dolió profundamente mi ausencia. Cuando le pregunté a Gracie por qué no me había incluido, señalando que los impuestos que me descontaban del sueldo eran los que proporcionaban los rotuladores a su escuela y pagaban el salario de su maestra de preescolar, frunció el ceño. Para evitar la habitual escalada de ira —sollozos, gritos, mocos y recriminaciones— la distraje abriendo un paquete de galletas de barquillo rosas.

Cuando le pregunté a mi esposa por qué creía que Gracie me había excluido del dibujo familiar, Daisy dijo: «Obviamente se ha dado cuenta de tu distanciamiento emocional». Cuando protesté, se puso ridículamente exagerada y gritó: «Cuando llegas a casa del trabajo te sientas y miras por la ventana con la boca abierta».

Me defendí diciendo: «Nunca me canso de la vista, de los árboles en la distancia, de la luz que se desvanece en el cielo».

Daisy dijo: «Esto no es *Cornualles*. La vista desde la ventana principal es un campo pantanoso y una hilera de cipreses que tu padre plantó para "proteger su privacidad". Cuando nadie se *acerca* al lugar».

Domingo 3 de junio

1 El viejo chiquero
Las Pocilgas
Campo Inferior
Camino Bajo
Mangold Parva
Leicestershire
Domingo 3 de junio de 2007

El Muy Honorable Gordon Brown, Diputado
Ministro de Hacienda
11 Downing Street
Londres SW1A 2AB

Querido Sr. Brown:

Le escribí recientemente al Tesoro en relación a una gran injusticia.

Según mi oficina de impuestos local, todavía tengo una deuda de 13.137,11 libras esterlinas. Esta «deuda» se contrajo durante una época en la que trabajaba para un empleador deshonesto como cocinero de vísceras en Soho.

Sé que usted es un hombre muy ocupado, pero si pudiera encontrar un momento para revisar mi documentación (enviada el 1 de marzo de 2007 por correo certificado) y luego enviarme una nota confirmando mi inocencia en este asunto, le estaría eternamente agradecido.

Su humilde y obediente servidor,
A.A. Mole

PD: Le sugiero que solucione esto antes de asumir el cargo de primer ministro.

PPD: ¡Enhorabuena por su excelente desempeño con un solo ojo! Se une a las filas de otros ilustres tuertos: Peter Falk (Colombo), George Melly, Nelson y, por supuesto, Cíclope.

Lunes 4 de junio

Lo que comenzó como un pequeño desacuerdo sobre la forma correcta de hervir patatas (yo las pongo a cocer en agua fría, Daisy las echa en agua hirviendo) se convirtió en una denuncia furiosa y llena de lágrimas de nuestro matrimonio.

La lista de mis crímenes maritales incluía comer patatas fritas ruidosamente, planchar las arrugas de mis vaqueros, negarme a pagar más de 5 libras por un corte de pelo, llevar la misma amapola (que compré por primera vez en 1998) durante el mes de noviembre cada año, poner demasiadas hierbas secas en la salsa boloñesa, escribir cartas delirantes a famosos y no ganar suficiente dinero para poder mudarnos de la pocilga.

Al final de su diatriba, dije: «No sé por qué te casaste conmigo».

Daisy me miró como si me viera por primera vez y dijo: «Honestamente no sé por qué me casé contigo. Supongo que te amaba».

«¿Amaba?», pregunté. «¿Qué significa que uses el pasado?».

Daisy volvió a enfurecerse, gritando: «Nuestro matrimonio se está rompiendo y lo único que haces es criticar mi gramática».

«Eso contradice totalmente lo que dije», protesté.

«Escúchate», dijo. «Nadie habla así, Adrian. Nadie dice actualmente "contradice"».

«"Contradice" casi con toda seguridad forma parte del discurso diario de Will Self [escritor satírico]», dije. Incluso para mis propios oídos sonaba como el Sr. Pooter [personaje de "Historia de un Don Nadie" (1892) de George and Weedon Grossmith].

No disfruto de este tipo de confrontaciones. ¿Me estoy convirtiendo en uno de esos hombres de mediana edad que piensan que el país está en decadencia y que no ha habido música decente desde Abba?

Martes 5 de junio

Diario, he estado pensando en la entrada de ayer y me inquieta un poco creer que el país se ha ido al garete y que no hay nadie que supere a Abba.

Miércoles 6 de junio

Hoy salió el sol. No me refiero en sentido figurado, sino que el sol salió de verdad de detrás de las nubes bajas y grises que llevaban meses ahí. El aroma a espinos blancos impregnaba el aire y la mayor parte del agua se había evaporado de los baches de la entrada. Le comenté a Daisy que el sol nos vendría bien a todos, nos subirá los niveles de serotonina y previene el raquitismo.

Daisy dijo: «Todo este sol significa para mí, Adrian, que tengo que depilarme las piernas».

Ella no es la mujer con la que me casé. La antigua Daisy, que disfrutaba del sol, se tumbaba en bikini sobre una toalla en la azotea de nuestra pocilga para absorber hasta el último rayo.

Cuando le sugerí que tomara el sol, sus ojos se llenaron de lágrimas. «¿Has visto lo grande que estoy últimamente?», dijo.

Diario, ¿qué le ha pasado a mi mujer? ¿Decía en serio lo que escribió sobre mí en su libreta? ¿Volveremos a tener sexo alguna vez? Incluso mis padres lo hacen cada dos jueves. Tengo que usar tapones para los oídos por los molestos ruidos que se oyen a través de la pared medianera.

Lunes 11 de junio

El Sr. Carlton-Hayes está enfermo. Leslie, su amigo, me llamó a la librería a primera hora de la mañana. Llevo años preguntándome si Leslie es hombre o mujer. Sigo sin tener ni idea. Leslie podría ser una mujer de voz grave, como Ruth Kelly, la ministra, o un hombre de voz aguda como Alan Ball, el futbolista.

Lo único que sé de Leslie es que comparte casa con el Sr. Carlton-Hayes, es poco sociable y le gusta Sibelius y los caramelos de coco rosa y regaliz de la caja de Bassett Allsorts.

Le pregunté a Leslie qué le pasaba al Sr. Carlton-Hayes, y me dijo: «¿No te lo ha mencionado? Oh querido, me temo que te voy a dar malas noticias. Oh querido...»

Dije, apresuradamente: «¿Debo esperar, hasta que se mejore?». Podía oír a Leslie respirar. Parecía que tenía dolor de pecho.

Una clienta, una mujer con una gran ceja, me preguntó si teníamos algo sobre los primeros surrealistas. La dirigí hacia una biografía de Man Ray. Me alegré de la distracción momentánea, dejé a Leslie en espera y le insistí a la mujer de la ceja para que comprara el libro. El Sr. Carlton-Hayes había calculado mal el interés por los libros sobre los primeros surrealistas en Leicester, y los cinco ejemplares de la biografía de Man Ray habían sido difíciles de vender. Por otro lado, había subestimado severamente la demanda de la autobiografía de Wayne Rooney escrita por un autor fantasma.

Cuando volví al teléfono, Leslie ya se había ido. Tenía intención de devolver la llamada inmediatamente pero la mujer vino a la caja con la biografía de Man Ray. Cuando se marchó, marqué el número de Leslie, pero tras solo dos timbres colgué.

Domingo 17 de junio

Día del Padre

Me desperté a las 6:20 de la mañana con olor a quemado, y Gracie gritándome al oído derecho: «¡Despierta, papá, es el Día del Padre!».

Corrí a la cocina y encontré humo saliendo de la tostadora, copos de maíz por los pies, leche derramada en la mesa y un cuchillo de mantequilla en el azucarero. Gracie me ordenó que me sentara a la mesa y me dio una tarjeta que había hecho con la ayuda de Daisy. Para ser franco, Diario, me decepcionó bastante. Un trozo de cartulina estaba doblado por la mitad y la palabra «Papá» escrita con trozos de pasta, la mayoría de los cuales se habían desprendido, dejando solo restos de pegamento. Dentro ponía: «form [from - de] Gracie».

Le indiqué con delicadeza que «de» estaba mal escrito.

Frunció el ceño al mirar la tarjeta y dijo desafiante: «Así es como los niños escriben “de” en América».

Le dije: «Creo que te equivocas, Gracie».

Ella me preguntó: «¿Has estado en Estados Unidos?».

Tuve que admitir que, de hecho, nunca había estado en Estados Unidos.

Gracie dijo: «Bueno, yo sí. Un día fui con mamá mientras estabas en la librería».

Lo dejé pasar. Es una oponente formidable.

Ahora me arrepiento de haberme ofrecido voluntario para ser el escritor, director y productor de los Mangold Parva Players [compañía de teatro aficionado]. Los ensayos no van bien, me entra un sudor frío cuando me doy cuenta de que solo nos quedan once meses para el estreno.

1 El viejo chiquero
Las Pocilgas
Campo Inferior
Camino Bajo
Mangold Parva
Leicestershire

Estimado Sr. Trevor Nunn:

Su nombre me lo ha recomendado Angela Hacker, autora y dramaturga, vecina mía. He escrito una obra de teatro, *¡Plaga!*, ambientada en el campo medieval. Es una pieza elegíaca con sesenta actores y bastantes animales, la mayoría domésticos.

Angela pensó que usted podría darme algunos consejos sobre cómo dirigir un elenco tan numeroso.

Como podrá comprobar, le adjunto *¡Plaga!* para su lectura. Si desea participar, por favor, hágamelo saber lo antes posible.

Atentamente, señor

A.A. Mole

ESCENA I

Una tormenta. Entra un grupo de monjes, vestidos con hábitos y sandalias. Un monje de mayor rango lleva un estuche. Se trata del ABAD GODFRIED, un monje santo de unos cincuenta años. [Nota para la dirección escénica: Una aspiradora con el tubo en el orificio de ventilación, colocada a un lado del escenario, puede crear el viento de la «tormenta».]

ABAD GODFRIED: ¡Oye, hermano! El viento sopla muy fuerte, creo que debemos refugiarnos en este lugar maldito.

Aparece un campesino. Se llama Juan y va a casa a cenar bolas de maíz en caldo de oreja de cerdo.

ABAD GODFRIED: ¡Alto, paleta! ¿Adónde vas con tanta prisa?

JUAN, EL PALETO: Voy a casa a cenar, santo.

ABAD GODFRIED: ¿Cómo se llama este lugar tan horrible?

JUAN, EL PALETO: No tiene nombre, es solo un montón de campos y un par de chozas.

ABAD GODFRIED: En una tormenta, una choza es tan valiosa como un palacio, paleta.

Han llegado a la plaza del pueblo, donde treinta y cinco hombres y mujeres de lo más variopinto están reunidos. Una jauría de perros entra por la izquierda y cruza. Las gallinas picotean entre los pies de los aldeanos. El ABAD GODFRIED alza el estuche. Le sigue un monje gordo, el HERMANO DUNCAN, que disfruta observando aves, y un monje delgado, el HERMANO ANDRÉS, que sufre ataques de pánico.

JUAN PALETO: ¿Qué tienes en el estuche?

ABAD GODFRIED: Tengo las vísceras y el ano del rey Juan.

Los aldeanos y los animales caen de rodillas.

ABAD GODFRIED: Su corazón fue enterrado en York. Y este lugar oscuro, me parece, le servirá bien al ano del rey.

Los aldeanos vitorean y los perros ladran.

FIN DE LA ESCENA I

Lunes 18 de junio

Acabo de ver una fotografía en un ejemplar antiguo del *Leicester Mercury* de un tipo llamado Harry Plant que celebraba su centésimo noveno cumpleaños. ¡Ciento nueve! Luchó en la batalla de Passchendaele durante la Primera Guerra Mundial cuando tenía diecinueve años.

El Sr. Plant tenía una cabellera abundante; de hecho, le habría venido bien un corte de pelo. Me pregunto cuál será su secreto.

1 El viejo chiquero
Las Pocilgas
Campo Inferior
Camino Bajo
Mangold Parva
Leicestershire

Residencia de ancianos Los Sauces
Bevan Road
Dewsbury
Leeds

Estimado Sr. Plant:

Felicitaciones por alcanzar la venerable edad de 109 años. Me pregunto si le importaría compartir conmigo el secreto de su longevidad. Me interesa particularmente cómo ha logrado conservar su cabello.

Agradecería enormemente cualquier consejo sobre dieta, hábitos, etc.

Atentamente, señor,
su más humilde y obediente servidor,
A.A. Mole

Una carta (con letra temblorosa).

Estimado Sr. Mole:

Le agradezco su amable interés. No tengo hábitos alimenticios particulares, simplemente como la comida del inglés promedio. En cuanto a mi cabello, pulverizo una cebolla y me aplico el jugo en el cuero cabelludo antes de acostarme.

Saludos cordiales del,
Sr. Plant

1 El viejo chiquero
Las Pocilgas
Campo Inferior
Camino Bajo
Mangold Parva
Leicestershire

Residencia de ancianos Los Sauces
Bevan Road
Dewsbury
Leeds

Estimado Sr. Plant:

Muchas gracias por su respuesta a mi carta del lunes.

Me pregunto si me haría el favor de aconsejarme sobre el tipo de cebolla que usa.

Espero su respuesta.

Suyo,
A.A. Mole

Martes 19 de junio

Hoy le pregunté a Daisy si consideraría interpretar a Eliza Hepplethwaite, la prostituta del pueblo, en *¡Plaga!*. Le dije que tendría que usar medias rojas y una peluca de pelo enmarañado, pegarse verrugas y ennegrecerse los dientes. Le dije: «Recuerda, *¡Plaga!* está ambientada en la época anterior a Colgate».

Daisy dijo: «¿Te sorprendería que dijera que no? Pregúntale a Marlene Webb de la residencia canina; sus dientes son de lo más medievales».

Le dije: «Confieso que estoy profundamente decepcionado, Daisy. Esperaba que apoyaras mis actividades teatrales. No me digas que *¡Plaga!* no es buena. Es lo mejor que he escrito nunca. Le di una copia al vicario y me escribió para felicitarme». Saqué la nota de mi cartera y se la mostré a Daisy.

Querido Adrian,

Una breve nota. Estoy asombrado. ¡Felicidades por el primer borrador de ¡Placa! Es todo un logro darles a más de sesenta miembros del reparto al menos dos líneas a cada uno.

Me temo que un compromiso previo me impide aceptar su amable oferta para interpretar a Daft Dick.

Como me pidió, le pasé el guión a mi esposa. Dice que lo leerá cuando termine de leer la serie completa de Iris Murdoch.

Suyo en Dios,

Simon

Miércoles 20 de junio

Tony Blair está dando la vuelta al mundo en su gira de despedida. Mi madre dice que casi espera que se ponga a cantar «My Way» [A mi manera] en lo alto de la escalerilla del avión.

Vi un documental de Canal Cinco sobre una mujer americana, *La mujer más gorda del mundo*, con Daisy. La mujer, llamada Cindy-Lou, no puede moverse de su cama reforzada. Es tan gigantesca que su camisón está hecho con dos sábanas tamaño gigante cosidas juntas.

Daisy dijo: «Podría acabar como Cindy-Lou si no tengo cuidado».

Domingo 24 de junio

Lluvia, torrencial. ¿Cuándo parará?

Me despertaron las campanas de la iglesia a las 7 de la mañana. Como siempre, me sentí culpable por no ir a la iglesia, aunque soy un 20 % agnóstico y un 80 % ateo. Volví a dormirme; me despertó de nuevo el teléfono.

Era Glenn, desde Afganistán, usando parte de su tiempo libre para contactar con la familia. Me pide que le dé mi dirección de la BFPO [Oficina Postal de las Fuerzas Británicas] a una chica que conoció en el club nocturno Dude [Tío]. No puedo sacármela de la cabeza, papá. Creo que ella podría ser la indicada. Cuando le pregunté el nombre y la dirección de la chica, me dijo: «No pude oírlo, papá, la música estaba demasiado alta. Pero si por casualidad te encuentras con Tiny Curtis, el portero principal de Dude el sábado por la noche, ¿puedes pasarle este mensaje? ¿Tienes un bolígrafo o un lápiz, papá?».

Rebusqué en la mesita de noche, pero no encontré ni un solo instrumento de escritura que funcionara. Consciente de que los preciosos segundos se escapaban, busqué el lápiz de ojos negro de Daisy, que siempre está a su lado, incluso cuando duerme, y anoté el siguiente mensaje:

Hola, Tiny. ¿Qué tal, hermano? ¿Te acuerdas de la chica con la que estuve la última vez que fui? Bueno, dile que me parece genial y que quiero que me escriba a Afganistán. Dile que me mande una foto. Gracias, hermano.

Cualquiera pensaría que el chico se había criado en Harlem en lugar de en un barrio de viviendas sociales de Leicester después de la guerra. Le dije a Glenn que era muy improbable que me encontrara con Tiny fuera de Dude un sábado por la noche, ya que nunca iba al centro de la ciudad después del anochecer si podía evitarlo.

Glenn me dijo: «Por favor, papá, podría ser lo último que hagas por mí. Los talibanes se acercan».

No podía negarme.

Caminamos bajo los árboles goteantes hasta Mangold Parva, a la Posada de El Oso, para almorzar.

Mi madre dijo: «Si el sol no sale pronto, toda Inglaterra tendrá un ataque de nervios».

Gracie se negó a cruzar los charcos del camino, a pesar de que llevaba puestas sus botas rojas por primera vez, y exigió sentarse en el regazo de mi padre en su silla de ruedas.

Mi madre dijo: «La niña nunca caminará si sigues cediendo ante ella, Adrian. Y de todas formas, no estará cómoda. Tu padre ya no tiene ni un gramo de grasa en las piernas».

Daisy dijo: «Déjala en paz, Pauline, vas a hacer que monte un escándalo. Quiero tomar mi almuerzo tranquila».

Mi madre se adelantó, murmurando: «Te estás cavando tu propia tumba», mientras intentaba encender un cigarrillo en el fuerte vendaval de junio.

Me sorprendió oír una ovación al entrar en el pub. Sorprendido, porque la familia Mole no es particularmente popular por aquí desde el incidente con los contenedores de basura. Sin embargo, la alegría era por la noticia de que Tony Blair finalmente había renunciado como líder del Partido Laborista y dejaría el miércoles su cargo de primer ministro. Debería haberme unido a los vítores, en cambio, sentí que las lágrimas me picaban en los ojos. El Sr. Blair dilapidó mi afecto y respeto por él en una guerra que mató al amigo de mi hijo.

Me transporté a aquel glorioso Primero de Mayo, cuando los cerezos en flor flotaban bajo el sol primaveral, como si los árboles lanzaran confeti para celebrar la victoria del Nuevo Laborismo. Era joven entonces y lleno de esperanza y creía que el señor Blair con su mantra de «Educación, educación, educación», transformaría Inglaterra en un país donde la gente en las paradas de autobús hablaría de Tolstói y del pos-estructuralismo, pero no fue así, mi padre opina que la Tate Modern es un nuevo tipo de terrón de azúcar [Moderno Tate, Tate & Lyle, marca de cubos de sacarosa].

Mientras hacíamos cola en el bufé de carnes, mi madre se deshizo en elogios hacia Gordon Brown, diciendo que era moreno, de aspecto rudo y sólido. Daisy interrumpió la comparación con la succulencia de la carne de res, cerdo, cordero y pavo y dijo: «La cara norte del Eiger es escarpada y sólida. La diferencia es que la cara norte tiene más inteligencia emocional».

Daisy afirma que cuando trabajaba en relaciones públicas en Londres, corría el rumor de que Gordon Brown tenía algún tipo de síndrome. Mi madre decía que Gordon Brown aún conservaba todas las cualidades que buscaba en un hombre: era introvertido, con un aire misterioso, igual que el señor Rochester en *Jane Eyre*. Últimamente, mi madre se ha vuelto bastante literaria. Lee cuatro novelas a la semana para prepararse para escribir su autobiografía. ¡Ja, ja, ja!

El almuerzo en el bufé de carnes asadas fue adecuado, pero sigo echando de menos las comidas de los domingos de mi abuela. Ningún bufé de carnes asadas puede igualar su crujiente pudín de Yorkshire y sus patatas asadas. Mientras devorábamos la carne (todos habíamos pedido ternera, excepto Gracie, que pidió el «Especial del Pirata»: palitos de pescado y un parche en el ojo), mi padre dijo: «He estado haciendo el cálculo mental. Nos ha costado casi seis libras a cada uno esta porquería, y la de Gracie casi cuatro. ¡Veintiocho libras! ¿Cuánto cuesta un trozo de ternera decente?».

Miró a mi madre y a Daisy, quienes lo miraron fijamente, sin expresión. Ninguna parecía saberlo. «¡Un poco de ternera, unas cuantas verduras...!», dijo mi padre. «¡Está sacando provecho a nuestra costa!». Y continuó raspando los últimos restos de salsa de su plato.

Le dije: «Pero eso es el capitalismo. Creí que aprobabas el sistema capitalista, ¿o has cambiado de opinión?». ¿Era esta incapacidad para comprender las reglas básicas de los negocios un síntoma temprano de Alzheimer?

Tom Urquhart, el dueño, se acercó. Por alguna razón, nunca le ha caído bien nuestra familia. No he tenido una conversación seria con él desde el día en que le pregunté si instalaría un baño adaptado para mi padre. Su patética excusa fue: «Un baño adaptado arruinaría el carácter del pub; El Oso ha estado aquí desde antes de que se disolvieran los monasterios».

Cuando le señalé que el ejército de Cromwell tenía una alta incidencia de discapacidad (estaba plagado de amputados), me dio la espalda y empezó a jugar con las lentes detrás de la barra.

Nos habíamos quedado sin salsa, pero no quise pedírsela a Urquhart. En cambio, me dirigí a la puerta de la cocina con la jarra vacía y me quedé horrorizado al ver a Kafh Urquhart, la dueña, recibiendo un beso en la nuca de Jamie Briton, el aprendiz de chef. Me alejé rápidamente de la puerta, pero creo que me vieron.

Regresé a nuestra mesa con la jarra vacía, para disgusto de mi madre. Mi padre se quejó: «Iría yo mismo, pero no sé si mi silla de ruedas cabe entre las mesas».

Mi madre agarró la jarra vacía y casi corrió hacia la cocina, desapareció por la puerta y reapareció apenas un instante después. Busqué alguna señal de que hubiera presenciado algo más del comportamiento escandaloso de la Sra. Urquhart, pero su rostro era la máscara habitual de maquillaje Max Factor y decepción con la vida.

Lunes 25 de junio

Llovió todo el día. El arroyo al final de nuestro campo balbucea. Mi madre me preguntó si creía que nuestro campo se inundaría. Le aseguré que, según Tony Wellbeck de la oficina de correos, nuestro campo solo se había inundado unas pocas veces en los últimos diez años.

Carta del Sr. Plant.

Estimado Sr. Mole

Española.

*Atentamente,
Sr. Plant*

PD: Por favor, no me escriba de nuevo.

Martes 26 de junio

Hoy es el último día del Sr. Blair como Primer Ministro de Gran Bretaña. Supongo que tendrá un día completo intentando reparar su reputación.

Quizás visite un hospital y vea a algunos de los soldados gravemente heridos que sirvieron en Irak.

En su último día en el cargo, el Sr. Blair recibió a Arnold Schwarzenegger.

Cuando miro al Sr. Blair ahora, veo a un hombre débil que nos metió en una guerra por su propia vanidad. Todo lo que hizo por el país parece desmoronarse. Soy ateo, pero si resultara que existe Dios, podría pensar que Él dispuso que cayera una lluvia bíblica sobre el legado pecaminoso de Blair: casinos, pornografía en la televisión, excesos con el alcohol, delitos con arma blanca y crédito instantáneo. Tengo grandes esperanzas puestas en el Sr. Brown, un hombre de sustancia, gravedad y capacidad numérica. Creo que es un socialista secreto que entrará en el número 10 de Downing Street como Clark Kent entró en una cabina telefónica. Estoy convencido de que el Sr. Brown se convertirá en Superman.

Mi madre está obsesionada con las memorias de desgracias; actualmente está leyendo *Un niño llamado «Eso»*. Esta noche dijo: «Podría escribir un libro».

Supongo que piensa que eso validará su vida.

Miércoles 27 de junio

El país está en alerta por inundaciones. Los habitantes de Hull ya están experimentando lo peor.

Fui a ver a mis padres para pagarles nuestra parte de la hipoteca. Estaban dando las noticias en la televisión. Observé a los nuevos inquilinos mientras estaban de pie frente al número 10 de Downing Street el primer día de mandato del Sr. Brown. Parecía como si le hubieran hecho un trasplante de boca y estuviera probando su sonrisa por primera vez, y su saludo es patético.

Mi madre dijo de la Sra. Brown: «Pobre Sarah, dos niños pequeños a los que cuidar, un marido adicto al trabajo y todos esos canapés que preparar y dignatarios que reunir».

Le dije: «¿Por qué la llamas Sarah? No la conoces».

Mi madre respondió: «Para mí, todas las mujeres son hermanas. Eso es algo que nunca entenderás, Adrian».

Mi padre dijo: «Parece una mujer decente, y al menos tiene una boca de tamaño normal».

Así que Gordon Brown es ahora el capitán al timón del barco del país. Esperemos que aleje a Gran Bretaña de los escollos para que podamos navegar por mares tranquilos y prósperos hacia la luz al final del túnel. Espero que el Sr. Brown denuncie la decisión de Tony Blair de invadir Irak en cualquier momento.

Sigue lloviendo. El río Sense está crecido. Se ha desbordado en algunos tramos. He tenido que miccionar doce veces hoy.

9:00 a.m.

1 El viejo chiquero
Las Pocilgas
Campo Inferior
Camino Bajo
Mangold Parva
Leicestershire
Miércoles 27 de junio de 2007

El Muy Honorable Gordon Brown
Primer Ministro y Primer Lord del Tesoro
10 Downing Street
Londres SW1A 2AA

Estimado Primer Ministro:

Una breve nota para preguntarle si ha tenido la oportunidad de revisar los documentos relacionados con mis asuntos fiscales.

Suyo,
Un ciudadano preocupado,
A.A. Mole

Jueves 28 de junio

Daisy se ha apuntado a Weight Watchers [Control de Peso] en el centro comunitario. Tuve que llevarla en mi bici porque no quiere usar botas de agua y el camino está inundado debido a la lluvia incesante.

No valía la pena volver a casa —solo iba a estar una hora—, así que quedé con ella en El Oso después de que la pesaran y le hicieran lo que sea que hagan en Weight Watchers.

Daisy entró y se dejó caer a mi lado, diciendo: «Peso trece piedras y doce onzas». Encendió un cigarrillo.

«¿Trece piedras y doce onzas? ¿Es bueno o malo?», pregunté.

«Sería genial si fuera boxeadora de peso semipesado», dijo. «Pero como solo mido un metro sesenta y tengo huesos pequeños, sí, es una mala cosa, una muy mala cosa».

Cogió mi vaso de cerveza y se lo bebió de un trago, luego se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo: «Pesaba 57 kilos el día de mi boda».

Pude ver que estaba cayendo en una de sus depresiones, así que le dije: «Ahora tienes más para abrazar».

Obviamente, eso no ayudó.

Fui a la barra a pedirle un vodka doble con tónica (con pajita, pero sin hielo ni limón).

Un grupo de mujeres corpulentas en chándal irrumpió en el pub y se apiñó alrededor de una mesita donde encendieron cigarrillos. El bar pronto parecía la escena final de *Casablanca*, con niebla en la pista de aterrizaje.

«¿Son tus compañeras de Weight Watchers?», pregunté.

«No», dijo Daisy, que lo sabía todo sobre lo que pasaba en el pueblo. «Están entrenando para una carrera benéfica para recaudar fondos y salvar la oficina de correos».

«¿Salvarla de qué?», pregunté.

«Del cierre», dijo Daisy, encendiendo otro cigarrillo.

Le dije: «Acabas de apagar uno, y solo estaba medio fumado».

Respondió, con bastante brusquedad considerando que estábamos en público: «Oye, señor Pulmones Limpios. El domingo será ilegal fumar un cigarrillo en un pub. Voy a fumarme todos los que pueda antes de que llegue ese día».

Para desviar la conversación, volvimos al tema de la oficina de correos.

«No puede cerrar», dije. «La uso al menos tres veces por semana. ¿Y qué hay de papá? Es su única salida habitual, le encanta el día de cobrar la pensión».

Daisy golpeó su vaso contra la barra y le gritó a Tom Urquhart: «¡Con este Stolichnaya podrías darle de comer a un recién nacido! ¡Se supone que no tienes que diluirlo, no es jugo de lima de Rose!».

A veces desearía que Daisy no hubiera sido criada para ser un espíritu libre, y que hubiera aprendido a ser más inhibida en público. Le daba igual que Urquhart murmurara sobre ella, o que todos en el pub la miraran.

Me aproximé a las mujeres en chándal para preguntarles si podía unirme a la campaña «Salvemos la Oficina de Correos». Les expliqué que, por motivos personales, no podía participar en una carrera benéfica, señalando vagamente mis piernas.

«Sé quién eres», dijo una de las mujeres, con un chándal rosa y blanco del mismo tono que el coco. «Te he visto en la puerta del colegio. Vives en una de esas pocilgas, estás escribiendo la obra de teatro comunitaria. ¿Podemos tener un papel?».

Les dije que escribiría una escena para ellas, y se rieron y chocaron las manos con sus brazos regordetes por encima de la mesa.

10 p.m.

De camino a casa, la lluvia caía a cántaros sobre el paraguas. Gibbet Lane era más un charco que una carretera. Tuve que cargar con Daisy casi todo el camino. No era fácil llevar a un boxeador de peso semipesado en el travesaño.

Le dije que, a menos que se comprara unas botas de agua, yo...

«¿Harás qué?», dijo, apretando sus manos alrededor de mi cuello.

No respondí. Sabe que soy un tonto enamorado.

El campo estaba tan inundado que el agua me llegaba hasta los tobillos, y tuve que cargar a Daisy hasta la puerta principal.

Mientras metía la llave en la cerradura, mi madre salió a su puerta y dijo: «Te vi tambaleándote por el camino de entrada. ¿Estás borracha otra vez?».

Daisy se bajó de mi espalda y dijo: «¿Otra vez, Pauline? ¿Otra vez? ¡No recuerdo la última vez que estuve borracha!».

«Yo sí», dijo mi madre. «Fue ayer. Entré un momento a pedir un cigarrillo y estabas tumbada en el sofá».

«¡Estaba jugando a las urgencias con Gracie!», dijo Daisy acaloradamente.

Para entonces ya estábamos en el estrecho pasillo. Me quité el abrigo y los pantalones empapados, me puse la bata y fui al salón. Mi madre y Daisy se quedaron en el pasillo, hablando en voz baja. Entonces oí la voz alzada de mi madre: «Tal vez creas que puedes engañarlo, Daisy. ¡Pero a *mí* no me engañas!».

Antes de irnos a dormir, revisé las provisiones de alcohol en el armario de la cocina. Quedaba muy poco vodka en la botella y todos los licores navideños y las bebidas especiales que habían sobrado (el tequila de escorpión que Nigel había recibido como regalo de cumpleaños) se habían acabado.

Viernes 29 de junio

El Sr. Carlton-Hayes, que regresó al trabajo el lunes, comentó que la lluvia incesante le recordaba las inundaciones de 1953 cuando su tía fue arrastrada desde su bungalow en Skegness río abajo y terminó en el tejado de la estación de autobuses. No explicó por qué había estado ausente de la tienda, pero noté que caminaba con mucha precaución.

Verano

Domingo 1 de julio

DÍA SIN FUMAR

¡Un día trascendental! Fumar en lugares públicos o laborales está prohibido en Inglaterra. Sin embargo, si eres un lunático, un preso, un diputado o un miembro de la Familia Real, estás exento.

Fumar ha arruinado mi vida. Hay una fotografía mía en brazos de mi madre, el día que me dieron el alta del hospital de maternidad. Ella está de pie en el aparcamiento del hospital conmigo en un brazo, el otro brazo cuelga a su lado y en su mano tiene un cigarrillo encendido.

He estado inhalando humo desde que tenía cinco días de nacido. Mis recuerdos de infancia están empañados por habitaciones llenas de humo y viajes en coche que se volvieron insoportables por culpa de mis padres fumadores empedernidos. Desde mi posición de sumisión en la parte trasera del coche, suplicaba que abrieran una ventanilla, pero mi padre se negaba airadamente, diciendo que el aire fresco era malo para su bronquitis. Recuerdo que, en un largo viaje a Hunstanton, con el tráfico atascado, improvisé una mascarilla con un pañuelo Kleenex Mansize. A mis padres les pareció divertidísimo y me llamaron «el niño bandido» durante nuestra corta estancia.

Después del desayuno (dos Weetabix, un cruasán de chocolate y un plátano), fui a la casa de al lado para invitarlos a comer el domingo en El Oso. Les dije: «Quiero experimentar *por primera vez* lo que es disfrutar de una comida con vosotros sin que me echéis humo en la cara».

Mi padre se puso furioso, diciendo: «¡Este maldito gobierno autoritario, son un montón de fascistas, nazis!».

Mi madre parecía destrozada. «Es un día triste, muy triste», dijo.

«Esto no es ni mucho menos el fin de la civilización», dije, mientras recorría la habitación vaciando los ceniceros en el cubo de basura con pedal.

Mi madre dijo: «Bueno, es el fin de mi pequeño mundo».

Empezó a lamentarse por lo que se perdería.

«Lo que se perderá», dije, «será tu tos seca, el hedor insoportable, la experiencia...»

Mi madre, interrumpiendo, cogió su paquete de cigarrillos y dijo soñadoramente: «Fumo desde los trece. A los quince usaba guantes largos y una boquilla de carey».

«Hoy en día te lincharían», dijo mi padre.

«¿Quién lo haría?», pregunté.

«Esos malditos defensores de los derechos de los animales, ¡salven a la jodida tortuga!».

Mi madre continuó: «A los dieciséis iba al club de jazz Sonidos Calientes en Norwich. Allí fumé mi primer Disque Bleu [Disco Azul, cigarrillo francés con filtro]».

«A los dieciséis ya fumaba Capstan Full Strength [Potencia Total]», presumió mi padre.

Los dejé con sus recuerdos fumadores, podía oír a Daisy y Gracie gritándose a través de la pared medianera.

Cuando entré, las encontré enfrascadas en otra discusión ridícula sobre ropa. ¿Por qué mi hija siempre tiene que ir vestida como un personaje de Disney? Es el sueño de cualquier vendedor. Todavía recuerdo su primer día en la guardería: su disfraz de pirata no le gustó nada a la maestra de infantil, y me costó un montón quitarle el sable de sus manitas.

Gracie gritó: «¿Por qué no puedo ir al pub con mi disfraz de Campanilla?».

Daisy respondió: «Puedes, pero sin las alas».

«Las hadas tienen que llevar alas, o no pueden volar», dijo Gracie.

«No te vas a poner esas malditas alas», dijo Daisy. «La última vez que las llevaste en el pub, tiraste todos los vasos de la mesa de al lado y a tu padre le costó veinticinco libras reponer las bebidas».

Gracie gritó: «Pues si mis alas tiran algo hoy, lo pagaré con mi millón de libras en el banco».

Daisy y yo nos miramos con culpabilidad. Habíamos saqueado la cuenta de ahorros de Gracie para pagar la última factura de la luz. Se fue furiosa a su habitación y regresó con el vestido de Campanilla y las alas. No tuve valor para protestar. Cuando Gracie dijo: «Estoy guapísima, ¿verdad?», me acobardé y dije: «Sí».

Daisy estalló, diciendo que me estaba confabulando contra ella y que estaba socavando su autoridad. Tomé un paño de cocina y comencé a secar los restos del desayuno que Daisy había dejado en el escurridor, y mantuve la calma mientras me reprendía por supuestas faltas, reales o imaginarias. Era una larga y familiar lista.

La fosa séptica.
El hecho de que no tenga coche.
Gano una miseria en la librería.
Está harta de teñirse el pelo ella misma y de no tener Sky Plus.
Odia el sabor y la textura del pan que hago dos veces por semana.
Cree que los habitantes de Mangold Parva son unos imbéciles.
Odia darle la dirección del chiquero a nadie.
Está harta de que mis padres interfieran en nuestras vidas.

Se sentó a la mesa de la cocina y rompió a llorar. Era un sonido desgarrador y de repente me asusté. Gracie se quitó el polémico disfraz de Campanilla y agitó la varita brillante sobre la cabeza de su madre como si la magia pudiera detener sus lágrimas. No sé cómo puedo hacer feliz a mi esposa.

Gracie y yo estuvimos sentados a solas durante la mayor parte de la comida en El Oso. Daisy, mi madre y mi padre estaban afuera, fumando bajo la lluvia, junto con la mayoría de los clientes habituales. Tom Urquhart, el dueño, dijo: «Esta tontería de no fumar va a acabar con El Oso».

No disfruté de la comida. Estaba demasiado hecha y tenía una textura extraña que me provocó náuseas, supongo que porque Lee Grant, el chef, salía constantemente a fumar. Además, Gracie no paró de hablar de un niño de preescolar llamado Mason, que vive en una vivienda social. Me contó que llevaba un almuerzo con dos bolsas de patatas fritas, una botella de Coca-Cola, una bolsa de caramelos Haribo y un palito de queso. Según Gracie, obligaron a Mason a quedarse de pie frente a toda la escuela mientras la directora, la Sra. Bull, exponía y criticaba el contenido de su caja del almuerzo. La referencia a la caja me recordó que hacía meses que no hablaba con Pandora. Pienso en ella varias veces al día, pero soy un hombre orgulloso y he estado esperando a que me llame. Vi que a los fumadores bajo la lluvia se les había unido Hugo Fairfax-Lycett, el heredero de Fairfax Hall. Mientras le observaba, encendió el cigarrillo de Daisy, quien echó la cabeza hacia atrás e hizo su truco de hacer aros de humo. Vi la admiración en su rostro y observé cómo mi madre se desabrochaba el botón superior de su blusa de imitación de satén. No entiendo por qué las mujeres se vuelven locas por Fairfax-Lycett. Es demasiado alto, parece un Hugh Grant demacrado y es vulgarmente ostentoso con sus coches deportivos y sus trajes de tweed de Savile Row. Apuesto a que no ha abierto un libro desde que dejó Cambridge. Pandora lo haría picadillo.

Tras diez minutos que parecieron interminables, oí el rugido del coche de Fairfax-Lycett y mi familia volvió a entrar para comer el postre.

Mi madre apartó su tarta empapada de melocotón del plato y dijo: «La comida de este sitio está en mal estado».

Mi padre dijo: «Todo está en mal estado desde que el Nuevo Laborismo tomó el poder. ¿Sabes quién es el dueño de nuestra agua ahora? ¡Los malditos franceses! Y ya ni siquiera puedes hurgarte la nariz en privado, habrá una maldita cámara de seguridad vigilando dónde te metes los mocos. Hay unos locos en Glasgow bombardeando el aeropuerto, y pronto estaremos todos hasta la cintura con el agua hasta los tobillos. ¿Qué será lo próximo?».

Tony Wellbeck, de la oficina de correos, dijo: «Fiebre aftosa, George. La tienen en Hardton, a menos de una milla de Mangold».

Diario, si alguien hubiera entrado al pub y hubiera dicho: «Hay una plaga de langostas afuera», no habría levantado una ceja.

¿Es este el fin del mundo tal como lo conocemos?

Más tarde, iba a discutir con Daisy, pero entonces me di cuenta de que estaba leyendo *Por el bien de la discusión* de Christopher Hitchens y, de nuevo, cambié de opinión.

Lunes 2 de julio

El Sr. Carlton-Hayes llamó para decir que estaba «incapacitado». No me gusta cuando no está en la tienda. No es que haga mucho últimamente, pero me siento mejor cuando está.

Le apasionan los libros, en detrimento del negocio. El otro día entró una mujer de mediana edad con gafas estilo John Lennon y pechos desproporcionados, e intentó comprar una segunda edición de *El molino del Floss* por 150 libras. Se presentó como la Dra. Pearce y dijo que buscaba un regalo de jubilación para el jefe del Departamento de Inglés de la Universidad De Montfort. El Sr. Carlton-Hayes abrió la vitrina donde se guardan los libros antiguos y bajó la edición de dos volúmenes del estante. Le entregó el primer volumen a la mujer, la observó hojearlo, luego lo recuperó y volvió a colocar ambos libros en la vitrina. Cuando la Dra. Pearce se marchó con las manos vacías y desconcertada, el Sr. Carlton-Hayes dijo: «Me pareció que lo trataba con demasiada brusquedad», como si el libro fuera un perro rescatado de la RSPCA [Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales].

No es de extrañar que los contables le aconsejen vender el local a Tesco [supermercados]. Cuando me lo dijo, vi un repentino destello de ira en su rostro. Extendió los brazos hacia las estanterías y pilas de libros y exclamó: «¿Pero adónde irían?», como si fueran personas desplazadas.

Aproveché la ausencia del Sr. Carlton-Hayes, llamé a la Universidad De Montfort y dejé un mensaje para la Dra. Pearce informándole que *El molino del Floss* estaba en venta. Llegó justo unos minutos antes de que cerrara. Hablamos de George Eliot y pareció contenta de encontrar a otro entusiasta. Eran las 18:30 cuando me di cuenta de la hora. Esperó mientras cerraba, y luego bajamos juntos por la calle principal, yo empujaba mi bici y ella sostenía un paraguas sobre nuestras cabezas. Siguió charlando conmigo en la esquina del aparcamiento del Holiday Inn durante otra media hora.

Cuando Daisy me preguntó por qué llegaba tarde a casa, le dije que se me había salido la cadena de la bici. No me preguntes por qué.

Jueves 5 de julio

El Sr. C-H regresó

Recibí un mensaje de alerta de desastre en mi móvil mientras comíamos nuestros sándwiches en la trastienda. Veinticinco muertos y treinta y tres heridos en una explosión en un bar de karaoke en Tianshifu, China.

«Impactante, ¿verdad?», le dije al Sr. Carlton-Hayes.

«Sí que lo es», dijo, suspirando. «Karaoke en chino. ¡Llora, Confucio, llora!»

Viernes 6 de julio

Me despertó el teléfono. Era mi madre. «¿Has mirado afuera?», gritó.

Cogí el teléfono y corrí las cortinas del dormitorio. Los campos habían desaparecido, reemplazados por unas resplandecientes aguas crecidas hasta donde alcanzaba la vista.

«¿Tienes sacos de arena?», preguntó mi madre.

Le dije: «*Sabes que no tengo sacos de arena. ¿Para qué los tendría?*»

Llamé al Sr. Carlton-Hayes para decirle que no iría hoy y me dijo: «Sí, fue bastante emocionante conducir entre las inundaciones. El agua llegó hasta los guardabarros del Rover». Pasé la mayor parte del resto del día intentando, como Canuto [rey Canuto el Grande, retó al agua del mar para demostrar los límites de su poder terrenal], evitar que el agua llegara hasta la puerta de casa.

Cuando la inundación bajó un poco, me senté con Gracie a ver la televisión. El cartero Pat [serie de televisión infantil] ha sido promocionado, tiene que dejar Greendale Village y su furgoneta roja para pasar a un puesto de mando intermedio en la Oficina Central. Algún inepto de la BBC dijo: «Vamos a llevar al cartero Pat a un nuevo entorno dinámico. Habrá tramas más intensas». Así que hasta el cartero Pat es sacrificado en el altar del progreso. Sin su uniforme y su furgoneta roja, Pat no es nada. ¡NADA! Esto es un intento descarado de explotar la rama comercial de la BBC. Supongo que habrá una nueva línea de productos del cartero Pat. ¿Tendré que comprarle a Gracie un traje de Montego y un maletín del cartero Pat?

Miércoles 11 de julio

Hoy es mi día libre. Tenía pensado dedicarlo a organizar diligentemente mis CDs por colores y actualizar algunas páginas de mi comedia sobre asesinos en serie, *La furgoneta blanca*. Anoche no pude dormir pensando en ello. Obviamente Pauline Quirke y Harry Enfield ya son un poco mayores para interpretar al asesino en serie y a su esposa, pero Russell Brand y Amy Winehouse serían buenos sustitutos.

También iba a ofrecerme a planchar la mitad de la ropa, pero algo me pasó, y no hice sino ver la televisión. A las 4 de la mañana me despegué de *Flog It!* [¡Véndelo!] (tenía muchas ganas de saber en cuánto se había vendido en una subasta un juego de hueveras de Clarice Cliff) y corrí con mis botas Wellington de agua por los últimos centímetros de agua de la inundación hasta la oficina de correos, para enviar una tarjeta de cumpleaños a mi cuñada, Marigold, y un paquete de Daisy. Había vendido su bolso Louis Vuitton en eBay a una mujer de Nuneaton para pagar la factura del agua de Severn Trent antes de que nos cortaran el suministro. El jefe de correos y la jefa de correos, Tony y Wendy Wellbeck, estaban detrás del mostrador discutiendo sobre el precio de los sellos de correo aéreo hasta Tombuctú. Firmé la petición «Mantengamos abierta nuestra oficina de correos» y esperé. Ambos sonrieron amablemente al verme en el mostrador.

«¿Quién en Mangold Parva escribe a Tombuctú?», pregunté.

Wendy miró alrededor de la oficina de correos, luego bajó la voz y dijo, por el rabillo de la boca: «No puedo decirlo —confidencialidad o protección de datos—, pero si sale un momento y mira por Gibbet Lane...»

Salí y vi a la anciana Sra. Lewis-Masters subiendo lentamente la colina con un andador. ¿Tombuctú? Parecía el tipo de mujer que solo le escribe a algún pariente lejano en Sydenham sobre patrones de punto y las dificultades de lidiar con el banco a través de su centro de atención telefónica en Calcuta.

Mientras pesaba el paquete de Daisy, la señora Wellbeck dijo: «Escribe a Tombuctú cada quince días, envía tarjetas en Navidad y Pascua y una tarjeta de cumpleaños a principios de julio».

La oficina de correos de Mangold Parva parece sacada de una ilustración de uno de los libros de Gracie, salvo que el señor y la señora Wellbeck no son ardillas con ropa eduardiana. Cada centímetro del interior está repleto de estanterías y artículos a la venta, aunque creo que los Wellbeck perdieron el control de su inventario hace años. Hay latas de judías junto a una caja de sobres acolchados. Bolígrafos y lápices comparten estantería con latas de comida para gatos y perros. Las tarjetas de felicitación están mezcladas en cajas de zapatos: «Feliz primer cumpleaños» comparte caja con «Condolencias por su reciente pérdida».

Los estantes de papelería me tentaron con sus exquisitos cuadernos de espiral, con hojas blancas impolutas, rayadas en negro y con márgenes rojos. Me atrajeron como otros hombres se sienten atraídos por los juguetes sexuales en las tiendas eróticas.

«¿Otro cuaderno?», dijo la Sra. Wellbeck. «¿Qué hace, se los come?»

«El Sr. Mole es un poco escritor», dijo el Sr. Wellbeck. Todo lo que decía sonaba ligeramente insultante, como si fueran bromas privadas.

«Podría escribir un libro, trabajando aquí», dijo la Sra. Wellbeck. «No creería las cosas que vemos y oímos».

Tengo la costumbre de desafiar a las personas como la Sra. Wellbeck, que dicen semejantes fanfarronadas. «¿Por qué no escribe un libro entonces?», le dije.

La Sra. Wellbeck suspiró. «Lo haría si tuviera tiempo».

«Wendy escribe de maravilla», dijo Wellbeck. «Sus cartas son famosas en la familia».

«Pero un libro es una cosa muy diferente, ¿no?», insistí. «Un libro necesita estructura, trama y personajes».

«Su puntuación es sin igual», dijo Wellbeck. «Sabe exactamente dónde poner los puntos».

«Entonces que se ponga a escribir su libro», dije.

«Ya le dije que no tengo tiempo», respondió con bastante irritación, pensé, teniendo en cuenta que yo era un cliente.

«¿Por qué? ¿Qué hace en las horas que no trabaja?», pregunté, con genuina curiosidad.

«Duermo ocho de ellas», respondió.

«¿Y el resto?», pregunté. No podía parar, aunque veía que nuestra conversación se dirigía hacia una confrontación sobre la sensibilidad artística.

«Cocino, limpio, lavo, plancho, hago un sudoku a diario, hago jardinería...» Continuó en ese tono.

Sé que la Sra. Wellbeck es una ferviente seguidora de varias telenovelas. A menudo la he oído hablar con aires de superioridad sobre los personajes de *EastEnders*, *Coronation Street* [Calle Coronación] y *Emmerdale*.

«¿Y la televisión?», consulté. «¿Le quita tiempo que podría dedicar a escribir?».

El Sr. y la Sra. Wellbeck intercambiaron una mirada. La habían pillado in fraganti. Sin embargo, no sentí alegría por mi victoria y, para mostrar compasión con la Sra. Wellbeck, compré otro cuaderno para añadir a mi colección.

De camino a casa, adelanté fácilmente a la Sra. Lewis-Masters, que seguía subiendo lentamente por Gibbet Lane bajo la lluvia. Caminé a paso fúnebre a su lado, protegiéndonos a ambas del fuerte aguacero con mi paraguas. Parecía un poco asustada y apartó su bolso, de modo que quedó colgando del otro lado del andador. La tranquilicé hablando de las maravillas de las cestas colgantes que adornaban cada casita y farola.

Miró las cestas de flores con desdén. «Si fuera más joven», dijo con un acento que habría hecho sentir cómoda a la Reina, «me escaparía por la noche y destruiría estas horteradas».

Se detuvo y se quedó mirando unas flores de color naranja brillante que se desbordaban de una maceta de plástico verde, colgada de un soporte en la pared de la tienda Consíentete.

«¿Qué son?», pregunté.

«Begonias», espetó. «Son una abominación, la Margaret Thatcher del mundo vegetal. Estridentes, dominantes, omnipresentes».

Miré a la anciana con otros ojos. La consideraba thatcherista.

Antes de despedirnos en la cima de la colina, decidí averiguar por qué se carteaba regularmente con alguien en Tombuctú.

«¿Vive lejos de aquí?», pregunté.

«No, esa es mi casa». Asintió hacia una imponente casa de ladrillo de fachada plana en la cima de la colina.

«¿Así que no tan lejos como Tombuctú?», dije, fingiendo una risa.

«¿Tombuctú?», preguntó, alzando la cabeza y fijando sus ojos grises en mí.

«¿Por qué trae Tombuctú a la conversación?»

Le dije: «Es una expresión que usa mi padre para denotar distancia». Le deseé “buen día” y me marché apresuradamente.

Al llegar a casa, busqué Tombuctú en Google y descubrí que es la ciudad principal del Sudán francés, un estado sin litoral donde el río se encuentra con el desierto. Las tribus árabes traían oro del sur y sal del norte. Antiguamente, se la describía como el lugar donde «el camello se encuentra con la canoa».

Jueves 12 de julio

Gracie tuvo una rabieta terrible esta mañana, exigiendo que la dejaran llevar su disfraz de Sirenita en lugar del uniforme escolar. Daisy y yo estábamos completamente impotentes ante la rabia de la niña. Le expliqué que le impediría los movimientos, y que la cola de pez, al arrastrarse por los charcos del callejón, le impediría ir andando al colegio. Además, a la Sirenita hay que llevarla a todas partes y luego bajarla sobre las "rocas". Gracie gritaba: «¡Soy un pez! ¡Puedo *nadar* hasta el colegio!», mientras yo abandonaba a mi esposa con mi hija, ahora histérica, vestida con su vestido mitad rubia, mitad pez. Volvía a llover a cántaros, pero me daba igual. Habría montado en bici en medio de un tifón con tal de escapar del estruendo de esa casa.

El Sr. Carlton-Hayes no estaba de nuevo. Un joven con gafas negras de montura cuadrada me preguntó si tenía algo sobre enfermedades tropicales. Parecía un poco demacrado, así que me mantuve a distancia y le indiqué los estantes de medicina, donde abrió *Enfermedades infecciosas rápidas y medicina tropical* de Rachel Isba, leyó durante veinte minutos con expresión cada vez más preocupada, luego salió apresuradamente de la tienda sin comprar nada.

Después de que se marchara, rocié la tienda con desinfectante antiséptico Dettol, solo por precaución. No puedo permitirme enfermar.

Sábado 14 de julio

Nigel me llamó al trabajo para decirme que está enamorado «¡*de un tipo ciego!*!». ¿Se puede ser más estúpido? Todo habría sido mejor si Nigel se hubiera enamorado de un hombre con buena vista. Pero tal como están las cosas, Nigel y su nueva pareja, Lance Lovett, andarán tropezando, chocando con los muebles, derramando bebidas y ¡hasta metiéndose en el tráfico juntos! Le dije a Nigel que se había buscado un problema.

Me dijo: «Todavía tengo a Graham para que me ayude».

Le dije: «¡Graham es un *perro*, Nigel! Y está en las últimas, no es justo que esperes que cuide de *dos* personas ciegas. Es un trabajo extra para él».

«No sientas lástima por *Graham*», dijo Nigel con amargura. «Últimamente ha sido un vago bastardo. Ayer le pedí que trajera una toalla limpia del armario de la ropa blanca y no se movió de su cesta».

Domingo 15 de julio

Nigel llamó. Histérico.

Graham había muerto. El veterinario dijo que probablemente llevaba muerto al menos doce horas.

«¿Y no te diste cuenta de que el pobre perro había dejado de respirar?», dije con sarcasmo. «¿No se supone que los ciegos tienen un oído superior?»

«Me estás confundiendo con Superman», dijo Nigel entre sollozos. «En fin, Mole, quiero que vengas a enterrar a Graham en el jardín trasero».

Después le dije a Daisy: «¿Por qué yo? ¿Por qué *siempre me* piden que entierre a sus perros muertos?»

«Pues, ¿cuántos perros muertos *has* enterrado?», preguntó.

«Dos», respondí. «Sabre, el perro de Bert Baxter, y el viejo perro de mi familia».

«¿Cómo se llamaba?», preguntó.

«El Perro», dije, «no tenía nombre».

«Bueno, ¿dos perros muertos en cuántos años?»

«Casi veinte».

«Bueno, eso no es precisamente un suministro regular de perros muertos, ¿verdad?»

10 a.m.

Nadie me apoya en lo del entierro del perro.

Mi madre me acusó de ser insensible, diciendo: «Estás rompiendo el corazón de dos hombres ciegos».

Les expliqué que Nigel y Lance están planeando una expedición en kayak por los fiordos noruegos, así que son más que capaces de cavar un hoyo lo suficientemente grande para un labrador dorado juntos.

Mi padre me dio un golpe en el brazo desde su silla de ruedas. «Yo mismo cavaría el hoyo si Dios no me hubiera dado un derrame cerebral».

«No fue Dios, George», dijo mi madre, frunciendo el labio. «Fueron los chicharrones y cuarenta cigarrillos al día».

Llamé a Nigel cuando llegué a casa y le pregunté si tenía una pala.

«No tenía pala ni cuando maldita sea podía *ver*. ¿Para qué iba a tener una ahora?», respondió.

Oí a Lance sollozando de fondo por encima de la sintonía de *Noticiasdelanoche*.

Lunes 16 de julio

Dejé al Sr. Carlton-Hayes a cargo de la tienda y pedí un taxi. Daisy, que no había mostrado ningún interés previo en Graham, insistió en acompañarme al funeral, diciendo: «Nunca salimos juntos».

Le dije: «¿Desde cuándo asistir al funeral de un perro cuenta como salir contigo?».

Ella respondió: «Habrà gente gay encantadora, así que será divertido».

Iba vestida de negro de pies a cabeza e incluso se había pintado las uñas con Chanel Noir. Le hice notar que ir vestida de negro era un gesto fútil porque Nigel y Lance, los principales dolientes, apenas tenían un 2 % de visión entre los dos.

Daisy dijo: «¡Voy toda de negro porque estoy de luto por mi jodida vida!». Vi al taxista mirar a Daisy por el retrovisor. Me di cuenta de que desaprobaba a mi esposa, y yo también me sentí un poco avergonzado por ella.

Sonaba desesperada.

Para animarla, le tomé la mano y le sugerí que fuéramos a Wayne Wong a comer comida china después del funeral. Me apretó la mano y sonrió. Fue como un rayo de sol brillante que atravesaba las bajas nubes de tormenta.

Llegamos a casa de Nigel a las 9:30 de la mañana. Había una corona negra en la puerta principal. No me había dado cuenta de que el entierro de Graham sería un evento tan importante.

Nigel había invitado a gente. Había una especie de altar a Graham en el mueble de la esquina del salón y una gran fotografía enmarcada de él sonriendo, con la lengua fuera. Sobre un cojín de terciopelo, junto a la fotografía, estaban el collar y la placa de identificación del perro fallecido, y un Bonio [hueso de juguete] pintado de plateado. Lance parece al menos diez años mayor que Nigel y se ha afeitado la cabeza, aunque no muy bien, ya que tiene el cuero cabelludo cubierto de pequeñas costras y cortes más recientes. Iba vestido con un traje oscuro y llevaba un pendiente de oro en la oreja derecha, que supongo que considera bastante elegante.

Una vela ardía en un candelabro negro. Nigel, con la voz quebrada, dijo: «Jamás dejaré que esa llama se apague».

Le dije: «Deberías apagarla antes de irte a dormir. Las estadísticas de incendios domésticos se han disparado desde que las velas se convirtieron en un elemento imprescindible de la decoración de interiores».

El difunto Graham yacía en una caja de almacenamiento de Habitat, rodeado de popurrí. Tenía la boca entreabierta, mostrando los dientes y dándole, incluso en la muerte, esa mirada agresiva que siempre me impedía sentirme completamente a gusto en su presencia.

Mientras los invitados disfrutaban de los canapés islandeses y el champán rosado, yo me dirigí al pequeño jardín trasero y comencé la laboriosa tarea de cavar una tumba en la arcilla húmeda. De vez en cuando me detenía para secarme la frente y miraba hacia la ventana del salón, donde uno de los amigos de Nigel me saludaba alentadoramente. Podía ver a Daisy, rodeada de admiradores, hablando y, ocasionalmente, riendo a carcajadas. Desde esta distancia, parecía haber adelgazado un poco. Su parecido con Nigella Lawson era asombroso.

Nadie se ofreció a ayudar. Aunque debo admitir que, cuando empezó a llover, un amigo gay de Lance —que se presentó como «Soy Jason, estoy loco, antes tenía el pelo verde»— me trajo un paraguas antes de correr de vuelta adentro para no mojarse.

¿Acaso Jason, o alguien más, ha intentado cavar un hoyo con una mano mientras sostiene un paraguas con la otra?

No tenía intención de participar en la ceremonia del entierro. En mi opinión, era exagerado poner un CD de Elvis cantando «Old Shep» [El viejo Shep, una balada sobre un niño y su perro] y hacer una procesión llevando la caja con su contenido a la tumba.

Cuando llegó el momento de bajar la caja, se vivió una escena terriblemente emotiva. El dolor de Nigel era lamentable de ver y oír. Casi se cae en la tumba. Para mi gran disgusto, la caja era demasiado ancha para el hoyo y tuve que coger la pala y seguir cavando. No soy homófobo, pero cavar la tumba de un perro bajo la mirada de una docena de gays críticos no es una experiencia que quiera repetir.

Finalmente, se cerró la tapa de la caja y Graham fue enterrado. Fui la única persona presente que no lloró en ningún momento.

Diario, ¿debería preocuparme por mi despego emocional? ¿O debería felicitarme por mi autocontrol?

Nigel recitó un poema que Lance había compuesto.

«Graham» de Lance Lovett

Graham, ¿es tu ladrido lo que oigo?
¿Es tu gruñido, querido?
Graham, ¿estás ahí de día?
¿Estás ahí de noche?
¿Es cierto que tu ladrido
Era peor que tu mordisco?
Iluminaste nuestra oscuridad,
Cargaste con nuestra carga,
Tus ojos eran encantadores,
Tu pelaje era dorado.
No debiste habernos dejado.
Antes de envejecer.

Era todo lo que detesto de la poesía amateur. Era sentimental, patética, no tenía ritmo y estaba plagada de clichés, pero a todos los demás les encantó y a Lance lo felicitaron una y otra vez.

No fuimos a casa de Wayne Wong. Daisy bebió demasiado champán rosado y se puso bastante agresiva con mi cárdigan, así que la llevé a casa antes de que montara una escena.

Veces que visité el váter: doce.

Miércoles 25 de julio

La mitad del país está bajo el agua. Las noticias de televisión muestran coches y árboles enteros flotando en los rápidos que antes eran carreteras. Bajé caminando para ver el arroyo, ha pasado de ser un riachuelo de agua cristalina a un infierno de aguas bravas y está invadiendo los terrenos de las pocilgas.

Gordon Brown se ha hecho cargo de la crisis de las inundaciones. Está celebrando numerosas reuniones de emergencia. Los periódicos han exagerado, con titulares como «Gordon salva a los británicos inundados». Cualquiera pensaría que estaba cargando sacos de arena o achicando el agua él mismo.

Miércoles 8 de agosto

Aproveché la ausencia de mis padres. Están en una concentración de protesta en El Oso, convocada por el cierre propuesto de nuestra oficina de correos. Quería encontrar el ejemplar de *Jane Eyre* que mi madre me pidió prestado y juró que me había devuelto. Efectivamente, encontré el libro perdido en la mesa destartalada que ella llama su «escritorio», bajo una pila de memorias de miseria.

Un niño llamado «Eso», Las cenizas de Ángela de Frank McCourt, *Corriendo con Tijeras*, pero lo que más me interesó fue una caja archivadora etiquetada como *Una chica llamada «Mierda»*. Abrí la tapa y dentro había unas pocas páginas manuscritas. Las leí de pie junto al escritorio. Era un relato de su infancia en los campos de patatas de Norfolk. El libro de mi madre es un cúmulo de mentiras. De hecho, es un papel marrón de mentiras – «cúmulo de mentiras» es una comparación demasiado delicada para una empresa tan fraudulenta.

Una chica llamada «Mierda» de Pauline Mole

Nací en medio de un campo de patatas cerca del pueblo de Hose, en el condado de Norfolk. Un gélido viento del este helaba los muslos de mi madre mientras me adentraba en un mundo de pobreza y sufrimiento.

Mi padre era un hombre gigante y brutal, con una cabellera negra y una barba enmarañada. Aprendió a leer y escribir en la escuela del pueblo y demostró ser un pupilo brillante. Su profesor, el Sr. Chipper, lo animó a solicitar plaza en Cambridge. Sin embargo, el día que debía presentarse a los exámenes, llegó cinco minutos tarde, tras haber caminado descalzo desde su pueblo. Le negaron la entrada y, al regresar a casa, quemó todos sus libros y juró no volver a leer jamás.

Mi madre había sido una de las grandes bellezas de Norfolk, era de origen aristocrático y conoció a mi padre cuando cabalgaba en la Cacería de Sandringham. Se cayó de su montura al cruzar un campo de patatas, y mi padre acudió en su ayuda. Su romance causó un gran escándalo y mi madre, Lady Clarissa Cavendish-Stronge, se casó con mi padre y se convirtió en la Sra. Sugden. Nunca oí a mi padre llamar a mi madre por su nombre, siempre era «Tú».

A la media hora de dar a luz, mi padre la levantó a la fuerza e insistió en que continuara recogiendo patatas de la tierra negra. Yo, envuelta en un saco de patatas, fui metida dentro del ex-abrigo militar de mi madre. Trabajó hasta el anochecer, solo después de preparar la cena de mi padre y limpiar las jaulas de los hurones se le permitió sentarse.

Las primeras palabras de mi padre al verme fueron: «Una jodida niña no me sirve para nada. Necesitaba un muchacho fuerte que le echara un saco lleno de patatas en la parte trasera de la maldita carreta. Llévate a la niña a aquel dique y que se la coman los cuervos».

Por suerte para mí, mi padre se emborrachó hasta perder el conocimiento con vino de nabo y por la mañana había olvidado su directiva. Se negó a reconocermelo o a registrar mi nacimiento y solo se refería a mí como «Mierda».

Esto es una completa mentira. He visto el certificado de nacimiento de mi madre, nació en el hospital rural de Burnham Market y le pusieron el nombre de Pauline Hilda Sugden. Su padre es un hombre tímido que nunca ha alzado la voz. Su madre no era guapa. En nuestra familia se cuenta que la cara de la abuela Sugden asustó a los caballos en una gincana local y la echaron.

Jueves 9 de agosto

Llegué a casa del trabajo y encontré a Daisy en un estado de excitación: ojos brillantes, mejillas sonrosadas, pintalabios oscuro recién aplicado y un fuerte aroma al perfume de Sarah Jessica Parker *Lovely* [Encantador] y Jim Beam.

En cuanto metí la llave en la cerradura, abrió la puerta de golpe y dijo: «¿Adivina quién vive al lado?»

No le dije nada a Daisy, pero lo primero que pensé fue que mi querido hijo menor, William, había regresado de Nigeria, donde ha estado viviendo con su madre y su nuevo marido. Nunca hablo de William, el tema es demasiado doloroso.

«¿No es Glenn, que ha vuelto de Afganistán?», pregunté.

Ella negó con la cabeza. Unas horquillas se le cayeron de su peinado colmena, al estilo Amy Winehouse.

«¡Es tu hermano!», exclamó.

Me quité los clips de la bicicleta y los dejé sobre la mesa del recibidor.

«Medio hermano», corregí. «Solo lleva la sangre de mi padre».

«Sí, Brett Mole. ¡Ay, Aidy, es increíble! Jamás pensaría que sois parientes. No me habías dicho que había estudiado en Oxford».

Pregunté dónde estaba Gracie.

«Está en la casa de al lado con su tío Brett», dijo Daisy. «Es maravilloso con los niños».

Pregunté: «¿Qué lo ha traído aquí?».

«Su madre. No sé su nombre», dijo.

«Bicho Palo», dije. «También conocida como Doreen Slater».

«Bueno, pues está muerta. Murió ayer. Brett quería decírselo a tu padre él mismo, cara a cara. Es tan considerado», dijo ella.

«¡Bicho Palo muerta!», exclamé, sorprendido. «¿Fue por anorexia?»

«Un accidente de moto», dijo Daisy.

«¿Qué hacía en moto?», pregunté.

«Según Brett, se juntó con malas compañías».

«Debía tener al menos sesenta años. No te juntas con malas compañías cuando tienes sesenta», dije.

«Sí, si se trata de la Logia de los Ángeles del Infierno en Bournemouth», dijo Daisy. Miró su reflejo en el espejo del pasillo, esbozó una leve sonrisa y fue a la casa de al lado.

Me senté en la cama e intenté controlar mi respiración. Cada vez que pienso en Brett Mole, siento una profunda sensación de insuficiencia. Recuerdo aquel horrible día en Skegness cuando mi padre le contó a mi madre que había tenido una aventura con Doreen Slater y que ella acababa de dar a luz a Brett. Él es más alto, más guapo, tiene mejor educación, es un deportista excepcional, y se dedica a algo misterioso relacionado con fondos de inversión (sean lo que sean) en Londres, Tokio y Nueva York, lo que le ha hecho inmensamente rico.

Mi madre no para de hablarme del bungaló que Brett le compró a Bicho Palo. Al parecer, a Doreen solo le bastaba con pulsar unos botones para que se encendieran las luces, se cerraran las cortinas y sonara música en todas las habitaciones.

Mi madre solía suspirar y decir: «Ojalá...». Nunca terminaba la frase, pero sé que su deseo era que yo le hubiera comprado una casa similar con pulsadores.

Me lavé bien, me quité el cárdigan, me peiné y fui a la casa de al lado.

1 a.m.

¡Qué aburrido! ¿Cómo puede alguien hablar de sí mismo durante cuatro horas seguidas? La culpa es de las mujeres. Cada vez que parecía que se le acababan las cosas que decir sobre sí mismo, Daisy o mi madre le hacían una pregunta sobre su fascinante vida y volvía a hablar sin parar. Bla, bla, bla.

Cómo su inodoro en Tokio le lava y seca el trasero automáticamente, qué vistas tan estupendas tiene de Central Park desde su apartamento en Nueva York, cómo le encanta ver los barcos en el río desde la terraza de su piso a orillas del Támesis.

Parece conocer a todos los chefs de Londres, hablando constantemente de Gordon, Marco y Jamie [Gordon Ramsay, Marco Pierre White y Jamie Oliver]. Y, según él, su nombre está bordado en la carpa de Tracey Emin [artista británica].

Tiene los dientes más blancos que he visto en mi vida, anormalmente blancos. Podrían iluminar un campo oscuro. Supongo que es atractivo de una forma convencional, con un aire al un tanto insulso George Clooney. Nos contó que su traje informal estaba hecho con pelos recogidos del vientre de una rara raza de cabra «de alta gama», que se encontró en la ladera norte de una montaña en el Tíbet.

Le pregunté a mi hermanastro por qué, teniendo los últimos dispositivos de comunicación, no se había molestado en contactarnos en más de dos años. ¿Acaso no se daba cuenta de que esa negligencia le había causado angustia a nuestro padre? Brett se puso un poco sentimental y acusó a mi padre —a su padre... a *nuestro* padre— de haberlo descuidado. Mi madre defendió a mi padre diciendo: «No, Brett, George siempre fue justo. Descuidó a todos sus hijos por igual».

Vi que las cosas se estaban poniendo feas, así que desvié la conversación de los problemas familiares hacia el seguro puerto de los precios de la vivienda.

Brett nos contó que sus tres propiedades habían duplicado su valor.

Le pregunté: «¿No te asustan las lecciones de la historia, como la burbuja de los Mares del Sur?».

«No», respondió Brett. Se inclinó hacia mí, prestándome toda su atención. «Cuéntame».

Había algo en su intensa mirada que hizo que olvidara por completo los detalles de la burbuja de los Mares del Sur. Tartamudeé: «Tiene que ver con bonos sobrevalorados y una especie de crisis financiera del siglo XVIII».

Tras una larga y agónica pausa, durante la cual todos esperaron que yo diera más detalles, Brett dijo, como si hablara por puntos: «La compañía se formó en 1711, cada acción valía cien libras. Alcanzó su máximo en agosto de 1720, cuando cada acción valía mil libras. La burbuja estalló en septiembre de 1720, cuando las acciones valían cien libras. Su principal comercio era el de esclavos africanos. Los grandes perdedores fueron Sir Isaac Newton y Jonathan Swift, autor de *Los viajes de Gulliver*».

Le dije: «Sé quién escribió *Los viajes de Gulliver*; soy librero».

«Precisamente. Vives y trabajas en el pasado, Adrian. Te rodeas de libros antiguos todo el día, y Daisy me dice que estás escribiendo una obra de teatro medieval. ¡Despierta, huele el café!, ya es hora de que ganes dinero de verdad».

Le dije: «Somos muy felices viviendo en el campo; no somos materialistas».

Busqué la aprobación de Daisy, pero no había escuchado una sola palabra de lo que había dicho. Estaba admirando los zapatos de Brett que, al parecer, habían sido cosidos a mano por una nonagenaria en Venecia.

Continué: «En fin, Paul Lewis, del programa *Money Box* [Hucha] de Radio Cuatro, cree que se avecina una gran recesión».

Mi madre dijo: «Sé que va a llegar. Lo presiento en mis huesos, y he estado observando a los fumadores. Cuando la gente empieza a fumarse los cigarrillos hasta el filtro, sabes que el país está en apuros financieros. Por eso estoy acumulando arroz, pasta y cajas de velas».

Brett se rió. «Pauline, trabajo en finanzas todo el día y casi toda la noche. Utilizo retrocesos y extensiones de Fibonacci con la cuenta regresiva DeMark 9-5, además de sofisticadas ecuaciones matemáticas. Así que, perdóname si no menciono las colillas, Pauline».

A mi madre se le ruborizaron las mejillas. Cambió de tema. «¿Tuvo Doreen una muerte digna?».

Brett nos describió con todo lujo de detalles la agonía de Doreen, afirmando que sus últimas palabras habían sido: «Levántame para que pueda ver los brotes en los árboles».

Fue entonces cuando empecé a sospechar que Brett Mole no era un narrador fiable:

a) Doreen murió ayer, mucho después de que los brotes se hubieran convertido en hojas.

b) Sé con certeza que Doreen Slater odiaba los árboles. Solía decir: «Míralos, ahí están, parados».

Mi padre se acostó a las diez, lo cual es temprano para él.

Mi madre dijo: «Pobre George, quiere llorar la muerte de Doreen».

No creo que fuera el dolor lo que le mandó a la cama temprano, creo que fue un ABURRIMIENTO que inducía al sueño, que te deja el cerebro en blanco, que te pone los pelos de punta.

A las 23:45, un joven con mechas rubias llamó a la puerta. Brett lo presentó como Logan, «mi chófer», besó a todos en ambas mejillas y acarició a Gracie (que dormía en mis brazos), susurró: *Dors bien, ma petite?* [Duerme bien, pequeña], luego se subió a la parte trasera de su coche y se marchó. El funeral de Bicho Palo es la semana que viene.

Cuando llegamos a casa y acostamos a Gracie, Daisy dijo: «Brett nos ha invitado a quedarnos con él en Bournemouth después del funeral». Le dije: «No, gracias. Debe ser el hombre más aburrido de Inglaterra».

«¿Aburrido?», dijo. «Me pareció absolutamente fascinante. Y fue tan gracioso con sus comentarios sobre Guy Ritchie y Madonna».

Mi esposa me deja perplejo.

Viernes 10 de agosto

Daisy logró mencionar el nombre de Brett al menos una docena de veces antes de que me fuera al trabajo.

Mientras me ponía los clips para la bicicleta en el pasillo, la oí hablando por teléfono con mi madre, especulando sobre si Brett era gay o no. «No mencionó ni esposa ni novia», dijo Daisy. «Y está increíblemente bien arreglado».

Lunes 13 de agosto

Fui a ver a Nigel y le pregunté si podía usar su coche. Se negó, diciendo que la última vez que lo usé lo devolví con el depósito vacío. Le dije: «¿Y a ti qué te importa? No puedes usar el coche por ti mismo, eres ciego, igual que tu pareja, Lance».

Nigel dijo: «Puede que no sea mi pareja para siempre. Puede que me enamore de alguien con buena vista y carné de conducir».

Le dije: «En ese caso, deja de presentar a Lance como “mi compañero de vida”».

Nigel dijo: «Sí, debería. Se está volviendo demasiado complaciente, se ha descuidado un poco, ahora solo se afeita cada dos días».

Después de prometerle que devolvería el coche con el depósito lleno, Nigel, a regañadientes, accedió a prestármelo «un par de días».

Al salir, pasé junto a Lance en la cocina. Estaba en el fregadero, con camisa y corbata, pantalones cortos de fútbol y zapatillas de estar por casa.

He reducido el consumo de líquidos. Solo diez visitas hoy.

Jueves 16 de agosto

En la semana transcurrida entre Brett dando la trágica noticia y el funeral de Doreen Slater, hemos debatido mucho sobre el protocolo a seguir. ¿Sería apropiado que mi padre asistiera al funeral de su ex-amante? ¿Debería mi madre acompañar a mi padre? ¿Acaso el hecho de ser hermanastro de Brett justificaba mi lugar en el crematorio? ¿Era correcto que mi esposa me acompañara? ¿Y justificaba el funeral de la ex-amante de su abuelo que Gracie faltara a la guardería?

Según Google, la distancia entre Mangold Parva y Bournemouth es de 175,7 millas y el trayecto debería durar tres horas y cuarenta y seis minutos.

Calculo tres paradas para ir al baño, de unos diez minutos cada una, y otros diez minutos adicionales para sacar la silla de ruedas del maletero. Por lo tanto, como el funeral es a las 11:30, tendremos que salir de las pocilgas a las 7:04 en punto.

Viernes 17 de agosto

Salí a tiempo, pero tuve que hacer cola durante media hora para incorporarme a la M1 en la salida 21. ¿Por qué hay tantos idiotas en la autopista, estorbando a los viajeros legítimos? ¿No es hora de que el gobierno tome cartas en el asunto y obligue a los camiones a circular por túneles subterráneos? Si puede operar un tren bajo el Canal de la Mancha, seguramente podríamos tener rutas subterráneas para camiones que conecten las principales ciudades y pueblos.

Para ahorrar dinero, comimos nuestros propios sándwiches por el camino. Me pareció increíblemente egoísta por parte de mi padre insistir en que el Camembert fuera su relleno principal. Incluso antes de que mi madre abriera el táper, el olor era desagradable. Cuando se quitó la tapa, Gracie empezó a llorar. Inmediatamente abrí las ventanas, y todo el mundo gritó que las cerrara de nuevo.

Recuperé parte del tiempo perdido en la A43, pero el tráfico era lento al rodear Oxford, y luego se aceleró en la A34 hacia Newbury.

Llegamos al bungaló de Bicho Palo justo cuando el coche fúnebre se detuvo con el ataúd dentro. Había docenas de motocicletas estacionadas en la entrada y mucha gente vestida de cuero negro hablando en voz baja en grupos.

Para cuando saqué la silla de ruedas y senté a mi padre, el coche fúnebre ya estaba listo para partir hacia el crematorio. No hubo tiempo de ver el interior del increíble bungaló, diseñado para ahorrar tiempo y esfuerzo. El exterior parecía poco atractivo, y la vista al mar era bastante aburrida, en mi opinión, no había rompientes ni olas. El mar estaba simplemente allí, sin hacer demasiado.

Los Ángeles del Infierno no eran tanto ángeles como de la generación del baby boom. La mayoría eran canosos bajo sus cascos. Escoltaron el ataúd de Doreen en motocicleta, lo que llamó la atención de algunos mientras avanzábamos por el frente.

En el crematorio, un hombre alto con un rostro familiar me entregó un programa del servicio fúnebre con la fotografía de Bicho Palo en la portada y dijo: «Hola, Adrian, soy Maxwell, el hijo mayor de Doreen».

«¡Maxwell House!», exclamé.

Me respondió, irritado: «Ya nadie me llama así».

Le di mis condolencias.

Me dijo: «Se lo merecía. Conducía esa moto como una maníaca».

Brett ya estaba sentado en un banco al frente, sollozando ostentosamente.

Cuando mi madre empujó a mi padre por el pasillo, la familia de Doreen emitió un murmullo colectivo de desaprobación. Mi padre mantuvo la mirada baja, como si estuviera particularmente interesado en el suelo de losas. Hubo confusión sobre dónde debíamos sentarnos los Mole. Al final, nos sentamos justo detrás de Brett. Entonces Meat Loaf llenó la pequeña capilla con «Bat out of Hell» [El murciélago del infierno] y un hombre con el pelo largo y grasiento, vestido de cuero negro, entró por una puerta lateral y subió al púlpito. Dijo que Doreen había pedido en su testamento que se celebrara un servicio humanista porque, cito textualmente: «Después de que George Mole me dejara y volviera con su esposa, supe que no existía Dios».

Todas las cabezas se volvieron para mirar a mi padre, quien inclinó aún más la cabeza. Mi madre, en cambio, los miró desafiante y murmuró entre dientes: «Sabía de qué lado le convenía estar».

El humanista, que dijo llamarse Rick, invitó a varias personas a pasar al frente y decir unas palabras. Maxwell House (el primer hijo ilegítimo de Bicho Palo) se levantó y dijo que, aunque su madre había sufrido depresión tras la partida de George Mole, en sus últimos años había encontrado gran felicidad y compañía en la Logia de Bournemouth.

La voz de su último novio, Yeovil Tony, se quebró al contarle a la congregación que le había pedido matrimonio a Doreen, pero ella se había negado, diciendo: «No, tengo la esperanza de que George Mole vuelva conmigo». Las lágrimas brillaban en sus ojos mientras decía: «Era una mujer encantadora».

Entonces Robbie Williams cantó «Angels» [Ángeles] y Brett se acercó al escenario y dijo que su madre había tenido una vida muy difícil. Su anorexia le había causado mucho sufrimiento, algunas personas crueles la habían acosado y la llamaban «Bicho Palo». Dijo: «Sí, es cierto que mi padre, George Mole, le rompió el corazón a mi madre, pero creo que logré hacerla más feliz en sus últimos años. Le regalé una Harley-Davidson importada por su sexagésimo cumpleaños, y se convirtió en un personaje muy conocido en Bournemouth».

Después volvimos al bungaló con el resto de los dolientes. Brett había pagado el servicio de catering. La mayor parte de la comida consistía en torres de verduras, y mi padre refunfuñó: «No reconozco nada de esto. ¿Hay un poco de jamón o un pastel de carne, hijo?».

De repente, las cortinas empezaron a abrirse y cerrarse, las luces se encendían y apagaban, y la música sonaba a todo volumen por los altavoces que había en todas las habitaciones de la casa. El mando a distancia para regular el ambiente no aparecía por ningún lado, a pesar de que todos lo buscaron minuciosamente. Mi madre intentó abrir las cortinas a la fuerza, pero Brett gritó: «¡Aléjate de las cortinas, Pauline! ¡Vas a estropear los delicados temporizadores electrónicos!».

El viaje de vuelta se complicó porque cada miembro de mi familia necesitaba ir al baño en momentos diferentes. En total, paramos en nueve ocasiones. En la estación de servicio de Watford Gap, cuando Daisy buscó una toallita húmeda en la mochila de Gracie, encontró el regulador de ambiente de Brett.

Gracie negó haberlo escondido allí.

Mi madre dijo: «Si sigues mintiendo, Gracie, tu nariz crecerá como la de Pinocho».

Gracie dijo: «Me da igual. *Quiero* ser un niño de madera».

Le dije en voz baja a Daisy: «Voy a llamar al servicio de psicología escolar el lunes».

Un rayo de sol apareció al final de un día gris cuando Glenn llamó desde Afganistán. Regresa a casa en diez días. Cuando me preguntó si ya había ido a casa de Dude y hablado con Tiny Curtis, mentí y le dije que sí. Tendré que ir la semana que viene.

Mientras nos quedábamos dormidos, le dije a Daisy que envidiaba la inmensa riqueza de Brett.

Ella dijo: «Está vacío por dentro, Adrian. Dice que te envidia».

«¿A mí?», dije, «¿Por qué?».

«Porque estás casado conmigo», dijo Daisy. Luego se dio la vuelta y se durmió casi al instante. Me quedé despierto, escuchando a mi madre toser a través de la pared medianera. A las 3:10 de la madrugada, un pájaro solitario comenzó a cantar. Su canto resultó desgarrador en la oscuridad del pre-amanecer.

Domingo 19 de agosto

Recorrimos cuatro millas en bicicleta por un paisaje idílico, yo llevando a Gracie en su remolque, pasando por campos donde las cosechadoras convertían el maíz en fardos de heno, hasta Beeby on the Wold, la casa del padre de Daisy, para darle la «docena de pañuelos blancos resistentes» que había pedido para su cumpleaños. Hacía meses que no le veía en persona y me sorprendió lo mayor que se veía de repente. Le ha afectado mucho el fracaso de Orgobeet [bebida de remolacha orgánica].

Daisy le advirtió que no gastara el último dinero que le quedaba en toda esa maquinaria para triturar remolachas, pero él, como siempre, estaba lleno de grandilocuencia y se negó a escuchar ningún consejo.

Cuando se presentó en *Dragons' Den* [Guarida de Dragones, programa de televisión sobre emprendimiento] y pidió 250.000 libras esterlinas por el 10% del negocio, los inversores del programa televisivo le dijeron que asumiera las pérdidas y tirara el jugo de remolacha por el desagüe, pero él les gritó que eran unos tontos miopes y que algún día verían su nombre en la lista de los más ricos del *Sunday Times*. El episodio nunca se emitió, al parecer, el inversor escocés de los gimnasios, Duncan Bannatyne, se puso agresivo.

Michael Flowers estaba en su estudio hablando por teléfono, teniendo una conversación sentimental con su ex-esposa, Netta. Tenía un vaso de Orgobeet a su codo. Parecía que llevaba pintalabios carmín, una imagen bastante inquietante. Una de las desventajas del Orgobeet es que mancha los labios. Gracie se negó a sentarse en sus rodillas y dijo: «El abuelo parece una señora con barba».

Su casa es demasiado grande y oscura para ser confortable, ya que solo usa bombillas de bajo consumo. Además, no cree en la calefacción central, pues afirma que le roba a la Madre Tierra sus preciosos recursos. Así que nos sentamos en la cocina, acurrucados alrededor de la estufa de leña, y miramos la lluvia, esperando a que Flowers terminara su llamada y se uniera a nosotros para su té de cumpleaños. Daisy le había preparado un pastel y dejó que Gracie lo decorara con «Feliz cumpleaños, UR62».

¡Sesenta y dos años! Y el hombre todavía lleva el pelo recogido en una coleta.

Fingí interés en su stock restante de Orgobeet y me llevó al garaje para mostrarme los barriles.

«Mi única esperanza ahora», dijo, «es que un pirómano prenda fuego al garaje».

Levantó una ceja gris desgredada, y me miró fijamente. Le pregunté si tenía seguro comercial.

Flowers gruñó: «¿Acaso parezco tonto? Claro, ¿acaso se puede hacer algo en este horrible mundo moderno sin seguro? ¿Acaso las aseguradoras no nos tienen a todos agarrados por las bolas? Sin embargo, cuando reclamé por una videocámara robada, los bastardos se negaron a pagar».

«Pero eso fue porque nunca tuviste una videocámara, así que no podías presentarle a Zurich un recibo de Currys [cadena minorista británica de electrodomésticos] como prueba de compra», dije.

«Hubo un tiempo en que la palabra de un caballero era su honor», bramó.

«Pero le mentiste a Currys», protesté.

«No podían saberlo», dijo entre dientes.

Es un hombre imposible.

Mientras volvíamos a casa, me preguntó si había arreglado mis asuntos fiscales. Le dije que le había escrito de nuevo a Gordon Brown y que esperaba una respuesta en cualquier momento. Me dijo: «Espero que no hayas mencionado que soy tu suegro».

Cuando la hermana de Daisy, Marigold, apareció con Cerebritito Henderson, su marido, mi ánimo decayó aún más. No puedo superar el hecho de que estuve prometido con Marigold. Me salvé por los pelos. A ninguno de los Henderson le gustan los niños, prefieren pasar su tiempo libre como miembros activos del club de fans de *Star Trek*. Ambos hablan klingon con fluidez y lo usan para conversar cuando comparten alguna broma privada, lo que me parece una gran falta de respeto.

La hora del té fue un asunto sombrío.

Daisy dijo: «Solo te quedan tres años para jubilarte, papá».

Él rió con desdén y dijo: «Si llego a vivir tanto».

Daisy preguntó alarmada: «¿Te estás muriendo, papá?».

Flowers dijo: «Todos nos estamos *muriendo*, Daisy. Nadie es inmortal».

Gracie preguntó: «¿Vas a morir pronto?».

Flowers miró por la ventana y dijo: «¿Quién sabe?».

Después del té, Gracie entretuvo a los presentes con su improvisado espectáculo unipersonal de *High School Musical*. Cantaba con un pésimo acento estadounidense, en un micrófono de plástico rosa que amplificaba su voz. Cuando alguno de nosotros perdía la concentración, Gracie gritaba: «¡Miradme! ¡Miradme!».

Mientras retozaba en el gran ventanal del salón, corriendo las polvorientas cortinas de terciopelo entre escena y escena, envidiaba la seguridad en sí misma de la niña. Recuerdo haber huido de casa en las fiestas familiares cuando mis padres me insistían en que recitara mis poemas.

De camino a casa le dije a Daisy que podría visitar a su padre sola en el futuro.

Ella respondió: «¡Qué injusto! ¡Tengo que aguantar a tus padres todos los días de mi vida!».

Esa misma noche nos metimos en silencio en nuestra fría cama matrimonial, y nos dimos la espalda.

Lunes 20 de agosto

Después del trabajo, me encontré con la Dra. Pearce frente a la librería. Tenía dificultades para cargar una caja grande que contenía un edredón de plumas de ganso (9 togs [abrigo medio-ligero]), y me ofrecí a llevarlo hasta su coche. No pude evitar notar que sus pechos se veían bastante prominentes en su vestido de verano de escote bajo, y me la imaginé deslizándose desnuda bajo el edredón. Se me secó la boca y me tembló la mano izquierda, la que sostenía la caja en el sillín de mi bicicleta. Caminamos hasta su coche y la ayudé a meter la caja en el portón trasero. Cada vez que intentaba irme, entablaba conversación conmigo, diciéndome que estaba disfrutando de las largas vacaciones de verano. Me contó espontáneamente que era madre de cuatro hijos y que el menor acababa de pasar de la cuna a su primera cama.

Tuve otra visión de la Dra. Pearce, demacrada y agobiada, levantándose a trompicones de su cama para calmar el alboroto de varios niños que lloraban. Me despedí, monté en mi bicicleta y me fui.

Cuando llegué a casa, Daisy, Gracie, mi madre y mi padre estaban sentados afuera, bajo el sol del atardecer. Entré en casa de mis padres para buscar otra silla de jardín y no pude evitar notar que el bolso de mi madre estaba sobre la mesa del recibidor, con su manuscrito asomando.

CAPÍTULO SEIS

Escapo

La noche de mi duodécimo cumpleaños, tras propinarme una brutal paliza, mis padres se turnaron para golpearme con la hebilla del cinturón de cuero de mi padre. Me quedé tumbada en la oscuridad del armario bajo la escalera, donde dormía sobre un montón de trapos, y planeé mi escapada. Oí a mis padres hablar del pueblo de Spalding y, a juzgar por cómo lo describían, supuse que Spalding era una puerta de entrada al mundo. Planeaba ir allí en cuanto se curaran las fracturas de mis costillas.

No tenía ropa, salvo sacos de patatas con agujeros para la cabeza y los brazos, y no tenía zapatos, salvo sandalias hechas con neumáticos viejos de camión y cuerda. ¿Por qué nadie se percató de mi abandono? ¿Acaso mi profesor no debería haber preguntado por qué era la única niña sin uniforme escolar? ¿Ningún trabajador social pasó por allí mientras yo tiraba de un carro cargado de patatas con un yugo sobre mis delgados hombros?

Viernes 24 de agosto

Esta tarde entró una familia en la tienda. A juzgar por la ropa barata de colores vivos, las zapatillas deportivas, etc., y sus miradas de desgana, diría que, desde el punto de vista socioeconómico, buscaban CDs. Todos los niños, excepto uno, presentaban trastorno por déficit de atención. La madre, a la que le faltaban varios dientes, le preguntó al niño con discapacidad, un chico alto y de semblante serio: «¿Por qué has elegido *esta* tienda?». Miró a su alrededor con recelo.

«Quiero comprar un libro», dijo el niño.

«Ya tienes un libro», dijo la madre.

«Quiero otro», insistió el niño.

En ese punto intervine y llevé al niño a la sección de clásicos infantiles. La madre tamborileaba con los dedos en el mostrador, impaciente. El padre suspiró profundamente, salió y encendió un cigarrillo.

Le mostré al niño cómo debía manejar un libro de tapa dura, y le pregunté si le interesaban los piratas.

«Sí, vi la película», dijo.

Encontré un ejemplar de *La isla del tesoro*. Lo abrió y lo hojeó, leyendo algunas líneas y moviendo los labios.

«Puede que algunas partes te resulten difíciles, pero vale la pena perseverar», le dije.

Miró la ilustración a color. Long John Silver se pavoneaba sobre un cofre del tesoro. Sacó un billete de 10 libras del bolsillo. Estuve a punto de decirle que el libro costaba 15 libras, pero en vez de eso, me quedé callado.

Después de haber ingresado el dinero en la caja, la madre dijo: «¿No le dan cambio de un billete de diez libras?».

Le dije: «No, lo siento».

Mientras salían de la tienda, la madre dijo: «Debes estar completamente loco, gastándote el dinero de tu cumpleaños en un libro».

Sábado 25 de agosto

Le dije a Daisy que llegaría muy tarde a casa porque tenía que pasar por la discoteca Dude para intentar contactar con Tiny Curtis.

Ella dijo: «Podría verte allí, hace siglos que no bailamos juntos».

Le dije: «No pienso divertirme, Daisy. Simplemente estoy haciendo un recado para Glenn».

Me rodeó el cuello con los brazos, me besó y me dijo: «¿Te acuerdas de cómo bailábamos antes de casarnos?».

Le dije: «Sí, estábamos desnudos y no quería soltarte nunca. Pensaba en ti día y noche. Perdí tres kilos, los colores eran más vivos y todo lo que oía o leía me recordaba a ti».

Gracie se interpuso entre nosotros y nos separó, diciendo: «Dejen de besarse».

Si no se hubiera entrometido, quizás habríamos hecho el amor. Habría valido la pena llegar tarde al trabajo.

Domingo 26 de agosto

11:00 a.m.

Como no suelo salir de fiesta, no me había dado cuenta de que Dude no abría sus puertas hasta las 11:30.

El centro de Leicester era como el Salvaje Oeste. Intenté encontrar un pub tranquilo donde sentarme a leer mi libro, pero no había ninguno. Al final, fui al Wayne Wong y pedí el menú especial para uno. Le pregunté a Wayne si podía cambiar el pollo agri dulce por ternera en salsa de frijoles negros, pero para mi asombro (¡lo conozco desde hace treinta años!), se negó, diciendo: «Si lo hago por ti, Moley, tendré que hacerlo por todos y sería un caos, un caos total».

Wayne no ha envejecido bien, ha perdido casi todo el pelo y ha engordado muchísimo, ahora parece el muñeco de Michelin.

Cuando me trajo la comida, le pregunté: «¿Alguna vez lograste tu ambición de tener un Lamborghini?».

«No», respondió Wayne, «pero gracias por recordármelo».

Le pregunté si sabía a qué hora abría el Dude. «¿Acaso parezco alguien que lo sepa?», dijo Wayne. «Estoy aquí veinticuatro siete. Me dejo los cojones trabajando».

Le dije: «El dinero no lo es todo, Wayne». Él apartó un fideo que se había caído del mantel y dijo: «El dinero lo *es* todo, Moley. Tengo dos hijos en un colegio privado, mis padres en una residencia de ancianos y acabo de tener que reemplazar dos carpas koi a quinientas libras cada una».

A las once en punto estaba afuera del Dude. Las puertas aún estaban cerradas. Empezó a formarse una cola detrás de mí.

Un joven con una camiseta de tirantes se me acercó y me dijo: «No vas a entrar con ese aspecto, colega, estás infringiendo el código».

Una chica gritó: «¡Nada de Burberry!».

Me quité la bufanda Burberry de M&S y me la metí en un bolsillo.

Exactamente a las 11:30 las puertas se abrieron, dejando escapar una bocanada de aire viciado, y un apuesto gigante negro colocó atriles portátiles y una cuerda de terciopelo en la entrada. Me acerqué a él y me dijo: «Tranquilo, profesor, aún no hemos abierto».

Le pregunté si conocía a Tiny Curtis.

Me respondió: «Soy yo».

Le dije: «Vengo con un mensaje de Afganistán».

El gigante se rió.

«Soy el padre de Glenn», dije.

Tiny preguntó: «¿Glenn Glenn?».

«Sí, soy el padre de Glenn, el Sr. Mole».

Una chica que estaba cerca del principio de la cola gritó: «¡Déjanos entrar, Curtis! ¡Hace un frío que pela aquí fuera!».

«Quiere que la chica con la que estuvo la última vez que vino se ponga en contacto con él en Afganistán», dije.

El gigante cogió el papelito con la dirección de Glenn en la oficina de correos del ejército y su número de móvil. «Sería Finley-Rose», dijo. «Le avisaré. Agradezco lo que su hijo está haciendo por nosotros allí, Sr. Mole».

Le deseé buenas noches, recogí mi bici en la librería y me fui pedaleando a casa.

Daisy no me había esperado.

Lunes 27 de agosto

El Show de Jeremy Kyle le ha escrito a mi madre, invitándola a participar en el programa para «resolver de una vez por todas la cuestión de la paternidad de su hija Rosie». No se lo ha dicho a mi padre porque cree que lo destrozaría, y nos ha hecho jurar a Daisy y a mí que guardaremos el secreto. Si mi madre acepta ir a *El Show de Jeremy Kyle*, tendré que irme del pueblo, del país, de Europa.

Al parecer, el Sr. Lucas —el antiguo amante de mi madre— se puso en contacto con el programa, afirmando ser el verdadero padre de Rosie. Recibí un mensaje de texto de Rosie en medio de una reunión de personal en la librería.

¿Quién coños es Alan Lucas?

Antes de que pudiera responder, recibí otro mensaje de Daisy.

Vuelve a casa cuanto antes. Tu madre está destrozada.

El Sr. Carlton-Hayes debió de percibir mi agitación, pues hizo una pausa en su presentación de los nuevos títulos y preguntó: «Adrian, ¿has recibido malas noticias por teléfono?».

Le respondí: «*El Show de Jeremy Kyle* se ha puesto en contacto con mi madre».

Se oyó un jadeo audible de Hitesh, el joven en prácticas que el Sr. Carlton-Hayes había aceptado contratar en un momento de debilidad cuando yo no estaba en la tienda. Él comprendía la importancia de *El Show de Jeremy Kyle*. Sin embargo, el Sr. Carlton-Hayes no tiene televisión y se informa de la actualidad a través de *The Archers* [Los Arqueros, radionovela de la BBC]. En el mundo del Sr. Carlton-Hayes, el ciclo del *Anillo* de Wagner es cultura popular.

Le expliqué que *El Show de Jeremy Kyle* es un programa de televisión que anima a personas no demasiado brillantes a confrontar con otras personas igualmente ineptas con sus quejas. Los casos de adulterio y paternidad se resuelven cada vez más mediante pruebas de detector de mentiras o de tests de ADN. La gente llora, grita y se enfrenta a ex seres queridos enfadados, incitados por el propio Jeremy Kyle.

El Sr. Carlton-Hayes parecía desconcertado. «¿Pero por qué alguien aceptaría participar en semejante exhibición pública?», preguntó, con la genuina curiosidad de saberlo.

Martes 28 de agosto

Correo electrónico de Rosie:

Hola, bro,

Escucha, un tipo me llamó al teléfono fijo y me dijo que era mi padre biológico. Se llama Alan Lucas. Dijo que fue amante de mamá en los ochenta. Dijo que tú y él os llevabáis de maravilla y que te llevó de vacaciones a Escocia y te compró una navaja suiza, con diecisiete accesorios. ¿Es verdad? Quiere conocerme y «forjar una relación». Dice que se siente solo y que no tiene a nadie en su vida. Dice que ha tenido mala suerte con las mujeres. Todas han resultado ser unas zorras malvadas y manipuladoras que le han quitado su dinero, casas y coches, dejándolo sin nada. Estoy cabreada con BT [Telefónica Británica]. Me puse en privado para evitar este tipo de mierdas. Estuve colgada del teléfono durante meses intentando ponerme en privado, ¡qué jodida pérdida de tiempo fue! ¿Crees que puedo obtener alguna compensación? No pude conectarme hoy por su llamada telefónica.

Te quiero, Rosie

Le respondí por correo electrónico:

Querida Rosie

Como siempre, no entiendes qué es importante y qué no. Deberías preocuparte de que Lucas, el "Rat Fink" [soplón], reclame ser tu padre. (Sí, lo recuerdo bien. La navaja suiza tenía diecisiete accesorios. Las tijeras me vinieron de perlas una vez cuando se me enredó el vello púbico en una cremallera, minutos antes de mi segunda boda).

Que Lucas haya conseguido tu número de teléfono fijo es de poca importancia. ¿Acaso no te das cuenta? Lo que me angustia es que Lucas afirme que eres su hija. Esto podría matar a papá (George Mole). Siempre has sido su favorita. Pase lo que pase, Rosie, por favor, no se le cuentes a mamá y (especialmente) a papá lo de la llamada de Lucas.

Miércoles 29 de agosto

Otro correo electrónico de Rosie:

Aidy, mi bro,

Sí, quizás sea una pesadilla que Alan Lucas reclame ser mi padre. Pero si crees que es ético que BT divulgue información sobre sus clientes, entonces lo siento por ti. Vivimos en una sociedad estalinista, Adrian, vigilada y espiada 24/7. Honestamente, Aidy, al final del día, no importa de quién sea el esperma que fecundó el óvulo de mamá. Rizla [drogata en jerga] dice que le das mala vibra con tus correos. Dice que Lucas parece un tipo genial. Las drogatas le han fallado, por eso no puede trabajar. Las mujeres le han quitado toda su confianza.

Creo que hay que contárselo a papá, Adrian. Rizla y yo creemos en ser totalmente honestos.

Respondí:

Rosie, te seré honesto. Rizla es un vago farsante de mediana edad que fuma tanta marihuana que su cerebro es un caos de paranoia y autocompasión. Te lo ruego, no hagas nada hasta que hablemos en persona. ¿Dónde estarás esta noche?

Aidy

Aidy,

Rizla dice que eres el típico burgués materialista que vive en una mentira y se confabula con la sociedad para «sofocar el mundo de los soñadores». Te pide que le envíes dinero para comprar cien rollos de papel higiénico. Está preparando una instalación. Quiere envolver un BMW con papel higiénico para una exposición en diciembre. Ha escrito a varios artistas y a la Tate Modern, pero todos le han rechazado. Le han ofrecido varias marcas baratas, pero prefiere la marca Andrex. Doscientas libras deberían ser suficientes.

Con cariño, Rosie

PD: Si conoces a alguien con un BMW que quiera patrocinar a un genio artístico, por favor, házmelo saber.

PDS: En cuanto a la identidad de mi verdadero padre, Rizla dice que el esperma es universal y que, al final, todos tenemos la misma madre y el mismo padre. Dice que le encantaría tener la oportunidad de ir a *El Show de Jeremy Kyle* y presentar su manifiesto al país.

Le mostré este último correo a Daisy, quien resopló: «Está diez años desfasado. ¡La galería Black Box de Shoreditch exhibió un Robin Reliant envuelto en la marca propia de ASDA!».

Le señalé a Daisy que la instalación artística no era el detalle más importante del incoherente correo de Rosie. Le dije: «Esto podría matar a mi padre». Daisy murmuró entre dientes: «Todos tenemos que morir algún día».

Llamé a mi madre a su móvil y quedamos en vernos en El Oso. Le recalqué que quería hablar con ella a solas. Caminamos hasta el pub con una brisa fuerte, bajo una constante caída de hojas doradas, marrones y rojas. Mi madre se quejó de que ya estábamos en otoño y que nunca habíamos tenido un verano.

Medianoche

Pasamos casi toda la noche afuera, pasando frío. Mi madre dijo que no podía hablar de Lucas, Rosie ni de *El Show de Jeremy Kyle* sin fumar «muchísimos cigarrillos». Nos sentamos en una mesa de picnic increíblemente incómoda, bajo una sombrilla ridícula que anunciaba Carling Black Label. Apenas tuvimos tiempo para hablar a solas. Los fumadores no dejaban de salir a unirse a nosotros, entre ellos el Muy Honorable Hugo Fairfax-Lycett de Fairfax Hall, que felicitó a mi madre por su impermeable de leopardo y su sombrero a juego. Dijo con voz pausada: «Qué maldito fastidio tener que salir a fumar cada cinco minutos. Uno quiere apoyar al pub local, pero ¿qué es una copa sin el paquete de cigarrillos y el Ronson [marca de mecheros] sobre la mesa frente a uno?».

Mi madre se lanzó a una diatriba sobre la propensión del Nuevo Laborismo a «estropear nuestros placeres sencillos».

Fairfax-Lycett no paró de hablar de la caza del zorro, de prohibir las castañas y de la corrección política. Normalmente, este tipo de comentarios serían como un trapo rojo para un toro, y temía la reacción de mi madre. Pero para mi asombro, asintió y sonrió con picardía mientras contemplaba el rostro maltrecho pero aristocrático de Fairfax-Lycett. Cuando él le ofreció un Dunhill, noté que sus manos se rozaron, y cuando él le encendió el cigarrillo, intercambiaron una mirada. Ya había visto esa mirada antes y siempre presagia un desastre.

De camino a casa, mientras circunnavegábamos los baches del camino, logré dejarle bien claro que bajo ningún concepto debía aceptar aparecer en *El Show de Jeremy Kyle*. Le hice prometer por la vida de Gracie que ni siquiera hablaría con nadie del equipo de producción, si se ponían en contacto con ella.

Ella dijo: «Sería una oportunidad para aclarar el aire».

Le dije: «Si necesitas despejar el aire, compra un extractor. Pero bajo ningún concepto debes lavar la ropa sucia de nuestra familia en público».

Mi madre dijo: «Adrian, para ser honesta, siempre me he preguntado quién era el padre de Rosie. No tiene esa torpeza de los Mole. Ya sabes, ese despiste, esa falta de maña, esa incapacidad para caminar por la sección de porcelana china de unos grandes almacenes sin que el abrigo se enganche con algo valioso...».

Esto se refería a la vez que tenía ocho años y desplazé una sopera Wedgwood con la manga de mi abrigo de invierno, que me quedaba demasiado grande, en John Lewis de Leicester.

Le dije: «Para ser más precisos, Rosie es la viva imagen de Rat Fink Lucas: esa piel morena, pelo negro, ojos marrones. Siempre ha sido una intrusa en el nido, mamá».

Seguimos caminando en silencio hasta llegar a nuestras respectivas puertas. Podía oír la sintonía de *Gran Hermano* a todo volumen en la televisión de casa de mis padres y los tonos melancólicos de «Aleluya» filtrándose por la rendija de mi puerta.

Cuando Daisy entra en su fase Leonard Cohen, significa problemas para mí.

Jueves 30 de agosto

En mitad de la noche me levanté para ir al baño y encontré a Daisy con su portátil en el salón. Leonard Cohen murmuraba de fondo sobre una tal Alexandra que se iba [«Alexandra Leaving» (2001), un tema sobre la aceptación de la pérdida y la inevitable despedida del amor].

Cuando me vio, activó el protector de pantalla y dijo: «Deberías llevar esa vejiga al médico, Adrian». Le indiqué que eran las 4 de la madrugada y ella respondió: «Prefiero mantener el horario del rock and roll».

La cama estaba fría cuando volví. El melancólico otoño se cierne sobre nosotros.

Viernes 31 de agosto

Le llevé a Daisy a casa un regalo: el libro de Nigella Lawson, *Cómo ser una diosa doméstica*. Murmuró un gracias y lo abrió al azar, luego dijo: «Anchoas, odio las anchoas», y lo cerró de nuevo.

Me rompió el corazón y tuve que salir de la habitación antes de poder decir nada.

La casa estaba muy desordenada y el fregadero lleno de ollas sucias. Cuando le pregunté a Daisy, con calma, qué había estado haciendo todo el día, se desahogó diciendo que tenía Trastorno Obsesivo-Compulsivo, y que todas las personas civilizadas tenían lavavajillas. Escuché *The Archers* mientras lavaba los platos – Ruth Archer tiene problemas con su prótesis y planea hablar con David sobre la reconstrucción mamaria. El agua corriente me hizo ir al baño dos veces, lo cual es ridículo. Obviamente hay una causa nerviosa porque, después de orinar, todavía siento la vejiga llena. Quizás debería consultar con un terapeuta.

No tengo con quién hablar de mis problemas, aparte de Nigel. Después de consultar mi saldo bancario en línea (tenía un descubierto de 349,31 libras), lo llamé y le pregunté si podía pasar a verle mañana de camino a casa. A regañadientes accedió.

Gracie estaba en su habitación jugando a ser trabajadora social con sus muñecas. Barbie y Ken estaban casados con una muñeca Bratz, y Cindy (vestida con un traje de negocios y un maletín) amenazaba con llevarse a la hija de Barbie (Baby Annabelle) a un centro de acogida. El hecho de que Baby Annabelle sea mucho más alta que la delgada Barbie no parece importarle a Gracie. ¿De dónde saca mi hijita sus conocimientos sobre trabajo social? Intuyo que es la influencia de mi madre, a quien le encanta contar anécdotas escabrosas sobre los desafortunados que viven en las viviendas sociales del pueblo. Me quedé viendo a Gracie jugar hasta que se llevaron a Baby Annabelle a vivir con el Oso Paddington y su esposa Wendy (un Mi Pequeño Poni morado) en su casita de juegos/orfanato. Mientras hacía de padrino en la boda de Cartero Pat y Tinky Winky, le dije a Gracie que la mayoría de los padres se quieren y quieren a sus hijos. Le pregunté por qué no jugaba a las familias felices, pero no me contestó y se entretuvo jugando con el velo de novia del cartero Pat.

2 a.m.

Hice mis movimientos habituales con Daisy esta noche: le acaricié el muslo, le masajeeé el hombro, pero no respondió. Después de un rato, me di por vencido y le di la espalda.

Sábado 1 de septiembre

Hoy estuvimos muy ocupados en la librería. Solo la mitad de los clientes estaban locos. Cuando uno de esos locos entró pidiendo un libro sobre ovnis y, de camino a la estantería, me dijo que había visto extraterrestres de dos metros caminando por un campo a las afueras de Market Harborough, se lo pasé a Hitesh, que cree que la CIA estadounidense hizo explotar las Torres Gemelas.

Nigel y Lance Lovett estaban viendo *Hollyoaks* [telenovela] a oscuras cuando llegué. Sé que es una tontería, pero me molesta que no enciendan ninguna luz.

Cuando les comenté que era extraño ver a dos hombres ciegos «viendo» la televisión, Nigel dijo: «Aún podemos oír los efectos de sonido y los diálogos, Moley, y solo pagamos la mitad de la licencia».

Dios sabrá qué ganan escuchando *Hollyoaks*. El sonido consiste en portazos, sollozos, peleas, escenas de amor y revelaciones sobre la paternidad de los niños. Cuando llegaron los anuncios, Nigel bajó el volumen y me prestó toda su atención. Quería hablar con él a solas, pero Lance no hizo ningún amago de dejarnos y difícilmente podía pedirle a un ciego que fuera a algún sitio a sentarse en la oscuridad, así que les conté a ambos mis muchos y variados problemas, empezando por *El Show de Jeremy Kyle* y finalizando con la obvia infelicidad de Daisy. Nigel dijo (usando, a mi parecer, una cantidad excesiva de metáforas): «Has cogido una orquídea rara y la has encerrado en una letrina oscura. No la has alimentado ni le has prestado suficiente atención. ¿Acaso sorprende que sus raíces luchen por sobrevivir? Daisy es un pájaro atrapado con las alas rotas, es un huevo Fabergé que has hervido durante cuatro minutos y te has comido para desayunar».

Lo interrumpí justo cuando estaba embarcándose en una nueva metáfora sobre Daisy como un volcán sumergido.

Lance dijo: «Tuve una larga conversación telefónica con Daisy esta mañana. Me dijo que su vida amorosa era como el desierto del Kalahari. Dijo que luchas entre arenas movedizas para llegar a la cima de una duna, pero rara vez llegáis juntos».

Nigel y Lance lo encontraron gracioso.

Dije: «Me sorprende y me siento traicionado al saber que mi esposa ha estado contando los detalles más íntimos de nuestra vida amorosa».

Nigel dijo, con ligereza: «No dejes que tus calzoncillos se enreden [No te preocupes], las mujeres siempre les cuentan a los hombres gays sus secretos más íntimos».

«Nosotros somos los guardianes del conocimiento», dijo Lance, «y no estoy hablando de decoración de interiores».

Volvieron a reír.

Miré alrededor de su sala de estar. De alguna manera, aunque no podían ver, habían logrado coordinar la alfombra, las cortinas y los cojines.

¿Los hombres gays tienen un gen extra, el de los muebles y la decoración?

Cuando llegué a casa, mi madre estaba allí hablando con Daisy sobre el problema de Lucas/Jeremy Kyle. Me alarmó que parecieran estar considerando las ventajas de, como dijo mi madre, «sacar todo a la luz y, por fin, cerrar el capítulo». Hablé apasionadamente y, creo, con elocuencia sobre las beneficios de mantener los secretos familiares ocultos y sin resolver, pero me miraron con lo que solo puedo describir como una lástima incrédula y retomaron su conversación. Gracie estaba en la habitación de al lado con mi padre, viendo un DVD de *El Mago de Oz* por septuagésima novena vez (mi padre lleva la cuenta), así que fui a la cocina y retomé el trabajo en *¡Plaga!*. Escribí un monólogo para una víctima de la peste.

ESCENA VI

Village Green, Mangold Parva. Es día de mercado. Una jauría de perros cruza desde la izquierda del escenario y sale por la derecha. Una gallina llega al centro del escenario y pone un huevo, luego sale por la derecha. Los aldeanos compran y venden productos. Empieza a nevar. Una víctima de la peste sale tambaleándose por la izquierda del escenario y se dirige al público. Los aldeanos retroceden asustados.

VÍCTIMA DE LA PESTE (dirigiéndose a la audiencia): Sí, aléjense de mi pobre cuerpo enfermo. Ningún hombre ni mujer tocará mi carne putrefacta, ni me ofrecerán consuelo ni palabras amables. La muerte me espera a la vuelta de la esquina, pues nadie puede sobrevivir una vez que la peste lo ha tocado. No quiero abandonar este mundo. Hay muchas delicias que no he visto. He oído que al este hay un mar donde los barcos navegan hacia tierras lejanas, al sur un montón de rocas sagradas que llaman Stonehenge, y al oeste se encuentra la gran ciudad de Leicester, donde hay muchos edificios resplandecientes de tal magnificencia que la gente humilde se frota los ojos con asombro, pensando que lo que ven no es más que un sueño.

Una campesina se acerca a la víctima de la peste.

CAMPESINA: ¡Fuera, diabólica víctima de la peste! ¡Llévate tu inmunda persona a un agujero y muérete! ¡No eres digno de estar en un lugar público!

GODFRIED se abre paso entre la multitud hasta el centro del escenario.

GODFRIED: Ten piedad de este pobre desgraciado. ¿Acaso no tiene carne como la tuya? ¿Acaso no tiene corazón, alma y entrañas que Dios le ha dado?

GODFRIED extiende los brazos y se acerca a la víctima de la peste.

GODFRIED: Ven a mí, infame. Abrazaré tu común humanidad.

GODFRIED abraza a la víctima de la peste. El público jadea. La jauría de perros entra por la izquierda del escenario y rodea a GODFRIED y a la víctima de la peste. Los perros actúan al unísono e inclinan la cabeza como si rezaran.

Estoy bastante satisfecho con esto. Puede que sea difícil lograr que los perros bajen la cabeza simultáneamente, pero hay tiempo de sobra para entrenarlos. La gallina podría ser más problemática.

Lunes 3 de septiembre

Daisy me llamó al trabajo para decirme que había llamado a la consulta a las 8 de la mañana para pedir una cita por mi problema de vejiga, pero que la línea estaba siempre ocupada.

Cuando por fin consiguió comunicarse, la recepcionista, la Sra. Leech, le dijo: «Son las ocho y media. Debe llamar antes de las ocho y media para pedir cita». Cuando Daisy le comentó que llevaba intentándolo desde las ocho, la Sra. Leech dijo: «Si no sigo las normas, aquí reinará la anarquía». Cuando Daisy preguntó si podía pedir cita para mañana por la mañana, la Sra. Leech dijo: «No, debe llamar mañana entre las ocho y las ocho y media».

Daisy me confesó que había dicho una palabrota y que la Sra. Leech le había dicho: «La oí, Sra. Mole. Quizás debería saber que nuestra conversación se está grabando para la formación del personal».

Daisy dijo que, como no había dado su permiso para que se grabara su voz, presentaría una queja formal ante la BMA [Asociación Médica Británica].

En mi opinión, siempre es un error enemistarse con la recepcionista de un doctor.

Martes 4 de septiembre

Empecé a llamar a la consulta a las 7:59. La Sra. Leech contestó inmediatamente y me dijo que debía volver a llamar a las 8:00.

Llamé a las 8:00. La línea estaba ocupada. Volví a llamar a las 8:15 mientras iba en bici al trabajo. Conseguí comunicarme a las 8:25, pero no pude hacerme oír porque, en ese preciso instante, pasó un camión de bomberos con la sirena a todo volumen. Salí a la acera y me bajé, pero la Sra. Leech había cortado la llamada. Lo intenté de nuevo, pero la línea estaba ocupada. Menos mal que no sufro de una enfermedad grave que requiera tratamiento inmediato.

Conseguí comunicarme a las 8:31, y la Sra. Leech me dijo que ya era demasiado tarde para pedir una cita.

10:15 a.m.

La Dra. Pearce me acaba de llamar al móvil para preguntarme si la tienda tiene un ejemplar de *Sí, me gustaría tener sexo contigo*. Me sorprendió mucho recibir su llamada, sobre todo porque era muy tarde para una llamada de una simple conocida.

Por desgracia, Daisy me oyó decir «sí, me gustaría tener sexo contigo» mientras lo escribía. Cuando colgué, después de haberle dicho a la Dra. Pearce que «atendería su petición mañana», Daisy irrumpió en la cocina y me acusó de tener una aventura. Defendí mi inocencia, pero ella gritó: «¡Te oí con mis propios oídos, bastardo infiel!».

Le informé que el libro *Sí, me gustaría tener sexo contigo* tenía el subtítulo de *Guía para adolescentes sobre el primer encuentro sexual*, pero estaba demasiado enfadada para escucharme.

La última vez que eché un vistazo al diario de Daisy, escribía con admiración sobre el porte imponente de Hugo Fairfax-Lycett mientras se encargaba de achicar el agua de la casa semisumergida del viejo Will Frost en Hollow Lane el mes pasado.

Diario, es bien sabido que las parejas adúlteras suelen sospechar de la infidelidad de sus cónyuges. ¿Es coincidencia que Fairfax-Lycett siempre aparezca en El Oso a los pocos minutos de nuestra llegada?

Miércoles 5 de septiembre

Una experta forense de la policía de Michigan fue despedida por usar las instalaciones del laboratorio para analizar el ADN de la ropa interior de su marido. Ann Chamberlain, de treinta y tres años, admitió durante el proceso de divorcio que había realizado pruebas forenses a la ropa interior de su marido en el laboratorio de la Policía Estatal porque sospechaba que le era infiel. Cuando le preguntaron qué mostraban los resultados, respondió: «Otra mujer. Que no era yo».

Le mostré esta noticia a Daisy y le ofrecí toda la ropa interior que he usado desde el domingo. Ella respondió, fríamente, que ya era demasiado tarde, que había hecho un lavado a 60 grados.

Jueves 6 de septiembre

Envié un fax a la clínica a las 8:01 solicitando una cita. Recibí una respuesta inmediata por fax de la Sra. Leech indicando que «las citas solo se pueden conceder por teléfono».

Viernes 7 de septiembre

Envié un correo electrónico a la Sra. Leech pidiéndole que estuviera disponible para atender mi llamada telefónica a las 8:00 en punto. Recibí un correo electrónico a las 8:02 informándome de que «en ese momento» había una cola de treinta personas en espera.

Cuando llegué al trabajo, fui a la trastienda y llamé a NHS Direct [servicio telefónico de asesoramiento y atención médica operado por enfermeras perteneciente al Servicio Nacional de Salud del Reino Unido]. Hablé con una mujer muy amable y le expliqué mis síntomas (micción frecuente, dolor al orinar, goteo al orinar y dolor ocasional en algún órgano). La oí teclear y luego me dijo: «Debería ir a ver a su médico de cabecera inmediatamente».

Le expliqué las dificultades que tenía para conseguir una cita. Me dijo que debía ir a urgencias de mi hospital local. Insistió en que no debía demorarme. Le di las gracias y colgué. Durante todo el día tuve una terrible sensación de inquietud. Fui a la sección de medicina y encontré *Síntomas y diagnóstico*. Tras auto-diagnosticarme, llegué a la conclusión de que tengo una severa infección de vejiga. El libro también diagnosticaba cáncer de próstata, pero, gracias a Dios, soy demasiado joven para eso. El cáncer de próstata, como cualquier necio sabe, solo afecta a hombres muy mayores, y yo no cumplo cuarenta hasta abril del año que viene.

Sábado 8 de septiembre

Busqué *Sí, me gustaría tener sexo contigo* y lo encontré en la sección de ficción juvenil. Cuando le indiqué a Hitesh que era un libro de no ficción y que debería haber estado en la sección médica, Hitesh me dijo, con la arrogancia propia de la juventud: «Lo siento, Sr. Mole, pero creía que el sexo era principalmente un interés adolescente».

Hitesh acaba de empezar a salir con una chica inglesa llamada Chelsie Hoare, que se operó los pechos para su 18 cumpleaños. Tiene que verla en secreto, sus padres le matarían si se enteraran.

Sentí que tenía que explicarle que la gente de mi edad también tiene interés en el sexo.

Puso cara de asco.

El chico tiene mucho que aprender. No para de poner libros sobre el Partido Laborista en la sección de historia.

Justo cuando estaba cerrando, la Dra. Pearce entró corriendo con dos bolsas de Mothercare [Premamá] y preguntó si podía llevarse el ejemplar de *Sí, me gustaría tener sexo contigo*. Su pelo necesitaba un lavado y el vientre se le marcaba bajo una falda demasiado ajustada. Entré en la trastienda y me sorprendió descubrir que me había seguido.

Dijo: «¡Madre mía, cuántos libros! Apenas hay sitio para moverse».

Sentí alivio al oír sonar el timbre de la puerta, pero al salir me alarmé al ver que eran Daisy y Gracie.

Gracie preguntó: «¿Por qué permaneces en la oscuridad?».

Antes de que pudiera responder, la Dra. Pearce reapareció y dijo: «Gracias por tu atención personalizada. Será un día triste cuando perdamos nuestras librerías independientes».

Cuando la Dra. Pearce recogió sus bolsas de Mothercare y se marchó, le pregunté a Daisy qué hacía en la ciudad. Dijo que lamentaba sus acusaciones de la otra noche y que le parecía bien cenar temprano en Wayne Wong. Desafortunadamente, mientras caminábamos hacia el restaurante chino, la Dra. Pearce pasó en coche, se detuvo y dijo: «Se me olvidó preguntarte, Adrian, ¿podrías pedirme la secuela de *Sí, me gustaría tener sexo contigo*? Creo que se titula *Lo siento, ya no quiero tener sexo contigo*».

Supe entonces que no volvería a manipular los palillos esa noche, ni en muchas noches más. Daisy soltó la mano de Gracie, se dio la vuelta y se alejó ruidosamente por la calle principal con sus tacones altos.

Diario, nadie me habría juzgado si hubiera seguido hasta Wayne Wong. Después de todo, solo había comido una barrita de Twix desde el almuerzo, y tenía muchas ganas de comer wontons fritos y ternera con jengibre y fideos crujientes, pero me di la vuelta y seguí a mi esposa.

Cuando Gracie preguntó: «¿Por qué mamá se escapa de nosotros?», le dije que mamá estaba trotando para prepararse para una media maratón.

Domingo 9 de septiembre

La discusión sobre Pearce duró todo el día y hasta bien entrada la noche. Estoy exhausto y angustiado. Daisy dijo cosas crueles y despiadadas sobre mí, mi personalidad, mi aspecto, mi ropa, mis padres, mis amigos, mi forma de comer, dormir, beber, caminar, reír, roncar, castañetear los dientes, crujirme los dedos, eructar, tirarme pedos, limpiarme las gafas, bailar, llevar los vaqueros subidos hasta las axilas, poner salsa HP [Houses of Parliament (Casas del Parlamento), el condimento británico más icónico, de color marrón oscuro y sabor agridulce, denso y muy especiado] en la tostada, negarme a ver *Factor X* y *Gran Hermano*, conducir... La letanía fue interminable, intercalada con lágrimas y sollozos. Intenté abrazarla y consolarla, pero me apartó, diciendo: «¿Por qué no abrazas a la Dra. Pearce? ¡Sabes que quieres hacerlo!».

Protesté diciéndole que los embarazos frecuentes habían afectado claramente al atractivo sexual de la Dra. Pearce y que se había descuidado.

Daisy dijo: «¡Tu madre me advirtió que los hombres Mole no toleran que sus mujeres Mole pesen más de 60 kilos! ¡He *intentado* adelgazar, Adrian, pero insistes en tener galletas de chocolate en casa!».

A medianoche, cuando Daisy por fin se durmió, salí de casa. La luna brillaba y un viento del este azotaba las copas de los cipreses mientras bajaba a trompicones por el camino lleno de baches para llamar a Pandora. Esperaba dejarle un mensaje —casi nunca contesta ella misma—, pero para mi sorpresa, contestó de inmediato: «¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Ha muerto alguien en Leicester?».

Me disculpé por llamarla tan tarde y le dije que necesitaba hablar con ella urgentemente.

Me respondió con impaciencia: «Mira, me has interrumpido mientras trabajaba en un documento de política para la oficina de Gordon Brown. Tiene que estar en su escritorio a las ocho».

Por cortesía, le pregunté qué tipo de política requería la atención urgente del Sr. Brown.

Ella dijo, con cierta reticencia, pensé: «¿Merecen los tritones ser considerados especie protegida?».

Le dije: «Quizás pueda ayudarte con eso. ¿Recuerdas cuando trabajaba en el Departamento de Medio Ambiente?».

«Claro que sí», respondió.

«Bueno, mi especialidad era la población de tritones».

«Sí», dijo, «y cometiste un error terrible al estimar que había 120.000 tritones en Newport Pagnell, cuando en realidad solo había 1.200, y, en consecuencia, retrasó la construcción de la nueva circunvalación durante diez años».

«¿Cómo has podido saber eso?», pregunté.

«Por internet», respondió. «Tu informe está en una página web llamada www.erroresdeplanificación.com».

«¿Por qué le interesan tanto los tritones al señor Brown?», pregunté.

«El gobierno está intentando simplificar las leyes de planificación», dijo, «y los dichosos tritones y las orquídeas raras impiden que las familias trabajadoras de los interesados vivan en viviendas dignas gracias a nuestras propuestas de ecociudades».

«¿Acaso el señor Brown no tiene asuntos más importantes que atender?», pregunté. «Como Irak, la deuda de veinte millones de libras del Partido Laborista y el hecho de que los hospitales del Servicio Nacional de Salud están plagados de infecciones mortales».

Pandora dijo: «Es un micro-manager obsesivo. Duerme solo tres horas por noche. Oí el rumor de que ha empezado a usar corrector de Elizabeth Arden en sus ojeras».

A Pandora le encanta contarme estos chismes. Estaba a mitad de camino de hablarme de cómo Geoff Hoon usaba la crema para canas de Garnier, cuando la interrumpí y le dije que mi esposa parecía odiarme. Pandora se rió y dijo: «Ya deberías estar acostumbrado. ¿Acaso no son todas tus relaciones con las mujeres un desastre? ¿No tuviste una novia que te quemó la casa?».

«Estaba mentalmente enferma», protesté.

«Sí, pero tú la *elegiste*», dijo Pandora.

Un búho ululó en el sicomoro de enfrente, recordándome que, a menos que volviera a casa a dormir, no serviría para nada al día siguiente. Le di las buenas noches a Pandora y añadí: «Siempre te querré».

Pandora guardó silencio durante un buen rato y luego preguntó: «¿Es un búho lo que he oído?».

Le dije que sí y desconectó la llamada.

Lunes 10 de septiembre

Ni Daisy ni Gracie me hablaron esta mañana. Es un poco molesto cuando tu propia hija te ignora.

Estaba a mitad de atender a un joven con una dentadura terrible que tenía el libro *La Guía Oxford de la literatura inglesa* de Margaret Drabble cuando me disculpé y fui al baño. El Sr. Carlton-Hayes se hizo cargo de la venta. Cuando el hombre de la dentadura terrible se fue, el Sr. Carlton-Hayes dijo: «Adrian, querido, no pude evitar notar que vas al baño cada vez con más frecuencia. ¿Estás enfermo, querido, o es una afección nerviosa?»

Sentí que me sonrojaba y me salvé de tener que responder cuando una mujer con una bata rosa salmón y pantalones capri verde oliva irrumpió y pidió una copia de *Lo que no debes ponerte*.

El Sr. Carlton-Hayes y yo solíamos tomar una taza de té o de café sin parar todo el día, pero el resto del día lo corté drásticamente. Aun así, tuve que salir corriendo varias veces a la trastienda. La última vez, cuando salí y me estaba lavando las manos, el Sr. Carlton-Hayes se acercó, me puso una mano en el hombro y me dijo: «Adrian, por favor, ve a ver a alguien por tu problema urinario. ¿Tienes otros síntomas?».

Preferiría arrastrarme sobre cristales rotos antes que contarle al Sr. Carlton-Hayes sobre el dolor ocasional al orinar, pero accedí a ir al doctor.

Llamé a Daisy a las cinco y media y le dije que iba a la clínica de urgencias del Hospital Real. Ella dijo: «Ya era hora».

La clínica de urgencias parecía sacada del Tercer Mundo. La sala de espera consistía en una habitación rectangular con poca luz, con pacientes sentados alrededor en sillas de plástico. Algunos estaban ensangrentados, otros encorvados, la mayoría eran obviamente pobres y al menos tres tenían la nariz aplastada y el rostro maltratado de los alcohólicos sin hogar. Había padres jóvenes asustados con bebés llorando, un niño pequeño con una hemorragia nasal y una anciana con una tos seca. Me atendieron a las nueve y media. El médico era un joven pelirrojo. Bostezó varias veces mientras le describía mis síntomas. Luego me preguntó: «¿No tiene médico de cabecera?».

Le expliqué mi dificultad para conseguir cita. Él, asintiendo hacia la sala de espera, dijo: «Sí, por eso estamos abiertos veinticuatro siete. ¿Su médico de cabecera ha cambiado de coche recientemente?».

Le respondí: «De hecho, sí. Antes conducía un viejo Volvo familiar, pero hace unos meses lo cambió por un Mercedes 4x4 nuevo».

El médico, cuyo documento de identidad decía Tim Coogan, rió triunfalmente y dijo: «Sí, los médicos de cabecera son los nuevos ricos, los muy bastardos trabajan la mitad de horas por el doble de dinero».

Parecía haberse olvidado de mí y de mis síntomas, así que le pregunté: «¿Es preocupante mi micción frecuente?».

Me respondió: «No lo sé. Vamos a examinarte». Se puso un par de guantes azules y dijo: «Súbete a la camilla. Bájate los pantalones y llévate las rodillas al pecho. Te voy a hacer un DRE [tacto rectal digital]».

Me arrepentí de llevar calzoncillos bóxer que se habían teñido de rosa en la lavadora mientras veía al Dr. Coogan meter el dedo índice en un frasco que decía «lubricante».

«¿DRE?», pregunté.

«Tacto rectal digital», dijo, metiendo el dedo índice en mi recto y moviéndolo. «Presentas los síntomas clásicos de problemas de próstata».

«No, no será mi próstata», dije, intentando sonreír. «Sé que parezco mayor de lo que soy, pero solo tengo treinta y nueve años y medio».

Diario, siento que un hombre más a gusto consigo mismo y con su cuerpo bien podría tomarse a la ligera el examen del Dr. Coogan. Podría reírse o usar términos vulgares, propios de un jugador de rugby. Sin embargo, yo no soy ese hombre.

«Intenta relajarte», dijo.

Dios sabe que lo intenté, Diario. Intenté recordar un ejercicio de relajación que me había enseñado un terapeuta años atrás. Consistía en nadar en un mar azul oscuro, pasando junto a una pequeña isla desierta.

El Dr. Coogan dijo, en un intento de humor: «Si no se relaja, Sr. Mole, podría atrapar mi dedo en su trasero para siempre».

Hice un esfuerzo consciente por relajar los músculos rectales y finalmente retiró su dedo.

«Vaya», dijo, «rara vez me he encontrado con músculos tan fuertes».

Me subí los pantalones y dije: «Sí, me han descrito antes como una persona con retención anal».

Tiró sus guantes azules a la basura y se lavó las manos en un pequeño lavabo. «Le escribiré una nota a su médico de cabecera pidiéndole que le saque una muestra de sangre». Escribió una nota y la metió en un sobre marrón.

La leí de camino al aparcamiento. Decía:

Estimado Dr. Wolfowicz:

Esta tarde atendí a su paciente, el Sr. Adrian Mole, en la clínica.

Le realicé un tacto rectal y solicité que le hagan un análisis de sangre, incluyendo la determinación del PSA [Antígeno Prostático Específico, para detectar cáncer de próstata].

Este paciente intentó, sin éxito, concertar una cita con usted y tuvo que acudir a esta clínica de urgencias. Le ruego que pida a un miembro de su personal que llame al Sr. Mole para concertar una cita lo antes posible.

Atentamente,
T. Coogan
Médico residente

Al llegar a casa, me recibieron con una cortesía gélida. Cené solo. Daisy había preparado una salsa boloñesa, pero, como siempre, se había excedido con el orégano. Cuando entró y me encontró tirando la mayor parte a la basura debajo del fregadero, no dijo nada, pero la mirada que me lanzó fue digna de la mujer de Lot.

Vi un documental sobre el 11-S durante unos minutos, pero tuve que apagarlo. Daisy no me preguntó qué había pasado en el hospital. Dormimos separados por segunda noche consecutiva.

Martes 11 de septiembre

Salí de casa bajo un aguacero, con mi ropa impermeable.

Daisy me miró de arriba abajo y me dijo: «Pareces ese viejo tipo que salía en las latas de sardinas de John West. No te queda bien».

Casi me atropella un camión cisterna en la autovía. Me bajé de la bici y caminé el resto del camino hasta el trabajo. Cuando llegué, el Sr. Carlton-Hayes me preguntó cómo me había ido en la consulta del hospital. Se me llenaron los ojos de lágrimas y tuve que apartar la mirada antes de atreverme a hablar.

Jueves 13 de septiembre

La Sra. Leech llamó esta mañana a las 7:45 y me dijo que había concertado una cita para las 8:20. El doctor Wolfowicz vive en una casa de estilo eduardiano a las afueras del pueblo. Ha convertido el antiguo establo en una consulta. Mientras esperaba, leí un ejemplar desgastado de la revista *Sainsbury*.

Jamie Oliver había escrito un artículo sobre la salsa boloñesa. Daba varias recetas, pero en ningún momento mencionaba el orégano. Arranqué con cuidado la página y me la guardé en el bolsillo.

La Sra. Leech estaba permanentemente al teléfono diciéndole a la gente que no había citas disponibles. Cuando llegó mi turno, me entregó mi historial médico y me dijo: «Necesitaré las notas manuscritas de toda la vida. Al Dr. Wolfowicz no se le dan bien las cosas tecnológicas y no distingue un ratón de un módem».

El Dr. Wolfowicz parecía recién salido de una jornada laboral en una acería de Gdansk. Su enorme rostro parecía esculpido en piedra. ¿No es hora de comprarse un traje decente? Después de todo, lleva al menos tres años en este país. Debo admitir, eso sí, que su inglés ha mejorado.

Murmuró: «Intentaré darte de alta en el sistema». Se giró hacia la computadora de su escritorio y pulsó algunas teclas. Tras escribir mi nombre y preguntarme si ahora vivía en Belfast, a lo que respondí: «No, vivo en el número dos, Las Pocilgas», suspiró y tomó mi historial médico. Leyó las últimas páginas, incluida la carta del Dr. Coogan, y luego dijo: «¿Así que te han hecho un DRE?».

«Sí», dije, «entonces no necesito otra. Solo tiene que sacarme un poco de sangre».

El Dr. Wolfowicz frunció el ceño y dijo: «Por favor, Sr. Mole, no me diga cómo hacer mi trabajo. Tendré que examinarlo yo mismo. Ahora se va a sentar en la camilla.»

Se puso un par de guantes y me bajé los pantalones y me puse en posición fetal por segunda vez en dos días. No fue tan malo como la última vez. Cuando me vestí de nuevo, dijo: «Su próstata no está como me gustaría. Le sacaré un poco de sangre y luego esperaremos...»

Le dije: «Pero no puedo tener problemas de próstata. Soy demasiado joven».

Me preguntó: «¿Tiene dolor en el pene?».

«Ocasionalmente», respondí.

«¿Y tiene disfunción eréctil?».

Le dije: «Hace tiempo que no lo intento, mi esposa y yo estamos teniendo algunas dificultades...».

El Dr. Wolfowicz sonrió con comprensión y dijo: «Mi esposa, está en Varsovia, también...». Me puso un torniquete en el brazo y dijo: «Un pequeño pinchazo». Luego tomó tres viales de sangre y dijo: «Los enviaré hoy mismo. Quizás tengamos los resultados la semana que viene...».

Al irme, la Sra. Leech me dijo: «En el futuro, Sr. Mole, por favor, desista de destruir nuestras revistas. Está privando a otros pacientes de lectura».

Le indiqué que la revista de la que había arrancado la receta de Jamie se publicó por primera vez en 2003.

Ella me espetó: «Por favor, no me hable en ese tono de voz, Sr. Mole. Solo trato de hacer mi trabajo».

¿Por qué no lo dejé ahí, Diario? ¿Por qué tuve que seguir provocándola delante de una sala de espera llena de aldeanos?

Nuestra discusión continuó hasta que el Dr. Wolfowicz salió de su habitación y, con voz tranquila, como quien adiestra a un perro, dijo: «Sra. Leech, ¿tengo que esperar para siempre al próximo paciente?».

La Sra. Leech gritó: «¡Sra. Goodfellow! [Buentipo]», y una anciana se dirigió cojeando hacia la consulta del doctor.

Mientras iba en bicicleta al trabajo, miré hacia abajo y vi que tenía los dedos cruzados sobre el manillar.

Cuando llegué a la tienda, se me encogió el corazón. La Dra. Pearce estaba afuera, esperando a que abriera. Dijo que tenía tiempo libre antes de su próxima tutoría, así que le preparé un café y charlamos un poco sobre niños. Me contó que últimamente los niños y la casa la tenían agobiada porque su marido, Robin, estaba en Noruega midiendo glaciares. Hablé de la industria del cuero noruego y creo que le sorprendió mi conocimiento. Es aficionada a la mitología noruega y comparó a la esposa de Odín con Boudica [Mujer victoriosa, reina guerrera que se rebeló contra el Imperio Romano]. Me sentí aliviado cuando entró un cliente habitual y la Dra. Pearce dijo: «Me voy volando».

Después de que se marchara, tuve una ensoñación. Estaba de pie en la proa de un barco junto a Pandora, su abundante melena rubia ondeaba al viento mientras entrábamos en un fiordo.

Viernes 14 de septiembre

Esta noche trabajé en *¡Plaga!*. Hasta que no la termine, no sé cuántos papeles tiene ni cuántos animales se necesitan. Los Mangold Parva Players no han actuado juntos desde que se pelearon por una producción de *Fama*, cuando la coreógrafa, Marcia, de la clase de baile de los sábados por la mañana en el salón parroquial, acusó a Garry Fortune, que interpretaba a Angelo, de sabotear el final haciendo gestos obscenos a su novia, que estaba entre la audiencia.

Daisy fue bastante civilizada conmigo esta noche, hasta que me acordé y le di la receta de boloñesa de Jamie Oliver.

Sábado 15 de septiembre

Pensé que mi madre se había olvidado de *El Show de Jeremy Kyle*, pero no tuve tanta suerte. Estaba hablando por teléfono con Rosie cuando pasé a su casa después del trabajo para pedirle prestada la maquinilla de afeitar los pelos de la nariz de mi padre, y la oí decir: «No sé qué me quedaría mejor en la tele, mi traje lila o mi vestido chaqueta fucsia».

Cuando colgó, le dije: «Si estás tan desesperada por ir a la tele, ¿por qué no te presentas a la audición de *Factor X*? Así podrías conocer a tu ídolo, Simon Cowell».

Ella respondió: «Yo cantaba con un grupo de rock en Norwich: Pauline and the Potato Heads [Pauline y los Cabeza Patata-Cabeza Huecas]. Podría haber sido famosa si tu padre no me lo hubiera impedido».

Domingo 16 de septiembre

Un día miserable. El aire estaba húmedo. Llevé a Gracie a dar un corto paseo por el bosque. Las hojas caían de los árboles, pero aún no se oía el crujido de la nieve bajo los pies. Oí disparos provenientes de los terrenos de Fairfax Hall, así que di la vuelta y regresé a casa. Comí panecillos y chocolate caliente. Vi el programa de televisión de antigüedades *Antiques Roadshow*. Daisy y yo dormimos en la misma cama, pero separados.

Lunes 17 de septiembre

Brett llamó a la librería a la hora del almuerzo para decirme que había “hecho un asesinato” [una fortuna] con derivados (sean lo que sean) antes de las diez de la mañana. Me preguntó si quería invertir algo de dinero suelto en un nuevo fondo de cobertura que había creado. Le dije que no tenía suficiente dinero ni para comprar un modesto seto de ligustro, y mucho menos para pagar la hipoteca, la comida, el gas y la luz. Le comenté que me habían hecho pruebas de próstata y le dije que estaba ansioso por los resultados.

Me dijo: «Tienes toda la razón de estar preocupado, he conocido a dos buenos amigos que han fallecido de cáncer de próstata en los últimos seis meses. Uno de ellos iba a ser el padrino en mi boda».

Aunque me molestaba que el foco de la conversación se hubiera desviado de mí una vez más, le pregunté: «¿Y cuándo te vas a casar?».

Me respondió: «No lo sé. Aún no he encontrado a la chica adecuada. Estoy buscando una mujer increíblemente guapa, rica e independiente, que no sea feminista».

Le dije: «Creo que te habrás dado cuenta de que escasean».

Él respondió, con bastante malicia: «¿Crees que no lo sé? Es la razón por la que no tengo planeado casarme en un inmediato futuro».

Nigel se mostró solo un poco más comprensivo cuando pasé a visitarlo después del trabajo.

Dijo: «Hace un par de años tuve un susto con la próstata. Resultó que tenía una infección de vejiga. Se me curó con antibióticos, así que no andes por ahí diciendo que tu tiempo se acabó, Moley». Luego cambió la conversación hacia su perro de servicio doméstico. Dijo: «No sabemos cómo llamarlo. No le llega ni a la suela a Graham. Es un vago de mierda, no se levantó para abrirle la puerta a Parcelforce [empresa británica de mensajería] esta mañana, así que tengo que ir hasta el depósito a recogerlo. ¿A menos que puedas ir tú, Moley?».

Tras rebuscar a tientas sobre la mesa de la cocina, encontró la tarjeta de «siento que no estuvieras en casa» y me la dio. No me quedó más remedio que ir a recoger su paquete. Cuando le pregunté qué contenía, me dijo: «Es un conjunto a juego de ropa de cama y cortinas de QVC [Calidad, Valor y Conveniencia, canal de teletienda]».

Guardé la tarjeta en mi bolsillo y me fui. El perro de la casa me acompañó hasta la puerta. Presiento que este chucho me dará problemas. Me parece que tiene cara de malhumorado y un aire de mártir.

En cuanto llegué a casa, Daisy corrió a decirme que mis padres habían ido al centro y estaban haciendo cola frente a la sucursal de Northern Rock en Horsefair Street, con la intención de retirar sus ahorros a primera hora de la mañana.

Le dije: «No pueden hacer cola toda la noche. Se congelarán hasta la muerte». Ella me respondió: «Tienen sacos de dormir y termos, y les dije que les rellenarías los termos durante la noche».

Le dije: «¿Por qué están tan desesperados? ¿No pueden esperar hasta el fin de semana?».

Daisy dijo: «¿No has visto las noticias, verdad? Northern Rock ha quebrado».

Le dije: «Imposible. Ese banco es tan sólido como una roca [rock]».

Encendimos las noticias y vimos largas colas, en su mayoría de pensionistas, esperando frente a una sucursal de Northern Rock en la City de Londres. Abundaban las sillas plegables y los termos. Una anciana con una permanente gris desaliñada le dijo a un reportero de la BBC: «He trabajado duro toda mi vida. No me iré de aquí hasta que saque todos mis ahorros de este banco».

El reportero preguntó: «¿Y dónde los va a guardar?».

«Debajo del colchón», respondió, desafiante.

A las 11 de la mañana fui en coche al pueblo, parando a comprar pescado con patatas fritas por el camino. Mis padres estaban acurrucados en sus sacos de dormir frente al Northern Rock. Eran los únicos en la cola. Se abalanzaron sobre el pescado con patatas fritas como salvajes. Mi padre dijo: «No hay nada como el aire fresco para abrir el apetito».

Intenté convencerlos de que volvieran a casa, pero mi madre dijo: «No hasta que tenga ese dinero en mi bolso. ¿Y si tu padre tiene que ingresar en una residencia de ancianos? ¿Cómo vamos a pagar los gastos?»

Mi padre se cubrió la cabeza con el saco de dormir. «¿Y cómo vamos a pagar nuestra parte de la hipoteca si el banco quiebra?»

Cuando terminaron su pescado con patatas fritas, les di a cada uno una toalla húmeda y les rellené los termos. Les pregunté: «¿Dónde guardaréis el dinero si no confiáis en las instituciones financieras?»

Discutieron sobre dónde guardar su dinero.

Mi madre dijo: «Hoy en día se pueden conseguir latas huecas que parecen judías Heinz».

Mi padre negó con la cabeza, asombrado ante esta última evidencia de la alta tecnología británica.

«Son a prueba de robos», dijo ella.

«A menos que al ladrón le apetezcan judías con tostadas», dije. «De acuerdo con las estadísticas policiales, el cuatro por ciento de los ladrones se preparan un tentempié antes de marcharse con su botín».

Tras intentar, sin éxito, persuadirlos de que volvieran a casa, me di por vencido y me fui a la cama.

Martes 18 de septiembre

Anoche, al llegar a casa, Daisy había preparado mi cena favorita de tres platos: un cóctel de gambas, sin la desagradable salsa rosada, costillas de cordero, puré de patatas y judías verdes, salsa de carne y salsa de menta. De postre, pastel de melocotón hecho con melocotones frescos y servido con una espesa crema pastelera Bird's. Lo acompañamos con una botella de vino rosado que Daisy había comprado en la oficina de correos. Como era previsible, era asqueroso, pero me dio igual.

Aparté la jarra de crema pastelera y le apreté la mano, ella me la apretó de vuelta, así que quizás nuestro matrimonio ha vuelto al redil. No nos acostamos hasta las dos de la madrugada. No hubo contacto sexual, pero nos dormimos en posición cucharita.

Miércoles 19 de septiembre

Hoy le he contado al Sr. Carlton-Hayes mis problemas de próstata.

Frunció el ceño y dijo: «Lo siento mucho, querido. Si necesitas tomarte unos días libres, le pediré a Leslie que te sustituya».

Para mi gran consternación, sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas otra vez.

El Sr. Carlton-Hayes dijo: «Eres joven. Lo más probable es que no te diagnostiquen cáncer». (Que pronunció «kenser»)

Era la primera vez que alguien pronunciaba la palabra «cáncer» en voz alta, aunque desde mi primer examen médico apenas había pensado en otra cosa.

Dije: «¿Y si es cáncer? No puedo morirme todavía. Tengo responsabilidades, una familia y tengo que cuidar de mis padres, son completamente irresponsables y no podrían sobrevivir sin mi ayuda. Y hay tantos lugares que no he visitado: el Taj Mahal, el Gran Cañón, los nuevos grandes almacenes John Lewis que están construyendo en Leicester».

El Sr. Carlton-Hayes me puso la mano en el hombro y me dijo: «Si el diagnóstico fuera el peor, recuerda que, por lo demás, gozas de buena salud y la juventud está de tu lado. Muchos hombres se recuperan completamente con las diversas formas de tratamiento».

Dije: «No puedo someterme a quimioterapia, me vería fatal con la cabeza calva».

Entró un cliente preguntando por el libro de Krafft-Ebing sobre desviaciones sexuales. Nos llevó veinte minutos encontrarlo, y luego no retomamos la conversación porque ya era hora de irnos a casa.

Mis padres han logrado con éxito retirar todos sus ahorros, pero no me dicen dónde han depositado el dinero. Espero que no los hayan metido en una lata falsa de frijoles, los ladrones conocen bien este truco. Hitesh me contó que el ladrón que entró en casa de sus padres abrió todas las latas de la despensa y dejó el abrelatas. Le pregunté a Hitesh si sus padres habían perdido dinero.

Me respondió: «No, guardan todo nuestro efectivo dentro de un saco de cinco kilos de arroz basmati».

Jueves 20 de septiembre

Esta mañana, un anciano con chándal, zapatillas enormes y una desaliñada coleta gris entró en la tienda y me pidió que tasara una primera edición de bolsillo de *Los oportunistas* de Harold Robbins. Le dije que no tenía ningún valor y le señalé que las páginas estaban arrugadas, la cubierta rota y parecía que alguien había usado trozos de beicon como marcapáginas.

El hombre del chándal se indignó y dijo: «¿Así que no vale nada?».

«No», confirmé.

«Mataré a ese bastardo mentiroso», dijo. Luego me contó que había aceptado la “primera edición” a cambio de ayudar a su yerno a cavar en su jardín.

Empaticé con el anciano y le dije que se fuera a casa a leer *Los oportunistas*, diciéndole: «Al menos sacarás algo de tu transacción».

Dijo: «No sé leer. Estuve ausente de la escuela por tuberculosis y no me puse al día».

Le dije que nunca era tarde para aprender y que podía asistir a clases de educación para adultos.

Él respondió: «No, no puedes enseñar a un perro viejo trucos nuevos».

Le dije: «Al contrario, ¿acaso no has visto *Dog Borstal* [programa de televisión de reeducación de perros]? Allí enseñan a los viejos perros más recalcitrantes a comportarse y a competir en una pista de obstáculos para perros».

Entonces mi madre entró en la tienda, a mitad de expedición de su compra de zapatos. Exclamó: «*Los oportunistas*. ¡Qué libro tan genial!».

El anciano dijo: «Puedes quedártelo, muchacha». Salió de la tienda cabizbajo.

Mi madre se volvió hacia mí y me dijo: «Tenemos que hablar de Jeremy Kyle. La investigadora me ha estado presionando otra vez. Dice que Lucas va a ir al programa de todas formas, acepte yo ir o no».

Le dije: «Déjalo ir, va a quedar como un estúpido solo». Ella bajó la mirada hacia *Los oportunistas* y pasó unas páginas, luego dijo: «No irá solo. Rosie va con él».

Le dije: «¿Es que no se da cuenta de que esto matará a papá? Rosie siempre ha sido su hija favorita».

«Al menos tu padre tiene dos hijos para elegir. Lucas no tiene ningún hijo aparte de...»

«Excepto Rosie», dije, completando su frase. Le pregunté directamente si quería ir al programa. Dio la vuelta a *Los oportunistas* y pareció leer la contraportada. «Debería ir a apoyar a Rosie», dijo.

«¿Y qué hay de papá?», pregunté.

«¿No puedes llevarle contigo al trabajo el día que se emita el programa?»

Le señalé que *El Show de Kyle Show* se emite tres veces al día: a las 9:30, a la 1:30 y de nuevo de madrugada, a la 1.

Ella dijo: «Voy a romper la pantalla a martillazos para que no pueda verlo».

Le dije: «Pero, mamá, seguro que alguien se lo cuenta».

«¿Por qué?», preguntó. «Últimamente no habla con nadie fuera de la familia».

Me di cuenta de que nada de lo que dijera la detendría. El Sr. Carlton-Hayes entró tras hacer una tasación de la colección de libros del padre fallecido de alguien. Se alegró mucho de ver a mi madre. La besó tres veces al estilo continental y le dijo que estaba «espléndida».

Ella rió como una niña y dijo: «¿Por qué no me invitas a un café? Adrian puede atender la tienda».

«Nada me daría más placer, querida», dijo, y me dejaron a solas con la repentina avalancha de estudiantes que buscaban libros de texto de segunda mano. Uno de ellos, que estudiaba Estudios Americanos, vio *Los oportunistas* en el mostrador y preguntó cuánto costaba. «Es gratis», le dije, y se lo di.

El Sr. Carlton-Hayes regresó media hora después y dijo: «Tu madre me ha explicado su dilema, Adrian. La paternidad de tu hermana tiene toda la pinta de una tragedia griega».

Le dije: «Personalmente, creo que es más una farsa francesa».

Al llegar a casa, Daisy me contó que la Sra. Leech había llamado desde la consulta para decirme que el Dr. Wolfowicz quería verme urgentemente. Llamé inmediatamente, pero la consulta estaba cerrada.

Viernes 21 de septiembre

Anoche Daisy me abrazó en la cama y me dijo: «Espero que todo esté bien mañana, Aidy». Hace siglos que no me llama Aidy. Quizás esté preocupada por mí. Le dejé un mensaje al Sr. Carlton-Hayes para decirle que no iría esta mañana.

Mientras caminaba por el sendero hacia el pueblo y la consulta del Dr. Wolfowicz, un sol dorado brillaba entre las ramas de los árboles y alguien estaba quemando hojas en algún lugar. Me di cuenta de que estaba tan nervioso por enfrentarme a la Sra. Leech como por mi diagnóstico. Sin embargo, me dedicó una sonrisa encantadora, me hizo sentar en la sala de espera e incluso me dio una pila de revistas bastante recientes. Sus atenciones me llenaron de alarma. ¿Había visto mis resultados? ¿O el Dr. Wolfowicz la había reprendido por gritar a sus pacientes? Cuanto más esperaba, más nervioso me ponía. ¿Estaría el Dr. Wolfowicz sentado en su consulta intentando pensar cómo darme la mala noticia?

Cuando finalmente me llamaron, me dijo de inmediato: «Sr. Mole, ya tengo sus resultados y voy a derivarlo a un urólogo especialista para que le realicen un examen más exhaustivo».

Sentí que se me helaba la sangre. Le miré fijamente a los ojos, pero él evitó mirarme y se giró hacia la pantalla de su ordenador.

«Le he escrito al Dr. Tomlinson-Burk del Royal Hospital, es uno de los mejores urólogos de la región de los Midlands Orientales».

Le pregunté: «Sí, pero ¿qué reputación tiene en las Islas Británicas?».

El Dr. Wolfowicz dijo: «Es bueno, muy bueno. Estará en buenas manos».

«¿Y cuándo estaré en buenas manos?», pregunté.

«Le he escrito y le he pedido que le atienda en su consulta del miércoles la semana que viene».

Tomé nota mental de llevar mi traje a la tintorería. Algo, quizás el nombre del Sr. Tomlinson-Burk, me decía que la ropa informal no sería apropiada.

De camino a casa, me detuve en la oficina de correos y compré otro cuaderno. La Sra. Lewis-Masters estaba en el mostrador cobrando su pensión. Me saludó con un gesto de reconocimiento.

Wendy Wellbeck dijo: «Es el tercer cuaderno en un mes, Sr. Mole. ¿Está escribiendo otra *Guerra y Paz*?».

La Sra. Lewis-Masters preguntó: «¿Así que es escritor?».

Le conté que había logrado publicar dos libros.

«¿Los habría leído?», preguntó.

«No a menos que estuviera interesada en las vísceras», respondí.

«Vísceras», repitió.

«De hecho, una vez viví exclusivamente de vísceras. Los sesos de camello se consideraban un manjar cuando mi esposo y yo viajábamos por el norte de África. Como invitados de honor, solo nos servían la mejor parte de ese preciado animal».

Salimos juntos de la tienda y, por alguna razón, me encontré contándole sobre mi problema de próstata. Se detuvo y dijo: «Los hombres del desierto lo llamaban la maldición del viejo. Su cura era tomar estiércol de camello y usarlo como cataplasma alrededor de los genitales».

«¿Y funcionaba?», pregunté, mientras reanudábamos la marcha.

«Claro que no», dijo, «pero parecía aliviar los síntomas un poco».

Cuando llegamos a su casa, le pregunté su edad.

«Georgiana», dijo, y me preguntó si quería tomar un café con ella.

Tenía curiosidad por ver qué había dentro, así que le dije que estaría encantado.

Al entrar en el salón, había una mujer corpulenta con delantal puliendo el suelo de rodillas. La Sra. Lewis-Masters dijo: «Sr. Mole, esta es la Sra. Golightly [Tómatelo con calma], mi ama de llaves. La señora Golightly se puso de pie y dijo: «Sí, he visto al Sr. Mole en El Oso. Me apunté para la obra de teatro comunitaria. ¿Ya la ha terminado, Sr. Mole?»

Mentí y dije que tenía que hacer algunas revisiones, pero que por lo demás estaba completada.

La señora Golightly soltó una risita y dijo: «Espero que me haya escrito un buen papel».

Forcé una risa y se fue a preparar el café.

La Sra. Lewis-Masters me condujo a una sala de recepción en la parte delantera de la casa. Era como entrar en un museo de antropología. Había cabezas de animales en las paredes y estatuas africanas toscamente talladas esparcidas por todas partes. Frente a la chimenea de mármol, donde ardía un fuego de leña, había una gran alfombra de piel de tigre con la cabeza del animal. Tras invitarme a sentarme en un sofá cubierto con una piel de cebra, la Sra. Lewis-Masters atizó el fuego hasta que saltaron chispas por la chimenea. La Sra. Golightly trajo la cafetera en una bandeja junto con las tazas, los platillos y un plato de galletas, la dejó sobre un taburete con forma de pata de elefante y preguntó: «¿De qué trata la obra, Sr. Mole?». Le dije que se llamaba *¡Plaga!* y que trataba sobre la Peste Negra y cómo había impactado en Mangold Parva.

Su rostro se entristeció y dijo: «Qué pena. Me han comparado con Hattie Jacques [actriz cómica británica]. Y mi marido dice que soy más graciosa que ella».

La Sra. Golightly salió furiosa de la habitación y dio un portazo.

La Sra. Lewis-Masters dijo: «Como todas las personas gordas, la Sra. Golightly es ultrasensible. Dice que está gorda por sus glándulas, pero yo creo que se debe a que vive casi exclusivamente de rollos suizos. Quería traer a mis sirvientes africanos conmigo cuando mi marido y yo nos repatriamos a Inglaterra, pero las autoridades no les dejaron entrar. La Sra. Golightly es un pobre sustituto».

Admiré las cabezas en la pared y las pieles de animales, y dijo que o ella o su marido los habían matado a todos, y añadió: «Espero que no sea usted de esas personas horribles y políticamente correctas que piensan que matar a un animal salvaje es de mal gusto».

Emití un sonido neutro en mi garganta.

Ella dijo: «Creo que cualquiera que coma carne de animal no puede pretender tener superioridad moral sobre quienes matamos por deporte».

Le pregunté si seguía matando animales.

Me dijo que ya no podía manejar un rifle porque tenía cataratas y temblor en el dedo índice.

Le pregunté qué había estado haciendo en el norte de África.

Me dijo: «Mi difunto esposo y yo importábamos accesorios para camellos. Los sudaneses aprecian a sus camellos y les gusta adornarlos para las fiestas».

Me imaginé camellos con zapatos y bolsos a juego. Sacó un álbum de un baúl de cuero y me mostró fotografías de ella y de un hombre blanco de aspecto distinguido, rodeados de africanos de piel oscura con túnicas y unos camellos muy atractivos con guirnaldas, cascabeles y borlas.

La Sra. Lewis-Masters señaló con un dedo tembloroso a un camello particularmente hermoso y dijo: «Era mi favorito. Me llevó cientos de kilómetros a través del desierto. Se llamaba Duncan».

Cuando la Sra. Golightly me acompañó hasta la puerta, susurró: «Gracias por tomarse la molestia de escucharla. He oído esas historias de camellos una y otra vez. ¿Volverá?».

¿Por qué siempre me pasa esto? ¿Por qué los pensionistas anhelan mi compañía? No puedo involucrarme con otro.

Sábado 22 de septiembre

Ayer, cuando le conté a Daisy que me habían derivado a un urólogo, rompió a llorar y dijo: «He estado buscando información sobre la próstata en internet. Seguro que estarás bien, Aidy. Eres joven y fuerte, y si es lo peor... bueno, seguro que te recuperarás pronto».

Anoche me hubiera gustado hacer el amor con mi esposa, pero mi próstata, como una amante celosa, me lo impidió. Daisy dijo que no importaba, pero importa.

Domingo 23 de septiembre

Les he ocultado mi enfermedad a mis padres, temiendo la histeria de mi madre y la indiferencia de mi padre, que está consumido por su propia salud. Fui a darles la noticia esta mañana, pero estaban escuchando el resumen de *The Archers*, así que les dije que volvería más tarde.

Me entretuve vaciando las macetas del patio trasero, recogiendo los últimos tomates. Daisy salió con una taza de café para mí y nos sentamos un rato al tenue sol. Le dije a Daisy: «Deberíamos hacer algo con todo este terreno».

Ella se rió y dijo: «¿Como qué, Bob Flowerdew [jardinero orgánico y presentador de radio y televisión]?». Me dejé llevar por completo, entré a buscar papel y lápiz e hice un boceto de mi jardín ideal. Desvié el arroyo e hice una fuente central. Planté una avenida de castaños de Indias (para las castañas, le dije a Daisy). Construí una glorieta giratoria y una pérgola, cubriéndola con rosas y madreselva de fragantes variedades antiguas. Gracie salió a unirse a nosotros vestida con la camiseta del Leicester City. Mientras ella, contenta, pateaba una pelota contra la pared de la casa, por unos breves momentos me sentí feliz de estar vivo.

Por la tarde les conté a mis padres sobre mi cita con el urólogo.
Mi madre lloró y dijo: «Como si no tuviera ya suficientes problemas».
Mi padre dijo: «Al menos no estás en silla de ruedas como yo, hijo».

Lunes 24 de septiembre

Hoy no ha pasado gran cosa. Me da pavor que llegue el miércoles.

Martes 25 de septiembre

Cuando fui a recoger mi traje de la tintorería, la mujer me echó en cara al frente de la fila diciéndome: «Ha estropeado una de nuestras máquinas porque dejó un paquete de Starburst [Sugus] en la chaqueta».

Le indiqué que era responsabilidad de los empleados de la tintorería revisar la ropa antes de meterla en las máquinas.

Ella respondió: «Creo que, si lee su recibo, verá que es de su incumbencia quitar cualquier cosa que pueda dañar nuestras máquinas. Hemos tenido que traer a un técnico de Alemania para reparar el daño».

Le dije que si hubiera comprado máquinas británicas se habría ahorrado el gasto del billete de avión.

Ella respondió que las máquinas alemanas eran más baratas que las británicas y que eran de última generación.

Le dije: «No me culpe de la decadencia de la industria manufacturera británica», y le pregunté si podía llevarme mi traje.

Ella respondió: «Nada me complacería más que que se llevara su traje fuera de aquí». Lo cogió de un perchero que tenía detrás y, aun a través del envoltorio de plástico, pude ver manchas multicolores en la chaqueta y los pantalones.

Tuvimos una acalorada discusión que solo terminó cuando un hombre de aspecto brutal en la cola golpeó su ticket contra el mostrador y gritó: «¡Dame mi traje! Tengo que estar en el juzgado en media hora».

Después de atender al bruto, la empleada dijo: «Tiene prohibido volver a utilizar esta tintorería».

Esto es típico de mi vida: a otros hombres les prohíben la entrada a bares y vinotecas, a mí me prohíben la entrada a una tintorería.

Miércoles 26 de septiembre

El Sr. Tomlinson-Burk no era en absoluto el hombre de aspecto aristocrático que me había imaginado. Parecía el típico hombre que se sube a la parte trasera de los coches de choque de una feria. Era moreno y tenía las manos de un trabajador de la construcción. Esperaba que no me hiciera un examen rectal. Para empezar, no creía que existieran guantes desechables lo suficientemente grandes como para cubrir sus dedos gruesos como salchichas, pero fue muy amable y eficiente. El examen rectal no dolió (quizás usó el dedo meñique, no estaba en posición de saberlo).

Me dijo: «Sus análisis de sangre muestran un nivel elevado de hiperplasia prostática benigna (HPB), lo que indica un problema».

«¿Un problema?», repetí.

«Sí», respondió.

Observé su cabello, espeso, negro y ondulado. La palabra «cáncer» flotaba en el aire, pero ninguno de los dos la pronunció.

Me dijo: «Su examen rectal muestra que su próstata está muy agrandada. Creo que sería prudente comenzar el tratamiento cuanto antes. Voy a derivarlo a mi colega, el Dr. Rafferty».

Le pregunté en qué era especialista el Dr. Rafferty.

Me respondió: «Es oncólogo».

«¿Es oncología un eufemismo para cáncer?», pregunté, aunque no tenía muchas ganas de oír la respuesta.

«La oncología es el estudio y tratamiento de los tumores», dijo.

«¿Entonces tengo un tumor?», pregunté.

«Ciertamente tiene un tumor», respondió. «Lo que no sabemos es cómo de avanzado está. Con suerte, lo habremos detectado a tiempo».

En ese momento deseé haber permitido que alguien me acompañara a mi cita. Daisy, mi madre y el Sr. Carlton-Hayes se habían ofrecido. Incluso mi padre había murmurado que contrataría un taxi adaptado para sillas de ruedas para llevarnos al hospital. Ahora deseaba que *hubiera* alguien en la sala de espera.

De camino de vuelta a la librería me sentía como un fantasma. Llevaba mi propia ropa interior, calcetines, zapatos y mi segundo mejor traje, pero me sentía vacío. Le había prometido a Daisy que llamaría en cuanto saliera del hospital, pero no podía hablar, tenía la boca seca y no encontraba las palabras. Así que el Sr. Carlton-Hayes fue la primera persona a la que se lo conté. Me preparó una taza de té, le añadió dos cucharaditas de azúcar, y luego me hizo sentar en la trastienda. Me contó que, de joven, había estado gravemente enfermo de un tumor cerebral. Dijo: «Por suerte, estaba en Suiza en aquel tiempo, preparándome para escalar el Cervino. Los médicos temían que perdiera alguna capacidad mental».

«Pero no pasó, ¿verdad? Eres el hombre más inteligente que conozco», dije.

«Bueno, por un tiempo olvidé por completo mi griego y mi latín, pero afortunadamente los recuperé». Puso una mano en mi hombro y dijo: «¿Por qué no te vas a casa, querido? Has sufrido un susto tremendo».

Le dije que prefería quedarme en la trastienda a ordenar mis pensamientos. Sonó el timbre y salió a la tienda. Oí a una mujer preguntarle si tenía un libro sobre hechizos. Le contó que su vecina no quería cortar su lado del seto de aligustre que delimitaba sus jardines, y que quería hacerle un hechizo.

¿Por qué están locos al menos la mitad de los clientes de nuestra librería?

Jueves 27 de septiembre

No quiero volver a vivir una noche así jamás. Daisy se tomó la noticia muy mal. Tras sollozar durante unos minutos, estalló en cólera y gritó: «¿Por qué tú? Nunca has hecho daño a nadie ni a nada, y la próxima vez que alguien me diga que Dios existe, te juro que le meteré mi maldito puño por la garganta. Si Él o Ella existen, ¿por qué permiten que unos cabrones violentos y estúpidos anden por las calles con perfecta salud?»

Mi madre oyó los gritos y vino. Llorando, dijo: «¿Por qué Dios te castiga a ti y no a mí? Si pudiera tener tu tumor en tu lugar, lo tendría. He vivido mi vida, si se puede decir así. No tengo nada por lo que vivir, aparte de mi familia y las dos semanas que tu padre pasa en la residencia de cuidados paliativos». Añadió, encendiendo un cigarrillo: «Esto matará a tu padre, no podemos decírselo».

Le dije: «Ya le estamos impidiendo ver *El Show de Jeremy Kyle*. No se le puede proteger de las tragedias de la vida para siempre».

Gracie se despertó y entró en la sala. Se veía tan adorable con su pijama de princesa Disney que la levanté y la abracé hasta que dijo: «Papá, me estás apretando demasiado. Bájame».

Más tarde, cuando todos se calmaron un poco, fuimos a contárselo a mi padre. Su reacción al oír la palabra «tumor» fue golpear los laterales de su silla de ruedas y gritarle al techo: «¿Te llamas misericordioso, Dios? ¡Asesinaste a tu propio hijo y ahora estás asesinando al mío!».

Mi madre abrió la botella de champán que guarda en la nevera para las celebraciones, y mientras me daba una copa, me dijo: «Celebremos el primer día de la recuperación de Adrian».

No había comido nada ese día, así que el champán se me subió a la cabeza y, durante unos minutos, me sentí lleno de optimismo, pero pronto se me pasó. Cuando volvimos a casa, estaba acostando a Gracie y sentí que el miedo me atenazaba el corazón. ¿Vería crecer a mi niña?

Viernes 28 de septiembre

No puedo escribir nada.

Sábado 29 de septiembre

Recibí una cita por correo para ver al Sr. Rafferty en su clínica el martes por la mañana.

Domingo 30 de septiembre

Daisy, Gracie, yo y mis padres fuimos a comer a El Oso. La Sra. Golightly estaba en el pub con su marido, que parecía un perro abatido. Gritó: «La Sra. Lewis-Masters disfrutó de su visita el otro día». Daisy arqueó las cejas y preguntó: «¿Qué visita?». Le conté sobre la anciana Sra. Lewis-Masters y dijo: «Aidy, no te involucres con otra pensionista. Ahora tienes que pensar en ti mismo».

Como siempre, la comida era horrible.

Cuando me quejé a la Sra. Urquhart de que mi pudín de Yorkshire se había deshecho y que mis coles de Bruselas estaban aguadas, me dijo: «Nadie te pidió que vinieras». Lo cual era bastante razonable, porque obviamente nadie lo había hecho.

Le dije: «Pensé que serían bienvenidos mis comentarios sobre tu comida».

Ella me dijo: «Intenta cocinar y servir sesenta almuerzos dominicales en una cocina diminuta sin ventilación».

Mi madre me tomó del brazo y me dijo: «Adrian, no te preocupes. No es bueno para tu próstata».

¿Así será mi vida de ahora en adelante? ¿Mi próstata se convertirá en el centro de atención?

Por la tarde salí a dar un paseo solo. Los árboles otoñales estaban espectacularmente hermosos. En el pequeño bosquecillo detrás de Las Pocilgas me senté en el tronco de un abedul plateado caído y llamé a Pandora. A juzgar por el ruido que se oía, estaba en un restaurante concurrido.

Le pregunté dónde estaba.

«Estoy en Wagamama [Malcriados, cadena internacional de restaurantes de comida asiática]. A mitad de un plato de fideos», dijo.

Le conté que tenía malas noticias.

«¿Es mi madre?», preguntó.

«No», respondí.

«¿Te estás divorciando?», preguntó.

«No», dije. «Tengo un tumor».

«¿Qué tipo de tumor?», preguntó con voz temblorosa.

«De próstata», respondí.

La oí gritar imperiosamente: «¡Por el amor de Dios, callaos!» El restaurante se quedó en silencio y ella preguntó: «¿Quién te atiende?»

Le dije que el Sr. Tomlinson-Burk, y que tenía cita con el Sr. Rafferty el martes.

Ella dijo: «No puedes poner tu vida en manos de doctores de provincias. Tengo contactos en Harley Street. Haré algunas averiguaciones y te llamaré mañana».

Hablamos un rato de cosas sin importancia y entonces dijo: «Sabes que te quiero, ¿verdad?».

Le dije: «Sí, y tú sabes que yo también te quiero, ¿verdad?».

«Sí», dijo, y entonces colgó.

Una pequeña parte de mí se alegró de que Pandora hubiera vuelto a mi vida y de que, por una vez, *ella* fuera a llamarme a *mí*.

Querido diario, no moriré hasta haber visto las siete maravillas modernas del mundo. Son: la Gran Muralla China, Petra en Jordania, el Cristo Redentor en Brasil, Machu Picchu en Perú, unas ruinas en México de las que nunca he oído hablar, el Coliseo en Roma y el Taj Mahal en la India. Tengo casi cuarenta años y aún no he visto ninguna. ¡Me entró un sudor frío al darme cuenta de que podría morir cualquier día sin haber visto ni una sola! Te prometo, diario, que me propondré como objetivo de mi vida conquistar las siete.

Otoño

Lunes 1 de octubre

Nigel se tomó muy mal la noticia de mi problema de próstata. «Y dicen que hay un jodido Dios», dijo. «Pues si existe, es un completo bastardo que me dejó ciego y que deja que los niños pequeños mueran como moscas en África».

Bárbara Boyer, de nuestro antiguo colegio —el Neil Armstrong Integral—, estaba allí, celebrando su cumpleaños.

Está tan guapa como siempre, lo cual es un milagro considerando que se ha casado cinco veces y es madre de siete hijos. Me contó que su tercer marido, Barry, sigue en remisión de cáncer de próstata, once años después, y que lleva una vida muy activa: bucea en las Maldivas y pasea en globo aerostático. Añadió: «Y tiene sesenta y un años. La llaman, sin duda, la enfermedad de los viejos».

«Así que podría vivir hasta los cincuenta y uno», dije. Y por alguna razón, todos nos reímos.

Lance entró con una tarta de cumpleaños, iluminada con cuarenta velas. Es un milagro que no hayan incendiado la casa todavía. Los dos fuman y constantemente les falta el cenicero.

Más tarde, vino Parvez y le dio a Bárbara una tarjeta de cumpleaños y una caja de After Eights [Después de las ocho, chocolatina de menta]. Luego llegó Wayne Wong con una orquídea en una maceta y, al enterarse de la noticia, dijo: «Mi tío tuvo cáncer de próstata».

Le pregunté cómo estaba.

Wayne dudó un segundo y luego, con la mirada baja, dijo: «Falleció hace cinco años».

Cuando estaba a punto de irme, Pandora me llamó y me dio los nombres de dos médicos de Harley Street. Al oír que Pandora estaba al teléfono, todos insistieron en hablar con ella. Bárbara le preguntó a Pandora si estaba saliendo con alguien. Al parecer, Pandora respondió que tenía una aventura secreta con un ministro del gabinete en la sombra. Cuando terminó la llamada, especulamos sobre quién podría ser el ministro en la sombra. Ninguno de nosotros pudo pensar en el nombre de ningún ministro conservador, aparte de David Cameron. Por unos instantes, me olvidé del tumor que tenía dentro, me reí, bebí un poco de vino y comí pastel de cumpleaños con mis amigos.

No fue hasta que iba de camino a casa que me di cuenta de que no me habían invitado a la fiesta de cumpleaños de Bárbara y, si no hubiera llamado a Nigel, no me habría enterado de nada.

¿Por qué no me invitaron, Diario? ¿Será porque Daisy le dijo una vez a Bárbara que cualquiera que se casara más de dos veces era una masoquista y se merecía todo lo que le pasara?

¿Por qué tanta gente pronuncia mal «próstata»? Estoy harta de corregirlos.

Martes 2 de octubre

El Sr. Rafferty tampoco parecía un doctor. Tenía acento de Belfast y me recordaba al reverendo Ian Paisley. Vestía pantalones chinos, botas Timberland y un jersey de Ralph Lauren. Me explicó detalladamente los distintos posibles tratamientos para mi tumor: radioterapia, radioterapia externa, braquiterapia, radioterapia interna, cirugía, ultrasonido focalizado de alta intensidad y terapia fotodinámica.

Le dije que no me gustaba la idea de la radioterapia interna, en la que insertan pastillas radiactivas a través de un tubo en el pene.

Dijo: «No, te hace saltar las lágrimas, ¿verdad? Pero es un método extremadamente eficaz para eliminar el tumor». Me dijo que me iba a hacer una ecografía transrectal y que me vería más tarde, cuando hubiera revisado el vídeo, que me invitó a ver también.

«Entonces», dijo, «con la información obtenida, podremos elaborar un plan de tratamiento eficaz».

Me resistía a quitarme los calzoncillos delante de una joven enfermera y el técnico de ecografía, pero fueron muy profesionales y me dijeron que realizaban docenas de exámenes de este tipo cada día. Cuando introdujeron la sonda, la joven enfermera me apretó la mano y dijo: «Ya pasó lo peor».

Cuando retiraron la sonda, me vestí y volví a la sala de espera del Sr. Rafferty. Había leído cincuenta páginas de *El fin del romance* de Graham Greene antes de que el Sr. Rafferty me llamara para ver el vídeo. Señaló algo en la pantalla y dijo: «Aquí se ven cambios en la cápsula de la próstata, y puede que se haya roto. Le haré una resonancia magnética en los próximos días; entonces, quizás, el perro pueda ver al conejo, ¿verdad, Sr. Mole?».

Miércoles 3 de octubre

Estoy harto de pensar y hablar de mi próstata. Pandora me llamó para preguntarme si ya había contactado con los médicos de Harley Street.

Le dije que había estado muy ocupado y que, de todos modos, no tenía dinero para la medicina privada.

Me dijo: «Pues pide un préstamo».

Le indiqué que todavía estaba pagando impuestos atrasados del sueldo que había ganado en 1997 y que estaba esperando noticias de Gordon Brown. «Quizás esté demasiado ocupado tomando el té con Margaret Thatcher», dije. No pude disimular la amargura en mi voz.

Ella dijo: «Con mucho gusto te prestaré el dinero, Moley. No quiero que mueras».

A veces desearía que Pandora atemperara su lenguaje. Se enorgullece de llamar a la espada espada, pero estoy de acuerdo con Gwendolen de *La importancia de llamarse Ernesto*, de Oscar Wilde, quien, cuando el reverendo Chasuble le dice: «Yo llamo a la espada espada», responde: «Me alegra decir que nunca he visto una espada».

Le pregunté a Pandora si sabía cuándo el Sr. Brown iba a anunciar elecciones anticipadas.

«Gordon no se caracteriza por ser impulsivo. No sabe decidir entre té o un maldito café cuando se lo piden», dijo, «pero me encantaría verte en persona, Aidy, ¿quizás durante la campaña electoral? Aunque debo admitir que hace tiempo que mis electores no me ven en Ashby de la Zouche».

Diario, ¿acaso no merezco una visita especial, haya o no elecciones?

Jueves 4 de octubre

Acabo de leer que el gobierno ha aprobado una ley que permite a 652 agencias estatales saber a quién he llamado y quién me ha llamado. Es el fin de la privacidad. El gobierno alega, en el sagrado nombre del terrorismo y la delincuencia, que estas medidas son vitales para nuestra seguridad. Pero, ¿qué seguro me voy a sentir cuando llame a Parvez y hablemos de mis finanzas? ¿Acaso algún espía del gobierno estará escuchando y asumirá que estoy blanqueando dinero o traficando con fusiles Kalashnikov en Leicester?

Parvez ahora viste ropa musulmana y asiste a las oraciones del viernes en una mezquita radical en Leicester. La semana pasada me dijo: «Moley, no me invites más a tomar algo, ni me invites a la antigua pocilga donde vives. No me siento cómodo sabiendo que antes vivían cerdos allí. Ahora soy estrictamente halal».

Le dije: «Espero que no intentes obligar a tu esposa a usar velo». Él respondió: «¡Ni hablar! Mi esposa se ha unido al Gremio de Mujeres del Pueblo y está haciendo cestas de popurrí para la feria de Navidad».

Viernes 5 de octubre

Le escribí otra carta a Gordon Brown.

Estimado Sr. Brown:

Me pregunto si ha tenido tiempo de leer mi carta del 3 de junio de 2007.

Comprendo que está ocupado decidiendo si el país debería ir a las urnas o no, pero con solo cinco minutos de su tiempo me quedaría tranquilo.

Además, ¿le parece justo que personas como yo, que vivimos en antiguas pocilgas reconvertidas, tengamos que pagar el impuesto municipal completo?

Después de todo, estamos contribuyendo a preservar el patrimonio agrícola de Inglaterra y sin duda merecemos una compensación por nuestro compromiso con las tradiciones de antaño.

Suyo sinceramente,
Adrian A. Mole

PD: Por cierto, llamo con bastante frecuencia a mi amigo y contable, Parvez. Es un ardiente musulmán y asiste a una mezquita dirigida por un imán muy elocuente. Sin embargo, Parvez no representa ninguna amenaza para el Estado. Quizás usted podría informar de esto a las fuerzas de seguridad.

A.A.M.

Sábado 6 de octubre

Daisy me llamó al trabajo para decirme que había abierto una carta dirigida a mí y que me habían dado cita en el hospital para una resonancia magnética el martes por la mañana a las 11:15.

Me dijo: «Esta vez voy contigo, Aidy, y nada de lo que digas me detendrá».

Monté un escaparate con el nuevo libro de Katie Price (también conocida como Jordan), *Un mundo ideal*, su autobiografía escrita por un autor fantasma. El Sr. Carlton-Hayes había encargado veinticinco ejemplares de tapa dura, creyendo erróneamente que el libro de Price trataba sobre el papel de Jordan en Oriente Medio.

Los veinticinco ejemplares se habían vendido antes del mediodía. El Sr. Carlton-Hayes se sintió muy aliviado y dijo: «Quizás en el futuro te deje a ti los pedidos, querido».

Cada vez estoy más preocupado por él. Ayer olvidó quién había escrito *¡Noticia bomba!*, uno de sus libros favoritos. No paraba de decir: «No me lo digas, Adrian. Sé que lo escribió una mujer».

Le di una pista y dije: «No, lo escribió un hombre con nombre de mujer».

A media tarde gritó: «¡Evelyn Waugh!».

Cuanto más senil y olvidadizo se vuelve, más tengo que hacer en la tienda. Le dije tres veces que tenía que ir al hospital el martes por la mañana, pero cuando estábamos cerrando, me volvió a preguntar cuándo era mi cita.

Sé que está preocupado por mí. A veces creo que me ve como el hijo que nunca tuvo.

Domingo 7 de octubre

Pasé la mayor parte del día trabajando en *¡Plaga!*. Escribí una escena para la Sra. Lewis, la ama de llaves de Masters, la Sra. Golightly.

Una víctima de la peste yace desplomada en la plaza del pueblo. Entra una mujer gorda y alegre. Se acerca a la víctima de la plaga.

MUJER GORDA Y ALEGRE: Te ves mal.

VÍCTIMA DE LA PESTE: Es cierto, tengo llagas abundantes por todo el cuerpo.

MUJER GORDA Y ALEGRE: ¿Tienes la viruela?

VÍCTIMA DE LA PESTE: No, porque nunca me he acostado con una mujer, un hombre ni una de las bestias de Dios del campo. Mantenía mi cuerpo puro para poder entrar por las puertas del Cielo.

MUJER GORDA Y ALEGRE: Temo ir directamente al Infierno y ser torturada eternamente por las llamas y el tridente del Diablo, porque me he acostado con muchos en este pueblo, doncellas y hombres.

VÍCTIMA DE LA PESTE: Siento la muerte a mi lado. Tiene sus manos sobre mi corazón.

Un cuervo carroñero entra por la derecha del escenario y da vueltas por encima.

MUJER GORDA Y ALEGRE: Iré corriendo a la abadía a buscar al hermano Andrew. Él tiene pociones y plantas que pueden curarte de esta terrible plaga.

El cuervo carroñero se posa a los pies de la víctima de la peste y picotea sus botas. La mujer gorda y alegre sale del escenario por la izquierda.

Estoy satisfecho con esta escena. Creo que he captado muy bien la atmósfera y el lenguaje. Me identifico mucho con la víctima de la peste. La semana que viene tendré que empezar con el reparto, lo cual me da pavor. Los actores de Mangold Parva son conocidos por ser muy pendencieros si no les asignan los mejores papeles.

Lunes 8 de octubre

Mi padre me contó que, cuando le hicieron una resonancia magnética, interrumpió la sesión a los cinco minutos y exigió que lo dejaran salir. Dijo que los médicos estaban extremadamente molestos y le dijeron que había cientos de personas en la lista de espera. Mi padre dijo: «No es culpa mía que sufra de claustrofobia. Me encerraron en el armario debajo de la escalera en 1953. Mi madre y su hermana fueron a ver *Lo que el viento se llevó* y se olvidaron de mí».

Le pregunté a mi padre por qué lo habían encerrado en el armario debajo de la escalera.

Dijo: «Fue una cosa trivial. Le di de comer dos de sus peces de colores al gato».

Le dije que la crueldad hacia los animales era un síntoma temprano de comportamiento psicopático.

Dijo: «Esos peces de colores no sufrieron, el gato les arrancó la cabeza de un mordisco limpio y rápido».

Martes 9 de octubre

Día de la resonancia magnética

Anoche, Daisy montó un pollo desproporcionado sobre la ropa que ponerse para ir al hospital. Rebuscó en su armario, probándose sus prendas favoritas, antes de tirarlas a un montón en un rincón de nuestra habitación y decir con voz lastimera: «Nada me queda bien». Intenté calmarla diciéndole: «Siempre te ves bien de negro», pero dijo que no podía vestirse de negro, que era demasiado «fúnebre» y quería sentirse optimista sobre los resultados de la resonancia.

Diario, mientras recogía su ropa tirada del suelo y la volvía a colgar en el armario, no pude evitar pensar que habría sido más fácil ir solo.

Sin embargo, me sentí orgulloso de mi esposa, con su caftán púrpura, mientras entrábamos a la sala, donde la máquina de resonancia magnética zumbaba. Un médico le dijo a Daisy que podía sentarse en la sala de espera. Cuando ella dijo: «Me gustaría quedarme con mi marido», le dijeron que no podría tomarme de la mano y que no podría verme una vez que estuviera dentro del cilindro.

Siguiendo el consejo de mi padre, mantuve los ojos completamente cerrados durante todo el procedimiento. La máquina hacía clic y zumbaba, y ocasionalmente un doctor me pedía que inhalara, aguantara la respiración y luego exhalara. Por alguna razón, me resultaba difícil seguir estas simples instrucciones y seguía exhalando cuando debía inhalar. Sentí un gran alivio cuando la dura superficie sobre la que estaba tumbado me deslizó de nuevo a la habitación. Tuvieron que ayudarme a ponerme de pie porque me temblaban las piernas. Me vestí en un cubículo con la ayuda de Daisy. Incluso me ató los cordones. ¿Es este mi futuro? ¿Dependeré de mi esposa para mi cuidado personal?

Antes de salir del hospital, fuimos a la cafetería del Servicio Real de Voluntariado Femenino a tomar una taza de té y un bollito tostado. Mientras observaba a las otras personas en la cafetería, me pregunté cuántas de ellas tendrían una enfermedad invisible, como yo.

Caminamos juntos hasta la librería. El Sr. Carlton-Hayes dijo que no había entrado ni un solo cliente esa mañana. No quise decirle que se le había olvidado poner el cartel de abierto en la puerta.

Apenas unos segundos después de que Daisy se fuera de compras, la Dra. Pearce apareció en la acera y miró por el escaparate. Cuando entró dentro, buscaba un libro de *High School Musical*. Su hija menor había caído bajo su maligno influjo. Me contó que *High School Musical: El Show* llegaría al De Montfort Hall de Leicester y que había conseguido cuatro entradas para la función de la tarde del próximo sábado. Dijo que Robin iba a ir, pero que había decidido quedarse una semana más en Noruega, y dado que las entradas eran tan caras...

Ella dijo: «Estoy segura de que a tu hijita —Gracie, ¿verdad?— le encantaría ir».

Resolviendo el apuro, dije: «El próximo sábado, me temo que trabajo en la tienda».

El Sr. Carlton-Hayes, que estaba cerca, dijo: «No, tienes que ir, querido. Yo te cubro».

La Dra. Pearce rebuscó en su bolso repleto de cosas y un pañal desechable se le cayó al suelo. Lo recogió y lo metió a la fuerza en su bolso antes de darme dos entradas.

Diario, como un idiota, las cogí.

Miércoles 10 de octubre

Pandora me llamó mientras me duchaba. Daisy contestó y, al parecer, le dijo a Pandora que esperábamos los resultados de la resonancia magnética a finales de semana. Pandora comentó que sus electores habían exigido verla en su consulta el sábado siguiente por la tarde y preguntó si podíamos «prepararle la cena» el sábado por la noche.

Mientras me vestía, Daisy dijo: «¿Qué puedo cocinar para alguien que es la madrina del hijo menor de Gordon Ramsay?».

Le dije que su pastel de carne siempre era un éxito.

Para ser honesto, Diario, compartía su aprensión. Es perfectamente capaz de empezar una comida, y desmoronarse a la hora de servirla. La he visto llorar por una simple tortilla de champiñones.

Tenía pensado llamar a la Dra. Pearce y cancelar *High School Musical*, pero los acontecimientos me superaron. Mi madre vino y me dijo que había estado surfeando en internet y que había encontrado a alguien en América que afirmaba poder curar el cáncer de próstata. Solo tenía que enviar quinientos dólares a una dirección en Waco, Texas, y recibiría un cristal personal para llevar en una bolsa alrededor de la ingle. Según mi madre, el cristal neutralizaría los anticuerpos que atacan mi “próstata”.

Le dije que no tenía quinientos dólares de sobra y que depositaba mi fe en la ciencia médica y el Servicio Nacional de Salud.

Mi madre me dijo: «Debemos explorar todas las avenidas, Aidy. No te cierres a las terapias alternativas. Tu padre está tomando extractos de algas y le han sentado de maravilla». Mientras la acompañaba a la salida, me susurró: «Un productor de *El Show de Jeremy Kyle* me llamó esta mañana. Quieren que Rosie, Lucas y yo participemos en el programa dentro de un par de semanas».

Le rogué que lo reconsiderara y le dije que si estaba tan desesperada por salir en televisión, ¿por qué no se presentaba a *El Eslabón Más Débil*? Me dijo que Rosie y su horrible novio, Trevor "Perro Loco" Jackson, vendrían a pasar el fin de semana. Le advertí a mi madre que guardara bajo llave sus objetos de valor y que se asegurara de que su bolso y sus tarjetas de crédito estuvieran bien escondidos. Le recordé que la última vez que Perro Loco vino a quedarse, le robó su medallón de oro, que contenía un mechón del cabello de mi bebé, y lo cambió por una dosis de cocaína.

Ella dijo: «Pobre Perro Loco, estaba tan angustiado por haberme robado. Ponte en su lugar, Aidy. Imagina que eres adicto y no tienes dinero, ¿qué harías?».

Le dije: «Quizás te sorprenda, Madre, pero soy incapaz de ponerme en los zapatos de Perro Loco. Ese hombre es un completo desperdicio de espacio».

Mi madre dijo: «Tal vez deberíamos hablarle a Jeremy Kyle sobre Perro Loco... podría conseguirle un centro de rehabilitación, encontrarle trabajo, apuntarle a un curso de control de la ira, solucionar sus problemas con el alcohol, hacer algo con su cleptomanía».

Le dije, con sarcasmo: «¿Y por qué no pedirle a Jeremy que acabe con la pobreza mundial y detenga el calentamiento global ya que está en ello?».

Jueves 11 de octubre

Sin noticias sobre los resultados de mi resonancia magnética. Me desperté en la noche y no podía respirar. ¿El año que viene estaré muerto y enterrado en el cementerio de Mangold Parva? Que, desafortunadamente, está justo enfrente del aula de la guardería de Gracie.

Viernes 12 de octubre

La Sra. Leech llamó desde la consulta esta mañana para decirme que ya tenían los resultados de mi resonancia magnética y que el Dr. Wolfowicz quería verme. Por su voz no supe si las noticias eran buenas o malas.

Llevé a Gracie al colegio. Se divertía muchísimo pateando las hojas secas al borde del camino. Tiré una rama al castaño de Indias que estaba en el límite del pueblo y derribé media docena de castañas. Cuando abrí la cáscara espinosa de una y le enseñé a Gracie la castaña marrón brillante del interior, batió sus palmas con alegría y preguntó: «¿Es magia, papá?».

Le conté que los castaños de Inglaterra se estaban muriendo a causa de una enfermedad y que, cuando creciera, era posible que ya no quedaran castaños de Indias a las que tirarles un palo. Ella respondió: «Quedarán otros tipos de árboles, papá». Después de llevarla al colegio, intenté no mirar el cementerio de enfrente, pero no pude evitar fijarme en un montículo de tierra recién removida cubierto de flores podridas.

La sala de espera del Dr. Wolfowicz estaba llena. Me dirigía con un gesto de cabeza a la mayoría de las personas que estaban allí, pero no tenía ganas de hablar. Cuando llegó mi turno de entrar en la consulta, me resistía a ponerme de pie. ¿Mi tumor estaba confinado a la próstata o se había extendido a otras partes más vitales de mi cuerpo?

El Dr. Wolfowicz dijo: «Por favor, siéntese, Sr. Mole. Tengo los resultados de su resonancia magnética». Alisó las arrugas de una carta con su enorme mano. «Y le voy a decir que las noticias no son buenas. Me temo que su tumor está más avanzado de lo que esperábamos. Amigo mío, necesitamos empezar a tratar su tumor inmediatamente. ¿Hay algo que quieras preguntar?».

Saqué la lista que había anotado en el desayuno.

1. ¿Cuánto tiempo me queda de vida?
2. ¿Tendré que declarar mi tumor al renovar mi seguro médico el 1 de noviembre?
3. Si pierdo el cabello debido a la quimioterapia, ¿me proporcionará el Servicio Nacional de Salud una peluca?
4. ¿Conocía el Dr. Wolfowicz a algún paciente que se hubiera recuperado completamente del cáncer de próstata?
5. ¿Es una muerte dolorosa?
6. ¿Seguiré perdiendo la función sexual?
7. ¿Podré trabajar mientras esté en tratamiento?
8. Si no, ¿podría solicitar la prestación por enfermedad?
9. Si el dolor se volviera insoportable hacia el final, ¿me aconsejaría ir a Suiza y terminar mi vida en una clínica escuchando a Mahler?

El Dr. Wolfowicz suspiró profundamente y dijo: «Tengo un folleto por ahí que debería responder a todas sus preguntas, excepto a la número nueve. Me temo que no puedo aprobar la eutanasia. Y sí, conozco a muchos hombres jóvenes y no tan jóvenes que llevan muchos años en remisión de cáncer de próstata. En cuanto a la pregunta número uno, ninguno de nosotros sabe cuándo va a morir. Vivimos con la muerte desde el momento en que nacemos».

Le pregunté si su catolicismo le brindaba consuelo.

Respondió: «No, pero mi fe en el coraje humano ciertamente sí».

Al salir de la consulta del Dr. Wolfowicz, me alegré de ver a Daisy afuera esperándome, pero no supe cómo reaccionar. Mientras caminábamos por el pueblo, empezó a llover y las hojas en el camino estaban empapadas y desprendían olor a descomposición. Le tomé la mano y le conté exactamente lo que el Dr. Wolfowicz me había dicho. En ese momento pasábamos junto al cementerio. Ella me abrazó con fuerza y grandes lágrimas rodaron por sus mejillas hasta caer sobre la mía.

Cuando pudo hablar, dijo: «No lo soporto, Aidy. Es mi culpa. He sido tan vil contigo. Pero no puedo imaginar un mundo sin ti».

Desde la escuela podíamos oír el sonido desafinado de niños pequeños cantando: *Aramos los campos y esparcimos la buena semilla en la tierra.*

Mis padres esperaban junto a la ventana de la sala y nos vieron a Daisy y a mí subir por el camino de entrada. Al acercarnos a Las Pocilgas, abrieron la puerta principal y mi madre empujó a mi padre por la rampa hacia nosotros. Mi madre nunca ha sido capaz de esperar por nada, ni siquiera las malas noticias, así que nos quedamos bajo una ligera llovizna alrededor de la silla de ruedas de mi padre mientras le decía a mis padres que tenía un tumor avanzado de próstata y que necesitaría tratamiento inmediato.

Mi madre se lanzó a un largo y emotivo monólogo sobre el día en que nací y lo feliz que había sido. Mi padre alzó la mano, me la tomó y me la estrechó, lo que viniendo de él, era un gesto de amor paternal.

Cuando la llovizna se convirtió en un aguacero, entramos en casa y mi madre buscó la cafetera y el café molido de comercio justo que había comprado tras ver un programa sobre la pobreza en Kenia. Hablamos de cómo mi mala noticia afectaría nuestras vidas. Daisy se ofreció a buscar trabajo, mi madre se ofreció a llevar a Gracie después del colegio y mi padre se ofreció a cobrar su seguro para ayudarnos con dinero.

Intenté ir en bicicleta al trabajo a la hora del almuerzo, pero la lluvia y la debilidad en mis piernas me hicieron dar la vuelta antes de llegar a la autovía.

Dougie Horsefield me llevó al trabajo en su taxi Ford Mondeo. Durante el trayecto, me comentó que se había hablado mucho de mi obra comunitaria, *¡Plaga!*. Me dijo: «Nadie quiere llevar harapos sucios y tener forúnculos por todo el cuerpo. ¿No puedes escribir algo donde todas las mujeres se vean sexys y todos los hombres guapos para que podamos reírnos un rato?».

Desde el asiento trasero le dije: «Dougie, la vida en la Edad Media era terrible. No había antibióticos, ni papel higiénico suave, ni Nurofen. La mayoría de la gente moría antes de los treinta y cinco. No retozaban demasiado en la plaza del pueblo».

Él respondió: «Bueno, lo que estoy diciendo es que hay un grupo de nosotros que preferiríamos hacer *José y el asombroso manto de ensueño*».

Le señalé que, en ese caso, tendrían que pagar una tarifa a Andrew Lloyd Webber y Tim Rice, mientras que yo les prestaba mis servicios como guionista, productor y director de forma gratuita.

Me cobró 12,50 libras por el pasaje y no pareció muy agradecido cuando le di 13 libras.

2 a.m.

Acabo de darme cuenta de que no he llamado a la Dra. Pearce para cancelar *High School Musical*. ¿Qué me pasa? No me parece atractiva en absoluto.

Sábado 13 de octubre

El Sr. Carlton-Hayes se tomó muy mal la noticia de mi enfermedad. Me tomó de las manos y le costó encontrar las palabras adecuadas. Más tarde esa mañana, me dio una copia de *El castillo de Blandings* de P. G. Wodehouse del armario y me dijo que debía tomarme todo el tiempo libre que necesitara. Añadió que le pediría ayuda a Leslie si fuera necesario.

Tal como habíamos acordado, Daisy llevó a Gracie a la tienda al mediodía. Gracie iba vestida con su disfraz de animadora de *High School Musical* y cautivó al Sr. Carlton-Hayes cantando «Breaking Free» [Liberarse] y haciendo una de sus rutinas de animadora en el suelo de la librería. Fue un verdadero choque de culturas.

Después de advertirme que no comprara más baratijas de *High School Musical*, Daisy fue a inscribirse en Carreras Ejecutivas en Horsefair Street.

Mientras Gracie y yo subíamos penosamente por London Road, una sensación de fatalismo me impulsó hacia De Montfort Hall. Diario, ¿por qué no tengo una voluntad propia? Me doblego con facilidad, como una ramita al viento. Estaba seguro de que mi esposa no me entendería con respecto al amable gesto de la Dra. Pearce con las entradas.

La Dra. Pearce esperaba fuera del vestíbulo con su hija. Llevaba vaqueros, deportivas y un chubasquero naranja con pintalabios a juego. Su pequeña, disfrazada de Sharpay [diva de *High School Musical*], extendió la mano y dijo: «Hola, soy Ofelia. ¿Quién es tu personaje favorito de *High School Musical*?». Suspiró con impaciencia mientras esperaba mi respuesta.

Me pareció bastante intimidante. Llevaba gafas de montura negra gruesa y tenía el pelo corto y negro, lo que le daba un parecido asombroso a Louis Theroux [documentalista británico].

Entrar al auditorio fue un suplicio para los oídos. La audiencia era mayoritariamente femenina, la mayoría de ellas menores de once años, y todas ellas al borde de la histeria. Había muy pocos hombres y niños. La Dra. Pearce y yo nos sentamos juntos y, a mitad de la enérgica pero desconcertante actuación, se inclinó hacia mí y subrepticamente me tomó la mano. Quise soltarla, pero no supe cómo hacerlo sin ofenderla, así que nos quedamos cogidos de la mano hasta que se encendieron las luces y llegó el momento de irnos.

Una vez que salimos del teatro y compramos una taza de *High School Musical* y un estuche Sharpay, estaba listo para despedirme de la Dra. Pearce y Ophelia. Había quedado con Dougie Horse para que nos recogiera a la salida del teatro, ya que el último autobús a Mangold Parva sale de Leicester a las 5:15 de la mañana los sábados por la tarde. Para mi horror, vi que llevaba a Daisy en la parte de atrás del taxi. ¿Me habría visto despidiéndome de la Dra. Pearce y Ophelia?

En cuanto entramos en el taxi, Gracie dijo: «Papá estaba cogiendo la mano de una señora».

Dougie Horsefield intentó disimular una risita.

Daisy preguntó: «¿Quién era ella?».

Respondí: «Una completa desconocida. Estaba agobiada por el calor y el ruido, y simplemente le tomé el pulso».

Daisy dijo: «¿Por qué? ¡Si no eres de la maldita brigada de ambulancias del St John!».

Estuvo inusualmente callada el resto del camino a casa. Por suerte, Gracie apenas respiró mientras les contaba a Dougie y a su madre la intrincada trama de *High School Musical: The Show*.

Mientras preparábamos el pastel de carne para Pandora, Daisy dijo muy poco aparte de: «Pásame la carne picada», «no cortes las zanahorias demasiado gruesas», etc. En lo único que podía pensar era en mi milagrosa huida. Tengo que dejarle claro a la Dra. Pearce que deseo retomar nuestra relación anterior, es decir, la de librero y cliente.

Domingo 14 de octubre

Pandora llegó, con lo que ella llamaba, “un retraso elegante”. Al final, puse el pastel de carne en el horno de abajo para mantenerlo caliente, pero ya estaba pasado a las 9:07 cuando finalmente llegó.

Antes por la tarde, tuvimos la típica crisis con la ropa. Le dije a Daisy que se veía estupenda con el caftán púrpura y se lo puso, aunque de mala gana. Pero debo admitir, Diario, que cuando Pandora entró, envuelta en cachemir gris claro, Daisy parecía un poco vulgar en comparación. La atmósfera estaba tan fría como la botella de Cuvée des Vignerons Beaujolais del 2005 que inadvertidamente había metido en el frigo.

Pandora quería que le contara la "historia" de mi próstata. A mitad de la historia, dijo: «Necesito un jodido cigarrillo para esto, los he dejado en el maldito coche». Daisy le ofreció un paquete de Silk Cut a Pandora. Fue el primer gesto de compañerismo que compartieron las dos mujeres en toda la noche.

Cuando terminé, concluyendo con la filosofía del Dr. Wolfowicz de que todos morimos desde el momento en que nacemos, Pandora rompió a llorar, apoyando la cabeza en la mesa y casi derramando el vino. Esperé a que Daisy la consolara, pero como no hizo ningún amago de hacerlo, me levanté, me acerqué a Pandora y me puse a su lado. Me abrazó por la cintura y empapó mi camisa con sus lágrimas. Debo admitir, Diario, que yo también estuve a punto de llorar, pero cuando miré a Daisy, vi, con un escalofrío, que tenía los ojos secos y una expresión que un observador neutral habría descrito como de fría indiferencia.

Pandora se quedó hasta las dos de la madrugada, mucho después de que Daisy se hubiera acostado. Habló de los viejos tiempos, cuando ambas teníamos trece años y tres cuartos y nos enamoramos.

Ella dijo: «Estaba totalmente obsesionada contigo. No podía pensar en nada más. Solo vivía para el momento en que vislumbrara tu cara de empollón. Fuiste la primera persona en ver mis pezones».

«No», la corregí, «solo me enseñaste el pezón izquierdo».

Intenté que me contara algunos chismes de Westminster. En particular, quería saber sobre el estado mental de Gordon Brown. ¿Pensaba que era peligrosamente inestable, como decían algunos periódicos?

Ella dijo: «Hay que estar un poco loco, es un trabajo horrible. ¿Crees que es insano que quiera ser la primera mujer laborista en ocupar el cargo de primera ministra algún día?».

Le dije: «Pensé que debías estar harta de la política; casi nunca estás en tu circunscripción».

Los ojos de Pandora brillaron y dijo: «Pero Westminster es embriagador. Una se resiste a dejarlo por las idílicas provincias».

Me indigné ante esto y dije: «Son las idílicas provincias las que hicieron rico a este país. El Dr. Johnson era de Lichfield, Shakespeare de Stratford-Avon. ¡Y el científico que descubrió la huella genética, el Dr. Alec Jeffreys, es de Leicester!».

Diario, me alegré cuando se fue. Los acontecimientos del día me habían dejado exhausto y el queso del pastel de carne me mantuvo despierto un buen rato.

Fui a El Oso a almorzar el domingo. Estoy harto de sus asados dominicales, así que opté por el especial tailandés. Sabía al jabón negro con el que mi madre solía lavarme el pelo los domingos por la noche en un vano intento de evitar que me salieran piojos. Aun así, ¿qué se puede esperar de un chef llamado Lee que solo tiene un diploma en Cocina con Microondas de un centro de formación profesional?

De alguna manera, la noticia de mi enfermedad se ha extendido por todo el pueblo. Dudo que el Dr. Wolfowicz tenga la costumbre de hablar de sus pacientes y sus dolencias, así que sospecho que la culpable es la Sra. Leech. Solo puede ser ella. Tengo muchas ganas de quejarme a la Asociación Médica Británica. Varios vecinos se me acercaron y entablaron conversación conmigo, mientras me miraban como si me estuvieran tomando las medidas para mi ataúd. Una pequeña parte de mí disfrutó de la atención.

Me topé con la mujer de Tombuctú cuando llevaba a mi padre y a Gracie de vuelta del pub. Me preguntó si Gracie era adoptada. Bromeé diciendo que, por lo que yo sabía, Gracie llevaba mi ADN.

Mi padre, intentando ser gracioso, dijo: «Aunque en nuestra familia nunca se sabe».

La mujer de Tombuctú, cuyo nombre he olvidado, dijo: «No se parece en nada a ti, es morena, muy morena, como una gitana».

Mi padre se ofendió y dijo: «¿Nos vamos a casa, o qué?».

Una vez, unos gitanos asfaltaron la entrada de su antigua casa en Wisteria Walk mientras él no estaba y trataron de cobrarle 1.000 libras. Estaba a punto de escribir un cheque cuando mi madre llegó a casa y le recordó que no tenía dinero en el banco. Los gitanos se vengaron amontonando asfalto al final de la entrada para que no pudiera sacar el coche.

Lunes 15 de octubre

Hoy me costó mucho esfuerzo ir en bicicleta a la librería. Entre clientes intenté escribir algunas escenas de *¡Plaga!*. Sin embargo, mi musa ha desertado y me di cuenta de que no podía montar la obra yo solo. Le escribí al vicario en su calidad de presidente de la compañía teatral Mangold Parva.

Estimado Simon:

Lamento profundamente informarle que, debido a problemas de salud, ya no puedo escribir, dirigir ni producir nuestra obra comunitaria, *¡Plaga!*. Entiendo que esto le resulte un duro golpe, pero me han comentado que se está gestando una iniciativa para representar *José y la asombrosa túnica de ensueño a todo color*, que quizás sea más apropiada para un grupo religioso.

Me despido, señor, su más humilde y obediente servidor,
A.A. Mole

PD: ¿Hay parcelas familiares disponibles en su cementerio, en una zona que no esté a la vista de la escuela?

Martes 16 de octubre

Hoy recibí una cita por correo. Tengo cita con el oncólogo mañana a las diez y cuarto en el Hospital Real.

Miércoles 17 de octubre

Mi oncóloga es la Dra. Sophia Rubik.

Le pregunté: «¿Rubik? ¿Como el cubo?».

«Sí», suspiró, «como el maldito cubo». Me invitó a sentarme y me preguntó cómo quería que se dirigiera a mí [address=dirigir, undress=desvestirse].

Al principio hubo confusión; pensé que me había dicho «desnúdate», así que me levanté y empecé a desabrocharme el cinturón. Pero una vez que lo aclaramos, le dije: «Llámeme Adrian».

Para ser honesto, Diario, no pude concentrarme del todo mientras hablaba de los tratamientos adecuados. Pensaba en el día en que mi padre me tiró el cubo de Rubik al canal cuando fuimos a pescar. Dijo que el clic constante ahuyentaba a los peces. Pero debí haber oído hablar de varias opciones: mirar y esperar, radioterapia, implantes radiactivos, cirugía, ultrasonidos radiactivos y terapia fotodinámica.

Entré en un ligero pánico, igual que solía sentirme en el mostrador de dulces a granel de Woolworths. Le pregunté qué tratamiento recomendaba.

Con su agradable acento del norte de Inglaterra, me dijo: «Decidimos juntos, Adrian».

Le dije: «Pero no estoy cualificado. Solo saqué un aprobado raspado en Biología».

Me respondió: «Pero es mucho mejor que nuestros pacientes colaboren con nosotros, Adrian. Hemos comprobado que los pacientes que se hacen cargo de su enfermedad tienen un pronóstico más satisfactorio».

Le pregunté: «Bueno, ¿cuál es la opción de tratamiento menos dolorosa?».

Ella dijo: «Ninguno de ellos es doloroso, Adrian, aunque supongo que depende de tu tolerancia, pero algunos son incómodos y tienen efectos secundarios desagradables».

Le pregunté: «¿Qué tratamiento tiene los efectos secundarios menos molestos?».

Ella respondió: «Supongo que la observación expectante, pero en tu caso no podemos observar y esperar. Necesitas tratamiento, comenzando en las próximas semanas. Tus niveles de PSA son más altos de lo que me gustaría».

«¿Qué es exactamente el PSA?».

Me explicó rápidamente: «Antígeno prostático específico. Es el líquido que transporta y nutre los espermatozoides y es esencial para una función sexual saludable».

Me dio un folleto y dijo: «Léelo y coméntalo con tu familia, y luego seguiremos a partir de ahí».

Me senté en la sala de espera para tranquilizarme y oí a un anciano decirle a su esposa: «No me volvería a operar de la próstata ni por todo el té de China».

Mientras caminaba hacia el aparcamiento del hospital, descarté mentalmente la “cirugía” de mi lista de opciones.

Ahora desearía no haber hablado de mis opciones de tratamiento con mi familia cuando llegué a casa. Cada uno tenía una opinión diferente sobre lo que era mejor para mí.

Daisy dijo, hojeando el libro *Tratamiento del cáncer de próstata explicado*: «¿No es trabajo del maldito médico decidir el tratamiento? O sea, estamos hablando de un maldito *cáncer*».

Mi madre dijo: «Ojalá no usaras esa palabra, Daisy».

Daisy preguntó qué palabra.

«Ya sabes», dijo mi madre, «la palabra con “C”».

«¿Cáncer?», dijo Daisy.

«*Por favor*», dijo mi madre, «no la digas».

«Pero eso es lo que es», dijo Daisy. «No tiene sentido andarse con rodeos, ¿verdad?».

«Antes lo llamábamos “cánker”, cuando yo era niño», dijo mi padre, sonriendo al recordarlo.

Jueves 18 de octubre

Daisy se ofreció a acompañarme al hospital hoy. Le dije que prefería afrontarlo solo. Esperaba que insistiera y me dolió que no lo hiciera.

No apruebo los tatuajes, así que me molestó que la Dra. Rubik me dijera que, como había optado por la radioterapia externa, tendría que hacerme tatuajes permanentes sobre la zona del tumor. ¿Quién me hará el tatuaje? ¿Tendré que ir a un estudio de tatuajes?

La Dra. Rubik dijo: «Un radioterapeuta recopilará tus datos y calculará dónde dirigir el haz. Antes de tatuarte, quizás quieras arreglarte un poco ahí abajo».

Cuando llegué a casa, le pregunté a Daisy qué creía que había querido decir la Dra. Rubik cuando dijo «arreglate ahí abajo».

Daisy se estremeció y dijo: «Supongo que tiene algo que ver con el vello púbico, es decir, deshazte de él». Empecé a pedirle consejo, pero dijo: «Lo siento, no puedo participar en esta conversación. No depilo vello púbico».

Es cierto, Diario. Una vez terminó una relación de tres años porque encontró un solo pelo púbico de él incrustado en una pastilla de jabón Chanel. Hice lo mejor que pude con una maquinilla de afeitar y un espejo de aumento de mano. Debo decir que me gusta bastante cómo quedó. Daisy dijo que se llama «depilación brasileña».

Viernes 19 de octubre

El Sr. Carlton-Hayes ha encargado amablemente *La guía completa para superar el cáncer de próstata, la prostatitis y la hiperplasia prostática benigna* del Dr. Peter Scardino. Al entregármela, comentó: «Creo que es un libro muy apreciado, al igual que el de la profesora Jane Plant, *Cáncer de próstata*, que es considerablemente más fácil de llevar».

Sábado 20 de octubre

Mi madre tiene cita en *El Show de Jeremy Kyle*. Como si no tuviera ya suficientes problemas. Además, Glenn estará de vacaciones el mes que viene. Leí en su página de Facebook que ayer iba en un vehículo patrulla que estuvo a punto de explotar por una bomba colocada al borde de la carretera. Sin embargo, vio a un niño que estaba cerca perdiendo todos los dedos de una mano. La patrulla de Glenn llevó al niño a un centro médico.

Glenn escribió: «No es ninguna broma no tener dedos en la mano en Afganistán. No hay sistema nacional de salud y necesitas las dos manos para cosechar las amapolas, de las que fabrican la heroína».

Domingo 21 de octubre

Rosie y Perro Loco Jackson llegaron hoy a casa de mis padres después de hacer autostop desde su casa okupa en el este de Leeds. Un camión que transportaba pollos de Escocia a Plymouth (¿por qué?) los dejó en la salida 22, en el área de servicio de Leicester Forest East. Luego convencieron a una anciana con un Corsa rojo para que los llevara a Mangold Parva. La pobre mujer condujo hasta allí, por nuestro camino lleno de baches, y los dejó frente a la pocilga de mis padres. Mi madre salió corriendo a recibirlos y se sintió obligada a invitar a la anciana a tomar una taza de té. Pronto se arrepintió de su invitación cuando la Sra. Pearl se quitó el sombrero y aburrió a todo el mundo hasta la saciedad hablando del hijo y la nuera a quienes había estado visitando en Derby. Finalmente, mi padre se hartó y dijo: «Será mejor que se vaya ya, Sra. Pearl. Cierran todas las salidas del pueblo al anochecer». La Sra. Pearl se arregló el sombrero, cogió las llaves del coche y se marchó a toda prisa. Rosie soltó una carcajada y dijo: «¡Viejo, eres un crack!»

Rosie y Perro Loco Jackson han cambiado de tribu, de hippies a góticos. Mi madre dijo que Rosie se veía bien, lo cual Rosie no se tomó como un cumplido, ya que intentaba parecerse a alguien recién salida de la tumba.

Mi padre lucía la sonrisa idiota que siempre tiene cuando Rosie está cerca. Dijo: «Eres igual que tu padre, Rosie, a ninguno de los dos nos gusta seguir las reglas».

Perro Loco se despatarró en el sofá y se lió un cigarrillo, sacando tabaco de una lata decorada con calaveras. Cuando mi madre lo llamó Perro Loco, él la corrigió, diciendo: «Eso fue en una vida pasada, Pauline. Ahora me llaman Banshee [“Mujer de los túmulos”, espíritu femenino del folclore irlandés y celta que anuncia la muerte de un familiar o allegado mediante un llanto, lamento o grito desgarrador]». Googleé el nombre al llegar a casa y me desconcertó descubrir que una banshee es un ser sobrenatural que grita cuando alguien está a punto de morir.

Lunes 22 de octubre

Rosie —que todavía se llama Rosie, gracias a Dios— vino anoche tarde a pedirle prestados cigarrillos a Daisy. En el calor de la cocina, desprendía un olor penetrante y se rascaba la cabeza constantemente.

Le dije: «Espero que no tengas piojos, Rosie. Acabamos de librarnos de los de Gracie».

Ella respondió: «No, me pica el cuero cabelludo. No me he lavado el pelo en más de un año». Al irse, se detuvo en la puerta y dijo: «He rezado a nuestro Dios gótico para que te recuperes, Aidy».

Le pregunté si su Dios era compasivo.

Ella dijo: «No siempre. Cuando un gótico muere, Dios se ríe. Pero tú eres humano, Aidy, él mirará por ti».

Yo dije: «Tenemos que hablar de *El Show de Jeremy Kyle*».

Ella dijo: «Tengo que aclararlo, Bro. Nunca me he sentido parte de esta familia».

Yo dije: «Yo tampoco. Siempre he sentido que mi verdadera familia eran aristócratas de algún tipo».

Ella dijo: «Pero tienes los pies de mamá y la nariz de George».

Qué triste que ahora llame a nuestro padre George.

Martes 23 de octubre

A veces, por minutos, olvido que tengo cáncer de próstata. Lo sé, es una especie de progreso. Parece que cada vez que mi madre me mira, tiene lágrimas en los ojos. Debería ser más fuerte o dejar de usar rímel, una de dos.

Miércoles 24 de octubre

El Sr. Carlton-Hayes ha empezado a usar un bastón. De repente, me doy cuenta de que todas las personas con las que entro en contacto tienen algún tipo de discapacidad física o mental. ¿Dónde están todas las personas sin discapacidad? Es un milagro que el país no esté en bancarrota.

Jueves 25 de octubre

Hoy comencé mi tratamiento. Antes de entrar al departamento de radiología, la Dra. Rubik me dijo: «Quizás debería recordarle los posibles efectos secundarios de la radioterapia».

Le respondí: «No hace falta. He leído el prospecto dos veces, detenidamente, y los efectos secundarios son mínimos».

La Dra. Rubik dijo: «He ejercido como oncóloga durante diecisiete años. He sido responsable del tratamiento de miles de pacientes. He hecho mucho más que leer un folleto, dos veces, así que quizás me permita informarle sobre los efectos secundarios del tratamiento que ha elegido. Primero, debe tener mucho cuidado al ducharse y no usar jabón ni geles. La zona tratada estará delicada y no debe exponerse a la luz solar directa».

Solté una risa forzada y dije: «Ojalá».

«Segundo, incontinencia urinaria. Podría tener pequeñas pérdidas de orina durante o después de completar el tratamiento. En tercer lugar, podría sufrir diarrea y molestias rectales».

«¿Entonces podría tener doble incontinencia?», pregunté.

«Posiblemente», respondió, «pero no hay dos pacientes iguales, y el tamaño y la ubicación de un tumor varían increíblemente. He conocido pacientes que no han tenido ningún efecto secundario, pero también he conocido a algunas personas desafortunadas que están confinadas en casa por doble incontinencia».

Mientras hablaba, tuve una visión de mí mismo atrapado en la pocilga, vagando de habitación en habitación con enormes pañales para la incontinencia debajo de unos voluminosos pantalones de chándal. Mi esposa y mi hijo habían huido. Mi única visita era la enfermera de incontinencia que me traía suministros nuevos.

Una enfermera me llevó al departamento de radioterapia para familiarizarme con el equipo, y luego me presentó a la radioterapeuta, una chica amable que parecía más la esposa de un granjero que una técnica de hospital. Me tendió la mano y me dijo que se llamaba Sally. Se veía sorprendentemente alegre para ser alguien que trabaja todo el día con personas moribundas. Me dijo que tendría que hacerme un tatuaje permanente para determinar la posición de la radioterapia. Le pregunté si podía ser algo discreto: quizás un pajarito, una flor o incluso “Daisy”, el nombre de mi esposa.

Sally dijo: «Esto no es un estudio de tatuajes, Sr. Mole. Sus tatuajes serán una serie de puntitos diminutos, apenas discernibles por el ojo humano». Me pidió, con la mayor amabilidad posible, que me quitara los pantalones y me pusiera una bata de hospital. Luego me pidió que me subiera a una camilla alta y dura y que me tumbara boca arriba.

Temía el momento en que me levantarán la bata y dejarán al descubierto mi desnudez, pero mientras posicionaba la máquina sobre mis genitales, charlaba animadamente sobre su fin de semana. Lo había pasado navegando en un bote en Rudand Water con su novio, Anthony. Me preguntó si estaba interesado en los deportes acuáticos. Le dije que le tenía un miedo mórbido al agua y que para mí requería mucho coraje incluso nadar en la parte menos profunda de una piscina. Apenas sentí el pinchazo de la aguja del tatuaje. Entonces Sally salió de la habitación y me habló por el altavoz, insistiéndome en «quédate absolutamente quieto, Adrián».

Hice lo que me dijeron, aterrorizado de que el haz no me diera en la próstata y me alcanzara el pene. Después de unos minutos, Sally me dijo que me relajara y volviera a la sala de tratamiento.

Mientras me ayudaba a bajar de la camilla, me dijo: «Entonces, te veo mañana a la misma hora».

Cuando me vestía, me sentí aliviado al pensar que Sally y yo nos llevaríamos bien, ya que tendría que verla casi todos los días durante las próximas ocho semanas.

Viernes 26 de octubre

Tratamiento.

Sábado 27 de octubre

Tratamiento.

Domingo 28 de octubre

Tratamiento.

Lunes 29 de octubre

Tratamiento.

Martes 30 de octubre

Tratamiento.

Miércoles 31 de octubre

Halloween

El Sr. Carlton-Hayes está hospitalizado con un fuerte dolor de espalda. Hitesh está a cargo de la tienda.

Después del tratamiento y antes de ir a trabajar, pasé a regañadientes por Woolworths para comprar un disfraz de bruja para que Gracie lo use esta noche cuando salga a decir truco o trato. Hace tanto frío que quedará completamente oculto por su gran plumas.

No apruebo esta costumbre americana. Es totalmente ajena a la cultura inglesa. Sin embargo, dado mi estado de salud, necesito una vida tranquila. Llené una bolsa grande con 5 libras esterlinas en dulces surtidos, para los truco tratadores que vengan, aunque en los últimos dos años pocos se han atrevido a entrar por nuestro oscuro e inhóspito camino de entrada.

Por alguna razón, siempre me siento reconfortado cuando estoy en Woolworths. Cuando era niño, gasté mi primera paga allí. Tenía cinco años y me gasté veinte peniques en platillos volantes. Es bueno saber que, sin importar las dificultades que podamos sufrir en la vida, Woolworths siempre estará ahí.

Jueves 1 de noviembre

Hitesh me llamó anoche para decirme que no puede arreglárselas solo. No entiende cómo funciona el sistema del Sr. Carlton-Hayes. Además, no está cualificado para tasar libros de segunda mano ni antiguos.

Fui a ver al Sr. Carlton-Hayes después de mi tratamiento, en la sala diecisiete. Leslie acababa de irse. No quería preocupar al Sr. C-H, pero le sugerí que me pusiera en contacto con Bernard Hopkins, quien ocasionalmente nos ayuda en emergencias, y le preguntara si podía encargarse de la librería hasta que el Sr. C-H y yo podamos regresar a trabajar a tiempo completo. Fue extraño verle en pijama. No sabía que todavía fabricaban pijamas de rayas azules y blancas con cordón. Tiene mucho dolor. En la televisión, colgada del techo, se veía *El Show de Jeremy Kyle*.

El Sr. Carlton-Hayes dijo, en voz baja: «Ahora entiendo tu angustia ante la idea de que tu madre aparezca en el programa del Sr. Kyle. Los pobres invitados son terriblemente indiscretos sobre sus vidas y relaciones problemáticas. Me resulta bastante angustiante, no puedo concentrarme en Sócrates, aunque admito que existen ciertos paralelismos con la antigua Grecia».

Le pregunté si quería que apagara el televisor.

«No, no», respondió, «creo que ahora estoy un poco enganchado».

Viernes 2 de noviembre

Bernard Hopkins vive actualmente en una pensión en Northampton. Lo llamé a las diez de la mañana, pero para mi sorpresa, hablaba con dificultad y al principio no recordaba quién era yo. Debería haber colgado en ese momento, pero en vez de eso, le pregunté si podía ayudarnos en la librería durante un par de semanas.

Dijo: «Me encantaría irme de este maldito lugar. Vine aquí para suicidarme. Aparqué en un camino rural, conecté una manguera al tubo de escape, me bebí una botella de Stolly [vodka Stolichnaya], fumé unos cigarrillos, pensé que me moriría escuchando la obra de teatro de la tarde en Radio Cuatro, hice el sudoku del *Independiente*, y luego el puñetero coche se quedó sin gasolina, así que estaba jodido. No pude conducir de vuelta a la pensión, demasiado borracho. Hacía un frío de mil demonios. Me peleé con un paleta que no pudo pasarme con su tractor. Metí el coche en una zanja. Ya era de noche cuando me sacó la asistencia en carretera. Un completo día de mierda».

Le pregunté si estaría dispuesto a llevar la tienda él solo con la ayuda a tiempo parcial de Hitesh.

Dijo: «Pan comido. ¿Me provee alojamiento, señorito?».

Le dije que podía dormir en la habitación de atrás.

Dijo: «¡Ah, dormir en los brazos de Morfeo rodeado de libros! ¿Qué más se puede pedir? Iré en cuanto el cacharro vuelva del taller».

Le advertí que no había ni un solo sitio para aparcar gratis en todo Leicester.

Dijo: «En ese caso, cogeré un autobús y llegaré tambaleándome».

Tan pronto como colgué el teléfono, me arrepentí de mi naturaleza impulsiva. Bernard Hopkins es un librero infernal. Si solicita un trabajo en Waterstones [cadena de librerías británica], su nombre activa una alarma en su red informática. En una ocasión, Borders [cadena de librerías americana] tenía su fotografía en la sala de empleados con un cartel que decía: «No empleen a este hombre». Pero nadie puede comparársele cuando se trata de libros antiguos. Los trata con reverencia y no se los vende a un dueño descuidado, un poco como esas mujeres de las Protectoras de Gatos que exigen un título en cuidado de gatos antes de permitirte llevarte uno a casa.

Sábado 3 de noviembre

Me desperté a las 3 de la madrugada empapado en sudor. Me quedé despierto, medio paralizado por el miedo, pensando en la muerte. ¿Qué sucede? ¿Sabemos cuándo estamos muertos? ¿Quiero ser enterrado o cremado? ¿Alguien se acordará de mí después de unos años de duelo? ¿Debería hacer testamento? ¿Cómo se las arreglarán Daisy y Gracie sin mí? ¿Se publicará alguna de mis novelas póstumamente?

A las 9 de la mañana ya estaba en la oficina de correos. Tony y Wendy Wellbeck estaban detrás del mostrador tomando té y comiendo tostadas, lo que me pareció de lo menos profesional.

Cuando pedí un formulario de testamento para rellenar uno mismo, Wendy Wellbeck dijo: «Sí, me enteré de sus problemas».

Tony Wellbeck dijo: «Su madre vino ayer. Estaba muy disgustada. Wendy tuvo que rodear el mostrador y darle un abrazo».

Le dije: «No sabía que mi estado de salud fuera tema de conversación en el pueblo».

Wendy Wellbeck dijo: «No sea tan duro con ella. Las madres sufrimos cuando nuestros hijos están enfermos, Mr. Mole».

Tony Wellbeck preguntó: «¿Significa esto que la obra de teatro comunitaria se cancela?».

«Puede que se posponga», respondí.

«Solo los Jóvenes Agricultores están interesados en hacer una *Cenicienta* tradicional».

Wendy Wellbeck dijo, con orgullo: «Han preguntado si pueden barnizar una de las calabazas gigantes de Tony».

Después de pagar por el formulario de testamento que había redactado yo mismo, Tony Wellbeck dijo: «Conocemos a media docena de personas que han sufrido problemas como los tuyos, ¿verdad, Wendy?».

Wendy Wellbeck sonrió y dijo: «Sí, y dos de ellas están vivas y bien hoy, ¿no es así, Tony?».

Cuando llegué al trabajo, Bernard Hopkins estaba sentado en la puerta de la tienda. Llevaba un abrigo azul marino sobre una chaqueta deportiva verde, camisa y corbata. Sus pantalones de pana estaban manchados con lo que parecía mermelada de grosella negra. Sus zapatos parecían los de un vagabundo de dibujos animados. El cuello de su camisa estaba deshilachado y mugriento.

Al verme, tiró su cigarrillo a la cuneta y se puso de pie tambaleándose, diciendo: «Buen día, señorito. ¿Todo bien?».

No quise contarle mis problemas de próstata mientras estábamos en la puerta, así que le dije: «He estado mejor, gracias».

Una vez dentro de la tienda, comenzó a recorrer los estantes, gruñendo y ronroneando al divisar libros conocidos. Sacó un ejemplar de *La vida de Johnson* de Boswell y lo abrió al azar. Lo trató como si fuera un tesoro exquisito. Soltó una carcajada ante algo que leyó, luego volvió a colocar el libro en el estante y dijo: «Tu llamada fue muy oportuna. Un par de horas más y habría pasado a mejor vida».

Le dije: «Por favor, no hables de suicidarte. Tu vida es muy valiosa».

Para mi sorpresa, se le llenaron los ojos de lágrimas y, con la voz quebrada, dijo: «Nadie me había dicho eso antes. Siempre me he sentido una molestia. Mis padres me daban la impresión de que era una carga para sus finanzas, y mis esposas parecían volverse contra mí en cuanto se ponían el anillo en sus dedos. Eso no ayuda mucho a la autoestima de uno».

Repasé con él los detalles prácticos de la gestión de la tienda. Le enseñé la caja registradora, le recordé que la tetera eléctrica a veces se desborda si no se presiona el interruptor de encendido lo suficiente, le dije que nuestra compañía de seguros no permite el consumo de alcohol en el local (mentira, pero nunca lo sabrá), le advertí que no llamara a Hitesh Gunga Din, le recordé que fumar en un edificio público es ilegal y le pedí que intentara vender con insistencia el nuevo libro de Antony Worrall Thompson (pedí un montón por error).

A la 1, de repente sentí un hambre voraz y salí en busca de un sándwich de queso sencillo. Tras recorrer varias bocadillerías en una búsqueda infructuosa —todos los sándwiches de Leicester parecían estar contaminados con mayonesa asquerosa— fui a Marks & Spencer y compré una barra de pan crujiente, un paquete de mantequilla y un bloque de queso Red Leicester. Luego regresé a la librería para preparármelo.

Cuando llegué, Bernard estaba dormido en el sofá, a la vista de la ventana, con el libro de Antony Worrall Thompson abierto sobre su regazo. Hitesh me dijo que llevaba dormido más de media hora. Una vez más, me arrepentí de mi loco impulso de pedirle ayuda a Bernard.

Hitesh dijo: «Solo han entrado dos clientes. Uno pedía un libro apropiado para alguien que ama a los gatos, y un tipo un poco loco entró y compró un ejemplar de *High Windows* [Altos ventanales] de Philip Larkin».

Bernard se despertó a las 2 y pidió 10 libras en la caja para un sándwich, luego salió a buscar una cafetería que sirviera «auténtica comida inglesa». Busqué en internet y encontré una página web para supervivientes de cáncer de próstata donde, para mi sorpresa, leí que «Karl en Dumfries» había sufrido una pérdida de libido tras terminar su tratamiento de radioterapia y que «Arthur en High Wycombe» no había podido reanudar las relaciones conyugales desde su tratamiento. Publiqué una entrada anónima en un blog,

llamándome Steve Hardwick, preguntando si la impotencia era inevitable después del tratamiento de radioterapia externa, añadiendo: «Soy un hombre joven, aún no tengo cuarenta».

Me entretuve en la tienda durante media hora y luego volví al ordenador. Un tipo llamado Clive había escrito:

Bienvenido a nuestro blog, Steve. No, la impotencia no es inevitable. Con la ayuda y el apoyo de mi esposa, Cath, hemos encontrado maneras de tener una vida sexual satisfactoria. Así que no te desespere, ¡mantén tu vida sexual activa!

Le respondí:

Muchas gracias, Clive. Sin duda tienes suerte de tener una esposa tan comprensiva y cariñosa. La mía es impaciente y tiene la mecha corta (es mitad mexicana).

Clive respondió casi de inmediato:

Steve, suena fabulosa. Quizás Cath y yo podamos unirnos para un cuarteto. ¿Qué te parece? Obviamente, esperaríamos hasta que completaras tu tratamiento. ¿Tienes fotos de tu encantadora señora [en español en el original]? No me importa si está medio desnuda o incluso completamente desnuda. Cath y yo somos jubilados de mente abierta. Espero tener noticias tuyas pronto. Vivimos en Frisbyon-the-Wreak, Leicestershire, pero con nuestros pases de autobús gratuitos la distancia no es problema. Tuyo, Clive.

Oí la voz de Bernard en la tienda y apagué el ordenador. Podía oler la cerveza desde tres yardas de distancia. Saqué un tubo de Polos [Chimos] del bolsillo y le di uno, diciéndole: «Refresca tu aliento, Bernard». Se estremeció al verlo y dijo: «No te preocupes, señorito. Una vez se me quedó la lengua atrapada en el maldito agujero. ¡Nunca más!».

Apenas hubo movimiento por la tarde. Bernard se volvió a dormir y Hitesh se hizo lo que parecía una manicura profesional con una lima de uñas, un palito naranja y un frasco de quitacutículas que sacó de lo que él llama su «bolso de hombre». Se ofreció a arreglarme las uñas, pero me negué.

A las cuatro y media salí de la tienda para visitar al Sr. Carlton-Hayes. Me contó entusiasmado que había un programa en la televisión llamado *Mujeres Sin Tapujos*. Dijo: «Son cinco señoras con opiniones firmes sobre diversos temas, atrevidamente francas y deliciosamente desinhibidas».

Le dije que había cometido un gran error al invitar a Bernard a ayudarnos en la tienda.

El Sr. Carlton-Hayes me dijo: «No debes culparte a ti mismo, querido. Debemos ver el lado positivo: piensa en lo feliz que se sentirá Bernard al saber que lo necesitan».

El Sr. Carlton-Hayes se somete a una operación de discos el lunes. Le van a extraer dos o a implantar dos. No recuerdo bien.

Le comenté que estaba recibiendo radioterapia externa.

Dijo: «Querido, si pudiera recibir ese tratamiento tan horrible por ti, lo haría. Me parece terriblemente injusto que los dioses te hayan dado lo que debería ser un mal de anciano».

Vimos *Sally Jessy Raphael* en su televisor suspendido. Un hombre negro, gordo y gigantesco, se jactaba de haber engendrado diecisiete hijos con diecisiete madres diferentes.

Sally Jessy, una anciana pelirroja con gafas a lo Eric Morecambe [gafas gruesas de pasta], lo regañaba y le decía que debería usar condón.

El hombre dijo: «¡No tiene sentido chupar un caramelo con el envoltorio puesto!».

El Sr. Carlton-Hayes comentó: «Me encanta este programa. Es deliciosamente horrible».

Le recordé que BBC Cuatro tenía una excelente reputación por emitir programas culturales de prestigio, a partir de las siete.

El dijo: «Tienes toda la razón de amonestarme, Adrian. Soy un adicto a la telerrealidad. Debo desengancharme antes de salir del hospital».

Le comenté que mi madre también era una cautiva de esos programas.

Mientras volvía a casa en bici, decidí que usaría mi enfermedad para manipular a mi madre y evitar que apareciera en *El Show de Jeremy Kyle*. En el semáforo de la carretera de Narborough, un coche tocó la bocina detrás de mí. Me giré, pero no pude ver quién era en la oscuridad. Entonces, la Dra. Pearce bajó la ventanilla y me indicó que girara a la izquierda y me detuviera. Al adelantarme, vi que todo el asiento trasero estaba cubierto de bolsas de Sainsbury's llenas de la compra. Con cierta dificultad, se sentó en el asiento del copiloto y abrió la puerta. Luego, al inclinarme, me agarró la cabeza y me besó en los labios. Después de separarme, me dijo: «*Por favor*, pon tu bici en el maletero. Tengo que hablar contigo».

Me llevó una eternidad desmontar mi bici. Fue un trabajo desagradable y dificultoso, agravado por el estruendo de los camiones pesados que atravesaban la lluvia rugiendo camino a la autopista. Sin embargo, al final logré meterla en el maletero. A regañadientes subí al coche y la Dra. Pearce nos llevó a La Casa del Barco en Barrow-upon-Soar.

Nos sentamos un rato en el aparcamiento, frente al oscuro río, y me contó que cuando su marido regresó de Noruega la semana pasada, se había mostrado muy frío con ella. Tras unos días de casi total silencio, confesó que había compartido habitación de hotel en Trondheim con una geógrafa llamada Celia. Ella dijo: «Me sorprendió mucho porque no ha mostrado mucho interés en el sexo desde que nació Imogen. Me siento como una tonta». Le conté sobre el tratamiento que había comenzado. Era muy consciente de que estaba a cincuenta kilómetros de casa y con una hora de retraso, pero ante su evidente angustia apagué el móvil y entramos en el pub, donde pedimos hamburguesas, ensalada y patatas fritas gruesas.

La Dra. Pearce escogió una botella de Rioja y dijo: «Este lugar es precioso en verano. Tenemos que venir, sentarnos junto al río y hacer un picnic, Adrian». Esto me alarmó mucho. ¿Acaso pensaba que nuestra relación continuaría en 2008?

Me dejó al final de nuestro camino de entrada y se marchó para alimentar a sus hijos. Para mi disgusto, Daisy y Gracie subían por el camino desde el pueblo y me pillaron montando la bici.

Gracie me preguntó: «¿Por qué está rota tu bici, papá?».

Le dije: «Se desmontó de repente».

Incluso a mí me pareció una excusa poco convincente, y cuando Daisy me dijo: «Has estado bebiendo», volví a mentir y le dije que había ido a tomar una copa de vino a un bar del pueblo.

Ella dijo: «Nadie va a tomar una copa de vino, Adrian, van a tomar una media pinta».

Me fue imposible ensamblar la bici en la oscuridad total de la noche de Mangold Parva, así que cogí el cuadro y una rueda, Daisy cogió la otra y Gracie llevó los pedales de vuelta a la pocilga. No sabía con quién estaba más enfadado: con la Dra. Pearce, por manipularme para tener una cita secreta, o conmigo mismo, por mi cobardía al aceptar.

Domingo 4 de noviembre

Pasé una mañana deprimente redactando mi testamento en la mesa de la cocina. Fue descorazonador darme cuenta de que en treinta y nueve años no había acumulado nada de valor. Aparte de mis libros y manuscritos, algunas prendas de ropa y pares de zapatos, y mis cuchillos Sabatier, tengo poco que valga la pena. Mi cuenta bancaria está en números rojos e incluso mi bicicleta está hecha pedazos. Y según un agente inmobiliario, a quien mi madre convenció recientemente para que le hiciera una tasación, ambas pocilgas ya tienen un valor neto negativo. Tenía una póliza de seguro, pero Brett me persuadió de cobrarla e ingresar 23.000 libras en una cuenta bancaria islandesa de alto interés, a la que no podré acceder durante al menos siete años.

Brett dijo: «Es tan seguro como una casa, Adrian. Las autoridades locales y los ayuntamientos se han estado aprovechando de los tipos de interés ridículamente altos». Es genial tener un medio hermano que también es un experto en finanzas.

Recordé que el plan funerario al que mis padres habían contribuido desde que nací estaba guardado en mi caja de Documentos Importantes, que está escondida detrás de las maletas encima del armario de mi habitación. Salí al cobertizo y tuve que apartar meses de basura acumulada antes de poder alcanzar la escalera. Luego tuve que derribar una araña grande de su telaraña; sin duda, estaba deseando pasar allí el resto del invierno. Tras arrastrar la escalera por el jardín, se había llenado de barro y hojas, así que tuve que desenrollar la manguera. Sin embargo, no salió agua.

Le pregunté a Daisy dónde estaba la llave de paso.

Ella dijo: «¿Estás tratando de ser gracioso?».

Fui a la casa de al lado a preguntarle a mi madre.

Ella, que adora el drama, por pequeño que sea, se metió en la discusión y me enfureció agitando la manguera y diciendo: «Funcionaba la última vez que la usé».

Al final, Daisy trajo un trapo húmedo y simplemente limpió el barro y las hojas.

Tras escudriñar detenidamente el plan funerario, descubrí que valía la risible suma de aproximadamente 160,37 libras. Saqué un fajo de certificados de matrimonio, nacimiento y decreto de divorcio y vi en la esquina de la caja una llave oxidada. Inmediatamente me transporté al día en que Bert Baxter, el jubilado al que solía visitar cuando tenía 13 años y tres cuartos, me la entregó.

¿Dónde estaría ahora el baúl de Bert? ¿Lo conservaría Pandora? Volví a guardar la llave en la caja y la coloqué encima del armario. Me senté en la silla frente al tocador e intenté imaginar al joven Adrian. Algunos de los momentos más felices de mi vida ocurrieron cuando Pandora, Bert y yo estábamos juntos. Ella era la única persona, aparte de mí, en quien Bert confiaba para cortarse las uñas de sus pies.

Cuando me reuní con Daisy y Gracie en la cocina, Daisy dijo: «He estado leyendo tu testamento. ¿Por qué le dejaste tus cuchillos de chef Sabatier a tu padre? Sabes que adoro esos cuchillos».

Tenía los ingredientes para la lasaña sobre la mesa, peligrosamente cerca de mi testamento. Estaba a punto de apartarlo cuando Gracie se inclinó para coger su bote de rotuladores y tiró una botella entera de puré de tomate.

Todos gritamos cuando el tomate salpicó mi trabajo matutino.

Grité: «¿Por qué *siempre* pasa esto? ¡No se puede confiar en ti cerca de ningún líquido!».

Gracie rompió a llorar. Esto hizo que Daisy me gritara. Le grité de vuelta y *la* hice llorar. Luego salí furioso de la cocina, me senté al borde de la cama y me eché a llorar. Me aterra lo que me depara el futuro.

Lunes 5 de noviembre

Noche de Guy Fawkes [conspirador católico]

Todos los expertos financieros, incluido Robert Peston de la BBC, predicen que nos espera una recesión. Los tipos de interés hipotecarios van a subir.

Daisy dijo: «Le dije a tu madre que deberíamos haber contratado una hipoteca a tipo fijo, pero no quiso escucharme. Se creyó todo lo que le dijo ese agente hipotecario zalamero. Son unos vendedores de humo, Adrian».

Le dije: «En aquel momento estabas contenta de mudarte aquí».

Ella dijo: «Estaba preñada de Gracie. Era o mudarnos a una pocilga con un pozo negro en el jardín y que tus padres compartieran pared medianera, o que el ayuntamiento nos realojara en un barrio marginal donde hasta los bebés tienen tatuajes».

Dije sarcásticamente: «Siento que estés tan descontenta con tu suerte».

Ella respondió: «Yo también».

No nos dijimos nada mientras entrábamos en el pueblo. Hacía un frío intenso. Gracie se quejaba de que no podía moverse por las capas de ropa que le habíamos insistido que se pudiese, así que nos turnamos para llevarla hasta la hoguera acordonada en la pequeña plaza frente a El Oso, donde mis padres y Rosie temblaban esperando a que la encendieran. Hugo Fairfax-Lycett y su torpe equipo de críquet estaban a cargo. Mientras Fairfax-Lycett repartía bengalas a los niños, un miembro del club de críquet daba órdenes a gritos por un megáfono, advirtiéndonos del peligro de caer en la hoguera o de ser alcanzados por un cohete, mientras otro asaba un cerdo entero en un asador.

Le dije a Daisy: «Al menos podrían haberle cortado la cabeza. Mantén a Gracie alejada o nos quedaremos despiertos toda la noche».

Daisy me miró con esa expresión de «no estoy hablando contigo» y se giró para hablar con mi madre, preguntándole dónde estaba Banshee.

El rostro de mi madre se iluminó como cuando está a punto de soltar un chisme. «Bueno», dijo, «lo único que le dije fue: “No veo por qué no puedes ser seguidor de tu Dios gótico y lavarte el pelo”. Me miró con una expresión extraña. Y cuando se enteró de que había puesto sus vaqueros negros en un programa de lavado especial para ropa sucia, enloqueció —lo cual no queda bien cuando un hombre está en calzoncillos— y me llamó ama de casa pequeño-burguesa con fijación anal. Tu padre gritó: “¡Ojalá *fuera* ama de casa!”, y Rosie dijo: “¡No llames capulla a mi madre!”». Bueno, entraron en la habitación de invitados, discutieron y, de pronto, él irrumpió en la cocina, sacó sus vaqueros de la lavadora, se los puso —empapados—, dijo: «No puedo vivir en este infierno suburbano» y se marchó.

Miré a Rosie. No parecía muy preocupada.

De la oscuridad apareció Fairfax-Lycett, sosteniendo en alto una vela encendida. Se había quitado la chaqueta Barbour y el muy tonto llevaba una camisa blanca, abierta en el cuello. Noté que también había caído presa de la ridícula moda de no abrocharse los puños, al estilo de Laurence Llewelyn-Bowen. Un miembro del club de críquet arrojó una figura de Guy Fawkes a la cima de la hoguera, y Fairfax-Lycett clavó la vela en la yesca de la base. Un vítor desganado se alzó entre la pequeña multitud. Miré a mi padre, que estaba sentado en su silla de ruedas agitando una bengala con Gracie, y estuve a punto de llorar. Poco sabía él que su mundo estaba a punto de desmoronarse como resultado del deseo de mi madre de validar su vida apareciendo en televisión.

En cuanto Fairfax-Lycett empezó a trincar el cerdo, vi a Daisy acercarse y unirse a la pequeña cola. Cuando fue su turno de ser servida, tardó una eternidad, y me di cuenta de que Tony y Wendy Wellbeck, que estaban detrás de ella, se estaban impacientando. En un momento dado, Daisy se echó a reír a carcajadas por algo que él dijo. Cuando le pasó los bocadillos de cerdo, ella le ofreció un billete de 10 libras, pero él lo rechazó. Observé atentamente para ver qué pasaba cuando atendiera a los Wellbeck. Cogió su dinero.

La siguiente vez que vi a Fairfax-Lycett, se había hecho cargo de los fuegos artificiales y los estaba lanzando de la manera más irresponsable. Había poca coordinación. Fuegos artificiales caros y baratos se mezclaban durante el espectáculo. Por consiguiente, no hubo un clímax adecuado. Cuando nos íbamos, la silla de ruedas de mi padre se atascó en el barro. En mi estado de debilidad, no pude liberarla. Para mi disgusto, Fairfax-Lycett tomó el control y, con un fuerte empujón, impulsó a mi padre y la silla de ruedas por el césped, mientras mi madre y Daisy le daban las gracias con afectación. Mi padre murmuró: «Ese pijo con camisa podría haberme quemado en la hoguera».

Nos congregamos en la cocina de mi madre y metió unas patatas en el horno. Mientras mi padre estaba en el baño, les rogué a las mujeres que no mencionaran *El Show de Jeremy Kyle* ni nada relacionado con él.

Les dije: «No le arruinen la Noche de las Hogueras a papá». Se sentaron alrededor de la mesa de la cocina, bebiendo una botella de Chardonnay de Asda y comiendo palitos de trigo Twiglets con sabor a curry. Como mi madre quería escuchar el programa de música country de Bob Harris en Radio Dos, pasó un buen rato antes de que oyéramos a mi padre gritar desde el baño que había terminado. Después de ayudarlo a sentarse en su silla de ruedas, me fui a casa y me metí en la cama sin lavarme ni cepillarme los dientes, exhausto.

Martes 6 de noviembre

Cuando llegué a la tienda, Hitesh me dijo que Bernard había estado fuera dos horas en una «expedición de compra de libros». Me alarmé, la tienda no tiene escasez de libros de segunda mano. Los estantes están a rebosar y la trastienda está llena de ellos. Apenas hay espacio para el colchón hinchable individual de Bernard. Lo que necesitamos desesperadamente es que alguien *compre* nuestros libros, de lo contrario, la tienda seguramente cerrará.

Me daba pavor volver a casa y me quedé en la tienda, ordenando los libros e incluso desmontando y limpiando la cafetera.

Cuando Bernard regresó, le pregunté qué había comprado.

Dijo: «Nada, colega. Eran asquerosos».

«¿Pornografía?», pregunté.

«No», respondió, «peor. Danielle Steel».

Le conté que estaba retrasando mi regreso a casa porque mi madre pensaba decirle a mi padre que iba a ir a *El Show de Jeremy Kyle* para hacerse una prueba de ADN, porque no estaba segura de que Rosie fuera de él.

Bernard dijo con admiración: «Tu madre haría palidecer a Madame Bovary».

Miércoles 7 de noviembre

7:30 a.m.

Agotado emocionalmente.

Anoche, a las ocho, fui a la casa de al lado y encontré a mi madre y a Rosie sentadas en las sillas de la cocina, frente a mi padre en su silla de ruedas.

Mi padre balbuceaba: «¿Por qué está apagada la tele? ¿Qué pasa?». Parecía un animal acorralado y no dejaba de mirar a su esposa, a su hija, a mí y de vuelta a ella. «¿Qué he hecho?», suplicó. Lió un cigarrillo y tiró la cerilla usada en el cenicero integrado en el brazo de su silla de ruedas.

Hubo un largo silencio.

Estaba furioso con mi madre y mi hermana. Deberían haber planeado qué iban a decir y cómo decirlo, pero al final me tocó a mí recordarle que la paternidad de Rosie nunca se había probado definitivamente y que existía una alta probabilidad de que el Sr. Lucas, nuestro antiguo vecino, fuera el padre biológico de Rosie. Y que recientemente se había puesto en contacto con ella.

Desde su último derrame cerebral, la lucidez mental de mi padre ha disminuido. Tuve que repetirle la desagradable noticia varias veces antes de que comprendiera del todo la importancia de lo que le decía.

Es cierto que parecía disgustado, aunque lo he visto aún más disgustado cuando el Leicester City pierde en casa.

Mi madre sollozó diciendo que lamentaba haberlo lastimado, pero continuó diciendo: «Tienes parte de la culpa, George. Yo era una mujer de carne y hueso con necesidades sexuales y tú preferías leer tus estúpidos libros de vaqueros en la cama. De hecho, recuerdo una vez que estábamos haciendo el amor y te pillé leyendo *Bill el Domador de Broncos* detrás de mi cabeza».

Esperé a que mi madre o mi hermana mencionaran *El Show de Jeremy Kyle*, pero ninguna lo hizo. Una vez más, Diario, me tocó a mí sacar el tema. Para mi sorpresa, mi padre parecía bastante complacido ante la perspectiva de aparecer en televisión. Cuando protesté, diciendo: «¿No te preocupa la invasión de tu privacidad?», me dijo: «Adrian, nada es privado ahora. Todo el mundo lo sabe todo sobre nosotros. Vives en la Edad Media, hijo».

Mi madre me miró triunfante y dijo: «Sabía que tu padre cooperaría».

Rosie dijo: «Nadie me ha mencionado todavía. ¿No te importa no ser mi verdadero padre?».

Sentí lástima por ella y le dije a mi padre: «¿No tienes nada que decirle a Rosie, papá?».

Mi padre parecía desconcertado, se acarició su ralo mostacho y dijo: «Ella sabe que le tengo cariño».

«¡Cariño!», gritó Rosie. «¡Cariño! ¡Espero que el señor Lucas sea mi padre! Es guapo a rabiar y tiene una letra preciosa».

Mi padre le gritó: «Debería haberle dado una paliza cuando aún tenía fuerzas. ¡Jamás debí haber confiado en ese bastardo de Taff! ¡Y tu madre no era la única mujer con la que se acostaba!».

Mi madre dijo indignada: «¡Sí, lo era!».

Rosie entró de golpe en la habitación de invitados. Mi madre fue a la cocina y oímos el tintineo del hielo en tres vasos, luego el gorgoteo de la botella de vodka y el leve silbido al verter la tónica. Regresó con una bandeja. Por una vez, no rechacé una copa. Para cuando mis padres habían rellenado sus vasos varias veces, ya estaban charlando amistosamente sobre qué ponerse para *El Show de Jeremy Kyle*.

Cuando llegué a casa, Daisy me preguntó cómo se había tomado la noticia mi padre. Le dije: «Bastante bien», y se fue a la cama.

Mientras me lavaba los dientes, me alarmé al ver un poco de sangre en el lavabo.

7:30 a.m.

Sally dijo que el sangrado de mis encías probablemente sea un síntoma de enfermedad periodontal y que no necesariamente esté relacionado con mi enfermedad o tratamiento. Fui a ver al Sr. Carlton-Hayes, pero estaba dormido y no quise despertarlo. La enfermera dijo que Leslie había ido a la cantina a tomar una taza de café.

Le pregunté si la operación había salido bien.

Me respondió: «No estoy autorizada a decirlo por confidencialidad del paciente».

Debería haber mentido y dicho que era su hijo.

Jueves 8 de noviembre

Como si no tuviera ya bastante con lo mío, la Dra. Pearce me llamó y me dijo con tono lastimero: «No has llamado».

Le confirmé que no lo había hecho.

Me preguntó: «¿Por qué?».

Le dije que había estado ocupado.

Me preguntó si podíamos vernos en algún sitio.

En el silencio que siguió, murmuré para mí mismo: «No, no, no». Sin embargo, pregunté: «¿Dónde?».

Respondió: «En cualquier sitio. A cualquier hora».

Le dije que estaría en el hospital por la mañana y en la librería toda la tarde, esperando que captara la indirecta, pero continuó intentando acorralarme. Dijo que estaría leyendo hasta las dos y media y que luego tenía que llevar a los niños al dentista, pero que estaría libre a las seis.

Le dije que tenía que volver a casa con mi esposa y mi hijo.

Ella preguntó: «¿Por qué? ¿Están enfermos?».

Mentí y dije: «Sí, ambos están muy enfermos de...». El nombre de cada enfermedad se me borró de la mente.

Finalmente, la Dra. Pearce dijo: «No quieres volver a verme, ¿verdad?».

Solté que, si entraba en la librería, me encantaría entablar conversación con ella.

Ella preguntó: «¿Pero nada más?».

«No», respondí, «nada más».

Colgué el teléfono. Espero que no se convierta en una molestia.

Viernes 9 de noviembre

Esta mañana tuve tratamiento como de costumbre. Sally estaba muy cabizbaja, le pregunté qué le pasaba. Me dijo que Anthony había llevado a otra chica al lago Windermere. Sally dijo: «Es una traición horrible».

No supe si Sally estaba molesta por la otra chica o celosa porque él la había llevado a un lago superior que aquellos a los que la había llevado.

Robert Peston estuvo en el programa *Hoy* informando que algunos de los bancos más importantes estaban en problemas. Se esforzó mucho por explicar las complejidades de la crisis bancaria en un lenguaje sencillo, pero aun así me quedé perplejo. Empecé a entrar en pánico, y entonces recordé que no tenía dinero en ninguno de los grandes bancos. Le di gracias a Dios por haber depositado el dinero de mi seguro en esas cuentas islandesas, que eran un refugio seguro.

Recibí un mensaje de texto de Pandora esta noche. Decía:

Estoy pensando en ti, mi querido y valiente chico. Me alegra que te estés beneficiando de los objetivos establecidos por el Gobierno para la iniciativa de atención oncológica del NHS. ¿Harás algo conmigo en los medios la próxima vez que esté en Leicester? Te quiero como siempre, Pan xxx

Sábado 10 de noviembre

Tratamiento.

Sally se ha apoderado del cuaderno de bitácora de Anthony. Al parecer, ha tenido aventuras amorosas en lagos, fiordos, estuarios y aguas costeras con una sucesión de compañeras de tripulación. Ha puesto su ropa de lluvia y sus botas impermeables en eBay.

Pasé a ver al Sr. Carlton-Hayes. Parecía tener unos 110 años. Reaccionó mal a la anestesia y le están administrando oxígeno con frecuencia. Todavía lleva una bata de hospital y está conectado a tubos y drenajes, pero logró comunicar a través de la mascarilla transparente que el dolor de espalda había mejorado. Me preguntó por la tienda y le mentí diciéndole que el negocio iba como la seda.

Al regresar a la tienda, noté con gran pesar que la Dra. Pearce estaba merodeando en la acera de enfrente, aparentemente mirando el escaparate navideño de Rackham. Antes de que pudiera quitarme el abrigo, cruzó la calle y entró en la tienda. Se había cortado el pelo y puesto mechas, y ahora se parece un poco a Ann Widdecombe [política británica, de belleza similar a Camilla Parker Bowles], lo cual es una mejora.

Le pregunté cuál era la ocasión especial.

Me dijo: «Tú».

Afirmó que estaba comprando regalos de Navidad para sus hijos, así que intenté endosársela a Bernard, pero él me dijo: «No, no puedo, muchacho. Los pequeños y yo no nos llevamos bien».

Hitesh estaba en su descanso, así que le enseñé algunos de los libros desplegables más caros. Al final eligió cuatro, que sumaban 62,42 libras.

Después de devolverle la tarjeta, me dijo: «Disculpa si he hecho el ridículo».

Sentí tanta pena por ella que casi me derrumbo, pero, en lugar de eso, reuní toda mi determinación y dije: «Para nada. Que pases una feliz Navidad».

Volví temprano a casa y me quedé dormido en el autobús.

Domingo 11 de noviembre

Mi madre llamó a *El Show de Jeremy Kyle* para decir que ella, su marido, su hija y su exnovio han aceptado aparecer en el programa, que se grabará el martes 20 de este mes. Rosie pasará su cumpleaños con su posible nuevo padre, Lucas.

Mi madre ya tiene planes. Ha reservado una manicura en Top Tips [Consejos Útiles], una cita en la peluquería del pueblo y una estilista en Debenhams para que la ayude a elegir un atuendo adecuado para el programa. Le hice notar que estaba haciendo un gasto innecesario, ya que el código de vestimenta para mujeres mayores de sesenta años en *El Show de Jeremy Kyle* consistía en una camiseta de tirantes ajustada, escote pronunciado, pantalones pirata de color claro y zapatillas deportivas sin calcetines. El pelo debe ser lacio, con raya al medio o una cola de caballo muy tirante (también conocida como lifting facial de Croydon). Dijo que no quería que la audiencia en casa (unos tres millones y medio de personas) pensara que era una vieja zorra.

Una vez más le rogué que cambiara de opinión y cancelara su aparición. Ella dijo: «A ti te da igual, *has* salido en la tele. Puede que yo no vuelva a tener la oportunidad».

Nadie quería cocinar, así que fuimos a El Oso a comer el domingo. Protesté diciendo que, con mi frágil estado de salud, necesitaba comida nutritiva, no la porquería que sirven en El Oso. Diario, por increíble que parezca, nadie se ofreció a quedarse en casa y prepararme algo ligero y delicado para abrir mi frágil apetito.

Gracie me rogó que fuera, así que, a regañadientes, me puse mi abrigo Next, la bufanda y el gorro de aviador con forro de piel y orejeras que Nigel me regaló la pasada Navidad.

Daisy dijo que no quería que la vieran en público conmigo con el sombrero puesto, pero mi madre dijo: «Tiene que mantener las orejas calientes. Cuando era niño, yo me quedaba despierta noche tras noche echándole aceite de oliva caliente en los oídos. Solía armar un gran jaleo».

Diario, esto es nuevo para mí; mi recuerdo es muy diferente. Recuerdo el tormento del dolor de oído, pero no recuerdo que mi madre estuviera nunca en la misma habitación que yo. Solo recuerdo a mi padre golpeando la pared de mi habitación y gritando: «¿No puedes sufrir en silencio? Tu madre y yo necesitamos dormir».

Cuando entramos en El Oso, se hizo un silencio sepulcral. Fui consciente de que la gente me miraba rápidamente y luego apartaba la vista. ¿Cuánto peor será después de que mi familia haya aparecido en *El Show de Jeremy Kyle*? Una vez más, llegamos tarde para la carne de res y el cordero, así que tuvimos que conformarnos con cerdo. Sin embargo, debo admitir que mi almuerzo del domingo estuvo bastante bueno. Lee, el chef, fue despedido por acosar sexualmente a la Sra. Urquhart (es decir, su esposo se enteró de su aventura). La Sra. Urquhart se ha hecho cargo de la cocina. Cada vez que se abría la puerta de la cocina, la veía sirviendo la comida con voracidad, con la cara roja como un tomate y el pelo húmedo pegado al cuello. Se veía bastante atractiva. Su salsa estaba exquisita.

Mientras comíamos, escuché a Tom Urquhart quejándose con Terry Pratt, antiguo propietario de Las Plumas en Little Snittingham [Pequeño Tejido de punto de Jamón, o Pequeño Escupiendo Jamón, excéntrico pueblo imaginario creado por Townsend], de que El Oso estaba perdiendo 500 libras esterlinas a la semana. Dijo: «Es culpa del maldito Gordon Brown, está compinchado con los supermercados. Puedes comprar una caja de Carlsberg por dos peniques y medio en Tesco. Nadie va a ir hasta un pub y pagar dos libras y veinte por una pinta para que luego le digan que no puede fumar, ¿verdad?».

Cuando fui a la barra a pedir más bebidas, Tom Urquhart dijo enigmáticamente: «Siento mucho sus problemas, Sr. Mole. Mi suegro tuvo la próstata. Se enteró el martes y murió el viernes por la noche».

«Será mejor que reserve un viaje pronto, entonces. Siempre he querido ver el amanecer sobre el Valle de los Reyes antes de morir», dije sarcásticamente.

Urquhart dijo: «La señora Urquhart y yo hicimos un viaje por el Nilo hace unos años. Me dio diarrea y tuve que quedarme en el barco, pero la señora Urquhart dijo que nunca había visto nada igual a esas pirámides, aunque tuvo que defenderse físicamente de algunos mendigos que no la dejaban en paz».

Cuando regresé a nuestra mesa con las bebidas, le pregunté a mi madre si había puesto un aviso sobre mi enfermedad en el tablón de anuncios del pueblo. Cuando lo negó, dije: «Quizás alquilaste una avioneta para sobrevolar Leicestershire con una pancarta que dijera: “Adrian Mole tiene problemas de próstata”».

Mi padre, siempre tan pedante, dijo: «Ni siquiera una avioneta podría llevar una pancarta tan larga. Tiene demasiadas palabras».

Mientras terminábamos nuestras bebidas, vi a Hugo Fairfax-Lycett gesticulando a mi madre a través de la ventana.

Simulaba fumar un cigarrillo. Mi madre salió con su bebida y dijo: «No tardaré».

Dos minutos después, Daisy fue a acompañarla.

Al pagar la cuenta, vi que Urquhart había añadido extras como la luz, calefacción, gastos de personal, uso de vinagrera, leche, azúcar y puré de manzana. Cuando protesté, dijo: «Esos son mis gastos ocultos. No dirijo una organización benéfica».

Pagué a regañadientes y saqué la silla de ruedas de mi padre. Daisy, mi madre y Fairfax-Lycett estaban sentados bajo el calefactor del patio, riéndose como maníacos.

Cuando nos vieron, dejaron de reírse y Daisy dijo: «Adrian, buenas noticias. Hugo me ha ofrecido un trabajo como su asistente personal».

Fairfax-Lycett se puso de pie, se echó el pelo largo hacia atrás, extendió una mano grande y morena y dijo: «Lamento terriblemente oír lo de tu próstata, Mole. Eh, espero que no te importe que te robe a tu esposa tres veces por semana».

Dije fríamente: «¿Qué hará mi esposa por ti tres veces por semana?».

«Esto, aquello y lo otro», se rió.

Mi madre borboteó: «Le ayudará a administrar el salón».

«Lo abriremos al pueblo llano», dijo Fairfax-Lycett.

Le dije: «Pero, Daisy, odias las tareas domésticas».

Daisy espetó: «Seré la asistente personal de Hugo, encargada de marketing y organizadora de eventos especiales».

Tuve una visión repentina de Daisy y Fairfax-Lycett de pie en los escalones que conducían a la ornamentada puerta principal de su palaciega casa de campo. Un poni trotaba con Gracie a lomos.

Mientras subíamos por el camino embarrado de regreso a casa, Daisy le habló a mi madre sobre la ropa que necesitaría para su nuevo trabajo. Dijo: «Lo ideal sería un traje de Vivienne Westwood con cintura ceñida y falda lápiz».

Mi madre exclamó sin aliento: «Pero estás hablando de quinientas libras, ¿verdad, Daisy?».

Daisy respondió: «Oh, no te preocupes. Me dan una asignación para ropa. Hugo dijo que si represento a Fairfax Hall, debería aprovechar al máximo mis recursos».

¿Por qué cada evento requiere ropa nueva? ¿Acaso no han oído el proverbio chino «Cuidado con cualquier ocasión que exija ropa nueva»?

Empieza el martes.

Lunes 12 de noviembre

Daisy me dejó en el hospital esta mañana. Va a tomar el tren a Londres y luego un taxi a Selfridges para comprar ropa.

Sally había vuelto. Dijo que se había tomado un día libre por enfermedad para intentar superar la ruptura con Anthony.

Le dije, intentando ser agradable: «¿Te has hecho una radiografía del corazón roto?».

Para mi sorpresa, pareció ofenderse y dio sus instrucciones de forma muy brusca. Cuando regresó a la habitación, me disculpé por haber parecido burlarme de su fallido romance. Aceptó mis disculpas. Seré más cuidadoso con ella en el futuro. No pensé que fuera una persona sensible. Es pequeña pero robusta.

Bernard Hopkins ha contratado una furgoneta con conductor para que le ayude a vaciar de libros una casa en Clarendon Park. Me aseguró que «entre la escoria hay vetas de oro puro».

Martes 13 de noviembre

Diario, ¿cómo pude olvidar que Glenn regresó de Afganistán ayer? Después de la radioterapia, fui a verlo a casa de su madre, Sharon. Esperaba verlo bronceado y en forma, pero estaba pálido y demacrado, me contó que había estado sentado en un avión en una pista de aterrizaje en la provincia de Helmand durante doce horas debido a “un error garrafal del ejército”. No había podido dormir en el avión por las turbulencias y lo estrecho de los asientos.

Cuando Sharon entró en la cocina para preparar su comida favorita, un desayuno inglés completo, le pregunté: «¿Qué tal está la cosa ahí fuera, Glenn?».

Desvió la mirada y dijo: «No quiero hablar de eso, papá». Luego me preguntó: «¿Por qué crees que estamos luchando contra los talibanes, papá?». Parecía que genuinamente quería saberlo.

Le expliqué que los talibanes eran fanáticos religiosos que querían gobernar el país según estrictas leyes islámicas, lo que significaba no permitir que las niñas recibieran educación, prohibir la música, cortarse el pelo y afeitarse.

Dijo: «El problema es, papá, que los talibanes y los afganos comunes son idénticos y a ninguno le gustamos los soldados. No es de extrañar, la verdad, sobre todo cuando los yanquis lanzan bombas sobre sus bodas y demás».

Sharon salió y dijo que se le habían quemado las salchichas, así que el desayuno de Glenn se retrasaría.

¿Cómo pudo quemar las salchichas si estuvo inclinada sobre el hornillo durante un cuarto de hora sujetando el mango de la sartén? Sé que fue así porque la vi a través de la puerta abierta de la cocina. Sharon siempre ha sido gorda, pero ahora va camino de ser súper mórbidamente obesa. En dos años necesitará un equipo de bomberos para sacarla de casa. Al mirarla, no podía creer que hubiera tenido relaciones sexuales con ella y que, en algún momento, mi corazón se acelerara al verla aproximarse. Incluso le compuse poemas y se los dejaba en la almohada. Actualmente está atrapada en otra relación desastrosa, con un hombre más joven, llamado Grant McNally, que está en libertad condicional por robar una pierna de cordero de Aldi.

Sharon defendió a Grant diciendo, con un sollozo en la voz: «Solo intentaba alimentar a su familia. Nadie le da trabajo».

Glenn dijo: «Yo tampoco le daría trabajo. Es un capullo que no es capaz de levantar el culo de la cama antes de las tres de la tarde».

Como si fuera una señal, se oyeron ruidos arriba (Sharon había mandado instalar suelos laminados en todas las habitaciones) y el último “padraastro” de Glenn entró en la habitación rascándose y parpadeando a la luz del día. Llevaba una camiseta interior arrugada y calzoncillos. Me di cuenta de que tenía cuatro nombres tatuados en la parte superior del bíceps: Britney, Whitney, Calvin y Cain; al parecer, los nombres de sus hijos, con los que no tenía relación.

Sharon dijo en tono conciliador: «Estás despierto temprano, Grant. ¿Hemos hecho demasiado ruido?».

McNally refunfuñó: «Sí, oí voces y no pude volver a dormirme. ¿Está la tetera lista?».

Sharon entró corriendo a la cocina (bueno, tan rápido como puede correr una mujer con obesidad mórbida) y McNally se sentó en el sofá, encendió un cigarrillo y agitó el control remoto frente al enorme televisor de pantalla plana. Aún no me había dirigido ni una sola palabra, ni a mí ni a Glenn.

Me levanté y, con una cortesía exagerada, dije: «¿Cómo está? Soy Adrian Mole, el padre de Glenn».

McNally no apartó la vista de *El Show de Trisha Goddard*, donde un hombre delgado con una desaliñada cola de caballo gris era reprendido por Trisha por su adicción a la maría.

Glenn se puso de pie, se acercó a McNally y se interpuso entre él y la pantalla del televisor. Siseó: «¿Estás despreciando a mi padre?».

McNally gimió: «No estoy despreciando a nadie».

«Bueno, entonces, saluda. Y cuando lo hayas hecho, mueve el culo, sube y ponte algo de ropa».

Sharon entró con una taza de té que ponía «el hombre de la casa». Sus ojos iban de McNally a Glenn y viceversa. La tensión era palpable.

McNally sorbió el té y se quejó: «Está demasiado caliente, vaca gorda».

Sharon dijo: «Lo siento», y regresó a la cocina.

Glenn le quitó la taza de las manos a McNally y dijo: «Ahora soy el hombre de la casa, y me la quedo, muchas gracias. No deberías haber llamado vaca gorda a mi madre. ¡Pide disculpas!».

Lo que siguió fue de lo más desagradable. En el forcejeo que siguió, se derramó el té y McNally fue sacado a la fuerza de la habitación. Sharon intentó intervenir entre su hijo y su amante, pero se produjo un intercambio de golpes.

Personalmente, detesto la violencia y la confrontación, pero no pude evitar sentir orgullo de que mi hijo hubiera salido en defensa de su madre. McNally subió corriendo las escaleras y se atrincheró en el baño.

Sharon rompió a llorar y dijo: «No deberías haber hecho eso, Glenn. Lo pagaré después».

Glenn preguntó: «¿Te pega, mamá?». Sharon bajó la mirada al suelo y Glenn continuó: «Mamá, no trabaja, vive a costa tuya, le tienes miedo y, para colmo, es un tipo feo. ¿Por qué estás con él?».

Sharon sollozó: «Lo amo».

En el taxi, de regreso a Mangold Parva, Glenn dijo: «Nunca pensé que mi madre elegiría a un perdedor en lugar de a mí, su propio hijo».

Le di una palmadita en el hombro y le dije: «El amor nos convierte a todos en imbéciles, Glenn».

Si a Daisy le molestaba que Glenn pasara sus vacaciones durmiendo en la habitación de Gracie, tuvo la delicadeza de no demostrarlo. Cuando entré en nuestro dormitorio, vi el traje de los sueños de Daisy colgado en una percha de satén rosa. Debajo había un par de zapatos de tacón negros sencillos con los tacones más altos que jamás haya visto. Jamás será capaz de caminar con ellos.

Miércoles 14 de noviembre

7:30 a.m.

Daisy regresó ayer poco después de las siete, muy excitada por su primer día en Fairfax Hall. Estaba escuchando *The Archers* pero lo apagó y me contó todo sobre su jornada laboral, la cual parecía consistir en dar una vuelta en coche por la finca mientras Fairfax-Lycett la presentaba al personal y a los inquilinos de Fairfax-Lycett. Por lo visto, almorzaron en un pub de un pueblo cercano y luego volvieron al salón para una sesión de lluvia de ideas sobre cómo sacar dinero al público en general.

Paseaba por la cocina con sus tacones altos, un conjunto de traje negro y camisa blanca, y echando ceniza al fregadero cada vez que pasaba. Pensé que se veía como cuando nos enamoramos hace más de cinco años. No podía creer mi suerte entonces: que una mujer tan hermosa me hubiera correspondido.

Ella dijo: «¡Me siento yo misma otra vez, Aidy!».

Le pregunté: «¿Te cuesta caminar en esos zapatos de tacón?», y ella respondió: «No, Hugo me compró un par de Wellingtons [unas botas de agua]».

Cuando entré al recibidor, vi las botas de agua junto a la puerta principal. Eran rosas, con un estampado floral. Se me heló el corazón.

9:00 a.m.

Tratamiento como siempre esta mañana. Sally estaba distraída. Me trató como si fuera un paciente más. Quizás esté con la regla.

Fui a la tienda. Bernard compró la biblioteca entera de un señor mayor sobre exploración polar. Le pedí que catalogara la colección y la introdujera en el ordenador de la tienda. Me dijo: «No puedo hacerlo, cariño. Soy de los que prefieren el papel y la pluma». Le pregunté a Hitesh si podía digitalizar los libros sobre exploración polar y aceptó encantado, haría cualquier cosa por evitar atender a los clientes. No puedo culparlo. Un gran porcentaje de ellos parece sufrir algún trastorno nervioso. Es algo que va con el cargo.

Jueves 15 de noviembre

Tratamiento.

Sally sigue bastante distante. ¿Se arrepiente de haberme contado sobre su relación tóxica? Quizás no debí haberle dicho que siempre pensé que Anthony era obviamente un completo bastardo y que debería estar contenta de haberse librado de él.

Pandora llamó y dijo: «Es un verdadero fastidio, pero le prometí a mamá llevarla a Hambledon Hall para su cena de cumpleaños el domingo, así que podemos vernos el sábado para hablar de mi iniciativa contra el cáncer. Podemos hacer pensamiento creativo. Me gustaría saber cómo es estar en la primera línea de la lucha contra el cáncer». Le sugerí el restaurante de Wayne Wong y ella dijo: «Sí, reserva nuestra mesa de siempre junto al acuario».

Me fui a la cama a las ocho y media. Me quedé dormido después de releer una página de *Corre, conejo*, de John Updike. A las nueve de la noche ya no soy persona.

Viernes 16 de noviembre

Fui en bici al tratamiento cuando aún estaba oscuro. Fue difícil pedalear contra un viento helado. Sally ha vuelto con Anthony. Solo lo sé porque una de sus compañeras la felicitó por su compromiso.

Después del hospital, volví directamente a casa. Daisy había salido de compras con Glenn, Gracie estaba en el colegio, así que, por una vez, tenía la casa para mí solo. Leí un capítulo de *Conejo, corre* y luego fui a la casa de al lado para contarle a mi madre lo del compromiso de Sally, pero había llevado a mi padre a su clase de movilidad en silla de ruedas. Revisé una pila de cartas sobre la mesa de la cocina. Me di cuenta de que habían recibido una notificación de pago final de la Autoridad de Licencias de Televisión —mi padre se resiste a pagarla, porque suele ver ITV [Televisión Independiente]— y había una postal de Rosie diciéndoles a mis padres que se lo estaba pasando genial con su «padre» en Burton-on-Trent. Debajo de las cartas estaba *Una chica llamada «Mierda»*. Lo hojeé y leí un poco del capítulo cinco.

A los catorce años llevaba una doble vida. Entre semana era una colegiala de aspecto normal con mi uniforme, aunque mis zapatos caseros (hechos con neumáticos viejos de camión y cuerda de empacar) me distinguían de mis compañeras. Al volver del colegio, y los fines de semana, me forzaban a quitarme el uniforme y a ponerme vestidos hechos con sacos de patatas viejos. Mi madre hacía lo que podía con los sacos. A veces les añadía un cuello de cuadros o un trozo de encaje de alguna de sus blusas viejas, pero nadie se dejaba engañar. Mis vestidos llevaban estampado el nombre «Maris Piper – Norfolk». En invierno tenía que llevar una especie de poncho hecho con una manta de caballo vieja.

En casa no había libros ni revistas, pero de vez en cuando las patatas de siembra venían envueltas en páginas del *Noticias del Mundo*, leía sobre la vida sexual de los ricos, los famosos y la gente común, soñando con que algún día se escribiera sobre mí de forma similar.

Mi madre y yo vivíamos casi exclusivamente a base de patatas y puré de remolacha. Mi padre se comía un filete de doce onzas todas las noches, acompañado de una cerveza casera que obligaba a mi madre a preparar. El olor a carne me volvía loca y fue la causa de mi perdición. Un chico llamado Eric Lummo me atrajo a un Wimpy Bar en Norwich. Sabía que estaba en la indigencia y me dijo que si tenía relaciones sexuales con él me compraría un Wimpy Max.

¡Todo es un cúmulo de mentiras! ¡Sus padres se apellidan Sugden y sé con certeza que solo comieron patatas King Edward! Cuando mis padres vinieron esta tarde, estuve tentado de confrontar con mi madre sobre sus falsas memorias, pero no quería una discusión familiar delante de Finley-Rose, así que me quedé callado. Es una chica encantadora, guapa, elocuente y con ocho GCSE [Certificado General de Educación Secundaria]. Averigüé que sus padres seguían juntos, que iban de vacaciones al Algarve y que tenían su propia casa en una finca Barratt en Enderby. Ha leído *El guardián entre el centeno* y *Jane Eyre*. Glenn parecía un poco desconcertado por nuestra conversación literaria, pero Finley-Rose fue muy amable con él cuando le contó que había leído *Tornado tocando tierra* en su campamento en Afganistán. Mientras hablaba, ella no apartaba la vista de su rostro. Ahora se parece menos a Wayne Rooney, y es casi guapo. Su cuerpo está bronceado y bien musculado. Me sentí bastante insignificante sentado a su lado.

Mientras Finley-Rose comía con delicadeza su tarta de merengue de limón de Morrisons, le contó a Glenn que había decidido dejar su curso de peluquería y estética en el Leicester College para cursar el bachillerato, porque quería ir a la universidad y estudiar medicina forense. Su programa de televisión favorito es *Testigo Silencioso*. Glenn, obviamente, no sabía qué hacía un médico forense, pero asintió con aprobación. Mi madre dijo: «Eso sí que es un cambio drástico, ¿verdad?». Finley-Rose se lamió una miga del labio inferior y dijo: «Ambos se enredan con cuerpos. La única diferencia es que yo no tendré que preguntarle a un cadáver adónde va de vacaciones».

Glenn dijo: «Nosotros trajimos un cadáver de vuelta en el avión». Finley-Rose dijo: «*Trajiste* un cadáver de vuelta, Glenn». Sin duda, es muy directa. No sé si Glenn podrá seguirle el ritmo.

Sábado 17 de noviembre

Recibí tratamiento. Fui a ver al Sr. Carlton-Hayes. Estaba sentado en una silla de ruedas y me dijo que, aunque ya no sentía dolor, la operación no había sido un éxito total, pues ahora tenía dificultades para caminar.

Le dije que tendríamos que construir unas rampas para que pudiera acceder a la librería.

Puso su mano sobre la mía y me dijo con mucha dulzura: «Querido, lo siento terriblemente, pero me temo que la librería tendrá que cerrar. No estamos ganando ningún dinero con ella. Leslie y yo estamos pasando apuros económicos. Hemos gastado todos nuestros ahorros y el banco se ha negado a concedernos un préstamo».

Me quedé sin palabras. Daisy y yo tenemos que encontrar al menos 600 libras al mes para cubrir la hipoteca, los impuestos municipales, el agua, el gas y la electricidad. Pero lo más impactante de todo fue pensar que no volvería a ver al Sr. Carlton-Hayes a diario.

Domingo 18 de noviembre

No le he dicho a Daisy que la librería va a cerrar porque no soporto otra discusión por dinero.

Me daba reparo volver a casa después del tratamiento. Esperé diez minutos un autobús, antes de decidirme a caminar hasta el centro de la ciudad, que estaba casi desierto. Muchas tiendas están cerradas y se respira un aire melancólico. De camino, entré en el Museo de Newark y eché un vistazo a la ropa de Daniel Lambert y a su silla. Recordé a mi padre animándome a romper las reglas y sentarme en la silla, y la discusión que se produjo entre él y un funcionario. Mi padre dijo: «Solo tiene seis años, no va a romper la maldita silla, ¿verdad? Daniel Lambert pesaba 58 piedras y 11 libras [sobre 374 kilos]». Al salir, cogí un folleto que anunciaba que Richard Attenborough, nacido y criado en Leicester, había donado su colección de cerámica de Picasso al museo de New Walk. Como tenía tiempo muerto antes de encontrarme con Pandora, caminé bajo la tenue luz del sol por New Walk para inspeccionar las exposiciones. Diario, me hubiera encantado llevarme uno de los cuencos a casa. Quedaría magnífico en nuestro aparador con un racimo de bananas. Al salir, vi a la Dra. Pearce intentando controlar a tres niños traviesos y llevándolos a la sala de dinosaurios. Por suerte, no me vio.

Le había dicho a Daisy que iba a ver a Wayne, uno de mis amigos más antiguos, esta tarde. Sin embargo, omití decir que Pandora estaría allí. No pude ir caminando al restaurante de Wayne, y cuando llegó mi autobús y se estacionó en la acera con el motor rugiendo, Pandora me llamó y me dijo: «¿Pido tu plato favorito: pollo en salsa de frijoles negros con fideos crujientes?».

Le informé, por encima del ruido del motor, que desde que vi un documental terrorífico sobre la cría intensiva de pollos, había dejado de comerlos.

Ella dijo: «¡Por el amor de Dios, date prisa! ¡Me muero de hambre!».

Cuando llegué al local de Wayne, había un bullicio de excitación al fondo de la sala, junto a la gran pecera. Prácticamente tuve que abrirme paso entre la multitud de admiradores y simpatizantes. Pandora se estaba haciendo una foto con un joven. Tenía el pelo engominado y con puntas, un piercing en la nariz y una camiseta del Leicester City. Su pareja, una mujer con varios piercings, tatuajes del Leicester City en los brazos y un bronceado artificial, le pidió el autógrafo a Pandora en el reverso de lo que parecía un sobre de la seguridad social. Mientras lo hacía, tuve la oportunidad de fijarme bien en mi amor de la infancia.

Aunque trabaja en el Ministerio de Asuntos Exteriores, ha resistido la tentación de cortarse su precioso cabello color melaza. Le caía sobre los hombros de su ajustado traje gris claro. Es la única mujer que conozco a la que puedo ver con un pintalabios rojo oscuro sin que me moleste. Tenía los párpados difuminados con algo negro y se ha hecho un tratamiento dental caro. La pequeña arruga de ceño fruncido que tenía entre las cejas ha desaparecido. La adoro.

Wayne Wong dijo que Pandora ya había pedido por los dos, así que podía relajarme. Me ofreció un vaso de cerveza china y me senté a escuchar a Pandora decirle a la pareja con piercings que hablaría con Gordon Brown personalmente sobre su problema de humedades. Finalmente, después de que le tomaran varias fotos con los clientes y firmara su nombre en una servilleta para uno de los camareros, la gente se fue marchando y nos quedamos solos.

Me apretó la mano y dijo: «Aidy, cariño, estás increíble. Nadie diría que tienes una enfermedad tan terrible».

El pequeño móvil que estaba junto a sus palillos vibró discretamente. Lo cogió y dijo bruscamente: «¡Dije que no quería llamadas, estoy trabajando!».

Me dolió. Le dije: «¿Así que esto es *trabajar* para ti?».

Apartó la mirada y observó una de las carpas koi de Wayne. Se acercó al cristal y parecía tan asombrada por ella como lo habían estado los humanos previamente.

Wayne estaba merodeando por allí, retocando la disposición de la mesa. Ella le preguntó cómo limpiaban la pecera. Wayne le contó que le pagaba a un pensionista con botas altas para que se metiera en la pecera y raspaba los lados. Pandora preguntó cuánto le pagaban al pensionista.

Wayne dijo: «No le pago en dinero. Coge el valor de una semana en chow mein de pollo y una bolsa grande de galletas de gambas. Él está contento, yo estoy contento, los peces están contentos y Hacienda no tiene que preocuparse».

Estaba ansioso por volver a llamar su atención, así que le dije: «¿Con qué frecuencia piensas en la muerte, Pandora?».

«¿La muerte?», se rió. «¿Cómo pasamos de limpiar peceras a la muerte?».

«Ahora pienso en ella todo el tiempo», dije.

«Bueno, normal que lo hagas, ¿no? Tienes una enfermedad potencialmente mortal». Me miró y dijo: «¿Sabías que ciertos hombres se vuelven más guapos con la edad?».

Le dije: «No, todos los hombres que conozco han envejecido muy mal. La cara de mi padre parece un escroto fosilizado».

Ella dijo: «Te has convertido en un hombre increíblemente atractivo. Has conservado tu figura y, gracias a Dios, por fin tienes un corte de pelo que te sienta bien. Me alegra mucho que te hayas librado de esa horrible raya al lado, por fin has seguido mi consejo y te has ceñido a la ropa oscura. Cualquier hombre con ropa de colores pastel parece que está de vacaciones en Mallorca».

Le dije: «Eres una snob».

Ella dijo: «Me *encanta* Mallorca. He estado allí varias veces, como invitada en casa del príncipe Felipe y su esposa Letizia».

Un camarero se acercó con un bol de galletas de gambas. Pandora habló con él en mandarín y tuvieron una larga conversación. Cuando se fue, le pregunté a Pandora de qué habían estado hablando.

«Me preguntó si podía hablar con Gordon Brown sobre su visado», dijo.

Le dije: «¿Acaso el Sr. Brown no tiene mejores cosas que hacer que preocuparse por problemas de humedad y visados?».

Wayne nos trajo dos cuencos con líquido en los que flotaba algo perteneciente al género de las aves de corral. Le pregunté qué era.

Dijo: «Es sopa de pata de pato. Es un manjar».

Le dije a Wayne: «¿Te estás burlando, verdad?».

Me respondió: «¿Te estás mofando de mi herencia cultural, Moley?».

Él y Pandora intercambiaron algunas palabras en mandarín, lo que hizo reír a ambos. Como no hablaba mandarín, empecé a sentirme excluido.

Pregunté: «¿De verdad se supone que debo comerme estas uñas de los pies?».

Pandora respondió: «Las uñas de los pies son afrodisíacas».

Cuando Wayne se fue, le dije: «Eso fue cruel, Pandora. Sabes que mi función sexual no está al cien por cien en este momento».

Ella tomó mi mano y dijo: «Lo siento, Aidy. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?».

Aparté mi sopa de pata de pato.

Ella hizo lo mismo con su cuenco y dijo: «Estoy totalmente preparada para ayudarte en todo lo que pueda».

Pregunté: «¿Es eso una proposición?».

Ella dijo: «Cené la otra noche con una terapeuta sexual llamada Marsha Lunt [Mecha], podría conseguir su número».

«No, gracias», respondí secamente.

Se produjo un silencio incómodo. Nos quedamos mirando la pecera.

Finalmente dijo: «Mi madre aisló su ático el otro día y, cuando estaba vaciando todos los trastos, encontró una caja con el nombre de Bert Baxter grabado en la tapa».

«¿Qué había dentro?», pregunté.

«No lo sé», dijo. «Estaba cerrada con llave».

Dijo: «Creo que he encontrado la llave de esa caja».

Me miró directamente a los ojos y dijo: «Entonces debemos vernos pronto y podrás poner tu llave en mi caja».

Wayne trajo varios platos y los colocó sobre la bandeja giratoria en el centro de la mesa. No reconocí nada.

Dijo: «Parece que alguien ha salteado los excrementos de un matadero».

Pandora dijo: «Prueba algo diferente, amplía tus horizontes». Tomó sus palillos y, con gran destreza, echó algunos trozos de comida irreconocible en mi plato vacío. «Esta es la comida que comen los chinos», dijo. «¡Vamos, pruébala!».

Con reticencia, tomé mis palillos e intenté varias veces llevarme a la boca un bocado viscoso, pero solo conseguí que se me cayera la comida en el regazo. Pandora se inclinó y me dio de comer con sus propios palillos. Su cercanía, el aroma de su perfume y el inquietante escote que mostraba me dificultaban tragar.

La comida no estaba mal, pero ni punto de comparación con el pollo en salsa de frijoles negros. Me alegré cuando Wayne trajo un plato reconocible de fideos.

Mientras tomábamos el horrible café de Wayne y Pandora hablaba de la campaña de concienciación sobre la próstata en la que está implicada y de cómo podría ayudarla, solo la escuchaba a medias. Estaba estudiando su hermoso rostro y sentía una necesidad imperiosa de acariciarle el pelo y decirle que la amaba cuando tenía trece años, la amaba ahora y siempre la amaría.

Más tarde, mientras tomábamos brandis de cortesía, le conté mis diversos problemas, la infelicidad de Daisy, el cierre de la librería y la inminente aparición de mi madre en *El Show de Jeremy Kyle*.

Pandora dijo: «¡Oh, *adoro El Show de Jeremy Kyle!* Te mantiene en contacto con la clase baja sin tener que visitar sus horribles barrios marginales. Definitivamente lo veré».

Le dije: «Por lo visto, está pregrabado, pero te llamaré cuando lo emitan».

«Sí», dijo, «tenemos que mantenernos en contacto, ¿verdad?».

Estuve de acuerdo en que debíamos hacerlo.

Me llevó a casa en coche, conduciendo como una lunática por los caminos rurales. Si nos hubiéramos cruzado con un tractor en dirección opuesta, habríamos corrido un cierto peligro de muerte, pero, como ella señaló, nadie conduciría un tractor a la una de la madrugada.

Cuando nos detuvimos delante de la casa, Pandora dijo: «Será mejor que entres, Daisy todavía está despierta». Suspiró. «Ojalá hubiera alguien esperándome».

Le dije: «Pero eres tan inteligente y bella. Los hombres deben de estar arrodillándose a tus pies».

Replicó: «Aterrorizo a la mayoría de hombres. Y el resto están casados, son gays o bipolares».

Diario, parecía tan desolada que quise tomarla entre mis brazos. En lugar de eso, le di las buenas noches y entré en casa. Daisy estaba sentada en la cocina. Delante de ella había un cenicero lleno, una botella de vino vacía y un vaso medio vacío.

Dijo: «Era ella, ¿verdad?».

Le dije: «Sí, nos encontramos en Wayne Wong».

Gritó: «¡Pensar que tuve a esa mujer en mi casa, comiendo mi pastel de carne!».

Dormimos en la misma cama, pero era como si yo estuviera en el Polo Norte y ella en el Sur.

Lunes 19 de noviembre

Me desperté a las 6 de la mañana con el corazón encogido. Me invadieron las preocupaciones. Me levanté para preparar café. Glenn estaba sentado a la mesa de la cocina en calzoncillos y con una camiseta de camuflaje.

Le dije: «Te has levantado temprano».

Me respondió: «Estoy acostumbrado, papá. Tenemos que salir del complejo antes de que salga el sol». Mientras esperábamos a que hirviera el agua, dijo: «Papá, ¿puedo preguntarte algo? ¿Por qué no me escribes todas las semanas como hacen los otros padres?».

Le dije: «Para ser honesto, Glenn, no hay mucho que contar. Aquí no pasa nada interesante».

Glenn me dijo enfadado: «Estoy interesado en todo, por insignificante que parezca. Y quiero saber cómo estás, ¿no? Estoy preocupado por ti. No quiero que te mueras, papá».

Gracie entró y se sentó en la rodilla de Glenn. Le acarició la barbilla sin afeitarse y dijo: «Papá, ¿sabes ese erizo muerto que vimos? ¿Está en el cielo?».

Estaba a punto de explicar los puntos de diferencia entre los defensores del creacionismo [doctrina filosófica y religiosa que sostiene que el universo y la vida fueron originados por una entidad divina] y el diseño inteligente [argumento pseudocientífico a favor de la existencia de una Inteligencia Creadora universal], cuando Glenn dijo: «Sí, claro que sí, Gracie. Está en el cielo. Y es feliz».

Mientras desayunábamos, apareció Daisy con unas botas de tacón increíblemente altas. Llevaba un bolso grande de charol negro que también era nuevo para mí. Me ofrecí a prepararle un sándwich de beicon.

Ella dijo: «Tengo una reunión para desayunar con Hugo». Besó a Gracie y a Glenn y salió.

Me acerqué a la ventana del salón y la observé circunnavegando los baches del camino de entrada. Parecía que estuviera caminando por Oxford Street. El uniforme escolar de Gracie estaba sobre una silla junto a su cama, pero se negaba a ponérselo y estaba sentada tranquilamente en el salón viendo un DVD de *High School Musical*.

Grité: «¡Gracie, tenemos diez minutos antes de que tengamos que salir de esta casa!».

Le ordené a Glenn que buscara el cepillo, tomé a Gracie en brazos y la llevé al baño. Mientras le limpiaba los dientes, Glenn le cepilló el pelo y le hizo una desaliñada cola de caballo. La convencimos, la persuadimos y la sobornamos para que se pusiera el uniforme escolar, pero al final cedí y la dejé ponerse su disfraz de la Sirenita. No quería ponerse el cárdigan del colegio hasta que le expliqué que solo la parte inferior de una sirena era un pez. Admitió que era cierto.

Como llegábamos tarde, puse la sillita infantil en la parte delantera de mi bici y la llevé pedaleando al colegio, aunque me preocupaba que la cola de pez se enganchara en los radios. Después fui en bici al hospital para mi tratamiento, llegué sin una pizca de energía.

Sally me dijo que parecía exhausto y que debería dejar la bici hasta que terminara el tratamiento.

Cuando regresé, después de pasar por la librería, Glenn me dijo que había llegado un coche para llevar a mis padres a Manchester, donde se graba *El Show de Jeremy Kyle*. Se me cayó el alma a los pies. Había esperado que el destino interviniera para evitar que convirtieran a la familia Mole en el hazmerreír.

Martes 20 de noviembre

Mi madre me llamó temprano esta mañana desde su habitación de hotel en Manchester. Me dijo que Lucas y Rosie estaban en el mismo hotel, pero que irían al estudio en coches diferentes. Me contó que ella y mi padre habían saqueado el minibar anoche y que, después de emborracharse, habían hablado largo y tendido sobre su matrimonio, es decir, ¿valía la pena salvarlo?

Le pregunté a qué conclusión habían llegado.

Ella dijo: «Ninguno de los dos lo recordamos. Ya te dije que estábamos borrachos».

Le señalé que el motivo por el que iba a *El Show de Jeremy Kyle* era para averiguar la paternidad de Rosie.

Me dijo que, después de hablar con un investigador del programa, habían decidido ampliar el tema y habían accedido a someterse a pruebas del detector de mentiras sobre sus respectivas relaciones extramatrimoniales.

Con el paso de los años, me genera cada vez más sospechas mi *propia* paternidad. No tengo absolutamente nada en común con mis padres.

Glenn llevó a Finley-Rose a un hotel en Birmingham durante unos días. Quiere comprarle un regalo en Harvey Nichols [cadena británica de grandes almacenes de lujo].

Miércoles 21 de noviembre

Tratamiento.

Volví a casa y a las doce y media, recibí una llamada del colegio. La directora quería verme urgentemente. Llegué en bici al colegio. Fui a la oficina de la directora.

La Sra. Bull [Toro] es ridículamente joven para ser directora. Me dijo: «Gracias por venir, Sr. Mole. Iré al grano, ¿de acuerdo? Llevamos un tiempo preocupados por Gracie. Hemos hecho todo lo posible por tomarnos con humor lo que creíamos que era solo una fase, pero ya no puedo permitir que mi profesorado le preste tanta atención a una sola niña».

Le pregunté: «¿Se le ha pasado por la mente, Sra. Bull, que Gracie podría ser una niña superdotada?».

La Sra. Bull respondió: «No, ni se me ha pasado por la cabeza. Esta mañana, mientras los demás niños esperaban en el aula para pasar lista, Gracie estaba sentada en el zapatero del guardarropa con ese disfraz de sirena. Cuando le pedí que entrara conmigo al aula, me dijo con un tono muy condescendiente: “Los peces no pueden caminar”». Cuando insistí en que caminara, se negó de nuevo. Dijo que el zapatero era una roca grande y que el suelo del guardarropa era el “océano Específico”. Logré meterla en el aula dejándola “nadar” boca abajo, pero era exasperantemente lenta. Perdí por completo la paciencia con ella, me temo, y se la entregué a la Srta. Nutt [Nuez]. Sin embargo, durante el recreo, miré por la ventana hacia el patio y vi a la Srta. Nutt cargando a Gracie en brazos. Su hija gritaba: «¡Los peces no pueden caminar!», y poco después la mayoría de las otras niñas del patio gritaban lo mismo y suplicaban a la Srta. Nutt y a las demás maestras de guardia que las cogieran en brazos. Esto no puede seguir así, Sr. Mole. Esto no es un acuario. Esto es una escuela».

En mi mente pensé: «Oh, le pido perdón, creí que *era* un acuario, por eso mandé a mi hija al colegio con el uniforme apropiado». Lo que realmente dije fue: «Lo siento, Sra. Bull. Me aseguraré de que Gracie lleve el uniforme escolar mañana».

Fui a la oficina de correos a pagar la factura del periódico de mis padres. Tiré el árbol de Navidad al salir. Varias bolas se rompieron. ¿Por qué no usan bolas de plástico como todo el mundo? Estamos *en* 2007.

Cuando regresé, las luces estaban encendidas en casa de mis padres. Después de respirar hondo varias veces, los llamé para preguntarles sobre *El Show de Jeremy Kyle*. Mi madre estaba escribiendo sus miserables memorias y mi padre seguía en la cama.

«No sé por qué tu padre está de mal humor», dijo mi madre. «Fue él quien se ganó la simpatía de la audiencia».

Pregunté por qué.

«¿Un hombre sollozando en silla de ruedas que descubre que su preciada hija es hija de otro hombre? Hay que tener un corazón de piedra para no sentir lástima por él».

«¿Entonces Lucas es el padre de Rosie?», dije.

«Sí», dijo mi madre. «Cuando Jeremy Kyle leyó el resultado de la prueba de ADN, Lucas se puso de pie de un salto, dio un puñetazo al aire, corrió por el escenario, abrazó a Rosie, tomó la tarjeta de manos de Jeremy Kyle, la besó y luego se sentó y rompió a llorar. Tu padre intentó acercarse a Lucas en su silla de ruedas para darle un puñetazo en la cara, pero no pudo acercarse lo suficiente. Entonces Jeremy Kyle se volvió contra mí y dijo que era una “desgraciada”. Luego Rosie me atacó, diciendo que toda su vida había sido una mentira. Lucas dijo que quería recuperar el tiempo perdido y le preguntó a Rosie si quería irse a vivir con él. Se jactó ante la audiencia presente en el estudio y los millones de espectadores de que vivía en una mansión en Burton-on-Trent, que tenía una piscina cubierta y que ya le había preparado una habitación con baño propio a Rosie. Rosie se refugió en sus brazos y sollozó: “Iré a vivir contigo, papá”».

Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas. Con la voz quebrada dijo: «Me abuchearon y me echaron del escenario, pero a tu padre lo ovacionaron de pie. Ojalá nunca hubiera aceptado participar en ese maldito espectáculo».

Le di una palmadita en el hombro, era lo mínimo que podía hacer. Luego fui al dormitorio a ver a mi padre. Las luces estaban apagadas y las cortinas corridas. Mi padre estaba en la cama. Sabía que estaba despierto. Podía oír su respiración entrecortada.

Le dije: «Lo siento mucho, papá. Debe ser terrible enterarse de que no eres pariente de Rosie».

Él dijo: «Pronto se cansará de nadar en esa piscina. Es alérgica al cloro».

Antes de irme, le pregunté a mi madre cuándo se emitiría el programa.

Ella dijo: «La productora dijo que nos llamaría para avisarnos». Luego, empezó a llorar, me abrazó y dijo: «Voy a ser el maldito hazmerreír de Inglaterra».

«De Gran Bretaña», la corregí. «De hecho, del mundo entero. Se puede ver *El Show de Jeremy Kyle* por internet, y una vez que esté en la red, estará ahí para siempre, hasta el fin de los tiempos».

Me apartó de un empujón, diciendo sarcásticamente: «Eres un consuelo, Adrian».

Cuando llegué a casa, llamé a Rosie a su móvil. Un desconocido contestó y dijo: «Está en la piscina». Me duele mucho que no me haya devuelto la llamada. Estuve presente en su nacimiento. Quería hablar con Daisy, pero me dijo que Hugo le pidió que mantuviera el móvil apagado porque no quiere que se distraiga cuando están trabajando.

Jueves 22 de noviembre

Tratamiento.

Llegué a casa justo a tiempo para ver a Daisy saliendo para el trabajo. Llevaba un escote demasiado pronunciado. Le pedí que se abrochara un par de botones de la camisa. Lo hizo, pero al llegar a la calle la vi desabrocharse los botones y ajustarse los tirantes del sujetador. Vestí a Gracie con su uniforme escolar y la mandé a lavarse los dientes. Cuando regresó, llevaba puesto su vestido y zapatos de flamenco español y un abanico español. Al forcejear para quitarle el vestido de lunares rojos y negros, la cremallera se rompió y Gracie gritó tan fuerte que mi madre vino a ver qué pasaba. Me mandó fuera de la cocina y, diez minutos después, apareció con Gracie, que ya estaba completamente vestida con su uniforme escolar y llevaba el pelo recogido en dos trenzas con cintas en las puntas. Mi madre dijo que a partir de ahora llevaría a Gracie al cole.

No sé qué le dijo a Gracie, pero ciertamente funcionó.

Pasé el día ordenando mis viejos manuscritos. Quizás ahora sea el momento de volver a presentar mi comedia sobre un asesino en serie, *La furgoneta blanca*, a la BBC. Escribí una carta de presentación al jefe de series y seriales sugiriendo a Russell Brand para el papel del asesino en serie y a Amy Winehouse para su esposa. Sus víctimas podrían ser: Kate Winslet, Barbara Windsor, Billie Piper, Jodie Marsh, Carol Vorderman, Colleen Rooney, Kym Marsh, Charlotte Church, Lily Allen, Cheryl Cole y Dot Cotton.

Empaqué el manuscrito y lo llevé a la oficina de correos. Wendy Wellbeck me entregó una factura por las tres bolas que había roto.

Ella dijo: «Sé que usted tiene una enfermedad muy grave, Sr. Mole, pero Tony y yo nos enfrentamos a un futuro incierto y no podemos permitirnos que nuestras pertenencias se rompan».

¡Me proponía cobrarme 2,50 libras por cada bola! Le pregunté cuándo había comprado las bolas de cristal.

Ella respondió: «Navidad de 1979».

Le dije: «Por favor, escriba otra factura con los precios de 1979 y luego descuento los años de uso que le ha dado a las bolas. Solo entonces, consideraré el reembolso».

Empujé mi manuscrito bajo el cristal.

Lo sopesó en silencio, luego leyó la dirección, soltó una risa burlona y dijo: «¡La BBC!».

Al salir, tuve cuidado de no chocar con el árbol de Navidad.

Viernes 23 de noviembre

Alguien ha colgado un trozo de guirnalda sobre la máquina de radioterapia. Estoy seguro de que esto infringe de alguna manera las normas del NHS [Sistema Nacional de Salud].

Sally me dijo que Anthony le va a comprar un perro por Navidad.

Le pregunté a Sally si le gustaban los perros.

Ella respondió: «No, pero a Anthony sí».

Le pregunté qué tipo de perro le gustaba a Anthony.

Ella respondió: «Los grandes. Realmente le encantaría un lobo».

Le dije: «Por lo que me has contado de Anthony, no tiene madera de líder de la manada».

Sally dijo: «Anthony puede ser muy enérgico. Hizo que sus padres votaran por el Partido Conservador en las últimas elecciones».

Le rogué que se plantara y le dijera la verdad a Anthony, que preferiría un «bonito reloj».

Subí a ver al Sr. Carlton-Hayes a planta. Una enfermera estaba preparando su maleta. Hoy se va a casa. Me contó que Leslie ha instalado rampas en casa y ha ensanchado las puertas de la planta baja para que quepa su silla de ruedas.

Le pregunté cuándo cerraría la tienda.

Me dijo, en voz muy baja: «Dentro de unas semanas, querido».

Fui a la tienda. Bernard estaba allí diciéndole a un hombre alto y encorvado que todos los ganadores del Premio Booker lo habían ganado porque se habían acostado con los jueces. El hombre alto dijo: «Seguramente Anita Brookner no».

«¿De qué otra forma se explica?», dijo Bernard. Lo condujo hacia la sección de libros premiados y le dijo: «Échale un vistazo a este montón. Luego dime si ganaron sus premios por mérito, porque no lo creo».

Entré en la trastienda y empecé a mirar los libros que Bernard había comprado en una venta de garaje, pero a los diez minutos tuve que sentarme. No tenía ganas de esperar el autobús, así que llamé a un taxi. Cuando llegué a casa, me fui directamente a la cama. Llamé a mi madre y le pedí que recogiera a Gracie del colegio.

A las 3:10 de la madrugada tuve que saltar de la cama y correr al baño. Orinar era doloroso, me escocía. Llamé al departamento de radioterapia y hablé con Sally.

Ella dijo: «Casi con toda seguridad, estos son efectos secundarios de tu tratamiento. Hasta ahora has tenido suerte».

Sábado 24 de noviembre

Daisy salió temprano esta mañana con Fairfax-Lycett. Están en una visita de reconocimiento a un establecimiento rival, el Castillo de Belvoir, donde esperan obtener ideas sobre cómo atraer al público. Cuando me despedí de Daisy, añadiendo: «Que te diviertas», me respondió a la defensiva: «No me voy a *divertir*, Adrian, estoy trabajando».

No tenía energía para discutir con ella.

Llevé a Gracie a casa de mis padres y luego intenté ir en bici a mi tratamiento. A mitad de camino tuve que volver y llamar a un taxi. No puedo permitirme coger taxis dos veces al día. ¿Cómo voy a ir al hospital en el futuro?

El taxi de vuelta del tratamiento me costó 14,50 libras. Cuando protesté porque había pagado 10,80 libras por el mismo trayecto esta mañana, el taxista dijo: «Mi taxi consume más gasolina por la tarde».

Lo dejé pasar, pero desde entonces me pregunto si esto es un hecho científico. Fui a buscar a Gracie y luego me puse el pijama y la bata, aunque todavía era de día. Hoy me siento como un inválido; incluso me comí una lata de arroz con leche.

Cuando Gracie quitó todos los cojines del sofá y construyó una casita de juegos con las sábanas limpias del armario de la ropa blanca, estaba demasiado débil para protestar.

Todavía estaba en bata y pijama cuando Daisy regresó. Se volvió loca al ver el estado del salón y aún más loca cuando encontró a Gracie dentro de la casita de juegos con su vestido de cóctel vintage de Vivienne West. Quería ayudarla a ordenar, Diario, pero no tenía energía. ¿Es este el comienzo de mi declive?

Gracie fue enviada a su habitación, pero esto no es precisamente un castigo. Tiene más juguetes ahí dentro que Hamleys [juguetería].

Domingo 25 de noviembre

Taxi para ir al tratamiento. Taxi de vuelta. Me puse el pijama. Me fui a la cama. Solo me levanté para orinar con dolor.

Gracie entró en la habitación y me dijo que acababa de ver *Titanic* con mami. Dijo: «Mami lloró al final».

Le dije: «Bueno, es una película muy triste, Gracie. Me sorprende que mami te dejara verla».

Gracie dijo: «Sigue llorando».

Me levanté a regañadientes y fui a buscar a Daisy. Estaba en el baño sollozando sobre una toalla. Le dije: «No llores, Daisy, es solo una película».

Daisy tiró la toalla a la bañera y gritó: «¿Crees que estoy llorando por una estúpida película? ¡Llevo tres semanas llorando a ratos!».

Le dije: «Si estás preocupada por mí...».

Ella dijo: «No todo gira en torno a ti, Adrian. ¡Yo también tengo una vida, sabes!».

Me di cuenta de que no llevaba su anillo de bodas.

Cuando le pregunté al respecto, dijo: «Quizás no lo hayas notado, pero he perdido mucho peso. Se me cae constantemente».

Lunes 26 de noviembre

Después del tratamiento, me recogió mi madre. Estaba aparcada ilegalmente frente a la unidad de oncología en un Mazda pintado de un verde inusual. Mientras sorteaba los badenes en los caminos del hospital, me contó que había decidido vaciar el tarro de caramelos de toda la vida con las monedas variadas que había estado guardando durante los últimos tres años y llevarlas al banco.

Dijo: «Mientras tenga suficiente para enterrarlo, me da igual». Continuó: «No soporto verte sufrir para llegar a tu tratamiento. Así que, de ahora en adelante, yo te llevaré y te recogeré».

Protesté sinceramente, diciendo: «No, mamá, no puedo molestarte».

Ella dijo: «Soy tu madre, Adrian, y eres un niño muy enfermo. Caminaría sobre brasas ardientes por ti, nadaría a través de un mar infestado de tiburones, lucharía con un oso polar...»

La idea de estar atrapada en un coche con mi madre dos veces al día me llena de pavor. Después de unos minutos, encendió Radio Dos y la canción "You're Beautiful" [Eres preciosa] de James Blunt sonó a todo volumen por los cuatro altavoces del coche.

Mientras estaba en el coche, Pandora me llamó al móvil para decirme que debía vender todas mis acciones y participaciones.

Ella dijo: «Todo el mercado financiero se va a desplomar».

Le dije que mi madre había predicho exactamente lo mismo hacía meses.

Pandora exclamó con admiración: «¡Qué clarividente! Siempre dije que tu madre era una bruja».

Mi madre me quitó el móvil y, manejando con una mano, dijo: «¡Pan! ¿Cómo *estás*? ¿Estás saliendo con alguien?».

Lo que Pandora respondió la hizo reír.

Dijo por el móvil: «Hay cosas peores que un hombre con un pene pequeño. No deberías dejar que eso te desanime, sobre todo si está forrado».

Nos detuvimos en un semáforo en rojo y un policía llamó a la ventanilla del conductor. Como mi madre no estaba familiarizada con el coche, tardó una eternidad en bajar el volumen. El policía murmuraba algo, James Blunt gritaba que su amante era preciosa y Pandora estaba hablando por el altavoz contándole a mi madre algo subido de tono sobre Peter Mandelson.

El policía preguntó: «¿Es usted la dueña de este coche, señora?».

«Sí», respondió mi madre. «Lo recogí esta mañana».

«¿Puedo ver su permiso de conducir?».

Mi madre arrastró su bolso hasta su regazo y me devolvió el teléfono. Se me resbaló de las manos y cayó entre la palanca de cambios y el asiento. Lo busqué a tientas, pero solo conseguí que se hundiera aún más. La voz de Pandora, más fuerte que nunca, se oía quejándose del jefe de la Policía Metropolitana. Mi madre tardó muchísimo en encontrar su permiso de conducir. El policía miró su fotografía y luego a mi madre.

Mientras tanto, Pandora gritaba: «Estamos casi viviendo en un estado policial, Pauline».

Finalmente, el policía dijo: «¿Sabe por qué la he detenido, señora?».

Mi madre dijo que no.

El policía dijo: «Conducía de forma errática y hablaba por teléfono móvil».

Mi madre dijo: «Mi hijo padece cáncer, agente. Estoy intentando conseguir una cita urgente...»

El policía dijo: «¡Una cita urgente con la persona del sexo femenino que está criticando a un excelente funcionario público!»

Desde debajo del asiento del copiloto, Pandora nos decía a los tres que Harriet Harman era una santurrona tocapelotas que tenía un baipás de humor [carecía de sentido del humor].

Para entonces, yo estaba agachado boca abajo en el espacio para los pies, intentando agarrar mi teléfono.

Mi madre le dijo al policía: «Había olvidado por completo la ley del teléfono móvil. Estoy en la fase final de la menopausia. Mis hormonas están descontroladas».

Grité desde debajo del asiento: «¡Pandora! ¡Cuelga el teléfono! Mi madre está siendo interrogada por un policía».

Pandora me gritó de vuelta: «¡Buena suerte con esa porquería, Pauline!».

Luego, afortunadamente, cortó la llamada.

A mi madre le pusieron una multa. Tuvo que pagar al final 80 libras en el acto. Esto es un literalmente un robo a mano armada. El policía moderno es tan ladrón de caminos como Dick Turpin.

Martes 27 de noviembre

Tuve que arrastrarme fuera de la cama esta mañana. Mi madre me llevó al tratamiento. Insistió en entrar a la sala de radioterapia. Dijo que quería conocer a Sally.

No sé por qué la gente quiere tanto a mi madre. Sally terminó dándole su número de teléfono y su correo electrónico. Durante su breve conversación, mi madre le aconsejó a Sally que dejara a Anthony, le dijo dónde ir a hacerse un buen corte de pelo y que tenía deficiencia de vitamina B6.

También le dijo a Sally que la bata del hospital que llevaba no le favorecía en absoluto. «Póntela con un cinturón», le dijo. «¡Cíñete la cintura!»

Cuando mi madre se sentó en la sala de espera, Sally dijo: «Tu madre es fantástica. Daría cualquier cosa por tener una madre como ella. La mía casi no me habla y casi dejó en la bancarrota a mi padre. Se ha gastado una fortuna en recuerdos de Cliff Richard. Despilfarró el sueldo de un mes la semana pasada en un antiguo vinilo de 45 rpm de "Living Doll" [Muñeca viviente]».

Después del hospital fuimos a la librería. Mi madre aparcó ilegalmente en una zona con doble línea amarilla. Para disuadir a los agentes de tráfico, puso una nota garabateada detrás del limpiaparabrisas.

Estimado agente de tráfico:

He aparcado en doble línea amarilla porque mi hijo está recibiendo tratamiento para el cáncer de próstata y está demasiado débil para caminar incluso una corta distancia. Si necesita que mueva el coche en caso de emergencia, me encontrará en la librería.

*Suya sinceramente,
Pauline Mole*

Bernard Hopkins tomó a mi madre en brazos, gritando: «¡Pauline, eres un auténtico bombón!».

Ella dijo: «¡Bernard! Adrian me contó que habías intentado suicidarte».

Bernard se rió y dijo: «Estaba deprimido porque me había quedado sin pitillos. Busquemos un pub con mesas afuera para fumar y te lo cuento todo».

Así que se fueron, del brazo, dejándome a cargo de la tienda. Una hora después, un agente de tráfico entró en la tienda y me preguntó si conocía a Pauline Mole. Cuando le respondí que mi madre había tenido que irse por un recado urgente, el agente dijo: «¿No será usted el hijo que no puede caminar ni unos metros?».

Admití que sí. Desafortunadamente, en ese momento estaba subido a una escalera, ordenando el estante más alto de la sección de poesía. Me dio diez minutos para mover el coche. Cuando se fue, llamé inmediatamente a mi madre. Me dijo que ella y Bernard estaban sentados fuera del Rosa y Corona y que acababan de pedir su segunda ronda de bebidas. Cuando, después de diez minutos, todavía no había regresado, la llamé de nuevo.

Ella dijo: «Ya vamos por la mitad de nuestro almuerzo campestre», y me dijo que moviera el coche yo mismo. Cuando le indiqué que no tenía seguro para conducir su coche, dijo: «¡Qué *pedante* eres!».

Se oyó un crujido extraño en la línea.

Pregunté: «¿Qué es ese ruido?».

Respondió: «Estoy comiendo una cebolla encurtida».

Unos minutos después vi al agente de tráfico pegando una multa en el parabrisas del Mazda. Le costará 60 libras, una cantidad que no se puede permitir. No puede seguir así.

Miércoles 28 de noviembre

Al hospital en el Mazda. Mi madre sugirió que visitáramos Melton Mowbray después de mi tratamiento. Quiere comprar pollos en el mercado de ganado. Dice que tiene el presentimiento de que la civilización, tal como la conocemos, está a punto de colapsar. Me acabo de dar cuenta de que la oferta de mi madre de llevarme y traerme del hospital no fue del todo desinteresada. Soy una excusa para que salga de casa y escape del tedio de cuidar a mi padre. Cuando vio la multa de aparcamiento, la tiró a la cuneta, diciendo: «Voy a ir a juicio y luchar contra ellos hasta el último centímetro». No compró ningún pollo; dijo que no eran lo suficientemente atractivos. En cambio, se gastó 7,50 libras en un pastel de carne de cerdo gigante.

Daisy no regresó del trabajo hasta las ocho y media. Mientras se bañaba, revisé su bolso. Algo me impulsó a revisar sus mensajes. Había más de treinta mensajes de Hugo Fairfax-Lycett. ¡Cómo se atreve a acosar a mi mujer cuando está en casa con su familia!

Me fui a la cama y releí *Travesuras de Guillermo*. A las tres de la madrugada me desperté y salí sigilosamente de la habitación, dejando a Daisy dormida. Revisé su bolso con más detenimiento esta vez y encontré un recibo de una botella de champán, una caja de cerillas de Bon Ami (un restaurante en Loughborough del que nunca había oído hablar), un recibo de taxi de 19,50 libras y un frasco nuevo de spray bucal. Ahora sé cómo se sintió Otelo.

Volví a la cama y observé a mi Desdémona mientras dormía. Se veía hermosa con la luz de la luna en su rostro.

Jueves 29 de noviembre

Pandora me llamó a las 7:30 de la mañana para preguntarme si aceptaría que me grabaran juntos el sábado como parte de la nueva Estrategia de Reforma contra el Cáncer del gobierno.

Le pregunté dónde estaba.

Ella dijo: «En Londres, en mi oficina. El que madruga, consigue el ascenso».

Después de colgar, Daisy dijo: «¿Qué quería esa zorra, aparte de mi marido?».

Me alegró mucho esa muestra de celos.

Otra rabieta de Gracie por su uniforme escolar. Por suerte, mi madre tocó la bocina del Mazda que estaba afuera, así que agarré mi abrigo y dejé a Daisy a cargo de nuestra hija.

De camino al hospital, le pregunté a mi madre si creía que Gracie necesitaba ver a un psicólogo infantil.

Mi madre dijo: «No, lo único que necesita es unas palmadas en el trasero».

Le dije que no estaba de acuerdo con pegar a los niños pequeños.

Ella dijo: «No te hizo ningún daño».

Le dije: «Al contrario, soy un manojo de neurosis».

Mi madre ahora entra y sale del departamento de radioterapia como si fuera la dueña del lugar. Cuando se lo comenté, me dijo: «Sí, *soy* la dueña, el gobierno no deja de decirme que soy una accionista».

Llamé al Sr. Carlton-Hayes esta tarde y le pregunté sobre el cierre de la librería. ¿Tenía alguna fecha particular en mente?

Hubo un largo silencio, luego dijo: «Creo que quizás debería ser un sábado».

Le pregunté qué sábado.

Otro largo silencio. «El primer sábado después de Navidad sería lo más sensato», dijo.

Tenía muchas preguntas que quería hacerle, como por ejemplo: ¿Cómo nos desharíamos de los libros? ¿Teníamos que notificarlo al Ayuntamiento?

¿Deberíamos solicitar el corte de luz, gas y agua? También quería saber si tendría derecho a indemnización por despido. ¿Debería avisar a Bernard y a Hitesh? ¿Y qué debería hacer con el resto de mi vida?

Sin embargo, no hice ninguna de estas preguntas.

Gracie trajo una carta del colegio.

Estimado cuidador principal,

Como probablemente ya sabe, Gran Bretaña se enfrenta a la amenaza del terrorismo. Como parte de la lucha del gobierno contra el terrorismo, la Escuela Infantil Mangold Parva propone la construcción de varios bolardos de hormigón en el patio para impedir que un posible terrorista suicida introduzca un vehículo en las instalaciones escolares.

La construcción comenzará la semana que viene. Le pido su colaboración. No obstante, si tiene alguna inquietud sobre las medidas que estamos tomando para proteger a su/s hijo/s, no dude en ponerse en contacto conmigo en la dirección indicada anteriormente.

Tenga en cuenta que cualquier padre o niño que se encuentre a menos de un metro de la obra deberá llevar casco y chaleco reflectante.

Suya sinceramente,
Sra. Bull (Directora)

Viernes 30 de noviembre

Esta mañana, en el baño, noté una zona dolorida en el lugar de mi tatuaje de radioterapia.

De camino al hospital, mi madre paraba el coche varias veces para recoger acebo y hiedra. No alcanzaba el muérdago que crecía en las ramas más altas del gran álamo, pero mañana piensa traer unos postes de tienda de campaña, que atornillará hasta conseguir la longitud suficiente para alcanzar las bayas blancas. Según ella, este año se venden a un precio desorbitado. Le indiqué que los árboles de muérdago están en la finca de Fairfax Hall, pero dijo que no creía en la propiedad privada de los árboles. Le recordé que había actuado de forma muy distinta cuando el Ayuntamiento de Mangold Parva le pidió que cortara el leylandi que había plantado en el límite de nuestra propiedad. Luego amenazó con encadenarse a esos monstruos de nueve metros si los trabajadores del ayuntamiento se acercaban con sus motosierras. Dijo que los cipreses leylandi no cuentan como árboles.

Mientras hacíamos cola para entrar al aparcamiento del hospital, Pandora me llamó y me dijo que me encontrara con ella el sábado por la tarde en la plaza del ayuntamiento a las 2 de la tarde para una sesión de fotos con el Grupo de Concienciación sobre la Próstata de Leicester. No fue una petición, fue una orden. Sabe que no puedo decirle que no.

Daisy llegó a casa a las diez diciendo que se le había “olvidado la hora”. Le faltaba un botón de la camisa.

Invierno

Sábado 1 de diciembre

Trabajé en el primer borrador de mi cadena de felicitaciones navideñas.

Queridos familiares y amigos,

¡Menudo comienzo de 2007! ¡Las tuberías de Las Pocilgas se congelaron! El cargo por desplazamiento que cobraban la mayoría de los fontaneros era prohibitivo, así que pasaron tres días antes de que tuviéramos agua corriente y los inodoros funcionando. Finalmente, mi madre llamó a un conocido de un conocido, Noah Clapham. No era fontanero, pero había trabajado en Homebase y tenía una impresionante caja de herramientas. Cobró 25 libras la hora y estuvo con nosotros cinco días. Mi padre afirmó haber pillado a Clapham dormido en el suelo del baño, pero Clapham lo negó, diciendo que estaba "visualizando el problema".

En febrero sorprendí a Daisy el día de San Valentín regalándole billetes para una excursión en autobús por Gales, con paradas nocturnas en albergues de cama y desayuno. Por desgracia, llovió todos los días y era imposible ver por las ventanas del autobús. Daisy sufrió un ataque de pánico cuando tuvo que arrastrarse por un túnel hasta la mina durante una jornada de Experiencia Minera en el Centro del Patrimonio de la Junta del Carbón. Sin embargo, consiguió subir a la cima del Snowdon, ¡la primera mujer en hacerlo con tacones altos, al parecer!

Debido a un error con el lugar, mis padres asistieron a la cena de Navidad de la Sociedad de Vendedores de Calentadores Eléctricos en Marzo. ¡Mi madre ganó un pudín navideño en la rifa! Llevamos a Gracie a urgencias después de que se tragara lo que resultó ser un maletín de la Barbie Empresaria.

Salud

Gracie ha tenido algunos resfriados y mocos a lo largo del año y sus rabietas siguen preocupándonos. Hubo un episodio particularmente desagradable en Pizza Hut a principios de año, causado por Gracie haciendo tres visitas no autorizadas a la barra de ensaladas y monopolizando los trozos de piña. Sin embargo, Pizza Hut ha accedido a levantar la prohibición, siempre y cuando Gracie se mantenga "bajo control".

La pobre Daisy ha tenido problemas menstruales este año y su síndrome premenstrual ha empeorado tanto que se queda en nuestra habitación alternando lloros y rabia al menos tres días al mes. ¡Pobrecita! La buena noticia es que ha vuelto a trabajar. Hugo Fairfax-Lycett, cuya casa familiar es Fairfax Hall, la ha nombrado su asistente personal y organizadora de eventos. Actualmente está buscando dos jirafas para el parque safari que planean construir. ¡Sí, jirafas!

Es un alivio para todos que mi madre, por fin, haya superado la menopausia. Han pasado tres meses desde su último sofoco. Le preocupa el aumento de vello y ha comenzado un tratamiento de exfoliación láser, ¡así que crucemos los dedos! La unión de su pie izquierdo le está dando problemas, pero le da miedo la operación.

Una vida de inacción y autocomplacencia le ha pasado factura a mi padre. Está en silla de ruedas y depende de equipos médicos alquilados a la Cruz Roja. Su intestino sigue un poco lento; solo consigue ir al baño aproximadamente cada tres días. ¡Nada de remedios caseros, por favor! Hemos probado todo lo legal y nada funciona.

Daisy entró y leyó la carta por encima de mi hombro. Dijo: «¿Te has vuelto completamente loco? Te prohíbo absolutamente que la envíes. Nadie quiere saber nada de nuestras horribles dolencias. Y el parque de safari es alto secreto».

Me puse mi mejor traje, camisa y corbata, para el tratamiento. Sally no estaba. Le mostré la zona dolorida a Claire, que solo trabaja los fines de semana cuando su marido está en casa cuidando a sus trillizos de dos años. Me dijo que no me preocupara por la zona dolorida en el lugar de la radioterapia, era normal en esta etapa. Me recordó que no debía frotarla ni usar jabón en el baño, y me recomendó comer algas, un huevo orgánico al día y mucho ajo.

Ella dijo: «Lava la zona infectada solo con agua, usando una ducha de muy baja presión. Aplica aceite de oliva u hojas de aloe vera en la piel, pero nada de cremas, ni siquiera las de hierbas, ya que podrían contener conservantes irritantes». Añadió: «Me sorprende que Sally no te haya contado todo esto».

Le pregunté si creía en la medicina alternativa y mencioné que mi suegro es Michael Flowers, dueño de la tienda de alimentos naturales en el mercado. Ella respondió: «Sí, le conozco bien. Le compré un frasco de su Orgobeet [remolacha orgánica]. Fui yo quien alertó a la Inspección de Salud Ambiental».

Fui a la librería y Bernard, Hitesh y yo decoramos el escaparate con libros de Navidad y algunas ramas de acebo, hiedra y muérdago que mi madre había recogido durante el viaje.

Bernard me preguntó qué iba a hacer en Navidad. Le dije que la pasaría en casa con la familia.

Suspiró y dijo: «¡Ah, la familia! ¡Qué institución tan estupenda! Jodidamente útil para los días festivos y vacaciones».

Cuando le pregunté a Bernard dónde pasaría las Navidades, me dijo: «No se me ocurre nada, muchacho. En una botella, supongo. Me quedaré tirado como un perro hasta que terminen las festividades y vuelva a la vida normal».

No me atreví a decirles a Bernard y a Hitesh que dejaríamos de trabajar después de Navidad.

Caminé hasta el ayuntamiento y llegué justo cuando el reloj daba las dos. Había una exposición con grandes paneles de madera sobre el cáncer, puestos con folletos y un cartel que mostraba un diagrama de la próstata. Pandora ya estaba allí, rodeada de hombres de mediana edad. La alcaldesa, muy llamativa con su sari, su toga ceremonial y su cadena de alcaldesa, pronunció un discurso sobre la calidad de los hospitales de Leicester. El pequeño grupo de asistentes aplaudió cortésmente.

Pandora tomó el micrófono y pronunció un discurso incendiario sobre el NHS [Servicio de Salud Nacional]. Dio a entender que los conservadores nos harían a todos dependientes de la BUPA [Asociación Británica de Previsión y Ahorro] y que, de ser elegidos, cobrarían por la entrada a las consultas médicas. Luego, hizo un llamamiento a los enfermos de cáncer para que se dieran a conocer y se unieran a ella ante el micrófono. Un número sorprendente de personas con aspecto bastante saludable abandonaron la multitud y se unieron a ella, incluido yo. Pidió voluntarios para hablar sobre sus experiencias con el NHS. Como nadie se presentó, me llamó por mi nombre y me puso ante el micrófono. Dije unas pocas palabras vacilantes sobre mi tratamiento en el Hospital Real. Al final, recibí aplausos desproporcionados y algunas personas en la multitud vitorearon como Americanos. Comenté esto más tarde con Pandora mientras tomábamos una taza de café tibio en el despacho del alcalde.

Pandora dijo: «Tu discurso fue una porquería, sí, pero la gente aplaudió tu coraje».

Le dije: «Pero no soy para nada valiente, a menudo lloro bajo las sábanas y me compadezco de mí mismo».

Ella dijo: «Todos los pacientes de cáncer son valientes, todos los pacientes de cáncer luchan contra la enfermedad, todos los pacientes de cáncer tienen dignidad. La gente no quiere oírte lloriquear bajo las sábanas, Aidy».

Me hubiera gustado pasar más tiempo con ella, pero tenía una cita con el diputado Keith Vaz para visitar el nuevo teatro, La Curva. Quizás les envíe la obra *¡Plaga!*. Seguro que la dirección recibiría con agrado una nueva obra de un dramaturgo local.

Domingo 2 de diciembre

Me desperté a las 5:30 de la mañana e hice una lista mental de mis preocupaciones. Me sentí bastante miserable hasta que pensé que al menos no tengo que cuidar a unos trillizos de dos años hoy.

A las 7:30 de la mañana fui al pueblo caminando con Gracie a comprar el *Sunday Times* y el *Observador*. Al pasar por St Botolph's, Gracie me preguntó qué eran todas esas "cosas grises". Le dije que se llamaban lápidas. Quería ver una de cerca, así que cruzamos la puerta del cementerio y subimos por el sendero. Me preguntó qué estaba escrito en "esta piedra".

Leí: «Aquí yace Arthur Goodchild [Buen chico], diligente siervo del Señor, fallecido a los dieciséis años, el 23 de diciembre de 1908». Dije: «Dieciséis años, qué triste».

Ella preguntó: «¿Dónde está Arthur Goodchild?».

Le respondí, aunque con cierta reticencia: «Está bajo tierra». Ella preguntó: «¿Su mamá lo extraña?».

Le dije: «Oh, sí, muchísimo».

Gracie dijo: «Pues entonces debería haberlo desenterrado».

Concerté una cita telefónica con el Dr. Wolfowicz. Le pregunté si podía prescribirme un estimulante para mantenerme despierto y así poder terminar *¡Plaga!*.

Él dijo: «No le voy a dar anfetaminas, Sr. Mole. ¿Acaso no es tradición que los escritores ingleses usen vodka, cigarrillos y café solo?»

Lunes 3 de diciembre

Tratamiento.

Sally llevaba cuernos de reno en la cabeza. Hoy es la fiesta de Navidad del departamento de radioterapia. Ningún paciente está invitado. Esto me dolió bastante.

Más tarde, en la librería, entró un hombre con un abrigo de piel de mujer y preguntó si vendíamos libros electrónicos.

Le dije: «No, y tampoco servimos café electrónico».

Él dijo: «¿Por qué los libreros son tan maleducados?» y salió dando un portazo.

Hitesh dijo: «Los libros electrónicos son el futuro. Los venden en Amazon».

Bernard dijo: «¡Y una mierda eso de jugar a soldaditos! ¡No se puede *oler* un libro electrónico ni leerlo cuando se le acaban las pilas!».

Una mujer con mil bolsas de la compra entró preguntando si teníamos un ejemplar decente de *Ulises*. Preguntó: «¿Tienen una primera edición firmada por James Joyce?».

Bernard gritó: «La ignorancia del público nunca deja de asombrarme. Estamos hablando de setenta mil libras, señora. Sin embargo, tengo una edición firmada de Penguin».

La mujer se sentó en el sofá y acomodó las bolsas a su alrededor. Bernard fue a la trastienda unos minutos y salió con el *Ulises* de Penguin. Lo abrió por la página del título y le mostró a la mujer la firma del autor, que, a mi parecer, se parecía muchísimo a la letra inconfundible de Bernard.

Dijo: «¡Absolutamente maravilloso, ¿verdad?! Pensar que el mismísimo maestro ha tocado esta página con su pluma».

La mujer dijo: «Yo no leo libros. Es para mi hijo. Es un poco ratón de biblioteca. Su habitación está tan llena de libros viejos y polvorientos que apenas puedo entrar a limpiar. Le ofrecí comprarle un jersey de cachemir para Navidad, pero, ¡ay!, tenía que tener el *Ulises*. Según él, es una obra maestra». Se rió con indulgencia.

Debería haber intervenido, pero en vez de eso, vi a Bernard tomar 30 libras de la mujer. Mientras estaba en la caja, ella dijo: «¿James Joyce nunca hace lecturas en Waterstones?».

Bernard dijo: «Tendría trabajo, señora, ya que murió en 1941». Bernard suspiró: «El 13 de enero, un día realmente triste».

Cuando salió apresuradamente con sus bolsas, Bernard la observó por la ventana y negó con la cabeza. Me preguntó si había leído el *Ulises*. Le dije que no.

Él dijo: «Yo tampoco, no pude pasar de la tercera página». Hitesh dijo: «Deberías intentarlo de nuevo, Bernard. Es un poco como armar un armario de IKEA. Al principio parece un montón de trozos de madera, tornillos, tuercas y demás, pero si perseveras, estudias el diagrama y tienes el destornillador adecuado...»

Bernard gruñó: «¡Por Dios Santo! ¿Qué demonios es IKEA?».

Es el hombre más ajeno al mundo que he conocido.

Martes 4 de diciembre

Mi madre vino con un ejemplar del *Leicester Mercury* abierto en la página tres. Había una fotografía mía de pie entre Pandora y la Alcaldesa, flanqueada por pacientes con cáncer. El titular decía: «Valientes víctimas cuentan su lucha contra el cáncer».

Tenía los ojos cerrados, la boca abierta y la muñeca izquierda flácida. Cuando Daisy la vio, se rió y dijo: «Pareces Graham Norton a medio estornudar».

Diario, nunca he visto una sola foto decente mía. A la cámara no le gustan mis rasgos. Mi madre parece Scarlett Johansson en las fotos, pero en la vida real parece de noventa y tres años.

Miércoles 5 de diciembre

Al tratamiento en el Mazda.

Sally me contó que Anthony pidió permiso en su trabajo y voló a Canadá, donde planea hacer trabajo voluntario con un hombre que está solicitando al gobierno canadiense que financie un programa de cría de lobos con la esperanza de que nazcan decenas de miles de lobos y se les permita vagar libremente por la tundra.

Le pregunté si su compromiso se había roto.

Ella dijo: «No puedo pisotear su sueño, ¿verdad, Adrian?».

Personalmente, espero que Anthony sea despedazado por una manada de lobos resentidos. Sé que suena duro, pero todos tenemos que morir y estoy segura de que Anthony moriría feliz entre las bestias babeantes.

Recibí una tarjeta de Navidad de mis padres por correo. ¿Para qué gastar un sello? Viven al lado.

Dormí toda la tarde, luego tuve que correr a la escuela a recoger a Gracie. Estaba en la oficina de la Sra. Bull llorando. Al parecer, le había dicho que no había comido en una semana y que no había comida en casa. Lo negué, por supuesto, e invité a la Sra. Bull a que viniera a casa con nosotros a inspeccionar la despensa y el refrigerador. Declinó la invitación, pero me di cuenta de que pensaba que habíamos descuidado a Gracie de alguna manera. De camino a casa, interrogué a Gracie y le pregunté por qué le había dicho semejante mentira a la Sra. Bull.

Lo único que dijo fue: «Tenía hambre».

Me da pavor la reunión de padres de mañana en la escuela.

Jueves 6 de diciembre

Tratamiento.

Sally estaba muy callada. Me pidió que no hablara de Anthony ni de Canadá.

Fui a la librería. Cuando le pedí a Bernard que moviera una caja de libros de cocina de Nigella Lawson, que bloqueaban la entrada, me dijo: «No puedo hacerlo, colega. Me duele la espalda. Tendrás que esperar a que llegue el mocoso de Hitesh».

A las dos y media, Hitesh me envió un mensaje diciendo que se había roto el tobillo al caerse de la cama.

Cuando se lo conté a Bernard, me dijo: «¿Dónde ha estado durmiendo el muchacho? ¿Encima de un maldito cráneo?».

Así que, debido a mi debilidad extrema y al dolor de espalda de Bernard, los libros de la Sra. Lawson se quedaron dentro de su caja. Desafortunadamente, mientras Bernard y yo estábamos en la trastienda ordenando el nuevo stock, Nigel y Lance Lovett entraron y se tropezaron con la caja. No sé por qué Nigel se enfadó tanto. No se hizo ningún daño físico, y me pareció una reacción histérica cuando amenazó a su mejor y más antiguo amigo con una demanda civil por daños y perjuicios.

Sin embargo, Lance fue muy amable y aceptó mis disculpas, diciendo: «Siempre me caigo de culo. Los cegatos somos unos torpes de cuidado». Siguiendo mis instrucciones y mi orientación, Lance recogió la caja y la dejó en la trastienda.

Cuando Nigel siguió quejándose de que se había tropezado con la caja, le dije que fue culpa suya y que en el futuro no debería salir sin su perro, su bastón blanco o una persona vidente que le indicara el camino.

Nigel dijo: «Vinimos a comprar nuestros regalos de Navidad, pero ahora estoy pensando que mejor le doy el dinero a Marks & Spencer».

Después de sentarse en el sofá y tomarse una taza de café, cedió e, irónicamente, compró seis ejemplares de *Nigella Express*.

Daisy no llegó a casa a tiempo para la reunión vespertina de padres, así que fui solo.

La Srta. Nutt dijo: «En muchos sentidos, Gracie es una niña encantadora. A pesar de sus... bueno, excentricidades, hace amigos fácilmente y parece disfrutar de su trabajo». Luego frunció el ceño y añadió: «Sin embargo, la semana pasada les pedí a todos los niños que hablaran de su familia y dictaran algunas frases que acompañaran el dibujo que habían pintado». Señaló un cuadro grande en la pared del fondo, donde una figura de palitos con gafas yacía horizontal sobre lo que parecía hierba junto a otra figura de palitos con la boca roja y tacones altos, sosteniendo una botella. La señorita Nutt había escrito (al dictado de Gracie): «Mi mamá y mi papá beben mucho vodka y se tumban y me gritan».

Eché un vistazo al siguiente dibujo, hecho por Abigail Stone. El pie de foto decía: «Mi familia fue a Alton Towers e hicimos un picnic. Cantamos en el coche».

Le dije: «Le aseguro, Srta. Nutt, que ni mi esposa ni yo bebemos vodka. Me sorprende que Gracie siquiera conozca la palabra».

La Srta. Nutt dijo: «Bueno, la ha oído por ahí y obviamente sabe el efecto de beber demasiado. Es la única niña de la clase que ha pintado a sus padres en estado de colapso». Continuó: «Ayer Gracie vino al colegio en harapos».

Tenía un tono acusatorio en su voz que no me gustó. Le dije: «Ese era su vestido de Cenicienta, Srta. Nutt. Si lo hubiera puesto del revés, lo habría visto transformado en un vestido de gala».

La Srta. Nutt dijo: «En el futuro, si Gracie no lleva el uniforme, será suspendida del colegio. Hemos sido ridículamente indulgentes con ella hasta ahora, pero esto tiene que acabar».

Salí con el corazón apesadumbrado y luché contra el viento hasta El Oso. Tenía pensado tomarme una copa rápida e irme, pero Tony y Wendy Wellbeck me llamaron a su mesa e insistieron en que me uniera a ellos.

Dije: «Sobre las bolas...»

Tony dijo: «Olvídate de las bolas. Lo pasado, pasado está. Es el cumpleaños de Wendy, ¿qué vas a tomar?»

Por alguna razón, solté: «Vodka».

Cuando se fue a la barra, Wendy dijo: «Me alegro de haberte encontrado. ¿Te importaría leer algo que he escrito? Casi eres un escritor profesional, ¿verdad?».

Para mi sorpresa, sacó una carpeta mecanografiada de su espacioso bolso y me la puso delante. Se titulaba *Prímulas y Cachorros*. Leí las primeras frases.

Tuve una infancia feliz. Las risas llenaban la casita donde nací. Mi padre era rudo y severo, pero tenía un corazón de oro. Mi madre tenía una sonrisa radiante y unas manos suaves que siempre estaban ocupadas.

Cerré la carpeta con un gesto de resignación. Sabía que cuando llegara a la parte de las primulas y los cachorros, me darían ganas de vomitar.

Wendy dijo: «He disfrutado mucho escribiéndolo. ¿Lo leerías y me dirías qué te parece?».

Murmuré que lo haría.

«Pero tienes que jurar que me dirás la verdad», dijo, señalándome con el dedo. «Tienes que ser brutalmente franco».

Tony regresó con lo que parecía un vodka triple en un vaso de Smirnoff. Estaba dando mi primer sorbo cuando la Srta. Nutt entró en el pub con sus compañeros profesores. Pasó junto a nuestra mesa y nos lanzó una mirada penetrante, tanto a mí como al vaso.

Cuando llegué a casa, encontré a Daisy sentada en la oscuridad escuchando a Leonard Cohen. Fui a la cocina y encontré una nota sobre la mesa.

Querido Adrian,

El Show de Jeremy Kyle se emite mañana, así que le he pedido a Dougie Horsefield que te recoja por la mañana.

*Con cariño,
Mamá*

Viernes 7 de diciembre

Dougie llegó demasiado temprano. Se quedó sentado afuera con el motor encendido mientras yo me duchaba, me vestía y lidiaba con Gracie y su uniforme.

De camino al hospital, Dougie dijo: «Te voy a dejar y luego volveré rápido a casa para ver el programa de Kyle. Mi señora ha invitado a algunos vecinos».

Sally notó mi agitación y le conté que mis padres, mi hermana y el ex-novio de mi madre habían estado en *El Show de Jeremy Kyle* esta mañana.

Esperaba que se sorprendiera, pero dijo: «Admiro mucho a tu madre».

¿Existe la privacidad hoy en día? Antes la gente se guardaba sus problemas para sí misma.

Cuando estaba tumbado en la camilla, recibiendo descargas eléctricas en mis partes íntimas, pensé que me gustaría quedarme allí para siempre. Toda mi energía parecía haberse esfumado. Sally tuvo que ayudarme a bajar. Me llevó a la sala de espera y me hizo sentar en una silla. Por una vez, lamenté que mi madre no estuviera allí para llevarme a casa. Después de media hora me sentí un poco mejor y me dirigí a la librería. Al pasar por delante de la tienda Sony en la calle principal, vi a mis padres en una enorme pantalla de televisión. Mi madre se veía extremadamente glamurosa y mi padre patético en su silla de ruedas. Lucas y Rosie estaban sentados uno al lado del otro, cogidos de la mano. Hubo un primer plano del rostro de mi padre mientras una lágrima rodaba por su ojo izquierdo. Finalmente, la lágrima se deslizó por su mostacho y desapareció.

Mis piernas me impulsaron hacia la tienda y me dirigí a la sección de televisores. Estaba rodeado de cientos de pantallas, cada una mostrando *El Show de Jeremy Kyle*. Un dependiente se puso a mi lado. Su placa identificativa decía que se llamaba Mohammed Anwar. Murmuró: «¿Está usted bien, señor?».

Mentí diciendo que estaba interesado en comprar un televisor de plasma de 50 pulgadas. Me condujo hasta una pantalla gigantesca y dijo: «No paga nada el primer año...».

Le interrumpí diciendo: «Quisiera escuchar la calidad del sonido».

Sacó un control remoto y subió el volumen.

En la pantalla, Rosie gritaba: «Me has mentido todos estos años, Mamá».

Mi padre gritó: «Sí, Pauline, ¿y cómo sé que Adrian es mío?».

Jeremy Kyle dijo: «Adrian es tu hijo, ¿verdad, Pauline?».

Mi madre asintió.

Mi padre gritó: «Quiero una prueba de ADN. ¡Necesito saber si Adrian es mío!».

Jeremy preguntó: «Pauline, ¿estás segura de que Adrian es hijo de George?».

Mi madre sorbió y dijo: «Estoy segura al setenta por ciento».

«¡Setenta por ciento!», dije. «¿Eso es todo?».

El dependiente que estaba a mi lado se rió. «¿De dónde sacan a esta gente?», dijo.

«Solo Dios lo sabe», dije.

Intentó convencerme de que comprara la pantalla de plasma de 50 pulgadas. Le conté otra mentira y dije que lo pensaría.

Suspiró y dijo: «Ya nadie compra nada. Todo el mundo tiene ya todo». Por un momento se quedó pensativo y añadió: «¿Qué pasará si la gente deja de comprar? Me quedaré sin trabajo».

Mientras caminaba hacia la librería, intenté recordar una conversación que tuve una vez con mi madre. Trataba sobre un criador de gusanos llamado Ernie, a quien ella apreciaba mucho. Recordaba los poemas de amor que él le había escrito. Salía con Ernie cuando conoció a mi padre. ¿Era yo hijo de un criador de gusanos? ¿Heredé de él mi talento literario? Es cierto que no tengo absolutamente nada en común con mi padre. Él cree que solo los maricas y los afeminados escriben poesía. Sin embargo, le tengo mucho cariño. Sería un golpe duro descubrir que no comparto su sangre.

Medianoche

No puedo escribir mucho. Estoy distraído. Mi madre no pudo darme ninguna garantía de que el hombre al que he llamado papá durante los últimos treinta y ocho años no fuera solo una persona con la que mi madre se casó. Me pidió que contactara con Ernie, el criador de gusanos, y le pidiera una muestra para una prueba de ADN.

Sábado 8 de diciembre

Tratamiento.

Bernard tomó un pedido de un joven prematuramente calvo para un libro publicado en América titulado *La audacia de la esperanza*, de alguien llamado Barack Obama. Cuando el cliente dijo llamarse «Roger Mee», Bernard se rió y dijo: «Un nombre un poco cutre para arrastrar por la vida, ¿no?».

Roger Mee pareció desconcertado. «¿Perdón?», dijo.

«Tus padres obviamente te tenían manía», dijo Bernard. «¿Tu madre tuvo un parto difícil?».

El Sr. Mee se quedó boquiabierto. Me miró, pidiendo ayuda en silencio. Le dije: «Bernard se refiere a un término arcaico para el acto sexual: “roger”, como en “¿Quieres rogerme?”».

Mee, que calculo que tendría poco más de veinte años, dijo: «Nunca había oído ese término antes».

«Solía usarlo todo el tiempo», dijo Bernard, sin ser de mucha ayuda. «Llamaba a alguna de mis amigas y le decía: “Hola, Gladys (o Marcia, o como se llamara), ¿puedes pasarte y rogerme?”».

A Roger Mee se le había ido el color de la cara. Me di cuenta de que estaba reflexionando sobre sus previas interacciones sociales. Dijo: «Ayer tuve que dar mi nombre en la biblioteca. Ahora entiendo por qué la anciana bibliotecaria se rió entre dientes. Y en mi boda... el vicario... cuando preguntó: «¿Quieres, Roger Mee...», la congregación se echó a reír a carcajadas».

Después de que Mee se marchara, le reproché a Bernard diciendo: «En el futuro, Bernard, por favor, no hagas comentarios personales sobre nuestros clientes. Ya son pocos y distantes entre sí».

Bernard dijo: «Me lo dices o me lo cuentas. He visto más clientes en una hora en un burdel esquimal que los que atendemos aquí en un día».

Cuando le pregunté a Bernard si sabía algo sobre un burdel esquimal, me dijo, bastante molesto: «Traeré evidencias documentales».

Domingo 9 de diciembre

Cediendo a la presión de Gracie, accedí a salir a comprar un árbol de Navidad (creo que no está bien poner el árbol y los adornos hasta la última semana antes de Navidad). Tomé prestado el Mazda y Daisy nos llevó al primero de tres viveros. Mi madre sigue negándose a incluirnos en su seguro. Estuve hecho un manojo de nervios todo el tiempo, esperando que en cualquier momento nos detuviera un coche patrulla. La mayoría de los árboles de Navidad estaban atados como pavos en bolsas de red verde, por lo que era imposible saber si sus ramas eran uniformes y simétricas.

En el tercer vivero, Daisy se plantó y dijo: «Si no elegimos uno de aquí, Adrian, te juro que mañana saldré a comprar uno de plástico en Woolworths».

Estábamos sentados en la cafetería, rodeados de gente de mediana edad con abrigos y zapatos de lo más delicados. Estaba tan cansado que podría haberme quedado dormido con la cabeza sobre la mesa. Le dije a Daisy que eligiera un árbol, cualquiera, y que yo esperaría con Gracie en el coche. Daisy entró sigilosamente por las puertas automáticas hacia el exterior y pronto se perdió entre las coníferas. Ya era de noche cuando salió. El árbol de Navidad era demasiado grande para el coche, así que tuvimos que atarlo al portaequipajes con una cuerda que encontramos en el maletero.

Cuestión: ¿Por qué mi madre guarda trozos de cuerda vieja en el maletero?
¿No es lo que hacen los asesinos en serie?

El árbol es ridículamente alto. La rama más alta roza el techo. El hada está encorvada como Quasimodo. Las luces del árbol funcionaron de maravilla hasta que todas las bolas y adornos estuvieron meticulosamente colocados. Cuando estábamos sentados admirando nuestro trabajo, las luces del árbol fallaron.

¿Es que nada nos sale bien?

Lunes 10 de diciembre

Tratamiento.

Sally está intentando reservar un asiento en un avión a Canadá. Quiere estar al lado de Anthony en el hospital. Le dije que los médicos realizan maravillosas cirugías reconstructivas hoy en día. Aun así, espero que no pueda conseguir un billete. La necesito aquí en Leicester.

El Sr. Carlton-Hayes llamó hoy y preguntó cómo se habían tomado Bernard y Hitesh la noticia de que íbamos a cerrar. Admití que todavía no les había dicho nada sobre el cierre.

Dijo: «¡Ay Dios! Entonces tendré que hacerlo yo mismo». Me disculpé y dijo: «No debí habértelo pedido, querido. Tienes un buen corazón y debí haber sabido que una tarea tan angustiosa te causaría dolor».

Le dije al Sr. Carlton-Hayes que, al final de la jornada laboral, a Bernard y Hitesh les comunicaría que no serían empleados en el Año Nuevo.

Medianoche

No pude hacerlo. Se lo diré mañana a primera hora.

Martes 11 de diciembre

Después del tratamiento, mi madre me llevó a la librería y me dejó allí. Hitesh andaba torpemente con su escayola, mientras Bernard estaba sentado en el sofá leyendo *Vanity Fair* (el libro, no la revista). Los llamé y les di la noticia de que la librería cerraba.

La cara de Bernard se descompuso. Dijo: «Bueno, pues ya está. Voy a dar el paso y cometeré el acto fatal. Inglaterra no quiere pedos viejos como yo por ahí con nuestras hemorroides y alitosis. Los pájaros azules sobre los acantilados de Dover son...»

Hitesh interrumpió: «¿Tengo derecho a alguna indemnización por despido?»

Le dije: «Lo miraré».

Bernard dijo: «Entonces pasaré la Navidad en el asilo».

Le dije que podía pasar la Navidad conmigo y mi familia.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué abrí la boca y dejé escapar esa invitación de mis labios?

Bernard dijo: «Le estoy muy agradecido, señorito. Llevaré una botella».

Más tarde busqué en Google «indemnización por despido según la legislación británica» y le dije a Hitesh que no tendría derecho a nada porque no había trabajado para el Sr. Carlton-Hayes durante dos años.

Hitesh dijo: «Mi primo tiene una franquicia de KFC. Le pediré que me dé trabajo».

Bernard preguntó: «¿Qué es KFC [Pollo Frito Kentucky]? ¿El Kettering Fútbol Club?».

Hitesh y yo nos reímos más de lo que justificaba la muestra de ignorancia de Bernard. Supongo que fue una forma de liberar la tensión.

Mi madre entró en la tienda y preguntó si podía dejar sus compras navideñas en la trastienda. La ayudé a llevar las bolsas. Me dio instrucciones estrictas de no mirar dentro de ninguna bolsa de Marks & Spencer. De camino a la puerta principal, dijo: «Hay una atmósfera terrible aquí. ¿Os habéis peleado, chicas?».

Le dije que la tienda estaba cerrando.

Ella dijo: «No me extraña. ¿Dónde están las novelas románticas y las biografías de famosos? Vuestro escaparate parece la maldita biblioteca de la señorita Haversham [personaje de la novela de Dickens “Grandes ilusiones-esperanzas”]. Las bayas se han caído del muérdago y el acebo y la hiedra están tan secos como la entrepierna de una monja».

Después miré dentro de la bolsa de Marks & Spencer. Me había comprado un jersey de cuello de pico acrílico 100% color amarillo limón pálido, talla grande. Espero que haya guardado el recibo.

Miércoles 12 de diciembre

Tuve una conversación con Daisy sobre los regalos de Navidad de Gracie. Le sugerí que le compráramos algo modesto —quizás rotuladores— y que donáramos una cantidad de dinero a Save the Children [Salvar a los niños] o a alguna organización benéfica similar. También le sugerí que les compráramos a mis padres una cabra de Oxfam entre los dos.

Daisy me dijo: «Ni se te ocurra comprarme ganado».

Todavía no le he dicho que he invitado a Bernard por Navidad.

Me acosté a las siete y cuarto, cansado y cabizbajo, dejando a Daisy en la cocina, de mal humor, haciendo un disfraz de la Estrella Polar con papel de aluminio y perchas de alambre para el concierto de Navidad de la semana que viene.

Cuando Daisy vino a la cama, justo después de medianoche, me acarició la espalda y susurró: «¿Estás bien?».

Fingí estar dormido y, al final, se dio la vuelta y sintonizó la radio, el Servicio Mundial. Estaban dando un documental sobre la mortalidad infantil en África.

Decidí comprar fichas de animales de granja para todos.

Jueves 13 de diciembre

Tratamiento.

La compañía de seguros de Anthony ha accedido a pagarle el vuelo de regreso a Inglaterra. Le comenté a Sally que me sorprendía que a Anthony no le hubieran invalidado su seguro. ¿Acaso no había alguna cláusula en la póliza que desaconsejara hacerse amigo de los lobos?

Llamé a Parvez para pedirle consejo sobre el subsidio por desempleo y la prestación por enfermedad, pero estaba en una conferencia de la Asociación de Sociedades de Construcción. Va a dar una charla sobre «La ley islámica y el mercado inmobiliario musulmán».

Recuerdo cuando Parvez era demasiado tímido para soplar las velas de su tarta de doce cumpleaños. Salió corriendo de casa, dejándonos a mí y a los demás invitados consolando a su madre (que había estado despierta media noche decorando la tarta con un Porsche de carreras en el circuito de Silverstone, con boxes y mecánicos incluidos; no es tarea fácil con mazapán y una manga pastelera). Ahora da conferencias y es un miembro destacado del Club Rotario (Sección Leicester). *Plus ça change!* [¡Cómo cambian las cosas!]

Viernes 14 de diciembre

La ropa sucia se ha acumulado y esta mañana tuve que buscar un par de calzoncillos. En mi búsqueda, abrí el cajón de la ropa interior de Daisy y encontré tres conjuntos nuevos de sujetador y bragas a juego, de encaje negro, rojo y blanco. Eran de una categoría superior a sus viejas braguitas de color blanco roto y a sus sujetadores, que se habían vuelto grises con los lavados.

Finalmente encontré un par de bóxers en la pila de la ropa para planchar.

¿Cuándo se va a encargar Daisy de la colada? Es muy fácil: lo único que tiene que hacer es meterla en la lavadora, poner una pastilla de detergente dentro de la bolsita de malla y pulsar un botón. ¿Qué tiene eso de difícil? Y en cuanto a planchar, cualquier tonto puede pasar la plancha por encima de unas prendas, ¿no?

De camino al tratamiento, le pregunté a mi madre qué debía comprarle a Daisy por Navidad.

Mi madre respondió, sin dudarle: «Un bolso de Marc Jacobs, un bolso Bruna acolchado que combina la elegancia clásica con su tono metalizado y sus herrajes dorados».

Le dije: «Suena caro».

Mi madre respondió evasivamente: «Sí, ¿verdad? Pero es lo que ella quiere».

Se lo agradecí mucho. Me ahorró horas de recorrer las tiendas. Le pregunté si podía pedirme el bolso por internet y le di mi tarjeta Visa.

Anthony está ingresado en el hospital BUPA de Leicester para someterse a injertos de piel. Sus padres han vendido una de sus fruterías para pagarlo.

Le dije a Sally: «Qué amables son sus padres». Ella respondió: «En realidad no. Le tienen miedo».

Sábado 15 de diciembre

De camino al tratamiento mi madre dijo: «¿Cuándo me vas a dar algo de dinero para la gasolina?».

Me quedé anonadado. ¿Se puede ser más mercenaria?

Le expliqué que pronto sería un desempleado y que necesitaba hasta el último céntimo de mi sueldo.

Me respondió, con bastante malicia: «Puedes darte el lujo de comprarle un bolso Marc Jacobs a tu mujer trabajadora». Me devolvió la tarjeta Visa y dijo: «Securicor [Seur] entrega el bolso esta mañana. Tu padre lo firmará y se asegurará de que esté escondido para que Daisy no lo vea».

¡Securicor! ¿Por qué entregan un *bolso*? Seguro que solo entregan artículos realmente caros.

Glenn y Finley-Rose están comprometidos. Me llamó mientras iba de camino al tratamiento.

Me dijo: «Si me agarran en Afganistán, Finley recibirá una pensión de viudedad».

Creo que esto es llevar el pragmatismo demasiado lejos.

Domingo 16 de diciembre

Mientras vertía grasa de ganso caliente sobre las patatas asadas, le pregunté a Daisy qué debería regalarle a mi madre por Navidad.

Dejó de picar zanahorias y dijo: «Le gustaría un collar de plata con un colgante de cuarzo rosa».

Dije: «¿Dónde puedo conseguir uno de esos?»

«En la página web de Tiffany's», respondió.

Dije: «¿Tiffany's, como en “desayuno en”?»

«Sí», dijo. «Tu madre lleva esperando que tu padre le compre algo de Tiffany's desde que fueron a ver la película en 1961. Al parecer, al salir del cine, él le prometió que, si se casaba con él, le compraría una joya de Tiffany's cada cumpleaños».

Volví a meter las patatas en el horno y dije: «Otra promesa rota, que se suma a las otras».

Le pregunté a Daisy de pasada si le importaría picar las zanahorias de forma más uniforme. Le señalé que algunas rodajas eran finísimas, mientras que otras eran más gruesas. Mi esposa no soporta ninguna crítica. Para mi absoluta sorpresa, se puso furiosa y empezó a dar pisotones por la cocina, gesticulando salvajemente con nuestro cuchillo de cocina más afilado. Pasó de las zanahorias a mi egocentrismo, luego a la Dra. Pearce y después a Pandora. Se detuvo un momento en mi obsesión con los libros viejos y apestosos, y luego volvió a la carga con un «has perdido el interés en mí, tanto emocionalmente, sexualmente como románticamente». Se detuvo y rompió a llorar desconsoladamente.

Gracie entró, me echó una mirada de reproche y dijo: «Si haces llorar a mami, irás a prisión».

Le dije a la niña que estaba siendo ridícula, que nadie iba a prisión por gritar.

Ella dijo: «Sí que van. Lo vi en la serie *The Bill* [Policía de barrio]. Se llama Sección Cinco».

Daisy gritó: «¡Ni siquiera podemos discutir en paz! ¡O Gracie nos interrumpe o tus padres nos escuchan a través de la pared divisoria!».

Le grité de vuelta: «¿Por qué de repente te has puesto a comprar ropa interior de encaje a juego?».

Esto le dio pie a otra larga diatriba sobre mi «mezquindad», mi «sospechoso comportamiento antisocial» y luego, imperdonablemente, gritó: «Y tu escritura es una broma. Haces que Barbara Taylor Bradford parezca una premio Nobel. No podrías escribir ni para salir en una bolsa de plástico. Piénsalo, Adrian: ¿por qué nadie ha querido publicar ni emitir nada de lo que has escrito en más de veinticinco años?».

No tenía intención de contestarla. Tomé mi abrigo más fuerte, mis guantes, mi bufanda y mi pasamontañas, y salí de casa diciendo, antes de dar un portazo: «Puede que tarde un rato».

Desafortunadamente, eran las 3:30 y casi oscurecía, así que caminé un par de veces por el callejón y volví a entrar en casa, donde me sorprendió ver que solo eran las 4:05.

Esa noche no hablé con Daisy, salvo para darle mi tarjeta Visa y decirle: «Para el collar».

Lunes 17 de diciembre

Durante la sesión de tratamiento, le comenté a Sally que estaba experimentando severas molestias al orinar. Ella me preguntó: «¿Cómo de severas del uno al diez?». Le respondí: «Soy escritor, Sally. Elijo mis palabras con mucho cuidado».

Ella me dijo: «También tiendes a la exageración, Adrian». ¿Por qué todas las mujeres de mi vida son tan difíciles? Los hombres no corrigen tu forma de hablar, ni critican tu carácter, ni te acusan de indiferencia sexual.

Después del tratamiento, fui a la librería y me sorprendió encontrar bastante gente. Resultaron ser los amigos de copas de Bernard. Les prometió un 50% de descuento en todos los libros de Navidad. Me di cuenta de que muchos de los títulos elegidos estaban relacionados con el alcohol. Uno de los colegas de Bernard, un hombre con una nariz roja muy apropiada para la época del año, compró el guion de *Días de vino y rosas* para su madre.

Martes 18 de diciembre

Siento la tensión de no hablar con Daisy. Somos como dos sordomudos. Nos comunicamos con señas y pequeños gruñidos. Tendré que romper mi silencio pronto, porque necesito hablar con ella sobre los preparativos de Navidad.

De camino al tratamiento, le pregunté a mi madre si creía que era un buen escritor. No contestó durante un buen rato, luego un zorro cruzó la carretera justo delante de nosotros y frenó bruscamente. Cuando volvimos a conducir, repetí la pregunta: «¿Soy un buen escritor, mamá?».

Ella dijo: «Me gustan algunas de tus cosas».

La reté a que nombrara una.

Ella dijo: «“El grifo”. Me gustó». Y citó: «El grifo gotea y me mantiene despierto, por la mañana habrá un lago».

Yo dije: «¿Te gusta un poema banal que escribí cuando tenía trece años y tres cuartos! ¿Y qué hay de mi canon posterior?».

Diario, estuve muy tentado de confesarle que había leído *Una chica llamada «Mierda»* y aconsejarle que abandonara el proyecto, inevitablemente condenado al fracaso, pero me contuve.

Esa misma mañana fui a la escuela infantil Mangold Parva para ver la representación del nacimiento de Jesús. Daisy ya estaba allí, en la primera fila, sentada junto a mi padre en su silla de ruedas. Él sostenía su videocámara. Yo me senté entre ellos. Para mi disgusto, el padre de Daisy, Michael Flowers, también estaba allí, con su horrible barba y su suéter tejido a mano con el diseño de renos. Mi madre se sentó agarrando una cámara desechable. La Sra. Bull subió a la plataforma elevada y pidió silencio a la audiencia. Llevaba puesto su habitual traje verde que le quedaba mal, y se había aplicado un poco de pintalabios naranja para la ocasión. Cuando no obedecieron su orden de inmediato, alzó la voz y gritó: «¿Puedo tener su atención, *por favor?*».

La audiencia, una muestra representativa del pueblo, es decir, jóvenes de clase baja y padres con chaquetas Barbour, guardó silencio.

La Sra. Bull dijo: «Tengo algunos anuncios que hacer antes de que comience nuestra obra festiva. Me hubiera gustado llamarla obra de teatro navideña, pero, lamentablemente, debido a la sensibilidad de la comunidad musulmana, no me está permitido».

Mi padre murmuró: «Esto es corrección política llevada a la locura».

Michael Flowers exclamó: «¡Es una maldita vergüenza!».

Todos los presentes miraron alrededor del salón intentando encontrar a algún musulmán.

La Sra. Ludlow, que dirige el grupo de jubilados los miércoles por la tarde, llevaba un pañuelo en la cabeza, pero es una devota miembro de la Iglesia de Inglaterra.

La Sra. Bull continuó: «Me temo que quienes hayan traído cámaras y videocámaras no están autorizados a usarlas. Esto es para prevenir que nuestros hijos sean explotados y publicados en internet con fines de excitación adulta».

Mi madre dijo: «A nadie le va a excitar un grupo de niños con sábanas y paños de cocina en la cabeza».

La Sra. Bull miró fijamente a mi madre y dijo: «Y, por último, a los niños pequeños y bebés que griten o lloren se les pedirá que se retiren. Nuestros hijos llevan semanas ensayando esta función y estoy decidida a que se les escuche en silencio».

Un niño pequeño apareció vestido con una sábana de algodón cepillado a rayas y un paño de cocina blanco y azul con la palabra «GAFAS» escrita. Lo que siguió fue una farsa. Era obvio que los niños no habían ensayado lo suficiente y carecían de técnica escénica. José se puso a jugar con su tocado, lo que hizo que se le resbalara de la cabeza y cayera al suelo, entonces comenzó a llorar, desde algún lugar del público una mujer gritó con acento refinado: «No te preocupes, querido Benedict, continúa sin él».

A partir de ahí, todo fue cuesta abajo. Cuando los treinta copos de nieve hicieron su entrada, las vacas, las ovejas, los Reyes Magos y los pastores fueron empujados hasta el borde del escenario, lo que obligó a la Sra. Bull y a varios profesores a tomarse de los brazos para evitar que los niños cayeran entre el público. La música grabada no estaba sincronizada con la acción en el escenario.

Le susurré a mi madre: «¡Dios nos libre de las producciones amateur!».

Tras veinte tediosos minutos, Gracie (la Estrella Polar) aún no había hecho su entrada.

Olvidé que no nos hablábamos y le susurré a Daisy: «Seguro que la Estrella Polar debería haber estado ahí desde el principio, si no, el escenario de los Reyes Magos pierde todo sentido. O sea, ¿qué se supone que deben seguir?».

Daisy me susurró de vuelta: «Es un maldito fiasco».

Finalmente, casi al final, la Estrella Polar hizo su entrada entre fuertes aplausos de la familia Mole y de su abuelo Flowers. Anunció al público que había estado en el baño durante muchísimo tiempo. Esto provocó risas y aplausos, aunque me di cuenta de que la Sra. Bull no se unió.

Mis padres desobedecieron las instrucciones y grabaron en video y fotografiaron a mi hijita, quien debería haber anunciado: «La mañana llegó y la Estrella Polar se desvaneció en el cielo», pero en vez de eso saludó a su familia en la primera fila. Para entonces, María, distraídamente, balanceaba a Jesús (una muñeca Baby Annabelle) por una pierna. Uno de los tres Reyes Magos se cayó del escenario y quedó tendido a los pies de mi padre, aún aferrado a su caja de incienso.

Michael Flowers se levantó y ayudó al niño a subir de nuevo al escenario, momento en el que la Sra. Bull gritó: «¡Por favor, no maltrate al niño!».

Mi suegro dijo: «Señora, no sigo los dictados de Estrasburgo sobre cómo cargar a un niño».

Tras una desafinada interpretación de «Jingle Bells», la audiencia salió del recinto. Intenté disculparme con la Sra. Bull en nombre de la familia Mole. Le expliqué que mi suegro era un hombre de ideas políticas extremas.

La Sra. Bull dijo: «Comparto su opinión, Sr. Mole, pero esta no era la ocasión para expresarlas».

Después de esperar a que la Estrella Polar se pusiera su ropa normal, caminamos a casa. Michael Flowers insistió en empujar la silla de ruedas de mi padre. ¿Fue mi imaginación o lo empujó deliberadamente por los charcos más profundos? Nos vimos forzados a invitarlo a cenar. Flowers se bebió una botella y media de vino tinto y se lanzó a una larga lamentación sobre su primera esposa, Conchita, la madre mexicana de Daisy. Se quejó de que nunca había dejado de amarla y que aún esperaba recuperarla. Luego, procedió a decirme que era un completo idiota por haberme dejado presionar por los doctores para someterme a radioterapia por mi cáncer de próstata.

Me dijo: «Adrian, reconozcámoslo, tu pobre dieta y tu estilo de vida poco saludable son los culpables de tu cáncer. Si de verdad quieres recuperar la salud, debes revolucionar tu dieta. Daisy, mañana por la mañana tienes que salir a comprar arándanos y zumos de verduras crudas. Necesita té verde y antioxidantes. Y es *esencial* que prepares una cataplasma con un puré de fruta de la pasión, lentejas y papaya y se la apliques a Adrian en los genitales».

Le pregunté: «¿Cómo se supone que voy a mantener una cataplasma en mis genitales?».

Dijo: «Usa film transparente, pero asegúrate de aplicarlo en tu escroto».

Añadió: «He notado que no tienes la ventana abierta».

Daisy dijo: «Papá, es diciembre».

Flowers dijo: «No estamos hechos para vivir en lugares con calefacción excesiva. Hace poco que salimos de las cuevas».

Después de aconsejarme que me colgara boca abajo durante al menos una hora y media todos los días, se despidió. Nos quedamos en la puerta para decirle adiós.

Cuando las luces de su furgoneta Volkswagen desaparecieron por el camino, Daisy dijo: «Recuérdame que ponga film transparente en la lista de la compra».

Nos reímos, nos fuimos a la cama y dormimos en posición cucharita hasta que tuve que levantarme para ir al baño.

Miércoles 19 de diciembre

Daisy se estaba preparando para ir a trabajar: está organizando una fiesta de Nochevieja en Fairfax Hall. ¡Las entradas cuestan 75 libras por persona! Me preguntó si quería ir. Le dije que sí.

Durante el tratamiento, le pregunté a Sally si el método de la cataplasma/film transparente tenía algún beneficio médico. Me contó que uno de sus pacientes cayó bajo la influencia de una persona que encontró en internet, quien le aconsejó que dejara la quimioterapia y se alimentara exclusivamente de algas y caballa. Sabía de otro paciente que gastó todos sus ahorros en cristales, que colocó en todas las habitaciones.

«¿Y cómo están estos pacientes?», pregunté.

«Muertos», respondió.

Jueves 20 de diciembre

¡Faltan cuatro días para Navidad! No he hecho ninguna compra navideña y no le he dicho a Daisy que Bernard Hopkins será nuestro invitado.

Mi madre vino a usar el teléfono. Tiró el suyo contra la pared y lo rompió porque BT le envió una factura de 2.376.215,18 libras. Cuando llamó para preguntar por esta cantidad tan extraordinaria, una persona del centro de atención telefónica de BT le dijo que esperara. Después de que mi madre escuchara *Las Cuatro Estaciones* de Vivaldi, se cortó la llamada. Mi madre volvió a llamar y habló con otro operador del centro de atención telefónica «en la India». Según ella, «podía oír a un elefante barritando y una banda sonora de Bollywood». Sin embargo, mi madre tiende a exagerar, así que no estoy seguro de poder creerle esta parte de su narración.

Viernes 21 de diciembre

Tratamiento.

Sally está muy triste. Anthony ha pospuesto la boda indefinidamente, diciendo que primero los lobos. Al parecer, en cuanto sus injertos de piel agarren, regresará a Canadá.

Tuve una cita con la Dra. Rubik esta mañana. Me dijo que mis últimos análisis de sangre mostraban que estoy respondiendo lentamente al tratamiento. Dijo que mi pronóstico es «bastante bueno».

¿Solo *bastante* bueno?

Pandora me llamó mientras aún hablaba con la Dra. Rubik. Dijo: «Me gustaría hablar con ella personalmente. ¿Me la pasas?».

La Dra. Rubik tomó mi teléfono y pronto se enfrascó en una conversación con Pandora sobre mí y mi tratamiento.

Me sentí como un intruso. En un momento dado, la Dra. Rubik me dio la espalda.

Cuando me devolvió el teléfono, Pandora dijo: «Puede que esté en Leicester por Navidad. Si es así, pasaré a verte».

Mi corazón se llenó de alegría.

Mi madre me recogió del hospital. El asiento trasero del Mazda estaba repleto de paquetes de frijoles horneados Heinz, carne en conserva, leche en polvo y una bolsa gigante de arroz de grano largo.

Le dije: «Qué comida más peculiar para comprar en Navidad».

Mi madre respondió: «Es mi comida de reserva. Las cosas de Navidad están en el maletero».

Cuando le pregunté por qué estaba reservando comida, me dijo: «No me gustan las señales, Adrian. Las casas no se venden y Gordon Brown niega que haya una crisis crediticia».

¡Crisis crediticia! ¿De dónde saca esos términos?

Le pregunté qué quería mi padre para Navidad.

Ella dijo: «Seis pañuelos blancos, seis pares de calcetines negros o un CD de Dolly Parton».

Sé con certeza que mi padre tiene dos cajones dedicados exclusivamente a pañuelos blancos y calcetines negros, y se enorgullece de tener todas las canciones que Dolly Parton ha grabado, incluidas aquellas de cuando era una joven campesina descalza.

Sábado 22 de diciembre

Me desperté en la noche sudando. Soñé que estaba muerto y acostado en un ataúd. Amigos y familiares desfilaban a mi lado.

Mi madre pasó junto al ataúd y dijo: «Era un escritor terrible».

Pandora apoyó la cabeza en mi pecho frío y lloró, diciendo: «Fue mi único amor verdadero».

Nigel se abalanzó sobre el ataúd y caí.

Entonces desperté. Le conté a Daisy mi sueño (omití la parte de Pandora).

Ella dijo: «Cuando nos casamos, nos prometimos que nunca hablaríamos de nuestros sueños. Espero que honres ese acuerdo».

Faltan tres días. Tengo que contarle a Daisy lo de Bernard Hopkins. El Sr. Carlton-Hayes llamó esta mañana y nos invitó a Bernard, Hitesh y a mí a su casa el lunes por la noche para tomar algo y comer pastel de carne picada.

¡Por fin! Nunca antes había estado en casa del Sr. Carlton-Hayes ni había conocido a Leslie. Espero que él/ella sirva las bebidas.

Gracie le dictó una nota a Papá Noel.

Un perro de verdad
Un gato de verdad
Un pez de verdad
Un pájaro de verdad
Un cerdo de verdad
Una vaca de verdad
Un caballo de verdad
Un bebé de verdad

Esperamos a que Daisy llegara antes de quemar la carta de Papá Noel en la chimenea. Gracie se durmió a las 8:30, pero Daisy no llegó a casa hasta las 11:05. Dijo que tenía que terminar unos papeles. Trajo una bolsa llena de piñas de la finca de Hugo Fairfax-Lycett.

Domingo 23 de diciembre

El humor de Daisy es cada vez más errático. Esta mañana, mientras disfrutaba de un tazón de copos de maíz, me preguntó: «¿*Tienes* que abrir la boca cuando comes?».

Le respondí: «Sí, de hecho. Es la única manera que conozco de tragar la comida».

Cinco minutos después, se lanzó a mis brazos y dijo: «¿Crees que es posible para nosotros *ser* felices?».

Una interesante elección de tiempo verbal.

Lunes 24 de diciembre

Nochebuena

Tratamiento.

Le di a Sally una caja navideña de After Eight [Después de las ocho, chocolatinas de menta]. Me los devolvió diciendo que según el código de conducta, el personal del hospital no puede recibir regalos de los pacientes.

Intenté devolvérselos y le dije: «Métetela en tu bolso, nadie se enterará».

Ella respondió: «Yo sí me enteraré, Adrian».

A veces entiendo por qué Anthony prefiere los lobos a ella.

En la librería reinaba el típico ajetreo de Nochebuena. A las cinco la gente empezó a entrar corriendo y a comprar compulsivamente. Se nos agotaron los libros de Jamie Oliver y Nigella, y una mujer desorientada golpeó la puerta a las cinco y media, después de que ya habíamos cerrado, suplicando que la dejáramos entrar.

Cuando me compadecí de ella, soltó de improviso: «Mi hermana viene de Escocia, me llamó esta mañana. Deja a su insoportable marido, otra vez. Tiene cinco hijos de entre uno y siete años. ¿Por qué yo? No nos llevamos bien y ella sabe que no soporto a los niños. Derek y yo íbamos a pasar una Navidad tranquila: un poco de salmón ahumado, un par de copas de champán y el especial de *EastEnders* [Los del East End, telenovela de la BBC]».

La invité a sentarse en el sofá para que se tranquilizara. Luego pensé en cinco libros adecuados y le pedí a Hitesh que los envolviera para regalo.

La mujer dijo: «Es usted muy amable. Haré mis compras aquí en Año Nuevo».

Bernard dijo: «Tendrá trabajo, señora, esta venerable librería está cerrando. Es el fin de una era. ¿Acaso Waterstones y Borders le abrirán sus puertas, señora, y le envolverán los libros? ¿Recibirá ese servicio de los jóvenes con acné que emplean?».

Cuando se fue, llamé a un taxi y un hombre malhumorado al otro lado de la línea me dijo que la tarifa sería el doble porque era Nochebuena.

El taxista llevaba un gorro de Papá Noel.

Bernard dijo: «Disculpa, tío, ¿no eras seguidor del Islam?».

El conductor se giró hacia Bernard, que iba en el asiento trasero, y dijo: «Sí, pero la Navidad es para los niños, ¿no?».

Hitesh dijo: «La Navidad ya no es como antes».

Bernard le dio una palmadita en el brazo y dijo: «Hitesh, flor marchita, la Navidad es exactamente la misma, eres tú quien ha cambiado».

El Sr. Carlton-Hayes vive en una enorme casa eduardiana en Stoneygate. Muchas de las casas de la calle se han convertido en residencias para ancianos o en albergues para personas en libertad condicional. Un anciano enérgico, con abundante cabello canoso y un jersey blanco de cuello alto, nos abrió la puerta. Llevaba guantes amarillos de fregar. Se quitó uno y nos estrechó la mano, diciendo: «Soy Leslie, amigo del Sr. Carlton-Hayes». Entramos en el amplio vestíbulo. Las paredes estaban repletas de libros.

El Sr. Carlton-Hayes gritó: «¡Llévalos al salón, querido!».

Leslie nos condujo a una habitación adornada con llamativas decoraciones navideñas. El Sr. Carlton-Hayes, sentado en su silla de ruedas, con bata acolchada y corbata, resultaba una figura incongruente. Detrás de él, un árbol de Navidad artificial plateado con bombillas de colores primarios parpadeantes lo iluminaba.

Dijo: «Hola, queridos. Por favor, siéntense». Después de sentarnos, le dijo a Leslie: «Champán, creo, querido».

Bernard comentó, mirando las cadenas de papel, la repisa de la chimenea adornada con guirnaldas y los racimos de globos que colgaban del techo: «Aquí se respira un ambiente muy alegre, Sr. C.».

El Sr. Carlton-Hayes dijo con cautela: «Sí, es bastante alegre».

Bernard dijo: «A mí me gusta un poco de vulgaridad. Detesto esa tontería minimalista, pretenciosa, tacaña y de suelo de madera desnuda de Habitat».

Hitesh dijo: «Mi madre tiene una guirnalda de luces de colores clavada en la moldura del techo todo el año».

«¡Tiene toda la razón también!», dijo Bernard.

Como fan de Habitat y de los suelos de madera, me quedé callado. Charlamos un poco entre nosotros. Leslie regresó con una botella de champán de Marks & Spencer y cuatro copas. A partir de entonces, la conversación se volvió cada vez más forzada hasta que finalmente se interrumpió y se produjo un silencio incómodo.

Nadie había mencionado el elefante en la habitación: el cierre de la librería de libros nuevos, de segunda mano y antiguos de Carlton-Hayes. Bernard nos salvó volviendo a contar la anécdota de su más reciente intento de suicidio. Intentó que sonara divertido. Nadie se rió, pero al menos sirvió para pasar unos minutos. Leslie salió y regresó con una bandeja de lo que él llamó «bonnes bouches» [bocaditos], que eran pequeñas hamburguesas de ternera y minúsculas empanadas de carne picada.

Tenía tantas cosas que decirle al Sr. Carlton-Hayes: cuánto le quería, cuánto le iba a extrañar, cuánto respetaba su conocimiento de los libros, cuánto admiraba sus impecables modales. Para entretenerme, recogí los platos y vasos y los llevé a la cocina, donde encontré a Leslie desplomado sobre el fregadero con la cabeza entre las manos. Le pregunté si estaba bien y, con el rostro bañado en lágrimas, me miró y, con la voz quebrada, dijo: «Esta podría ser su última Navidad conmigo y, sin embargo, todavía no me presenta propiamente a sus amigos. ¿Por qué? ¿Se avergüenza de mí? Siempre he mantenido la casa impecable para él. Siempre le esperaba una buena comida cuando volvía a casa. No sé qué será de mí cuando muera. No puedo empezar de nuevo, no a mi edad».

Para mi horror, se quitó el pelo y se secó la cabeza calva con un pañuelo. Me quedé mirando la peluca gris y rizada. Sin duda me había engañado. Se la volvió a poner y se miró en el brillante microondas. Dijo para sí mismo: «Bien, hombros atrás, Leslie», y regresó al salón.

Para ganar tiempo, enjuagué los vasos y los platos y eché un vistazo a la cocina. Había más libros en las estanterías que utensilios de cocina. A regañadientes, volví al salón, donde encontré a Hitesh —que no estaba acostumbrado al champán— contando una anécdota sobre uno de sus profesores universitarios a quien un fuerte viento le había volado la peluca en el campus. Vi a Leslie tocarse el pelo e intercambiar una mirada con el Sr. Carlton-Hayes.

Bernard dijo: «No sé por qué esos jodidos idiotas usan peluca. Siempre se nota».

Me levanté y dije: «Mejor me voy a casa. ¿Puedo llamar a un taxi?».

Leslie dijo: «Te llevaré en coche. Tengo que comprar un paquete de Paxo para mañana».

Le deseé al Sr. Carlton-Hayes una muy feliz Navidad.

Él dijo: «Hablaemos después de las fiestas, querido».

Tenía la intención de estrecharle la mano, pero en vez de eso me incliné y le besé.

El coche de Leslie apestaba al ambientador de pino que llevaba colgado del retrovisor. Dejamos a Hitesh en la casa adosada de sus padres en Evington y lo vimos caminar con paso vacilante hacia la puerta principal. Mientras nos dirigíamos hacia el campo, recordé que aún no había llamado a Daisy para contarle lo de Bernard. Me costaba mucho llamarla en presencia de Bernard, así que no fue hasta que Bernard entró en la cocina que Daisy supo que teníamos un invitado en casa por Navidad.

Medianoche

Es oficialmente Navidad. Daisy recibió a Bernard con mucha frialdad, pero cuando mis padres llegaron y ya se habían abierto algunas botellas, Daisy se relajó y, tras ordenarle que se lavara las manos, permitió que Bernard rellenara el pavo. Después de haber dejado un platito de leche y una zanahoria a medio comer para los renos, y un pastel de carne picada mordisqueado y un vaso de whisky para Papá Noel en la chimenea, mis padres se fueron a casa y yo preparé una cama improvisada con un saco de dormir en el sofá para nuestro invitado. Bernard no había traído pijama, cepillo de dientes ni ropa de recambio ni ropa interior con él, así que fui a casa de al lado a pedir prestadas algunas cosas a mi padre, que es de la misma talla que Bernard. Mi madre seguía despierta. Llevaba el pelo con rulos gigantes y una mascarilla verde, hecha de algas y pepino, según me contó. Me dijo que Bernard le parecía una “fiesta” y que disfrutaría al máximo de la Navidad. Entró de puntillas en la habitación de mi padre y recogió algunos artículos de aseo y un pijama.

Cuando llegué a casa, Bernard estaba dormido en el sofá con *El príncipe feliz* de Wilde sobre el pecho.

El regalo de Gracie fue una mini cama elástica. Al abrir la caja de Toys 'R' Us [Los Juguetes Somos Nosotros, tienda de juguetes americana], descubrimos que contenía ochenta piezas sueltas y que le faltaba la herramienta especial para armarla, la cual era vital para su correcto montaje. Así que la promesa del exterior de la caja: “¡En minutos tu hijo se divertirá sano, feliz y saltando!” era mentira. A la una y media de la madrugada, cuando estábamos prácticamente llorando de cansancio y nos dimos cuenta de que habíamos conectado los muelles al revés, Daisy me miró con odio puro y dijo: «Un hombre de verdad se habría *dado cuenta* de que los muelles estaban al revés», y se fue a la cama dando pisotones. Eran las tres de la mañana cuando por fin logré armar esa maldita cosa de mierda.

Martes 25 de diciembre

Día de Navidad

Daisy y yo nos levantamos de la cama a las 6:05 de la mañana, despertados por un fuerte estruendo y un grito de dolor de Bernard Hopkins. Mientras nos poníamos las batas, Daisy exclamó: «¡Las jodidas seis! ¡No puedo afrontar la Navidad a esta hora abandonada de la mano de Dios!».

Al entrar en el salón, encontramos a Bernard intentando arreglar la lámpara colgante que se había caído del techo. La bombilla se había roto y pequeños trozos de cristal estaban esparcidos por la lona azul oscuro del trampolín (lo que me recordó, Diario, a *La noche estrellada* de Van Gogh). La pierna izquierda de Bernard se había deslizado entre la lona y los muelles. Se cubría los genitales con un cojín de terciopelo rojo; por lo demás, estaba desnudo.

«Lo siento, colega», dijo. «Me levanté para hacer pipí y no pude resistir la tentación de saltar en el cacharro elástico. Debí de calcular mal la altura infernal del techo y me di un golpe en la cabeza con esa lámpara cutre de Habitat».

Daisy fue a buscar la aspiradora mientras yo extraía a Bernard de los muelles. Una vez libre, tiró el cojín y me vi forzado a ver sus partes íntimas. Dios, ¿las mías se verán así cuando sea viejo?

Después de revisarle los pies en busca de cristales rotos, volvió a meterse en su saco de dormir y se durmió al instante. Poco después de que todos los cristales hubieran sido aspirados escrupulosamente, Gracie irrumpió y el día de Navidad comenzó oficialmente.

Daisy adoró su bolso e inmediatamente transfirió todas las cosas que lleva consigo de su bolso viejo al nuevo.

Para mi decepción, me había comprado una caja con la colección completa de DVDs de la serie *La Oficina*. Al parecer, una vez mencioné que simpatizaba con el antihéroe, David Brent. Con esta endeble evidencia, Daisy supuso que me encantaría recibir horas de esa serie. Se equivocó.

Mi madre me compró un CD, *Lo mejor de Katherine Jenkins*. Había escrito en la etiqueta: «Sé que te gusta la ópera». Diario, es cierto. Me gustan las arias de ópera. Pero me gusta la ópera cantada por mujeres neuróticas y atormentadas, que suenan como si estuvieran a punto de arrojar de la Torre Inclinada de Pisa (quizás). La Srta. Jenkins es rosada y guapa, y tiene un busto como dos malvaviscos. Prefiero que mis cantantes sean morenas y con un busto bastante más agresivo.

El pavo era demasiado grande para caber en el horno. Salí al cobertizo y busqué el martillo. Cuando lo encontré, lo usé para golpear al pavo y romperle el esternón. Luego fui a recibir el tratamiento. Mi madre llevaba puesto el regalo que le había comprado y dijo: «Nunca había tenido una joya tan cara. Tu padre siempre iba a Ratners [cadena de joyerías que se fue a pique cuando su dueño calificó sus productos de basura]».

Sally estaba de bajón. Anthony no le había dado un regalo de Navidad. En cambio, había donado 100 libras a su nombre a la WPSOC (Sociedad para la Preservación de los Lobos de Canadá). Pasará el día de San Esteban [Boxing Day] con sus padres en Wolverhampton.

Cuando regresé a casa, Daisy me dijo que tenía prohibido entrar en la cocina. Me dijo: «La cena está bajo control y no quiero a nadie aquí hasta que sea la hora de servir».

Cuando fui al contenedor de basura para tirar el papel de regalo y los envoltorios navideños, vislumbré la esquina de una caja que decía «Patatas asadas de la tía Bessie». Al indagar más, encontré lo siguiente:

Bolitas de relleno de la tía Bessie
Puré de patatas de la tía Bessie
Tortitas de salchichas y beicon de la tía Bessie
Salsa de pan de la tía Bessie
Chirivías con mantequilla de la tía Bessie
Coles de Bruselas de la tía Bessie
Zanahorias en juliana de la tía Bessie
Pudín de Navidad de la tía Bessie
Natillas de la tía Bessie.

¡Qué decepción! ¿Qué más me estará ocultando?

No la voy a delatar, pero estoy profundamente decepcionada con ella. La cena de Navidad no es lo mismo si el cocinero no ha sudado la gota gorda, ha entrado en pánico y se ha matado a trabajar como un esclavo frente a un horno caliente. La única contribución de mi madre a la comida fue preparar la salsa navideña Mole, que elabora usando una receta secreta transmitida de generación en generación por las mujeres mayores Mole.

Cuando nuestros invitados elogiaron la cena diciendo que estaba deliciosa, y mi madre abrazó a Daisy y dijo que era la mejor cena de Navidad que había probado nunca, miré a Daisy a los ojos —esperando que apartara la mirada— pero ella me devolvió la mirada descaradamente y aceptó los cumplidos. Me pregunto cómo disimuló el pitido del microondas. ¿Sería por eso que tenía la radio encendida a todo volumen?

Cuando recogieron la cena, los hombres Mole lavaron los platos, como es costumbre. Más tarde, jugamos al Monopoly de Leicester. Mi padre cometió un grave error de cálculo con respecto a su propiedad en la Torre del Reloj y perdió todo su dinero al comprar el Grand Hotel en Granby Street. Bernard no paraba de sacar la tarjeta de «ir a la cárcel de Leicester» y mi madre acaparaba todos los aparcamientos gratuitos. Daisy ganó, pero casi seguro que hizo trampa. Yo no jugué. No creo en los juegos competitivos. Me alegré mucho cuando mis padres se fueron a casa. No había suficiente espacio en el salón para una silla de ruedas y una cama elástica. Me desplomé en la cama a las 9:30 p.m., exhausto. Me quedé despierto pensando en cómo deshacerme de Bernard. No tiene hogar, ni trabajo, ni un penique.

Miércoles 26 de diciembre

Día de San Esteban [Boxing Day]

Tratamiento.

Me atendió un radioterapeuta estonio llamado Stefan. Me dijo, en un perfecto inglés, que envía la mitad de su sueldo a su madre y a su numerosa familia. Le dije: «Las familias son una pesadilla, ¿verdad?». Stefan respondió: «Moriría por mi familia. No he visto la cara de mi madre en dos años».

Comí pavo frío y patatas asadas. Mi padre se volvió un poco loco cuando se dio cuenta de que Bernard llevaba su ropa. Se quejó: «He perdido mi independencia, no me queda mucho tiempo en este mundo y ahora mi mujer está regalando mi maldita ropa. ¿No puedes esperar a que me muera, Pauline?».

Bernard le dio una palmada en la espalda a mi padre y dijo: «Me la quitaría, George, viejo amigo, pero mi ropa está en la lavadora».

Mi madre dijo: «Eres un cabrón egoísta, George. Tienes un armario lleno de cosas que nunca te pones. ¿En serio envidias a Bernard un cambio de ropa?».

Mi padre gritó: «¡Claro que lo envidio! ¡Se comió la patata asada más grande y se sentó al lado de Gracie! ¡Yo me siento al lado de Gracie!».

Mi madre le gritó de vuelta: «¡Estás haciendo el ridículo, George! La patata de Bernard no era más grande que la tuya».

Daisy se puso de pie de un salto y chilló: «¡Por Dios Santo! ¿Tengo que medir las patatas con una maldita cinta métrica ahora?».

Pero mi padre no pudo contenerse. Exclamó: «¿Y dónde estaba la col lombarda? Sabes que me encanta. Es un clásico de San Esteban».

Diario, no podía creer que mi padre estuviera arruinando el día de San Esteban con quejas insignificantes sobre la col lombarda y el tamaño de las patatas asadas. Se hizo un silencio horrible y lo único que se oía era el raspado de los cubiertos contra los platos y el sonido de la masticación. Luego llamaron a la puerta. Me levanté con un suspiro para ver quién era.

Era Brett.

Busqué su coche detrás de él, pero no estaba. Le pregunté cómo había llegado hasta Las Pocilgas.

Dijo: «Mi coche se quedó sin gasolina en la estación de servicio Leicester Forest East y no pude pagar el llenado del depósito. Lo he perdido todo, Adrian».

En su prisa por llegar hasta su segundo hijo, mi padre se quedó atascado con la silla de ruedas en la puerta de la cocina. Brett soltó la bolsa de plástico de Harrods que llevaba y corrió hacia mi padre. Se arrodilló junto a la silla de ruedas y lo abrazó con fuerza por el cuello.

Al cabo de un rato, mi padre dijo: «Tienes que soltarme, hijo. Me estás conmoviendo».

Brett sollozó: «Nunca más te soltaré, papá. Me quedaré a tu lado y dedicaré el resto de mi vida a cuidarte».

Mi madre se alarmó ante esta declaración y le dijo a Daisy: «Yo cuido de George».

Logré liberar la silla de ruedas y empujar a mi padre de vuelta a la cocina. Brett llevaba uno de sus caros trajes de raya diplomática, pero su camisa blanca tenía el cuello sucio y no estaba afeitado. Se sentó a la mesa de la cocina, se cubrió el rostro con las manos y sollozó.

Bernard se puso detrás de él y dijo: «Ponte las pilas, muchacho. Yo también estoy en *mi* peor momento, pero me las arreglo para mantenerme entero».

Brett levantó la cabeza y dijo: «Estúpido viejo imbécil. En primer lugar, obviamente no tenías nada que perder. ¡Yo he perdido tres apartamentos de lujo, un Lamborghini y un maldito fondo de inversión!».

Bernard se sirvió un vodka puro y se sentó.

Le dije: «Bernard es un invitado en mi casa, Brett. Discúlpate».

Gracie rompió el breve silencio diciendo: «Tuve que disculparme por decir que mami estaba gorda».

Mi padre dijo: «Tienes una cama en nuestra casa todo el tiempo que la necesites, hijo».

Estaba extremadamente molesto. Tenía pensado pedirle a mis padres si Bernard podía quedarse en la habitación de invitados. Ahora la iba a ocupar mi medio-hermano arruinado.

Daisy dijo: «No puedes haberlo perdido todo, Brett. No en tan poco tiempo».

Brett (que, según noté, seguía sin disculparse) dijo: «Las propiedades estaban hipotecadas, el coche era de alquiler y el fondo de inversión quebró. Los malditos bancos me dieron la espalda. Viví con mis tarjetas de crédito un tiempo, pero los muy bastardos me arruinaron».

Gracie dijo: «No debes jurar. Si lo haces, se te caerá la lengua».

Todos los fumadores liaban cigarrillos. Solo Gracie y yo no. Por supuesto, sentía un poco de lástima por Brett, pero una pequeña semilla dentro de mí se alegraba de su caída.

Daisy dijo: «Brett, te graduaste con honores en Oxford. Pronto encontrarás otro trabajo».

Brett dijo: «El empleado de la gasolinera de Leicester Forest East tenía un título en astrofísica, así que ahórrate tus tópicos, Sra. Mole».

Me invadió la rabia. Dije: «¡Cómo te atreves a llamar tópica a mi mujer!».

Brett dijo: «¿Sabes qué es lo peor de mi quiebra?».

Ninguno de nosotros lo sabía.

Dijo: «Es tener que vivir en la maldita región de los Midlands Orientales entre unos provincianos cabezas huecas con una mentalidad estrecha que les enseñan a sus hijos que decir palabrotas les hará perder la lengua».

Mi madre gritó: «¡No soy una provinciana! ¡Fui a Londres tres veces el año pasado!».

Brett preguntó con cansancio: «¿Hay alguna posibilidad de comer algo?».

Era una pregunta estúpida. Todas las superficies estaban repletas de comida.

Como nadie más quiso hacer el esfuerzo de prepararle un plato de comida, me puse de pie, corté unas lonchas de pavo y añadí al plato una patata asada arrugada y pepinillos. Estaba a punto de añadir ensalada cuando Brett dijo: «¡Nada de ensalada! ¡Nunca como ensalada!».

Gracie dijo: «Tienes que comer ensalada. Es la ley».

Gracias a Dios, mis padres no tardaron en llevarse a Brett a la casa de al lado. Cuando se fueron, Bernard dijo: «¡Qué cretino!».

Pasamos la tarde viendo el DVD de Gracie de *Sonrisas y Lágrimas*. Desafortunadamente, insistió en cantar y bailar durante los números musicales. Bernard estaba encantado, pero Daisy y yo ya habíamos visto su actuación cientos de veces. Para cuando nos fuimos a la cama, ya nos habíamos comido casi media lata familiar de bombones Roses.

Daisy ha empezado a desvestirse y ponerse el pijama en el baño. Antes me encantaba ver a mi esposa desvestirse y, al menos dos veces por semana, era un preludio a nuestras relaciones conyugales.

Tenía que levantarme muchas veces por la noche para ir al baño. Cuando amanecía, estaba exhausto y tenía que arrastrarme fuera de la cama para ir a mi tratamiento.

Jueves 27 de diciembre

¡Como si las cosas no estuvieran ya bastante mal! Michael Flowers se invitó a almorzar hoy. Fui yo quien contestó la llamada.

Daisy dijo: «Últimamente estás tan lento de mente, Adrian. ¿Por qué no le dijiste una mentira para despistarlo? O podrías haberme pasado el teléfono. Soy una mentirosa brillante, casi una profesional».

Me escandalicé. Le dije: «Eso no es nada de lo que presumir, Daisy, la verdad es la mayor virtud. Sin la verdad no somos más que animales de granja».

Daisy se volvió hacia mí y dijo, con una sonrisa: «Entonces, ¿cuál es la verdad sobre tú y la maldita Pandora Braithwaite, eh, chico de la verdad?».

Esto fue tan inesperado que me quedé perplejo un rato. Finalmente, tartamudeé: «Solo somos buenos amigos».

Daisy dijo: «Eso no es lo que le escribiste en tu mensaje el día de San Esteban».

Fue a por su bolso verde sobre la mesa y sacó su libreta. Hojeó las páginas y luego señaló:

Muy decepcionada por no poder verte en Navidad.

Le dije: «Ella fue mi primer amor, Daisy. Uno nunca supera del todo su primer amor».

Daisy respondió: «Oh, sí se puede. Mi primer amor fue un feriante de coches de choque. Tenía el pelo negro y lacio y tatuajes de arañas en ambos nudillos. Lo superé el día que la feria se fue de nuestro pueblo».

Viernes 28 de diciembre

Ayer comimos nueve personas, más una niña. ¡Quién sabe cómo! Solo hay cuatro sillas en la mesa de la cocina. Tuvimos que usar dos sillas de jardín, el taburete de plástico del baño, una caja de leche del cobertizo y bajar la trona vieja de Gracie del ático. Todos éramos de diferentes estaturas. Un par de nosotros apenas llegábamos a ver por encima de la mesa. Comimos el tradicional pavo al curry de Daisy, arroz basmati y los deliciosos chapattis que la esposa de Parvez le enseñó a cocinar. Para su padre, Daisy preparó un curry vegetariano con todas las verduras blandas que había al fondo de la nevera.

NOTA PARA MÍ MISMO. ¿Por qué nuestro frigo hace lo opuesto que todos los frigos que he conocido? Es decir, no conserva la comida fresca.

Flowers llegó con Marigold, la hermana de Daisy, y su marido, Cerebritito Henderson, quien les regaló a todos menos a Brett y Bernard una taza de Star Trek. Marigold le dijo a Brett: «No sabíamos que estarías aquí. Pensábamos que estarías en el Hotel Sandy Lane de Barbados, como todas las Navidades».

Dije: «A Brett le ha cambiado la fortuna».

Bernard dijo: «No me importa no tener una taza. He boicoteado los productos americanos desde los juicios de McCarthy».

Brett, sentado en la caja de leche, nos miró a todos y dijo: «¿Nadie va a abrir el vino?».

Michael Flowers había traído cuatro botellas de su vino de membrillo y ciruela. Yo no bebí esa porquería, pero todos los demás parecieron disfrutarla, o al menos aguantarla. Antes de que sirvieran la comida, Flowers repartió galletas navideñas que él mismo había hecho. A mi parecer, eran patéticas, hechas de papel hecho a mano con trocitos de corteza, y ninguna de ellas tenía un crujido satisfactorio. Los regalitos que había dentro eran unos bollos diminutos cubiertos de semillas irreconocibles. Tampoco había chistes malos. En su lugar,

había tiras de papel con citas de Nelson Mandela, Kant y Nigel Farage del UKIP. Fue un detalle de Flowers haber hecho los gorros de fiesta. Pero había algo desalentador en los gorros hechos con las páginas financieras del *Independiente*. El gorro de mi madre decía: «NORTHERN ROCK: BROWN ENTRA EN EL PODER».

El periódico de mi padre estaba al revés, pero logré descifrar lo que decía: «EL BRITÁNICO MEDIO ESTÁ ENDEUDADO POR 12.700 LIBRAS MÁS EN SU HIPOTECA».

Me quité el sombrero y leí: «DESEMPLEO: DOS MILLONES Y MEDIO».

Mi madre, mirando el sombrero de papel de Daisy, dijo: «¿Qué es una hipoteca subprime?».

Brett miró a mi madre y dijo: «Es una hipoteca que se les da a los idiotas que no pueden pagarla».

«Nosotros no podemos pagar la nuestra», dijo mi madre.

Michael Flowers dijo: «Personalmente, me alegra que el capitalismo esté en declive. Significa que podemos retirarnos de Europa y vivir una vida mucho más sencilla. Lo veía venir y convertí mis inversiones en efectivo», bajó la voz, «que, por cierto, guardo debajo del colchón. Cualquiera que tenga dinero en un banco británico es un tonto y merece perderlo».

Brett se retorció en su caja de leche y dijo: «Hablas sin tener ni idea, estúpido imbécil barbudo».

Mi padre, que odia a Michael Flowers casi tanto como yo, dijo: «Bueno, Brett, “imbécil” es ir demasiado lejos».

Daisy se había pasado con los chiles en el curry y al poco rato nos lloraban los ojos y la nariz, pero al menos nos calló a todos, excepto a Gracie, que había rechazado el curry y había optado por espaguetis en aro [tortellinis] y un pastel de carne picada. Aprovechó nuestro silencio para cantar algunas de las canciones más monótonas que había aprendido en el colegio. Cada vez que alguno de nosotros dejaba de sonreír y mirarla, golpeaba la mesa con el tenedor y la cuchara y gritaba: «¡Prestad atención!», una expresión que seguramente había aprendido de su profesora.

Diario, me alegro de que la Navidad haya terminado oficialmente.

Sábado 29 de diciembre

La librería cierra hoy.

No recibí radioterapia. Sally me mandó a hacerme una ecografía y análisis de sangre. Cuando regresé al departamento de radioterapia, le pregunté a Sally si había disfrutado de la Navidad en Wolverhampton.

Me dijo que se había ido de casa de sus padres la noche de Navidad porque no soportaba que su padre dijera «¡magnífico!» después de cada bocado. Le pregunté cuándo continuaría mi radioterapia. Me respondió: «Depende de los resultados de la ecografía y del análisis de PSA».

Fui a la tienda. El Sr. Carlton-Hayes y Leslie ya estaban allí. Ambos llevaban guantes blancos. Leslie estaba sacando los libros antiguos de la vitrina y entregándoselos al Sr. Carlton-Hayes, que estaba en su silla de ruedas. El Sr. C-H los estaba limpiando con una brocha de afeitar seca y envolviéndolos en papel de seda antes de colocarlos en una caja de cartón ignífuga. Entré en la trastienda y me preparé un café. No podía soportar ver cómo desmantelaban la librería.

Daisy me urgió a que hablara con el Sr. Carlton-Hayes sobre mi indemnización por despido, pero no me atreví a hacerlo.

Bernard llegó a las diez y enseguida se puso a separar el trigo de la paja. Admiraba su determinación. Yo habría dudado sobre qué libros conservar y cuáles donar. Bernard dijo: «Es pan comido, colega. Todo lo que tenga una pistola, un gato o una esvástica en la portada es paja, igual que una chica con pechos grandes con un castillo de fondo».

Mi ritmo de trabajo era muy lento. No paraba de encontrar libros que tenía pensado leer, al igual que el Sr. Carlton-Hayes. Leslie tuvo que regañarlo varias veces cuando se dio cuenta de que se había quedado absorto en un libro. A las cuatro, un comerciante del mercado vino a recoger la paja. El señor Carlton-Hayes vendió todo por 275 libras. A las cinco estaba exhausto y tuve que tumbarme en el sofá. A las cinco y media, Leslie me despertó y dijo que iba a llevar al Sr. Carlton-Hayes a casa. Ya era demasiado tarde para mencionar mi indemnización por despido. Cuando se fueron, llamé a mi madre y le pedí que me llevara. Mientras hablaba, noté que mi voz resonaba ligeramente con eco en los estantes vacíos.

Mi madre aparcó ilegalmente frente a la tienda. Al entrar, dijo: «Parece más grande ahora que casi no hay libros». Me rodeó con el brazo y me dijo: «No tienes buena pinta».

Admití que me sentía bastante mal. Me quitó las llaves, cerró con llave y apagó las luces.

Miramos de nuevo por el escaparate las estanterías casi vacías. Dije: «Se va a convertir en un Tesco [supermercado británico]».

Me dijo con tono alentador: «Si juegas bien tus cartas, podrías conseguir un puesto de gerente. Serías un buen gerente de Tesco».

No tenía fuerzas ni ganas de discutir con ella. El estrés de cumplir con los objetivos diarios de Tesco seguramente me mataría. ¿Por qué no lo entendía?

Mi propia madre no me conoce en absoluto.

Visitas al baño: trece.

Domingo 30 de diciembre

Normalmente me siento culpable si estoy en la cama después de las ocho y media de la mañana, pero hoy no me importó. A las dos me comí un huevo pasado por agua y unas tostadas con mantequilla, luego me levanté y vi el programa de antigüedades *Antiques Roadshow* en pijama.

Mi madre vino a quejarse de que Brett los ha estado acosando para pedirles dinero. Dice que solo necesita «unos pocos K» [unos miles] para poder invertir. Ya los ha chantajeado para que instalen una antena parabólica Sky para poder seguir los mercados financieros.

Mi madre dijo: «No para de quejarse de que tu padre no estuvo ahí para él cuando era pequeño. Dice que siempre fuiste su favorito».

«¿Yo?», dije.

«Sí», suspiró mi madre, «dijo que George siempre presumía de tus logros. Tu padre dijo: «Te equivocas, Brett, los logros de Adrian caben en una cajita de cerillas». Yo te defendí. Le dije que habías logrado mucho en tu vida: te has casado dos veces, has tenido tres hijos, y has recibido incontables cartas de la BBC».

Dije: «Cartas de rechazo».

Mi madre dijo: «Sigue siendo una carta».

Lunes 31 de diciembre

Perdí la cuenta de cuántas veces tuve que levantarme por la noche para orinar. Cada vez que me arrastraba fuera de la cama y me paraba frente al retrete, rezaba para que no me doliera, pero cada vez parecía doler más, un horrible dolor punzante y molesto. ¡Menuda manera de empezar el Año Nuevo! Y se supone que vamos a ir a Fairfax Hall a celebrarlo. Es casi seguro que cuando el Big Ben dé las doce estaré en uno de los muchos retretes de Fairfax-Lycett.

Me puse mi mejor traje azul marino, camisa blanca y corbata con diseño de elefantes. Daisy llevaba un vestido negro con un escote pronunciado que no había visto antes. Parecía caro, pero Daisy dijo: «¿Esta cosa vieja? La compré en eBay. Es un Versace vintage. Me salió prácticamente regalado».

Diario, ¿puede ser verdad?

Llamé a Dougie Horsefield y reservé para las ocho. Me dijo: «Tendré que cobrarte el triple. Es Nochevieja, ¿sabes?». Diario, estoy harto de que la gente me diga cosas que ya sé. Le dije: «Dougie, ¿honestamente crees que no sé que es Nochevieja? ¿De verdad piensas que esta fecha tan importante se me ha pasado por alto?».

Cuando se enteró de que íbamos a Fairfax Hall, se quejó: «¡Es solo una maldita milla! ¿No puedes ir andando? Apenas vale la pena que encienda el motor».

Cuando colgué, le dije a Daisy: «Estoy pensando en cancelar la cita y pedirle a mi madre que me lleve».

Ella dijo: «Tu madre ha estado bebiendo todo el día, y no tienes seguro para conducir su coche; ni yo tampoco, se aseguró de ello».

Dougie llegó a las 8:35 y traía a Tony y Wendy Wellbeck sentados en la parte de atrás. Me molestaba tener que compartir el coche y tener que mantener una conversación. Me gusta disfrutar de un rato de silencio antes de entrar en una situación social. Los Wellbeck parecían haberse vestido en la sección de «ropa de ocasión» de TK Maxx [tiendas de ropa barata]. Ella llevaba un top naranja de lentejuelas y él, un esmoquin blanco de acrílico con pajarita. Daisy olvidó decirme que el código de vestimenta fuera «corbata negra», así que empecé la velada con una considerable desventaja. ¡Horsefield nos cobró 6 libras por persona!

Cuando se lo recriminé, Tony Wellbeck dijo: «*Es Nochevieja*, Sr. Mole».

Pagué y salimos del coche.

Horsefield dijo: «Disfrutad de la fiesta. Pensad en mí conduciendo toda la noche con un montón de borrachos vomitando en la parte de atrás».

El exterior del salón estaba iluminado con candelabros encendidos.

Proyectaban una luz danzante sobre las paredes cubiertas de hiedra.

Mientras subíamos los escalones hacia la imponente entrada principal, le dije a Daisy: «Espero que estén asegurados, si no tienen cuidado, esa hiedra se incendiará y se encontrarán con un grave incendio entre manos».

Hugo Fairfax-Lycett esperaba en el cavernoso vestíbulo de entrada para recibir a sus invitados. Un enorme leño ardía en la chimenea de mármol negro.

Besó a Daisy en ambas mejillas y dijo: «Sra. Mole, está absolutamente deslumbrante».

No me gustó la forma en que dijo «Sra. Mole». Era como si él y Daisy compartieran una broma privada. Una camarera con uniforme blanco y negro nos ofreció copas de champán rosado en una bandeja de plata. Un vistazo rápido al salón me confirmó que yo *era* el único hombre presente que no llevaba esmoquin. Fairfax-Lycett dijo, mirando mi traje: «Daisy mencionó que eras un poco inconformista. Debo decir que admiro a un tipo que no tiene miedo de demostrar que va en contra del sistema. Me temo que yo soy una figura totalmente del sistema».

Daisy se rió y dijo: «Hugo, ya sabes que a veces te desatas».

Daisy atraía muchas miradas de admiración. Debo admitir, Diario, que mi esposa se veía magnífica. Sabía que se sentía triunfante porque, gracias a las fajas reductoras Spanx, había logrado meterse en su vestido talla 14 de eBay. Después de unos minutos más de charla con Fairfax-Lycett, Daisy me hizo un recorrido por la casa, abriendo puertas de golpe y encendiendo las luces como si fuera la dueña. Me enseñó la oficina que comparte en el primer piso con Fairfax-Lycett. Sus escritorios estaban muy juntos. Se sentó en su silla de oficina negra y se giró. Tenía una fotografía en su escritorio de mis padres, yo, Gracie y ella. La habían tomado en el jardín de El Oso el verano anterior. Yo llevaba pantalones cortos holgados y las sandalias marrones que Daisy tiró a la basura. Los otros se reían, pero yo tenía cara de disgusto y los ojos cerrados por el sol.

Le pregunté: «¿Y qué haces aquí todo el día?».

Ella respondió: «Gestiono la renovación y restauración del salón, planifico eventos, soy la asistente personal de Hugo, pago al personal y, en este momento, estoy buscando una valla segura para el parque safari y quiero comprar un par de jirafas».

Le pregunté cuánto costaban las jirafas.

Ella dijo: «En Estados Unidos, una jirafa joven se puede conseguir por veinticinco mil dólares, pero no se lo digas a nadie. Hugo no quiere que los aldeanos sepan sus planes todavía. No quiere que levanten una petición, al menos no hasta que nos garanticen el permiso de construcción».

Le dije: «Jamás conseguirá el permiso de construcción para un parque safari. Obligaron a la iglesia a dejar de tocar las campanas por el ruido. No soportarían la fila de leones rugiendo, los elefantes barritando y las jirafas... haciendo el ruido que hagan las jirafas. Y estaba Pamper Yourself [Date un capricho], tuvieron que derribar el cobertizo de atrás donde tenían la máquina de bronceado». Cuando bajamos, Daisy hizo el rol de anfitriona, guiando a la gente al comedor para el bufé. Me tocó atender a los Wellbeck, quienes me contaron con todo lujo de detalles sus últimas vacaciones en Gales. Finalmente logré librarme y fui al salón de al lado, para escuchar la música del cuarteto de cuerda y ver a los bailarines mientras intentaban bailar al son de *Where'er You Walk* [Dondequiera que camines] de Handel.

A las diez en punto llegaron varios coches con amigos de Fairfax-Lycett procedentes de Londres. Me sorprendió ver que Daisy conocía a algunos de ellos. Pronto se vio envuelta en medio de un grupo y parecían estar pendientes de cada una de sus palabras. Como no tenía nada para contribuir a la conversación, me senté y entré en la biblioteca, donde pasé una hora agradable hojeando libros. Entonces empezó la discoteca con los primeros acordes de «Brown Sugar» [Azúcar moreno]. Esto fue seguido de una pesada ovación, y al abrir la puerta de la biblioteca vi gente que venía de todas partes de la casa para apiñarse en el gran salón y bailar al ritmo de los Rolling Stones.

Me vino a la mente el recuerdo de mi padre bailando en mi primera boda, y se me escapó una lágrima. Bailó con tanta violencia «Brown Sugar» que se dislocó la espalda y tuvieron que llevarlo a casa atado a una puerta. Cuando volví a ver a Daisy, estaba en medio de la pista de baile con Fairfax-Lycett, bailando «I Will Survive» [Sobreviviré]. Sin embargo, tal era la fuerza vocal colectiva de las mujeres cantando a coro con Gloria Gaynor que los hombres pronto abandonaron la pista de baile —salvo algunos obviamente gays— y se quedaron bebiendo y mirando. El DJ (Craig Puddleton, del garaje) gritó al micrófono: «¡Vamos, chicas! ¡A darles caña a estos cabrones!». Entonces, para mi asombro, porque sabía que no habían ensayado, las mujeres hicieron contacto visual con los hombres y gritaron: «¡YA NO TE NECESITO!».

Tras terminar la canción, se respiraba un ambiente de solidaridad femenina, con abrazos y besos entre ellas. Incluso Wendy Wellbeck levantó el puño hacia su marido. Unos minutos después, al salir del guardarropa de la planta baja, oí un coche frenar bruscamente sobre la grava. Me acerqué a la entrada y vi a Pandora tirándole las llaves a un camarero y la oí decir: «Aparca el coche por mí en algún sitio, ¿vale cariño?». Entró con un ajustado vestido rojo con tirantes de diamantes. Su cabello era al menos tres veces más voluminoso de lo normal. Estaba realmente bellísima.

Le pregunté: «¿Qué te has hecho en el pelo?».

Ella dijo: «Se llama *peluquería*, Adrian. ¿Qué haces aquí? ¿Coqueteando con la alta sociedad?».

Le dije: «Daisy es la asistente personal de Fairfax-Lycett».

Pandora miró a los demás invitados y, con tono arrastrado, preguntó: «¿Llevas ese traje como una especie de protesta?».

Nos acercamos y nos quedamos en el umbral del salón.

Miró a Daisy y dijo: «¿Se *supone* que sus pechos deben quedar fuera del vestido?». Luego volvió a mirarme y preguntó: «¿Y qué tal va la gran C?».

Antes de que pudiera responder, un hombrecillo regordete con cara de agraviado se acercó a Pandora y le dijo: «Todavía no han arreglado ese bache en Cossington Lane. Dijiste que escribirías al Ayuntamiento».

Pandora ronroneó: «¡Qué desastre de concejales! Se lo comunicaré al Ministro de Obras Viales y Baches en cuanto el Parlamento se reúna».

Una mujer con una blusa verde de lentejuelas exclamó: «La vi en *Question Time* [Turno de preguntas], señorita Braithwaite. Le pusiste las cosas difíciles a Norman Tebbit [político conservador, ex-secretario de Estado de Empleo]».

Pandora respondió con entusiasmo: «¡Oh, Norman es un gran gatito!».

Cuando la mujer se fue, Pandora dijo: «No he estado en *Question Time* desde hace más de un año. Me está confundiendo con otra persona».

Le dije: «¿Cómo podría alguien confundirte? No hay nadie en todo el mundo que se parezca remotamente a ti».

Craig Puddleton bramó: «Asegúrate de tener algo de beber. Ya casi es medianoche».

Miré mi reloj. Eran las 11:55. Me disculpé con Pandora y me apresuré al baño de abajo. Al encontrar una cola, subí corriendo al baño que estaba junto al despacho de Daisy. Sin embargo, la puerta estaba cerrada, así que corrí por interminables pasillos hasta que apenas podía oír la música disco de abajo.

A esas alturas, mi necesidad era urgente y me desesperaba cada vez más por encontrar un baño. Empecé a abrir puertas y encender luces, pero ninguna de las habitaciones tenía baño privado. Subí corriendo otro tramo de escaleras y finalmente llegué a una serie de habitaciones más pequeñas, obviamente las habitaciones del servicio. En una de ellas encontré un lavabo y, Diario, aunque me cueste confesarlo, me alivié en dicho recipiente. Casi había terminado cuando oí la primera campanada de la iglesia. Tuvieron que sonar tres veces más para que terminara. Salí corriendo de la habitación y bajé las escaleras, subiéndome la cremallera mientras subía. Había llegado al último tramo de escaleras cuando oí el duodécimo toque de campana y los vítores que le siguieron. Mientras cruzaba el pasillo para ir al salón a buscar a Daisy, uno de los camareros me dijo: «Disculpe, señor, pero se le sale la camisa por la bragueta». Para cuando logré subirme la cremallera, soltarme la camisa y arreglármela, ya era demasiado tarde para unirme al grupo que cantaba «Auld Lang Syne» [Por los viejos tiempos].

Más tarde, cuando empecé a contarle a Daisy lo que había pasado, me dijo: «No me cuentes más. Odio los chistes de baños».

A las 12:30 mi padre me llamó al móvil y me pidió que volviera a casa. Me dijo: «Tu madre está profundamente dormida, Brett anda por ahí fuera en mangas de camisa, borracho como una cuba, las malditas campanas de la iglesia despertaron a Gracie, y me está pidiendo tostadas con queso». Se quejó: «Sabe que no alcanzo la parrilla, tendrás que volver a casa».

Le expliqué que Dougie Horsefield no vendría a recogernos hasta las 2:30 de la madrugada y le dije que mandara a Gracie a la cama.

Me dijo: «Sabes que le tengo miedo a Gracie».

Le dije: «Gracie es una niña pequeña. Cálmate».

Me dijo: «Me palpita la vena del cuello. Creo que voy a tener otro derrame cerebral».

Colgué la llamada e inmediatamente llamé a Dougie Horsefield. Me dijo: «Hola», y entonces le oí gritarle a uno de sus pasajeros: «Si vomitas en mi tapicería, pagarás veinte libras de penalización». Cuando dijo: «¡Uf! ¡Maldito bastardo!», apagué el teléfono, le dije a Daisy que me iba y me marché.

Mientras bajaba por el camino de grava, temblando por el viento helado, Pandora corrió tras de mí, gritando: «¿Adónde vas?».

Le expliqué mi problema doméstico. Para mi asombro, me dijo que me acompañaría a casa porque no soportaba que sus electores la acosaran.

Dijo: «Ya son bastante insoportables cuando los veo en mi oficina electoral, pero cuando están medio borrachos son imposibles».

Le dije: «Te vas a morir de frío con ese vestido».

Ella respondió: «Entonces tendremos que correr para entrar en calor, ¿no?».

Me tomó de la mano y, con la euforia de su compañía y la forma en que me animaba, empezamos a correr. Cómo lo hizo ella con tacones altos, y cómo lo hice yo en mi estado de salud, no lo sé.

No tardamos mucho. Al salir del camino y subir corriendo por la entrada hacia Las Pocilgas, empezó a llover y nos encontramos con Brett. Estaba intentando encontrar la puerta principal de su «oficina» y parecía creer que estaba en Canary Wharf [Muelle Canario, centro financiero de Londres]. Lo arrastramos por la casa y lo acostamos. Gracias a Dios, Gracie se había vuelto a dormir. La puse en su cama de princesa, luego volví y ayudé a mi padre a retirarse a descansar. Él se quitó la dentadura postiza y me pidió que se la limpiara, pero me negué.

Cuando fuimos a la casa de al lado, Pandora me ordenó que me pusiera ropa seca. Mientras me cambiaba para ponerme el pijama y la bata, ella cocinó bacon y huevos y preparó una cafetera.

Mientras comíamos, dijo: «Tienes que cuidarte mejor, Aidy. Tienes que aprender a ser egoísta, como yo».

Nos sentamos en la cocina a charlar y esperar a que Daisy volviera a casa, hasta que un pájaro solitario empezó a cantar. Finalmente, le preparé la cama a Pandora en la habitación de Gracie. Fui a ver a Bernard. Estaba durmiendo sonoramente en el sofá con un ejemplar de *Restaurante Chino Casanova* de Anthony Powell sobre su rostro. Antes de ir a la cama, me paré frente al inodoro e intenté orinar. Después de dos largos minutos, solo había logrado vaciar el equivalente a una bellota, pero enseguida volví. No sé a qué hora me quedé finalmente dormido, pero muchos pájaros estaban cantando y Daisy todavía no estaba en casa.

2008

Martes 1 de enero de 2008

Me desperté y encontré un mensaje de texto en mi móvil.

El taxi no llegó. Me veo forzada a quedarme aquí. Volveré pronto, Daisy.

Acababa de digerir esta noticia cuando Pandora entró con la bata de Daisy. Me trajo una taza de té.

Le enseñé el mensaje de texto de Daisy.

Pandora dijo: «Supongo que es una excusa plausible». Fue a buscarse su propio té y luego se sentó en mi lado de la cama y dijo: «¿Está tu matrimonio en crisis, Aidy?».

Le conté que Daisy parecía mucho más feliz últimamente, desde que había vuelto a trabajar.

Pandora arqueó una ceja y dijo: «Sin duda está muy guapa últimamente. Ha adelgazado y tiene ropa nueva. ¿Trabaja en horarios extraños?».

Le dije: «Trabajan hasta tarde un par de veces por semana».

Pandora suspiró y dijo: «No ves al rinoceronte en la habitación, ¿verdad?».

La corregí, diciendo: «Te refieres al *elefante* en la habitación».

Ella dijo: «Joder, no soporto las citas mal hechas. La cita fue tomada de la obra de Ionesco, *Rinoceronte*, que es una alegoría absurda del auge del nazismo en Alemania».

¡Menuda mujer, Diario!

Dijo: «Una última cuestión. ¿Está comprando sujetadores y bragas a juego?».

Le dije: «Sí. ¿Por qué?».

Pandora dijo: «¡Ja! ¡Lo que pensaba!». Se levantó y salió de la habitación.

La siguiente vez que vi a Pandora llevaba puesta la ropa de la noche anterior y estaba dejando que Gracie le cepillara su largo y espeso cabello.

Gracie dijo: «Tienes el pelo de una princesa».

Pandora respondió: «Espero que no como el de la princesa Ana».

Bernard Hopkins se rió y dijo: «Conocí a Su Alteza Real en una presentación de un libro en 2002. Tiene un rostro notablemente equino. Estuve tentado de darle un terron de azúcar». Cuando empecé a preparar el desayuno, Pandora me ordenó que me sentara y me dijo: «Estás hecho una mierda, Aidy. ¿Por qué no vuelves a la cama?».

Me senté, pero no me fui a la cama. Quería contemplar su hermosura y estar en su compañía.

Miércoles 2 de enero

Daisy regresó ayer a la hora del almuerzo. Hugo Fairfax-Lycett la llevó en coche. No llegó a entrar, Daisy dijo que tenía que supervisar la limpieza del salón. Dijo: «No te imaginas cómo se comportaron algunos de los invitados. ¡Algún sucio bastardo, solo podía ser un hombre, orinó en un lavabo atascado en una de las habitaciones!».

Cambié de tema y hablé con Daisy sobre qué íbamos a hacer con la carcasa del pavo. «¿No deberíamos tirarla?».

Daisy dijo: «Llévalo al bosquecillo y déjalo para los zorros».

Le dije: «¿No es Fairfax-Lycett cazador de zorros? ¿No estás demostrando lealtades divididas?».

Ella dijo: «Es lo único que no me gusta de él».

Diario, *una única cosa*.

Brett vino esta mañana con mi padre.

Le pregunté: «¿Te estás dejando barba?».

Me respondió: «No, no me apetece afeitarme. Hay una diferencia».

Se sentó a la mesa de la cocina junto a Bernard, quien acababa de informarnos, a través de las páginas del *Independiente*, que nos dirigíamos hacia una depresión que rivalizaría con la de los años treinta.

Brett dijo: «Y el petróleo ha subido a cien dólares el barril, lo cual no tiene precedentes».

Le dije: «¿Y qué te importa? Ya no tienes coche».

Dijo: «Sí, pero yo haré otra fortuna. Esa es la diferencia entre nosotros, Adrian. Tú nunca has ganado dinero y nunca lo harás; ¡eres un perdedor provinciano!».

Mi padre dijo: «Vamos, chicos, dense la mano y hagan las paces».

Le habría dado la mano a Brett por mi padre, pero Brett salió de golpe por la puerta principal y corrió por el camino de entrada.

Mi padre lo observó por la ventana. «¡Mirad cómo corre!», dijo con admiración. «Es como una joven gacela».

Bernard dijo: «Mi padre caminó desde Jarrow hasta Londres para llamar la atención del gobierno sobre el hecho de que nos íbamos al norte. Recuerdo a mi madre cocinando un tuétano con unas zanahorias y un puerro para la cena del domingo».

Le dije: «Bernard, creí que procedías de una familia de clase media. ¿No estudiaste en Cambridge?».

Dijo: «Yo era un estudiante becado. Eso le partió el corazón a mi padre. Él quería que trabajara en las minas».

Jueves 3 de enero

Daisy ha vuelto al trabajo. Antes de que se fuera, le pregunté cuándo le pagarían, si cobraba por hora, cuál era su horario y si le pagaban horas extras. Le aconsejé que insistiera en un contrato de trabajo.

Ella dijo: «¿Por qué tienes que arruinar la diversión de *todo*, Adrian?».

Le dije: «No quiero que Hugo Fairfax-Lycett te explote, Daisy».

Ella, desconcertada, respondió: «Si alguien explota a alguien, seré yo quien le explote a él».

No tengo nada que hacer hasta mi próxima cita en el hospital. En algún momento tendré que ir al almacén donde guardan el contenido de la librería en un contenedor, pero no me siento con fuerzas y no quiero que Bernard vaya sin mí.

Por la tarde, Glenn y Finley-Rose vinieron a enseñarnos el anillo de compromiso de Finley: una sortija de oro blanco sorprendentemente gruesa con una gran piedra blanca que brillaba bajo la luz de la cocina. Habían pasado la Navidad y el Año Nuevo en Escocia con los abuelos de Finley.

Glenn dijo: «Papá, no quería decírtelo antes, pero tengo que volver a Afganistán a finales de semana. Sé que te preocupa, no quería arruinarte la Navidad».

Llevé a Glenn al salón con el pretexto de mostrarle la cama elástica de Gracie. Después de cerrar la puerta, le dije: «Unas pocas palabras de advertencia de un hombre casado dos veces. Las mujeres no dicen exactamente lo que quieren que hagas. Por ejemplo, si quieren que vacíes el lavavajillas, podrían decir: «Creo que el lavavajillas ya terminó su programa». No digas: «¿En serio?». O podrían decir: «Me duele la espalda cada vez que me agacho para vaciar el lavavajillas». No digas: «Pobrecita». Y cuando una mujer te hace una seña y le preguntas qué le pasa y te dice: «Nada», no le creas; siempre hay algo que le pasa y debes insistir hasta que descubras qué es».

Glenn asintió y dijo: «Ahora sí que hablamos de hombre a hombre, papá... esto de la próstata. ¿Yo tengo una?».

Le dije: «Claro, todos los hombres tenemos una».

Glenn preguntó: «¿Para qué sirve, papá?».

Respiré hondo, mis conocimientos sobre la forma y función de la próstata son bastante limitados. Dije: «Es una glándula situada cerca de la vejiga y su función es alcalinizar el semen y expulsarlo de vez en cuando».

Glenn dijo: «Ya me has perdido, papá».

Le dije: «La *próstata* es como el Banco de Inglaterra, pero en lugar de tener dinero dentro, tiene esperma, ¿de acuerdo?».

Glenn se sonrojó. «De acuerdo».

Para ser un soldado, es increíblemente mojigato. Luego dijo: «Así que por eso lo llaman banco de esperma. Siempre me lo pregunté».

Fui a la casa de al lado para invitar a mis padres a celebrar el compromiso de Glenn. Los encontré a ambos dormidos: mi padre en su silla de ruedas y mi madre en el sillón junto a la chimenea. Ambos parecían viejos y frágiles, y me pregunté cómo sería vivir sin ellos cuando se vayan. Brett estaba en la habitación de invitados, acostado en la cama fumando un cigarrillo, en camiseta de tirantes y calzoncillos.

Le dije: «¿No es hora de que te vistas?».

Me respondió: «No tengo nada que ponerme. Todas mis camisas están en la basura».

La papelera junto a su mesita de noche rebosaba de camisas de algodón blanco puro. Las saqué y las conté. Había diez. Le dije: «No puedes tirarlas, solo necesitan un lavado con agua caliente».

Él respondió: «En la sala de operaciones nadie lava camisas. Las compramos en paquetes de diez y las tiramos al final del día».

Cogí las camisas y las metí en la lavadora de mi madre, puse el selector en sesenta, coloqué una pastilla de detergente Ariel en el dispensador y encendí la lavadora. Cuando volví a la habitación de Brett, le pregunté si tenía planes.

«No puedo quedarme aquí por mucho tiempo», dijo, «aún no tienen Bloomberg [canal de noticias económicas]».

Lunes 7 de enero

Cita con la Dra. Rubik.

Llevaba un cárdigan rojo brillante. Cuando la felicité por él, me dijo que su marido se lo había regalado por Navidad, aunque, añadió: «No sé por qué; él sabe que solo visto de negro, gris o blanco». Me comentó que había recibido los resultados de mis últimos análisis de sangre del laboratorio y que mi nivel de PSA era superior a diez, «lo cual es un poco preocupante», agregó.

Sentí cómo la sangre del resto de mi cuerpo se acumulaba en mis pies. «Así que estoy de vuelta donde empecé», dije.

«Ciertamente es un retroceso», respondió, «pero recuerde, todavía tenemos que esperar un poco para obtener los resultados óptimos. Y no es raro: un porcentaje bastante alto de hombres con cáncer de próstata necesitan varios tratamientos antes de que podamos darles el alta».

Le conté mis últimos síntomas, asintió y dijo: «Sí, es bastante normal», y empezó a repasar los distintos «caminos que podemos tomar».

Pensé: «No, no es un camino que podemos tomar, Dra. Rubik, es un camino solitario que recorreré solo. Usted está solo saludándome desde la seguridad de la acera». Al salir, me di cuenta de que no había tenido en cuenta lo que me había dicho sobre las opciones de tratamiento. Bajé por el pasillo para ver a Sally en Radioterapia, pero la luz de su puerta estaba encendida, lo que indicaba que estaba administrando rayos mortales a otro pobre infeliz. Finalmente, entré en la sala de espera para encontrarme con mi madre. Me preguntó cómo me había ido. Hice un sonido evasivo yforcé una sonrisa. No quería darle las malas noticias, no hasta que nos hubiera llevado a casa sanos y salvos.

Cuando aparcó frente a Las Pocilgas, le di la noticia de que la radioterapia no había curado mi cáncer. Golpeó el volante con la cabeza y tocó la bocina. Mi padre abrió la puerta principal y bajó en su silla de ruedas por la rampa. Salí del coche y me preguntó: «¿Qué le pasa a tu madre?».

Le conté sobre mi cita con la Dra. Rubik.

Me dijo: «Pobre tu madre. Ayúdala a salir del coche, Aidy». Luego empezó a golpear los muslos con los puños y gritó: «Deberías demandar al maldito Servicio Nacional de Salud. Obviamente han hecho un pésimo trabajo».

Para evitar que mis padres se autoflagelaran aún más, entré en casa y esperé que no me siguieran. Quería tener unos momentos de tranquilidad para pensar y llamar a Daisy, pero insistieron en quedarse para hacerme compañía.

Mi padre preguntó: «¿Hacen trasplantes de próstata? Porque si los hacen, puedes tener la mía, hijo».

Mi madre olfateó: «Deberías haber probado ese cristal que tienes al lado del hocico. No te habría hecho daño y podría haberte ayudado».

Al final, los convencí de que volvieran a casa y llamé a Daisy.

Contestó enseguida y dijo: «¡Adrian! ¿Qué te dijo?».

Le dije que mi cáncer «no estaba del todo curado».

Ella dijo: «¿Qué quieres decir con «no del todo curado»? Es como decir que no estoy del todo embarazada. O estás curado o no lo estás».

Le dije: «No».

La oí decirle a Fairfax-Lycett: «Hugo, tengo que irme a casa».

Le oí decir: «¿No podemos simplemente terminar...?».

Ella gritó: «¡No, tengo que irme a casa!».

La llevó en su Land Rover. Lo vi subir lentamente por el camino de entrada, evitando los baches con exagerado cuidado. Pensé, quizás irracionalmente, que estaba comparando nuestro camino de entrada con el suyo, que tiene la grava rastrillada todas las mañanas. Cuando detuvo su todoterreno, se bajó y abrió la puerta de Daisy. Intercambiaron unas palabras y él le puso la mano en el hombro antes de que Daisy entrara corriendo y se lanzara a mis brazos.

He pasado tardes más felices. Intentamos animarnos encendiendo una chimenea en la sala con pastillas de encendido Zip y leña menuda. Daisy salió y trajo algunos troncos, pero estaban húmedos y el fuego se apagó pronto. Caminamos juntos a recoger a Gracie de la escuela. Noté que ambos mirábamos con recelo el cementerio de enfrente.

Gracie no paró de hablar de copos de nieve de camino a casa. Nos dijo que hay millones y millones y millones de copos y que ninguno es exactamente igual. Vimos la televisión después de cenar, pero no vimos ni oímos nada. Nos fuimos a la cama temprano. Daisy se unió a mí y nos quedamos abrazados hasta que nos dormimos.

Jueves 14 de febrero

Día de San Valentín

Debería haberme esmerado más con el regalo de San Valentín para Daisy. Últimamente no puedo ir de compras de forma independiente, así que le pedí a mi madre que eligiera algo para mí en el centro. Regresó con una bolsa de artículos de aseo que había comprado en un puesto del mercado cubierto. Cuando me la entregó, me dijo: «Es Chanel, pero me costó siete libras con noventa y nueve peniques».

Había una pastilla de jabón rosa de olor tan penetrante que te hacía llorar incluso antes de quitarle el envoltorio de celofán. Había un cepillo de uñas para enanos, una crema hidratante que no se absorbía en la piel y unos discos exfoliantes tan ásperos que podrían haber limpiado una turbina industrial. Mi madre, obviamente, había sido engañada por un vendedor ambulante deshonesto; al examinarlo más de cerca, vi que «Chanell» se escribía con dos finas «l».

Cuando le entregué a Daisy el set de regalo de Chanell, fue muy amable y me dio las gracias. Pero más tarde, cuando hablaba por teléfono con Nigel en el dormitorio, la oí decir: «Es tan falso como nuestro matrimonio ahora mismo». Me dio una taza de cerámica con un corazón y una tarjeta con un labrador negro sentado junto a un sillón a los pies de su amo. Dentro había escrito «Con el amor de siempre, Daisy». Mi tarjeta para ella la había hecho Grace. En ella aparecíamos Daisy y yo en nuestra boda. Yo solo le llegaba a las rodillas a mi esposa. ¿Así es como Gracie ve nuestra relación?

Viernes 15 de febrero

Después de comer, salí al contenedor para tirar los envases de comida no reciclables y encontré a una familia de zorros dándose un festín con los huesos del pollo del día anterior. ¿Cómo sacaron la carcasa del contenedor?

El zorro más grande, presumiblemente el padre, me miró con desprecio y siguió comiendo. ¿Cómo se atrevía? ¿Es que estas criaturas salvajes ya no nos tienen miedo a los humanos? Grité: «¡Bu!» y aplaudí, pero la bestia pelirroja sonrió y siguió comiendo. La madre y sus dos crías se alejaron unos metros, se sentaron y procedieron a acicalarse los unos a los otros.

Grité: «¡Fuera de aquí!» y cerré de golpe la tapa del contenedor, con la esperanza de que salieran corriendo, pero los cuatro se quedaron donde estaban. Al final, sentí frío y entré en casa.

Brett me había estado observando desde la ventana del salón y, cuando entré me dijo: «Deberías haberles dado una palada a esas asquerosas cabezas llenas de parásitos».

Bernard levantó la vista de su libro y dijo: «Eres un completo bastardo, ¿verdad, Brett? ¿Por qué no te largas a la casa de al lado?».

Brett respondió: «Esta es la casa de mi hermano, viejo estúpido. Tengo más derecho a estar aquí que tú, viejo cabrón».

Debería haberle dicho algo a Brett, pero, francamente, Diario, no tengo energía para más confrontaciones. Entré en el dormitorio y me tumbé en la cama sin hacer.

Sábado 16 de febrero

Mi madre y mi padre vinieron a preguntar si podían hacernos la compra. Mientras yo hacía la lista, mi madre continuó con la discusión que había tenido con mi padre antes.

Me dijo: «George, prométeme que no cederás y no le prestarás ese dinero a Brett».

Mi padre respondió: «Es difícil negarle una oportunidad al chico, y no sirve de nada, ¿verdad? Hay que especular para acumular, Pauline. Quien arriesga gana, ¿recuerdas?».

Le dije: «Papá, si tienes dinero en casa, Brett lo encontrará».

Mi madre parecía preocupada y dijo: «Adrian tiene razón, George. No está seguro donde está».

Esa misma noche, vino con una lata gigante de alubias Heinz. Me la dio y se tocó la nariz, diciendo: «Esta es una lata de alubias muy, muy *valiosa*. ¿Entiendes lo que estoy diciendo? Estas alubias están en un jugo muy *rico*. Serán un gran *tesoro* en tu despensa».

Antes de que pudiera hacer más torpes analogías financieras, le quité la lata y la puse en el estante de conservas.

Miércoles 27 de febrero

Diario, has sido una amante cruel. Me tienes esclavizado. Pero cada vez me resulta más difícil encontrar la energía suficiente para escribirte a diario desde que empecé la quimioterapia. Mi enfermedad y su tratamiento me han absorbido por completo.

Miércoles 5 de marzo

Hoy fui al hospital a ver al proveedor de pelucas del Servicio Nacional de Salud. Daisy nos llevó en el Mazda. (Mi madre sigue negándose a incluirnos en su seguro, así que nos hemos visto obligados a contratar nuestra propia póliza, que es carísima). Me dijo: «No se puede confiar en ti para comprar tu propia ropa interior, así que menos una peluca».

El tipo de las pelucas se llamaba Malcolm Daltrey. Le pregunté si era pariente de Roger Daltrey, el cantante de The Who. Me miró con cara de extrañeza y dijo: «No».

Diario, ¿por qué siento la necesidad de hablar con los profesionales de la salud? ¿Será porque odio ser paciente y necesito reafirmar mi condición?

Me examinó el cuero cabelludo y dijo con desaprobación: «Deberías haber venido a verme hace semanas, *antes* de que se te empezara a caer el pelo».

El pelo de Daltrey me pareció sospechosamente una peluca. Parecía un animal atropellado, tal vez una comadreja.

Le pregunté: «¿Te hiciste tú mismo la peluca que llevas puesta?».

Me respondió con brusquedad: «No llevo peluca. Es mi propio pelo». Me midió la cabeza y preguntó: «¿Tienes alguna preferencia? ¿Color? ¿Forma? ¿Estilo? ¿Largo? ¿Rizado? ¿Liso?».

Le dije: «Desde que empecé la quimioterapia, he sido incapaz de tomar ninguna decisión sobre nada».

Daisy dijo, intentando ayudar, sin duda: «Ahora tienes la oportunidad de tener el pelo que siempre has querido, Aidy».

Daltrey dijo: «¿Quieres probarte algunas?».

La primera peluca que me probé era negra y con raya a un lado, me hacía parecer Gok Wan [transformista británico]. La segunda era rubia y rizada.

Daisy dijo: «Quítatela, pareces Harpo Marx».

La tercera era una peluca ratonil, corta por detrás y los lados, que parecía pedir perdón por su aspecto.

Daltrey dijo: «Bueno, esa es la típica peluca anglosajona. ¿Quieren ver las pelucas para “personas de color”?».

Le dije: «Bueno, ya que estoy aquí».

Tras inspeccionar una peluca negra con rizos apretados y algo que él llamó «estilo oriental», Daltrey dijo: «Podemos combinar colores y largos, pero estamos limitados por las normas del Servicio Nacional de Salud».

Le pregunté: «¿Hacen pelucas al estilo Boris Johnson? Creo que me gustaría probar algo así».

Malcolm Daltrey dijo: «Me está pidiendo lo imposible, Sr. Mole. Si busca un estilo de celebridad intelectual, tendrá que ir a una peluquería privada».

Me molestó que sugiriera que Daisy y yo estábamos tan empobrecidos que no podíamos permitirnos una peluca privada, así que nos fuimos sin elegir ninguna.

Cuando salimos, Daisy dijo: «Aidy, ¿por qué no vamos a ver a Lawrence de Pamper Yourself [Date un capricho]? Él sabrá a dónde podemos acudir para que nos asesoren».

Regresamos a Mangold Parva y aparcamos frente al salón de peluquería. Lawrence estaba recostado en una silla frente a un espejo leyendo el *Vogue*. La Sra. Lewis-Masters estaba bajo una campana de secado, con la cabeza cubierta de enormes rulos del tamaño de tuberías de alcantarillado. Estaba leyendo *Country Life* [Vida Campestre]. Levantó una ceja a modo de saludo.

Daisy y Lawrence se abrazaron con fuerza y Lawrence dijo: «¿Dónde *has* estado, Daisy?».

Daisy respondió: «He estado lavándome y cortándome el pelo yo misma, en casa».

Lawrence echó sus musculosos brazos hacia atrás con exagerada alarma. «¡Eres una chica *mala*! Sé que andas un poco escasa de espondilitis ahora mismo, pero el pelo siempre, *siempre* es lo primero».

Daisy explicó por qué estábamos allí.

Lawrence dijo: «Había oído que estabas recibiendo quimio». Me sentó en la silla que acababa de dejar vacante, se puso detrás de mí y me miró en el espejo. Recogió mechones sueltos de mi pelo restante y dijo: «Podrías ir al grano y dejar que te afeite estos mechones. No sirven para nada, ¿verdad? Solo cuelgan por ahí».

Daisy dijo: «Me gusta la cabeza rapada».

Me resistía a perder el poco pelo que me quedaba, pero Daisy dijo: «Estás perdiendo puñados todos los días en la ducha, Aidy. Si se atascan las tuberías, tendremos que pagar a un fontanero para que las desatasque».

Mientras yo daba evasivas, Lawrence llevó a la Sra. Lewis-Masters a la silla de al lado y comenzó a quitarle los rulos.

Ella dijo: «Los hombres del desierto consideraban la calvicie un signo de sabiduría y potencia sexual».

Le dije: «Muy bien, Lawrence, afeitame».

Mientras Lawrence secaba el cabello de la Sra. Lewis-Masters, hojeé su revista *Country Life*, que había desechado, y me sorprendió ver el rostro feliz y sonriente de Daisy en media página dedicada a un reportaje fotográfico del Baile de Caza de Belvoir. Estaba del brazo del «Honorable Hugo Fairfax-Lycett». Otros miembros de la cacería, con sus grandes dientes, sostenían copas de champán en alto. Cualquiera hubiera pensado que estaban felicitando a Daisy y Hugo por su compromiso. Le mostré la página a Daisy. Ella exclamó: «Te lo conté, Aidy, ¿te acuerdas?». Le dije: «Lo recuerdo bien. Estuve ingresado en el hospital una noche después de una biopsia muy desagradable y dolorosa».

Bajó la voz y dijo: «Hugo no tenía con quién ir. Lo habían dejado plantado a última hora».

Le dije: «No me importó que fueras, Daisy. Pero ¿tenías que estar tan *contenta*? Me dijiste que lo pasaste fatal escuchando a un montón de cretinos alardeando de cómo habían torturado a varios zorros indefensos».

Cuando a la Sra. Lewis-Masters le peinaron el pelo con su habitual estilo de casco, Lawrence la dejó con su hijo (de quien Daisy me contó que tenía que aprender a usar una escoba) y se volvió hacia mí. «Bueno», dijo, «te voy a rapar la cabeza y tengo unos fabulosos productos de Andre Agassi que te dejarán el cuero cabelludo reluciente».

Me bastaron unos minutos para afeitarme e hidratarme la cabeza. Me miré en el reflejo. Mi cráneo brillaba bajo los focos y mis gafas se veían muy prominentes.

Daisy dijo: «Se verá mejor cuando le haya dado un poco de sol».

Lawrence solo me cobró 5 libras por afeitarme la cabeza, pero para cuando ya había comprado la crema hidratante, el tónico y el sérum de Agassi, el costo había ascendido a casi 40 libras. No le di propina.

Cuando llegamos a casa, mi madre dijo que siempre le habían gustado los hombres calvos desde que vio a Yul Brynner bailando en un salón de baile con Deborah Kerr en *El rey y yo*.

Mi padre se rió y dijo: «¡Por Dios! Pareces una bola de billar con patas. Si yo fuera tú, me mantendría alejado de El crisol en Sheffield [lugar donde se celebra el campeonato mundial de Snooker, una variedad de billar]. Si Ronnie O'Sullivan te ve, te arrancará la cabeza antes de que puedas decir “pot black” [la olla llamando negra a la tetera]». Se rió de su propia gracia como un estúpido y tuvieron que darle un vaso de agua para calmarlo. ¿Acaso la elaborada analogía de mi padre ocultaba sus verdaderos sentimientos? ¿Su primer impulso fue llorar? Si fue así, lo disimuló muy bien.

Cuando Gracie llegó a casa de la escuela, me dijo: «Me gusta tu nuevo peinado, papá».

Estaba muy cansado y me dolía la boca. Le dije irritado: «¿Cómo puede ser un peinado, Gracie? ¡Si no tengo pelo!».

Le temblaba el labio, pero logré divertirla diciéndole que podía pulirme la cabeza con un plumero si quería.

Me preguntó: «¿Puedo usar el Sr. Sheen? [Sr. Lustre, Pronto, marca de limpieza]».

Cuando le dije que no, se tumbó cuidadosamente en la alfombra frente a la chimenea y montó un berrinche. No tenía energía para hacer nada, así que la observé mientras se retorció hasta que, después de cinco minutos, se levantó tranquilamente y se fue.

Domingo 9 de marzo

Mi madre me llevó al hospital esta tarde. De camino, condujo por la calle principal y aparcó frente a la librería. Bajamos del coche y miramos por la ventana. Los obreros ya estaban allí y habían derribado las paredes que separaban la tienda, la trastienda y los almacenes, creando un único espacio amplio.

Mi madre dijo: «Va a ser un Tesco Metro. Estaba pensando en solicitar un trabajo. Tengo unas horas libres mientras estás con la quimio».

Diario, ¿hasta qué punto puede ser insensible?

Cuando me conectaron a la máquina, llamé a Daisy al trabajo. Hugo Fairfax-Lycett contestó el teléfono y me dijo que estaba en la otra línea, en Estados Unidos. Me dijo: «Lo siento, Adrian, pero no quiero interrumpirla, está cerrando un trato con un agente de viajes yanqui».

Le dije: «Sí, me comentó que estás haciendo todo lo posible por conseguir repuestos para autobuses americanos».

Dijo: «Últimamente, los americanos viajan muy nerviosos. Tenemos que convencerlos de que Al Qaeda no va a ponerlos una bomba mientras toman el té en el naranjal». Continuó: «Siento haberle quitado mucho tiempo a su esposa últimamente, pero estamos preparando el salón para la inauguración en abril. Estamos haciendo una limpieza a fondo de treinta y cuatro habitaciones, segando ochocientas cuarenta hectáreas de terreno y dragando un foso. Seguro que sabe lo que eso implica».

Tenía muchas ganas de colgar, pero no sabía cómo.

Me dijo: «He oído que últimamente no te encuentras bien».

Le confirmé que sí.

Me dijo: «Daisy debe ser un gran consuelo para ti. Es una chica maravillosa».

Le dije que no había visto mucho a Daisy últimamente, pero que mi madre me estaba ayudando muchísimo.

«Bien, bien», dijo. «La familia es importantísima».

Se produjo un silencio muy incómodo. Supongo que esperaba que dijera algo, pero no se me ocurrió nada más que decir aparte de: «¿Podrías pedirle que me llame cuando esté libre? Gracias».

Intenté comer los gajos de una naranja que mi madre me había preparado, pero no pude, me dolía demasiado la boca. Ya me habían advertido de que esto pasaría.

Sally vino a verme y pensó que mi cabeza rapada se veía «atrevida». Soy un ardiente seguidor de la interminable historia de su relación con Anthony. Para mí es obvio que Anthony se acuesta con otras mujeres, pero Sally parece ajena a su libertino comportamiento.

Hoy me dijo: «Íbamos a irnos de fin de semana a Wolf Edge, en el Peak District, pero cuando guardó todo el equipo de acampada en el coche, ya no había sitio para mí en el asiento del copiloto».

Le pregunté: «¿Así que se fue solo?».

«Sí», respondió, «sonaba muy decepcionado por teléfono».

Le pregunté con escepticismo: «¿Cómo de grande *es* su tienda de campaña? ¿O estamos hablando de una carpa?».

Ella dijo: «Es una tienda de campaña para cuatro personas, pero los sacos de dormir ocupan mucho espacio».

Le pregunté: «¿Qué conduce? ¿Un coche burbuja?».

«No», respondió, «es un todoterreno, pero lleva mucha comida».

Le dije: «Sally, solo mides un metro sesenta. Casi no ocupas espacio».

Ella dijo: «Sí, pero están su hornillo de camping y su ropa impermeable, sus botas de agua, los bidones de agua, las neveras portátiles, la lona para el suelo, la balsa inflable, los remos...».

Diario, me di por vencido, obviamente que no quiere ver lo que tiene delante de sus narices.

De camino a casa, mi madre me dijo, mirándome fijamente a los ojos: «Daisy está trabajando muchas horas en el salón. Espero que le estén pagando horas extras».

Daisy llegó a casa a las diez y media. Ha tenido problemas con los trabajadores que están cavando el foso.

Le dije: «Bueno, debe ser difícil para ellos trabajar en la *oscuridad*».

Lunes 10 de marzo

Un correo electrónico mejicano de la madre de Daisy.

Hola a ti, hija mía. Papá me dice que dentro de un año tendrás trabajo en una casa de campo inglesa. ¡Qué buena noticia! ¿Cuándo traerás a tu marido y a la pequeña Gracie a vernos? Arthur trabaja en Ciudad de México. Ahora tiene dos tiendas, ambas venden carne de cerdo. Tenemos muchos clientes importantes: el jefe de policía, dos cardenales y las monjas que cuidan a los huérfanos que trabajan en el basurero. Espero que no estés enfadada conmigo, Daisy. Tuve que huir de tu padre. Me hablaba durante tres horas seguidas cada noche sin parar. Todos los días me compraba regalos. Cuando estaba en el trabajo, siempre me llamaba por teléfono y me decía que me quería y que era bella. Por eso me fui. ¿Qué mujer lo aguantaría? Soy feliz con Arthur, no me trata bien, tengo que servirle la cena todas las noches en la mesa del comedor y tengo que comer sola en la cocina, pero soy feliz.

Con amor de tu madre,
Conchita.

Cuando Daisy me lo enseñó, dije: «Nunca entenderé a las mujeres».

Daisy dijo: «Mi padre la asfixió».

Le pregunté a Daisy si le gustaría visitar a Conchita y a Arthur, su padrastro, en la Ciudad de México cuando estuviera mejor.

Ella dijo: «No, Hugo me necesita, y de todos modos, no podríamos permitirnoslo».

Me sentí aliviado, la tasa de homicidios en Ciudad de México es una de las más altas del mundo.

Martes 11 de marzo

Recibí la visita de la Unidad de Delitos Ambientales. La «unidad» estaba compuesta por dos personas: una joven con cara de pocos amigos y un hombre mayor con ropa impermeable. La mujer me mostró su identificación y preguntó si podían pasar «para una charla».

«Charlar» es una palabra que detesto, así que les dije: «Pueden pasar y hablar conmigo, pero no tengo tiempo para una “charla”». Los hice esperar en el pasillo porque Bernard estaba en la cocina con una bata sucia que le quedaba demasiado pequeña y que se le abría constantemente, y mi padre estaba en el salón mientras mi madre le cortaba las uñas de los pies con mi cortauñas especial.

Resultó que la Unidad de Delitos Ambientales trabaja para nuestro Ayuntamiento. Habían estado patrullando y observaron que nuestros dos contenedores seguían en la calle a las 10:17, dos horas después de haber sido vaciados a las 8:16. La unidad me recordó que esto constituía una infracción sancionable con una multa de 100 libras.

«Y, además», dijo con los labios fruncidos, «la tapa de uno de los contenedores estaba abierta quince centímetros».

Cuando protesté diciendo que estaba demasiado débil para traer los cubos de basura a casa y que le había instruido a mi esposa para que no los llenara demasiado, los dos intercambiaron lo que interpreté como una mirada profesional.

La mujer dijo: «Hemos oído todas las excusas posibles, Sr. Mole. Esto es una advertencia oficial. Recuerde, no se deben sacar los cubos de basura antes de las siete y media de la mañana, y deben traerse de vuelta a casa antes de las ocho y media. ¿Entendido?»

Se marcharon poco después de que Bernard saliera a ver qué estaba causando el alboroto. Cuando se fueron, dijo: «Me recuerda a cuando vivía en Berlín Oriental después de la guerra, los vecinos te denunciaban a la Stasi por toser por la noche».

Miércoles 12 de marzo

Esta mañana no pude levantarme de la cama. Daisy llevó a Gracie al colegio. Salieron tarde de casa porque Gracie se portó fatal. Estaba de lo más tranquila hasta que vio el contenido de su fiambarrera.

Se quejó: «¡Joder! Pan integral horrible con trocitos, uvas horribles con pepitas y agua horrible con gas. ¿Por qué no puedo comer una Curly Wurly [barrita de caramelo], patatas fritas y una Coca-Cola?».

Me temo que nuestra hija ha heredado los malos hábitos alimenticios de mi padre. Casi se muere de hambre una vez cuando, por error, reservó en un hotel macrobiótico con todo incluido en una isla griega prácticamente desierta.

A las 9:35 sonó el teléfono de casa. Me levanté de la cama a trompicones para contestar. Una voz robótica dijo: «Si usted es uno de los padres, el tutor legal o el cuidador principal de Gracie Mole, pulse uno».

Pulsé uno.

«Les habla Alerta de Ausencia en nombre de la Escuela Infantil y Primaria Mangold Parva. Su hija, Gracie Mole, no está en la escuela. Si su hija está enferma, pulse dos. Si su hija tiene una justificación de ausencia, pulse tres. Si su hija salió para la escuela y no ha llegado, pulse cuatro. Si ninguna de las opciones anteriores es aplicable, pulse cinco. Si desea hablar con un miembro del personal, no llame entre las...».

Aquí, Diario, el robot balbuceó: «Ocho y media y nueve y diez. Once y diez y once y treinta y cinco. Doce y quince y uno y treinta. Tres y quince y tres y treinta y cinco. Tenga en cuenta que la escuela cierra a las cuatro de la tarde. Las consultas sobre objetos perdidos deben realizarse dentro de los horarios indicados».

Pulsé el seis para ver qué sucedía.

El robot ladró: «La Escuela Infantil y Primaria Mangold Parva no se hace responsable de ningún accidente o percance que pueda sufrir un niño fuera del recinto escolar».

Colgué la llamada e intenté llamar a Daisy, pero solo contestó el contestador automático. Intenté llamarla desde mi móvil, pero estaba ocupada. No me quedaba más remedio que ir al colegio y averiguar qué le había pasado a mi hija. ¿La habría abandonado Daisy en el callejón, al límite de su paciencia, por el horrible comportamiento de Gracie?

Bernard se ofreció a ir en mi lugar, pero que una persona con el aspecto desaliñado de Bernard apareciera en el patio preguntando por Gracie habría hecho que todos los coches patrulla del condado acudieran al colegio a toda velocidad, especialmente desde que compró un viejo impermeable Mackintosh [de charol] en el mercadillo del ayuntamiento.

Daisy y yo nos encontramos fuera de la puerta cerrada del colegio. Ninguno de los dos podía hablar por la falta de aliento. Hacía tiempo que no intentaba correr. En cuanto me detuve, me flaquearon las rodillas y Daisy tuvo que ayudarme a llegar al banco de madera con iniciales talladas cerca de la parada del autobús. Después de que tocara el timbre y jadeara su nombre por el interfono y la dejaran entrar al patio, intenté recuperarme.

Estaba sentado con la cabeza entre las manos cuando Simon, el vicario, dejó su bolsa de Spar a mi lado y dijo: «Adrian, no te dejes vencer por la desesperación». Se sentó y me rodeó con el brazo. Para mi horror, sus ojos estaban llenos de una espantosa compasión. «Donde hay vida, hay esperanza», murmuró, «y si compartes tu carga con Dios, él te escuchará».

Parecía que me recomendaba que contactara con el servicio de atención al cliente de BT [Telecomunicaciones británicas].

Aproveché la oportunidad y le pregunté si quedaban parcelas familiares disponibles en el cementerio. «Preferiría una con vista lateral», dije, «fuera de la vista de la escuela. Y, si es posible, me gustaría que la parcela recibiera el sol del atardecer».

Simon dijo que admiraba mi pragmatismo, pero que, lamentablemente, había una larga lista de espera para el entierro. Sin embargo, en caso de mi fallecimiento, si decidiera ser incinerado, mis familiares podrían esparcir mis cenizas en el rosál junto al pórtico de la iglesia.

Cuando Daisy salió, denunciando airadamente el defectuoso sistema de alerta de absentismo escolar, el vicario se puso de pie y dijo: «Sra. Mole, deben de ser tiempos difíciles para usted».

Ella respondió: «¡Claro que sí! Intente encontrar un cuidador de jirafas que trabaje por el salario mínimo».

Bajé la mirada avergonzado al contenido de la bolsa de Spar del vicario: un tarro de vaselina, una lata de melocotones en almíbar, una cabeza de ajo y un paquete de bastoncillos de algodón.

Cuando se fue, Daisy dijo: «Tienes un aspecto terrible, Aidy. Voy a llamar a tu madre para que venga a recogerte».

No me avergüenza, Diario, informarte que dejé que mi madre me llevara a casa y me acostara con una taza de té y dos galletas de malvavisco.

Bernard se ofreció a abrir una lata de sopa cuando volviera de El Oso. Cuando ambos se fueron, me eché a llorar durante dos minutos y treinta y un segundos.

Viernes 14 de marzo

Quimio.

He decidido aprovechar al máximo mis seis horas en el hospital. Fui al trastero y saqué mi viejo curso de ruso de Linguaphone. Espero hablar con suficiente fluidez al final del tratamiento como para poder decir: «¿Podría indicarme dónde está la tumba de Dostoievski?»

Domingo 16 de marzo

Hoy encontré un recibo tirado en la basura de la cocina. En el reverso (con la letra inconfundible de Daisy) había escrito:

Mrs Daisy Fairfax-Lycett
D. Fairfax-Lycett
Daisy Fairfax-Lycett
Sra. Hugo Fairfax-Lycett
DFL

Diario, esto solo puede significar una cosa.

Busqué su diario, pero no lo encontré. Me senté al borde de la cama y me quedé mirando la pared. Llamé a Pandora, pero solo contestó el contestador.

Hola, se ha comunicado con la Honorable Pandora Braithwaite, Licenciada en Artes, Máster en Artes, Doctora en Filosofía y Miembro del Parlamento. Si considera que su llamada es lo suficientemente importante, deje un breve y conciso mensaje, de no más de treinta segundos. Si considero que su llamada merece una respuesta, le devolveré la llamada.

Dejé un mensaje diciendo que había perdido el pelo, que estaba postrado en cama, que tenía la boca terriblemente dolorida y que creía que mi esposa estaba enamorada, posiblemente teniendo una aventura y fantaseando con casarse con Hugo Fairfax-Lycett.

Pandora me llamó media hora después y dijo: «Aidy, parece que te estás compadeciendo de ti mismo. Oblígate a levantarte de la cama, dúchate y anímate. Pregúntale directamente a Daisy si está enamorada de ese capullo sin cerebro, Fairfax-Lycett».

Hice todo lo que me dijo, hasta que Daisy llegó a casa. Diario, quizás si tuviera sangre latina o mediterránea me habría resultado más fácil confrontar a mi esposa y acusarla de adulterio, pero mi pura sangre inglesa no me sirvió de nada. No sabía muy bien cómo abordar el tema. Fue muy amable conmigo durante la noche y me trajo cubitos de hielo para las úlceras de la boca.

Lunes 17 de marzo

Quimio.

Me desperté con una sensación de pavor, sabiendo que tendría que hablar con Daisy sobre Hugo Fairfax-Lycett hoy. Sin embargo, cuando Daisy me trajo una taza de té a la cama, estaba vestida con su traje de negocios y tacones altos y dijo que tendría que ir a trabajar para «terminar el folleto», que tenía que estar en la imprenta por la mañana. Dijo que se llevaría a Gracie con ella porque las hijas de Hugo de su primer matrimonio iban de visita y se habían ofrecido a llevar a Gracie a dar un paseo en poni.

Le dije: «¿Así que jugarás a las familias felices, verdad?». Daisy dijo: «Ciertamente no, sabes que odio los juegos de cartas». Le dije: «Sabes a qué me refiero, Daisy». Parecía que iba a decir algo, pero cambió de opinión y se fue sin decir nada.

Cuando se fueron, mi madre vino a «cuidarme». Protesté diciendo que podía cuidarme perfectamente solo, pero ella quitó las sábanas de la cama, la volvió a hacer con sábanas limpias y me ayudó a cambiarme el pijama. Me lavó la cara y las manos con una toallita jabonosa y estaba a punto de cepillarme los dientes cuando le quité el cepillo y lo hice yo mismo. Mientras ordenaba la habitación, refunfuñando por la ropa tirada de Daisy, no dejaba de mirarme nerviosamente.

Le pregunté qué le pasaba.

Dijo, con ese tono poco convincente que tienen las mujeres: «Nada, nada».

Después de que soltara varios suspiros profundos, lo intenté de nuevo, diciendo: «Algo pasa, mamá. ¿Qué es?».

Ella dijo: «No, Aidy, no me obligues a contártelo».

Lo intenté una vez más. Dije: «Veo que te mueres de ganas de contármelo sea lo que sea».

Arrojó un montón de ropa interior sucia de Daisy al cesto de la ropa blanca y dijo emocionada: «No creas que me da ningún placer, Adrian. Esto me parte el corazón».

«¿Esto qué?», pregunté.

«La situación con Daisy», dijo. «Todo el pueblo está disgustado. ¿Daisy cree que somos todos ciegos y sordos?».

Le dije: «Supongo que te refieres a Daisy y Fairfax-Lycett, ¿no?».

Fue como si se rompiera una presa. Me contó que cada uno tenía su propia historia sobre Daisy y Fairfax-Lycett. Wendy Wellbeck los había visto tomados de la mano en su coche frente a la oficina de correos, Lawrence, el peluquero, había presenciado un abrazo cariñoso en un arcén de la A6, una mujer que limpia en Fairfax Hall había encontrado la tarjeta de débito NatWest de Daisy en su cama, y Tom Urquhart lo había oído presumir en el salón de El Oso sobre su «adorable petardo medio mexicano».

Bernard se acercó a la puerta del dormitorio y dijo: «No eres el primer hombre al que le ponen los cuernos, capullo mío. Si te casas con una belleza como Daisy, siempre existe el riesgo de que algún canalla quiera quitártela».

Mi madre me defendió diciendo: «Aidy era guapo, hasta que perdió su pelo».

Bernard dijo: «Ese hombre es un auténtico bastardo. Quiere que le azoten con una fusta. Me dijo que tiene una biblioteca magnífica. Cuando le pregunté por la colección, me dijo: “Oh, no sé nada de libros. Nunca leo, pero me encanta mi biblioteca”».

Cuando se fueron, me recosté sobre las almohadas. Cualquier hombre normal se habría enfadado, pero yo solo sentía tristeza y una terrible aprensión. Me levanté por la tarde y pelé patatas y zanahorias para la cena. Encontré en el congelador un pastel de carne picada y masa quebrada. Preparé salsa Oxo. Solo cuando vertí la salsa en el pequeño plato azul y blanco favorito de Daisy, rompí a llorar.

Cuando mi esposa y mi hija regresaron a casa, ambas estaban sonrojadas y felices. Me senté en la tapa del inodoro y observé cómo Daisy bañaba a Gracie.

Gracie dijo que «Hugo» le había regalado un poni «que es mío, solo mío».

Dije: «¿Qué? ¿Fairfax-Lycett le ha regalado un poni a Gracie? ¿No es eso ridículamente generoso?».

Daisy le echó crema L’Oréal Sin Lágrimas en el pelo mojado a Gracie y dijo: «Hugo tiene media docena de ponis por ahí sin hacer nada. Puede permitirse fácilmente regalar uno».

Como parte del ritual del baño, Gracie se tiró de espaldas al agua azul y cristalina, de modo que su pelo se desplegó y las burbujas de jabón se alejaron flotando. Cuando volvió a ponerse de pie, le pregunté cómo se llamaba el poni.

Ella respondió: «Lo he llamado Narciso».

Daisy dijo: «Deberías ver los narcisos de Fairfax Hall, Aidy. Son preciosos, como si estuvieran junto al lago, bajo los árboles, revoloteando y bailando con la brisa [poema “Narciso” de William Wordsworth]».

Continué: «Ininterrumpidos como las estrellas que brillan y centellean en la Vía Láctea, se extendían en una línea interminable a lo largo de la orilla de la bahía».

Intercambiamos una rápida sonrisa.

Las dejé y fui a preparar la cena.

Gracie se durmió antes de que estuviera lista y la acostó, Daisy dijo que no podía comer nada. Hugo había preparado el almuerzo y la merienda. A las 9 llamó mi madre y me preguntó si ya había confrontado con Daisy. Le dije que no, colgué el teléfono y me fui a la cama.

Martes 18 de marzo

Mi madre me llevó al hospital esta mañana. Después del tratamiento, busqué a Sally y le conté que mi esposa tenía una aventura con el terrateniente del pueblo.

Ella dijo: «Suenan un poco a *Emmerdale*».

Le dije: «No, es más bien Mills & Boon [editorial de novelas románticas]. Un marido intelectual con cáncer, traicionado por su esposa medio mexicana con un señor feudal de pelo largo y aficionado a la caza del zorro».

Ambos nos reímos, aunque estoy seguro de que a ninguno de los dos nos pareció ni un poquito gracioso.

Después de cenar, Glenn llamó desde Afganistán para decir que «no era él el que había muerto». Cuando le pregunté de qué hablaba, me contó que iba tercero en un convoy de vehículos y que el segundo había sido destruido por una bomba colocada al borde de la carretera. Uno de sus compañeros había muerto y a otro le habían amputado una pierna.

Me dijo: «Saldrá en las noticias esta noche, papá. No quería que lo vieras y pensaras que yo era el que había muerto».

Le dije: «Pero, Glenn, sabes que el ejército siempre avisa a los familiares antes de anunciarlo a los medios».

Hubo un largo silencio, y luego dijo: «Solo quería decírtelo, papá».

Le dije: «Debió de ser una experiencia horrible».

Él dijo: «Lo fue, papá. Me llevo bien con todos en casa, papá. No es agradable estar en un país donde la gente te odia y quiere matarte».

Nos despedimos y estaba a punto de colgar cuando dijo: «Rápido, papá, antes de que te vayas, recuérdame, ¿por qué *estamos* luchando en Afganistán? Siempre se me olvida».

Balbuceé algo sobre democracia, libertad, derechos de las mujeres, derrotar a los talibanes y que, según Gordon Brown, «Al Qaeda» estaban entrenando a sus seguidores para atacarnos aquí en Inglaterra.

Glenn dijo: «Pero ¿no tienen campos de entrenamiento en otros países del mundo, papá?».

Tuve que darle la razón al chico, probablemente era así.

Él dijo: «Gracias por la información, papá. ¡Salud!».

Cuando Daisy regresó a casa del trabajo, estaba muy cabizbaja. Tenía los ojos hinchados y el rímel corrido. Parecía como si hubiera estado llorando durante horas. Le pregunté qué le pasaba. Dijo: «Nada».

Sacó una botella de vino de la nevera y cogió dos copas del estante. Después de servirse el vino y encender un cigarrillo, se sentó y trazó un dibujo en el mantel con la uña. Sentí lástima por ella y le dije: «Es Hugo, ¿verdad?». Apoyó la cabeza en el mantel y rompió a llorar. Le pregunté: «¿Estás enamorada de él, Daisy?». Asintió con la cabeza, levantó la cara y dijo: «Es horrible estar enamorada de él». No puedo disfrutarlo, ni Hugo tampoco. Estamos muy preocupados por *ti*. Dije con sarcasmo: «Siento arruinar vuestra diversión». Ella dijo: «No seas tan cruel, Aidy. Estamos realmente preocupados por ti. Hugo cree que el impacto de enterarte podría *matarte*».

Dije: «Probablemente Hugo *espera* que me mate».

Ella dijo: «Te equivocas con él, Aidy. Es una persona muy sensible y cariñosa. No *elegimos* enamorarnos».

Dije: «¿Estás segura de que *te ama*?».

«¡Oh, sí!», dijo. «Nunca se había sentido así antes. Me amó desde el momento en que me vio encender un cigarrillo fuera de El Oso. Dice que soy la mujer más hermosa que ha visto nunca. Me adora. Y podemos *hablar*, Aidy. Admira mi intelecto».

«Bueno, él tiene muy poco por su cuenta», dije.

«Hugo es extremadamente inteligente a su manera», dijo. «¿Sabes despellejar un conejo? ¿Sabes conducir un quad? ¿Podrías dirigir un equipo de veinticinco personas? Solo porque no se pasa el día con la cabeza metida en un libro...»

Le dije: «Me di cuenta de que habías estado llorando cuando llegaste a casa».

«Sí», dijo, «he estado llorando en sus brazos. Me ha pedido que viva con él. Le dije que era imposible dejarte. No mientras estés tan enfermo».

Le dije con calma, Diario: «No quiero que me tomes el pulso en cuanto te despiertes por la mañana. Será mejor que vayas con él, Daisy. ¿Por qué debería mi cáncer retenerte aquí contra tu voluntad?».

Le rogué que se fuera, pero se negó. Cuando entró al baño para retocarse el maquillaje, saqué su móvil del bolso y marqué rápidamente el número de Fairfax-Lycett.

Contestó enseguida: «Cariño».

Le dije: «No es tu cariño, es el marido de tu cariño».

Él dijo: «¡Ah! ¡Espléndido! ¿Cómo *estás*, viejo amigo?».

Le dije: «Lo sé todo. Voy a mandar a mi mujer. Puedes quedártela».

Dijo: «Mira, esto es tremendamente decente por tu parte, Mole. Cuando mi primera esposa me dejó por un jinete de carreras de obstáculos, perseguí al leprechaun [duende irlandés] con un látigo. El muy bastardo no pudo volver a montar a caballo el resto de la temporada».

Le dije: «Los Mole esperamos nuestro momento, pero cuando nuestra ira se dirige contra ti, su fuerza es devastadora. La mujer de la tienda Spar que estafó a mi madre tuvo que mudarse al pueblo vecino».

Insistió: «Mira, creo que deberíamos reunirnos y hablar de esto de hombre a hombre. ¿Puedo ir a verte?».

Diario, esto era lo último que quería: una noche de dramáticas confrontaciones, declaraciones histéricas de amor y protestas de culpa empapadas en lágrimas. Pero eso fue lo que obtuve. Cuando llegó Fairfax-Lycett, nos saludamos con una cortesía gélida, pero la reunión pronto degeneró en una disección exhaustiva de mi matrimonio con Daisy.

En un momento dado, Daisy me acusó de causarle «angustia mental» por «contarle cosas sobre política». Despotricó: «No me interesa quién dijo qué en algún comité parlamentario selecto. Debes ser la única persona en toda Gran Bretaña que ve Parlamento de la BBC. Solo lo ves porque quieres babear por esa fulana de cara dura, la maldita Pandora Braithwaite».

Diario, esto solo era parcialmente cierto. En realidad, me *gusta* estar al tanto de los detalles del proyecto de ley de finanzas.

Ella dijo: «Cuando me enamoré de ti, pensé que eras un friki con estilo, pero desde entonces he descubierto que no tienes estilo *en absoluto*, ¡solo eres un friki!».

Fue entonces cuando perdí el control, agarré su taza de la Tate Modern y la lancé contra la pared medianera. Se hizo añicos de forma muy satisfactoria.

Daisy gritó: «¡Esa taza era un preciado vínculo con mi vida anterior, bastardo cruel!».

Fairfax-Lycett casi siempre se callaba, pero cuando mi madre fue a ver qué pasaba y lo llamó «cara de idiota endogámico con una barbilla como una banana ilegal», él rugió: «Me llevo a Daisy de este agujero infernal de mala muerte».

Daisy se volvió hacia mi madre y le dijo: «¿Cuidarás de Adrian, Pauline?».

Mi madre respondió: «Lo he cuidado durante casi cuarenta años. Estuve treinta y seis horas de parto agonizantes por su cabeza inusualmente grande. No voy a abandonarlo ahora, ¿verdad?».

Daisy entró en nuestro dormitorio y oí cómo bajaba las maletas de la parte superior del armario.

Bernard regresó de «visitar a un amigo» y encontró la mesa de la cocina ocupada por mí, mi madre y Fairfax-Lycett, sin que ninguno de nosotros hablara con los otros. Se preparó huevos, beicon y tostadas y, finalmente, comió leyendo *Actitudes anglosajonas* de Angus Wilson, que apoyó contra el frutero. Bernard parecía tener un efecto calmante en nosotros, y cuando Daisy salió del dormitorio cargando dos maletas obviamente pesadas, todos nos despedimos con cortesía, aunque Bernard le dijo a Fairfax-Lycett: «Recuerdo una época en la que un hombre que robaba a la esposa de otro hombre tenía que llevarla a una de nuestras colonias. Usted es una *vergüenza*, señor».

Después de que Daisy y Fairfax-Lycett se marcharan, mi madre lloró un poco y dijo: «Quería mucho a Daisy. Era la hija que *debería* haber tenido».

Bernard dijo: «Yo estaba enamorado de la princesa Margarita. Le escribía todos los días, tenía un pedido fijo en Interflora para que le enviaran una docena de rosas rojas oscuras todos los jueves. No pude soportar que se casara con ese hombrecito cojo, Antony Armstrong-Jones. Fui a Beachy Head, le escribí una última carta a Margarita y estaba a punto de tirarme por el precipicio cuando empezó a llover. Así que volví al coche y conduje a casa». Se giró hacia mí y me dijo: «No te preocupes, hijo. Todavía me tienes a mí y a tu madre».

Así que, Diario, empieza la pesadilla. Mi salud y mi felicidad están ahora en manos de mi madre, Bernard Hopkins y el Servicio Nacional de Salud.

Miércoles 19 de marzo

Esta mañana, al entrar en la cocina, encontré a Daisy sentada a la mesa. Había preparado una cafetera grande.

Le dije: «Has vuelto. Sabía que lo harías».

Ella respondió: «No hablamos de Gracie. Quiero llevármela conmigo. *Tú* no puedes cuidarla, ¿verdad?».

Tuve la visión de Gracie montando a Narciso y gritando: «¡Papá, mírame!» a Fairfax-Lycett.

«No», le dije, «Gracie se queda aquí, conmigo». Daisy me sirvió una taza de café y dijo: «Gracie no será feliz sin mí. Y, sinceramente, Adrian, no creo que ni tú, ni tu madre, ni Bernard Hopkins estén capacitados para ello. Voy a despertarla en unos minutos, vestirla y llevarla al colegio. Esta tarde la recogeré yo».

Jueves 20 de marzo

Debería haber luchado más por ella, pero difícilmente podría haberle *arrebata*do a la niña de los brazos de Daisy, ¿verdad? Tuve que fingir ante Gracie que se iba de vacaciones a Fairfax Hall y me vi forzado a sonreír al despedirme de ella con la mano. Así que ahora solo vivimos en esta casa Bernard Hopkins y yo. ¿Cómo he llegado a esto?

Brett vino a la hora del almuerzo y se ofreció a «take Fairfax-Lycett out [invitar a - eliminar en jerga]».

Le dije: «Supongo que con «out» no te refieres a invitarle a cenar o al teatro».

Bernard dijo: «Es jerga criminal para asesinato, Adrian».

Yo dije: «Sé lo que significa, he leído sobre los hermanos Kray [líderes del crimen organizado londinense en los años 50-60] con bastante profundidad».

Brett dijo: «Solo intento ayudar, Bro».

Bernard dijo: «Por curiosidad, ¿cuánto costaría eliminar a alguien?».

Brett dijo: «¿En provincias? Sorprendentemente poco».

Más tarde, mientras íbamos en coche al hospital, mi madre dijo: «Daisy pronto se cansará de vivir en Fairfax Hall con todos esos sirvientes».

Tras adelantar a un tractor en una curva sin visibilidad, añadió: «¿Y quién quiere ir hasta París a comprar ropa, cuando se puede comprar en Leicester que es más o menos lo mismo?».

«¿París?», pregunté.

«Sí, se la lleva el fin de semana. “Quiere que vista de Dior”».

Le dije: «Me gustaba cómo le quedaba Monsoon [Monzón, marca británica de alta costura]».

Mi madre me dio una palmadita en la mano y dijo: «Me gustaría ver su cara cuando entre en su habitación y vea su alta costura tirada por el suelo».

Al llegar a casa, encontré una carta en el felpudo. Era una invitación a la boda de Nigel y Lance. Estaba dirigida al Sr. Adrian y la Sra. Daisy Mole. Había una confirmación de asistencia, así que respondí:

Estimados Nigel y Lance:

Gracias por invitarnos a mi esposa y a mí a vuestra boda del 19 de abril. Será un placer asistir. Sin embargo, no puedo hablar por mi esposa, ya que ahora está viviendo con su amante, Hugo Fairfax-Lycett. Su nueva dirección es: Fairfax Hall, Mangold Parva, Leicestershire.

Vuestro sinceramente,
Adrian

Daisy

No extraño tus ojos,
Ni tu cabello.
Quisiera besar tus labios,
Pero no estás.
No necesito tu piel,
Ni tu rostro.
Con cada libro que leo,
Siento tu gracia.
Leo el periódico,
Veo la tele.
Pero no veo nada allí,
Vuelve a mí.

Quemaré mis cárdigans,
Cambiaré mis gafas.
Comeré patatas fritas de otra forma,
Me uniré a las masas.
Aprenderé a bailar rock and roll,
Veré *EastEnders*.
Me gusta el R&B y el soul,
Y los que desafían las normas de género.
Veré *Gran Hermano* en directo,
Y la repetición.
Me educaré a mí mismo
Leyendo *Heat* [Calor, novela juvenil de Lupica].
Me engancharé a *The Wire* [Bajo escucha]
Y dejaré de ver *Noticiasnocturnas*.
Oh, Daisy, enciende mi fuego,
Y calma a mi Caballero Oscuro.

A.A. Mole (marido de Daisy Mole)

Viernes 21 de marzo

Viernes Santo

¿Qué tiene de bueno?

Desde que Daisy se fue, la casa está muerta. Era ella quien encendía las lámparas por la noche y ponía flores en el jarrón, quien arreglaba las alfombras y acomodaba los cojines. Echo de menos su desorden de lociones en el baño y las revistas brillantes que guardaba junto al inodoro. ¿Las recibirá ahora en Fairfax Hall?

Y no pensé que echaría tanto de menos a Gracie. Echo de menos la presencia física de esa niña indomable, intentando dejar su huella en el mundo. La sensación de esos bracitos fuertes alrededor de mi cuello. Echo de menos las canciones inventadas que solía cantar en la bañera, echo de menos la certeza de su mundo. No sabe nada de la proliferación nuclear ni de la miseria que supone amar demasiado a alguien.

No puedo imaginar a mi esposa con otro hombre. ¿De qué hablan? ¿Sabe Fairfax-Lycett que le gusta Pulp pero no soporta a Coldplay? ¿Que su número favorito es el seis? ¿Que su nombre porno es Cindy Arnez? ¿Que su primer recuerdo fue la picadura de una avispa en un picnic? ¿Sabe que le gusta Tracey Emin [artista británica] pero piensa que Damien Hirst [artista británico] es un cretino? ¿Sabe que odia el té con leche? ¿Le ha dicho que es alérgica a los bulbos de jacinto, al detergente biológico y a las gambas? ¿Cómo lidiará con su tensión premenstrual o su miedo a las hormigas?

¿Sabe lo afortunado que es?

Sábado 22 de marzo

Nigel llamó y dijo: «Lo siento por Daisy, Moley, pero ¿crees que podríamos conseguir un precio especial si celebramos nuestra boda en Fairfax Hall?»

Le dije: «Francamente, Nigel, estoy indignado contigo. No puedo oír el nombre de Daisy sin que se me rompa un pedacito del corazón, y lo único en lo que piensas es en ahorrarte unos céntimos en tu recepción de boda que no es exactamente una boda».

Nigel dijo: «Vamos, Moley. Te quiero muchísimo, pero era inevitable que te dejara en algún momento. No puedes arrancar una planta de invernadero como Daisy Flowers del Londres tropical y trasplantarla a la fría tierra de Mangold Parva. Se va a marchitar y morir, tío».

Antes de que pudiera seguir con su analogía botánica, dije: «Llama a Daisy a su móvil», y colgué.

¿Con quién puedo hablar que empatice *conmigo*?

Domingo 23 de marzo

Domingo de Pascua

Este año no hubo huevo de Pascua de Daisy. Lo eché mucho de menos. Gracie se está quedando con mis padres mientras su madre está en París. Ayer llegó una carta.

Al padre/madre/tutor legal/cuidador principal de
GRACIE PAULINE MOLE

Se ha concertado una cita para que la menor mencionada asista a la Clínica de Psicología Educativa del Dr. Martin Hazlewood a las 2:30 h. el viernes 27 de junio.

En Sigmund House
113 Cockfoster Lane
Leicester LE21SZ

Cuando les enseñé la carta a mis padres, mi padre dijo: «No hay nada malo en nuestra Gracie que una buena paliza no pueda curar. Eres demasiado blando con ella, Adrian. Te pisotea. Tienes sus huellas en la cara».

Mi madre dijo: «No necesita un psicólogo educativo. Todos los menores de cinco años están locos. Cuando tenías la edad de Gracie, hablabas con la luna. La invitaste a tu fiesta de cumpleaños y lloraste cuando no vino. ¿Te acuerdas, George?».

Mi padre se dobló de la risa. Cuando pudo hablar, dijo: «Cuando oscureció y salió la luna, salió al jardín y le tiró un rollo de salchicha».

Fue muy agradable verlos reír juntos de nuevo, aunque fuera a costa mía.

Lunes 24 de marzo

Mi madre trajo a Gracie esta mañana. Al parecer, se había portado impecablemente. No había tenido rabietas, ni contestado mal, ni comportamientos delirantes, como hablarle a la luna.

Mi madre parecía mucho más joven. Le pregunté si había estado usando el sérum de belleza Boots N°7 Protect & Perfect (había oído que las mujeres estaban encantadas con él).

Me dijo: «No, pero mi nombre está en la lista. Tengo mejor aspecto porque dormí ocho horas anoche. Desde que Gordon nacionalizó Northern Rock [banco británico], tu padre y yo podemos descansar tranquilos».

Le dije: «Hablas de nuestro primer ministro como si fuera un amigo íntimo».

Ella dijo: «Sé que Gordon está secretamente del lado de la clase trabajadora y que cuando se haya adaptado un poco, mostrará su verdadera cara».

Esto me hizo reír bastante. Le dije: «Hace unos años te jactabas de ser de clase media».

Ella respondió enfadada: «Nunca me he considerado de clase media. Ese era tu padre. Creía que vender calentadores eléctricos le daba acceso a los baños de los ejecutivos».

Cuando mi madre se fue, interrogué a Gracie sobre la vida en Fairfax Hall. Me contó que «Hugo y mami duermen en una cama grande con una cortina», que «Hugo me compró un cachorro que se llama Bola de Nieve porque es completamente blanco» y que «Hugo me enseñó a galopar en Narciso y duermo en una cama de princesa de IKEA».

Le pregunté si nos había echado de menos a mí, a la abuela y al abuelo Mole cuando estaba en Fairfax Hall.

Ella dijo: «No», y dirigió su atención a Bernard, que estaba repartiendo las cartas de la Familia Feliz para prepararse para una partida.

En un momento crucial (solo esperaba que el Sr. Bun [Panecillo] el Panadero ganara el juego), Brett irrumpió en la cocina gritando que Bear Stearns se había desplomado. Bernard, Gracie y yo nos miramos con incompreensión mutua. Brett dijo con desdén: «No sabéis lo que es, ¿verdad?».

Le respondí: «No, pero nos lo vas a decir, ¿no?».

Él dijo con sarcasmo: «Es uno de los bancos americanos de inversión más grandes, uno de los nombres más prestigiosos de Wall Street».

Bernard exclamó: «¡Oh vaya!».

Brett dijo: «No dirás “¡Oh vaya!” cuando las instituciones financieras del mundo se hayan derrumbado y estés causando disturbios en la calle y saqueando Salisbury's [cadena de supermercados británica] para sobrevivir».

Bernard dijo con calma: «Mira, amigo, he alcanzado los tres score [20 años en inglés antiguo]. No estoy para armar alborotos. Prefiero emborracharme tranquilamente y dejarles el saqueo a los jóvenes».

Bernard cogió una carta y la rechazó. Era el Sr. Bun. Me lancé sobre ella como un perro baboso y grité triunfante: «¡He ganado!».

Mientras Brett revisaba los periódicos del domingo y extraía las secciones de negocios, dijo: «La falta de liquidez en el capital global es tan grave como cuando los mercados se congelaron en agosto del año pasado. ¿Hasta dónde llegarán los bancos centrales para apoyar un sistema tan obviamente roto?».

Ninguno de nosotros pudo responder a su pregunta. Se marchó después de decir que tenía un sistema a prueba de fallos, si tan solo pudiera conseguir el capital. ¿Fue mi imaginación o su mirada se posó en el estante de conservas?

Mientras calentaba en el microondas tres pasteles de carne de Morrisons y abría un paquete de guisantes, me preguntaba si Daisy estaría sentada en una mesa de los Campos Elíseos, observando la vida parisina mientras comía caracoles y saboreaba su vino rosado.

Por la tarde, Bernard llevó a Gracie a dar un paseo para ver las campanillas azules en el bosque. Me acosté en la cama y dormí abrazando la almohada de Daisy. Al despertar, encontré un tarro de campanillas azules marchitas sobre la mesa de la cocina, y Bernard me dijo que las finanzas mundiales habían caído un 3% más y que los expertos financieros predecían desempleo masivo y personas sin hogar debido a las ejecuciones hipotecarias. Pronunció estas palabras como si le fueran completamente desconocidas.

Martes 25 de marzo

Esta mañana mi madre llevó a Gracie al colegio, luego volvió y me llevó al hospital para mi tratamiento. Mientras me conectaban a la bomba de infusión, dijo: «Me muero de hambre, voy a la cantina a comprar un bocadillo de queso». Regresó sin sus dos dientes delanteros, tras haber mordido el pan con lo que admitió que fue una «fuerza inusual». Llamó a su dentista del Servicio Nacional de Salud, el Sr. Little, desde el hospital y una recepcionista le dijo que había fallecido hacía cuatro años.

Mi madre dijo, tapándose la boca con la mano: «Necesito una cita urgente».

«Podría conseguirle una cita con el Sr. Sturgeon [Esturión] a las tres», dijo la recepcionista.

Mientras caminábamos hacia el estacionamiento, mi madre dijo: «No puedo mostrar mi cara al mundo hasta que tenga mis dientes postizos». Le dije: «Mamá, estás siendo ridículamente hipersensible». Sin embargo, cuando se descubrió la boca para meter la marcha, se giró hacia mí y sonrió, me llevé un buen susto. Con la luz verde del parasol en su rostro, su cabello desaliñado, sus labios arrugados de fumadora y la falta de dientes, parecía la Malvada Bruja del Oeste.

El Sr. Carlton-Hayes llamó esta tarde y preguntó si Bernard y yo podíamos ayudarlo a catalogar los libros que aún estaban en el almacén. Le dije que mañana por la mañana sería un buen momento.

Al oír esto, Bernard se frotó las manos y dijo: «¡Caramba, chico, estoy deseando tener entre mis manos esas bellezas!», más o menos como reaccionaría cualquier hombre al ser invitado a un bar de striptease.

A menudo pienso que la relación de Bernard con los libros no es del todo sana. Quizás ha sustituido el sexo por los libros y a veces confunde las dos cosas.

Miércoles 26 de marzo

Nunca antes había estado en un depósito de almacenamiento. Era una serie de enormes contenedores. Algunas puertas estaban abiertas cuando pasamos. Algunos parecían contener el contenido de una casa. Uno estaba lleno de maniquíes de tamaño natural que adoptaban diversas poses, mientras que otro estaba repleto de periódicos viejos hasta el techo.

El Sr. Carlton-Hayes y Leslie ya trabajaban metódicamente, colocando los libros con un valor superior a 25 libras en una caja de té y los de más de 50 libras en una pequeña caja de cartón. Después de que Bernard y yo llegáramos, el trabajo se ralentizó.

Leslie dijo: «Bernard, no tenemos tiempo para discutir los méritos de los libros. Estamos aquí esta mañana para ordenarlos según su precio».

Bernard dijo: «No puedo simplemente tocarlos sin darles el valor que merecen, ¿verdad, colega? Quiero decir, no son objetos inanimados, ¿no?».

Leslie dijo: «Pero sí *son* objetos inanimados, Bernard. No pueden ver, ni pensar, ni sentir, ¿verdad?».

El Sr. Carlton-Hayes, que parecía encogerse día a día, dijo: «Sé cómo se siente Bernard. Cada libro parece un ser vivo, y siempre he odiado ver libros guardados en un armario oscuro».

A la hora del almuerzo, hicimos una pausa y fuimos al Hotel Clarendon a tomar algo. Naturalmente, hablamos de libros y librerías, y de hecho, hablamos de repollos y reyes [temas triviales, procede del poema "La morsa y el carpintero" del libro "A través del espejo y lo que Alicia encontró allí" de Lewis Carroll]. Cuando lo mencioné, todos nos reímos. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz.

De camino de vuelta al almacén, empujé al Sr. Carlton-Hayes en su silla de ruedas y le conté sobre Daisy y Hugo Fairfax-Lycett.

El Sr. Carlton-Hayes se giró en su silla de ruedas y dijo: «Mi querido muchacho, ¡qué absolutamente espantoso!. Tienes que recuperarla. Hay un volumen de poesía de John Donne en la caja de más de cincuenta libras».

Pobre Sr. Carlton-Hayes. ¿Honestamente cree que un poeta metafísico del siglo XVII puede competir con una mansión, una cama con dosel y la satisfacción sexual con un apuesto aristócrata?

Al regresar al contenedor, rebuscó dentro de la caja y sacó *Los poemas de amor* de John Donne.

Dijo: «Estos poemas son maravillosamente sensuales. Cuando era joven, siempre estaban cerca de mi cama». Citó de memoria:

Dejad que mis manos errantes vayan
Adelante, detrás, entre, arriba, abajo.
¡Oh, mi América! Mi tierra recién descubierta,
Mi reino, más seguro cuando un solo hombre lo gobierna...

Me entregó el libro y dijo: «Soy pariente lejano de los Fairfax-Lycett. Son mala gente. Hicieron su fortuna transportando esclavos africanos».

Nos llevó a los cuatro hasta las 7:30 de la tarde terminar de ordenar los libros. Justo antes de irnos, el Sr. Carlton-Hayes señaló las cajas de «Valiosos» y dijo: «Adrian, estos son tuyos. Debes considerarlos como tu indemnización por despido».

Me emocioné tanto que apenas pude balbucear mi agradecimiento.

Bernard me dio una palmada en la espalda y dijo: «Te lo mereces, muchacho».

El Sr. Carlton-Hayes dijo: «No me he olvidado de ti, Bernard. Encontrarás algunos de tus favoritos entre ellos. Están marcados con tu nombre».

Cuando mi madre vino a recogernos, llevaba una bufanda que le cubría la parte inferior del rostro. Había ido a ver al Dr. Sturgeon, quien le había dicho que solo atendía pacientes privados. Ponerse dos dientes frontales nuevos le costaría al menos 2.000 libras.

Ella dijo: «No tuve más remedio que decirle que siguiera adelante. El único dentista del Servicio Nacional de Salud que pude encontrar estaba en la Isla de Wight».

Cuando llegamos a casa y se quitó la bufanda, examiné los dientes nuevos. En mi opinión, no se veían bien. Sobresalían con el resto de su boca, un poco como Canary Wharf y la Torre Lloyd's sobre la City de Londres. Cada vez que pronuncia sonidos sibilantes, silba como los pastores de ovejas de la serie *Un hombre y su perro*.

Jueves 27 de marzo

Hoy no tengo energía, me siento mal, tengo la boca irritada y náuseas. Bernard se alarmó y mandó llamar al Dr. Wolfowicz. Cuando entró, me sorprendió su altura y su corpulencia. Había olvidado lo enorme que era. Parecía llenar por completo el umbral de la pequeña habitación.

Después de tomarme la presión arterial y la temperatura, y de alumbrarme los ojos con una linterna, dijo: «No corre peligro inmediato. Sus constantes vitales creo que están bien».

Bernard, que estaba cerca, dijo: «No es él mismo, doctor, ni siquiera puede levantar un libro».

El Dr. Wolfowicz se sentó al borde de la cama, casi aplastándome las piernas bajo las sábanas, ahora apretadas. Me preguntó si había algo más que quisiera decirle. ¿Tenía alguna preocupación?

Le dije que mi esposa me había dejado y que estaba preocupado por la situación financiera mundial.

Me dijo: «La medicina moderna no puede hacer nada por estos desafortunados acontecimientos, Sr. Mole».

Le pregunté si estaba deprimido.

Me respondió: «No lo sé, ¿lo está?».

Le pregunté: «¿Deprimido *clínicamente*?».

Me dijo: «Creo que está triste, pero no pasa nada. Yo también me entristezco cuando pienso en mi patria».

Se quedó mirando una reproducción de *Los comedores de patatas* de Van Gogh, que colgaba en la pared encima de la cama. Me pregunté si estaría pensando en Varsovia y el pan de centeno. Finalmente, me dijo: «Si tu tristeza continúa, le derivaré a nuestro consultor psicológico».

Le comenté que había visto terapeutas antes y que o bien me había enamorado de ellos, o los había aburrido con mis problemas. Le conté sobre mi último terapeuta, que bostezó durante los cincuenta minutos de la sesión. Dijo: «Martha Richards es un caso aparte. Es una buena mujer. Ahora, cuénteme sobre su próstata. ¿Cómo está?»

Sonó como si mi próstata tuviera vida propia, fuera de compras, tuviera una relación.

Le dije: «Espero que se esté reduciendo».

Me respondió: «Ojalá sea así. Tienes que dejarte crecer el pelo para el invierno».

Al irse, me dijo con aire conspirativo: «Sr. Mole, la próxima vez cásase con una mujer fea. Nadie se la quitará, se lo prometo».

Viernes 28 de marzo

Tuve que levantarme de la cama e ir a quimio. Bernard me acompañó porque mi madre se está cortando el pelo en Toni & Guy. No ha ido a la peluquería del pueblo desde que Lawrence le dijo que debería hacerse un “corte de pelo a capas” porque era más “favorecedor para su rostro envejecido”.

Bernard había traído *El factor humano* de Graham Greene para leer en la sala de espera. Se ofreció a entrar en la sala de tratamiento y leerme en voz alta. Le di las gracias, pero le dije que escucharía una grabación de *En nuestro tiempo* de Melvyn Bragg en mi pequeña grabadora Sony.

Me dijo: «Eres un apasionado del desarrollo personal, ¿verdad, muchacho?».

Le respondí: «Debido a la negligencia de mis padres, no tuve una buena educación y me vi obligado a ser autodidacta».

El tipo que me conectó al goteo de quimio era de Filipinas. Le pregunté si llevaba mucho tiempo viviendo en Leicester.

Me dijo: «Por desgracia, llevo catorce años viviendo aquí».

Le pregunté por qué no volvía a casa.

Me dijo: «Mi padre me eligió para que estudiara. Ahora tengo que enviar mi sueldo a casa. Con él mantengo a diecisiete miembros de mi familia».

Más tarde, mientras escuchaba a Melvyn interrogar a un panel de académicos sobre la disolución de los monasterios, reflexioné que vivir en Inglaterra en el siglo XXI era comparable a ganarse la lotería de la vida.

Cuando fui a la sala de espera para encontrarme con Bernard, lo encontré secándose los ojos con un pañuelo blanco mugriento.

Me dijo, levantando su libro: «Tienes que leerlo, muchacho. El héroe del Sr. Greene es tan noble, tan decente, tan jodidamente *inglés*».

Me sorprendió la reciprocidad de nuestros pensamientos.

Llamé a mi madre a su móvil y me dijo que había habido un problema con sus mechas, pero que la peluquería estaba intentando rectificar el error.

Oí un altercado, y luego un hombre con acento australiano dijo por teléfono: «Para que lo sepa, señor, no fue culpa de la peluquería. Su madre mintió sobre haberse hecho una prueba de alergia, y desde entonces ha admitido que se decoloró el pelo en casa hace siete días, por lo tanto, esta peluquería no puede ser responsable del desastre que ahora tiene el cuero cabelludo de su madre».

Pedí ser reconectado con mi madre y le dije: «Mamá, ¿por qué no puedes seguir las reglas?».

Ella respondió: «Están sacando los pies del tiesto por nada. Mi cuero cabelludo siempre reacciona al decolorante. Tengo unas veinticuatro horas agonizantes, luego se calma y empieza a sanar. ¿Cuál es el problema?».

Le pregunté dónde había aparcado el coche.

«En la plaza para discapacitados que hay delante de la tienda», dijo.

Cuando protesté diciendo que esa plaza debería estar reservada para inválidos, me dijo: «Esta mañana me *sentí* como una inválida. Tu padre y yo nos tomamos un par de botellas de White Lightning [aguardiente casero] cada uno anoche».

Más tarde, mientras Dougie Horsefield nos llevaba a casa en su taxi, le pregunté: «Bernard, ¿qué es White Lightning?»

Bernard respondió: «Si ves a un vagabundo que apesta a orina y tiene una herida abierta sobre el puente de la nariz, puedes estar seguro de que White Lightning es su bebida favorita en los bancos del parque».

Dougie se rió y dijo: «Tu madre y tu padre están en una pendiente resbaladiza, Adrian».

En cuanto llegué a casa, me fui directo a la cama. Bernard me trajo hielo para la boca y se ofreció a calentarme una lata de sopa de pollo con fideos.

Me levanté a las diez para ver las noticias de la BBC con Bernard. La nueva Terminal Cinco de Heathrow abrió ayer. La tele mostraba caos, atascos en todo el perímetro, vuelos cancelados, sistema informatizado de gestión de equipajes que no procesaba ningún equipaje, pasajeros a punto de amotinarse, personal escondido en las oficinas.

Bernard suspiró: «Nada ha sido igual desde que nuestros chicos dejaron de usar Brylcreem [marca clásica de brillantina]».

Sábado 29 de marzo

Glenn me llamó esta mañana muy angustiado. Mi madre le había contado que Daisy y yo nos habíamos separado y que ahora vivía con Hugo Fairfax-Lycett.

Me dijo: «Papá, te digo una cosa, este mundo en el que vivimos es un lugar horrible. Cuando llegue a casa, le voy a dar una buena paliza a ese tal Fairfax-Lycett».

Le dije: «La violencia nunca ha solucionado nada».

Me dijo: «Dímelo a mí. Estoy en el jodido Afganistán».

Le pregunté dónde estaba exactamente.

Me contestó: «Estoy refugiado tras el muro de un recinto».

«¿Del sol?», pregunté.

«No, papá», dijo con voz inexpresiva, «no del sol».

Michael Flowers vino a visitarme esta tarde.

Me dijo: «Voy de camino a Fairfax Hall a tomar el té, pero pensé en pasar a saludarte primero». Habló durante una hora entera sobre el UKIP y su líder, Nigel Farage, y añadió: «Espero presentarme como candidato en las próximas elecciones».

Atribuye a la Unión Europea el fracaso de su empresa Orgobeet. Dijo: «La burocracia europea fue lo que me arruinó. Un hombre debería poder vender sus productos sin verse limitado por una legislación absurda en materia de salud y seguridad».

Le pregunté: «Pero, ¿estás seguro, Michael, de que Orgobeet se puede beber con seguridad después de haber estado almacenado durante meses en tu garaje sin refrigeración?».

Gritó: «¡La remolacha es un alimento natural y el jugo contiene compuestos orgánicos que lo mantienen fresco para siempre!». Dijo que esperaba convencer a Fairfax-Lycett para que le permitiera tener un puesto en el torneo de justas medievales que Fairfax Hall organizaba en agosto. Añadió: «He encargado a un artesano que fabrique unas copas rústicas».

Justo antes de irse, dijo: «Qué situación tan incómoda la de Daisy y Hugo».

Bernard dijo: «Es jodidamente desgarrador».

Michael dijo irritado: «Debe haberse ido por alguna razón», y luego me miró con furia como si fuera un maltratador de esposas.

Le dije, con tono amable: «Por cierto, Conchita escribió e invitó a Daisy a visitarla. Al parecer, Arthur, su segundo marido, le provee de carne de cerdo al jefe de policía de la Ciudad de México».

Después vi cinco minutos de *Sexcetera*, pero su contenido me dejó frío.
¿Volveré a tener una vida sexual alguna vez?

A mi órgano

Oh, vieja vara endurecida,
¿Por qué estás ahora tan flácida y fría?
¿Te ha abandonado el deseo?
¿O anhelas liberarte
De la llama fugaz del amor
Tan rápidamente extinguida?
¿Volverás a alzar la cabeza?
Y si la respuesta es «sí», por favor, vara, dime cuándo.

A.A. Mole

Primavera

Martes 1 de abril

Me despertó a las 7 de la mañana un extranjero que me llamó por teléfono. Me dijo que me había conocido en Moscú hacía muchos años. «Me invitaste a quedarme en Inglaterra contigo, ¿sí? Así que traeré a mi esposa e hijos a vivir a tu casa. Por favor, recógeme en el aeropuerto de Heathrow».

Le dije: «Nigel, me has privado de dormir por una broma del Día de los Inocentes que no tiene ninguna gracia».

Nigel dijo: «Mantén el cabello puesto, Moley. Eres un aguafiestas».

Bernard y yo estábamos desayunando esta mañana cuando entró mi madre, rió y nos dijo: «¿Qué tal la extraña pareja?».

Miré la mesa. La mitad de Bernard estaba llena de migas de tostada y manchas de mermelada, había derramado el café sobre el mantel, y su huevo cocido era un desastre de yema y cáscara. Mi mitad de la mesa estaba prístina. No había nada derramado en el mantel y la parte superior de mi huevo cocido había sido removida con precisión quirúrgica. No fui yo quien metió un cuchillo en el tarro de mermelada, lo sacó y lo volvió a poner en la mantequera.

Cuando Bernard se fue a hacer lo que él llama «sus abluciones», mi madre dijo: «¿Cuánto tiempo se va a quedar Bernard contigo? Solo vino para Navidad». Le dije: «No se irá hasta que esté bien». Ella dijo: «¡Dios! Podría quedarse aquí para siempre».

Miércoles 2 de abril

Hoy cumpla CUARENTA años.

¿Qué he hecho con mi vida? He perdido dos esposas, una casa y un apartamento junto al canal, una melena y mi salud.

Las ganancias han sido escasas: dos hijos, una hija, algunas primeras ediciones y un conjunto de obras literarias que nadie publicará ni producirá.

Mis regalos fueron la basura habitual, salvo un cuaderno de notas Moleskine A4 de Smythson, que me llegó por correo de Pandora. A Nigel y a Lance les pareció gracioso mandar una muñeca hinchable de goma con uniforme de sirvienta francesa, entregada por Parcelforce [servicio de mensajería urgente], junto con una tarjeta que decía: «¡Si la estiras bien, te volará la cabeza!».

Le había dicho a mi madre que, debido a mi depresión, no quería ningún tipo de celebración ni fiesta. Estuvo de acuerdo, aunque parecía decepcionada. Pasé el día tranquilamente con Bernard, leyendo los dos y, ocasionalmente, dejando los libros para prepararnos una taza de té.

Sobre las seis entró mi madre. Tenía un aspecto febril y nervioso. Me dijo: «Tu padre quiere llevarte a El Oso a tomar algo por tu cumpleaños».

Le dije que, aunque agradecía la oferta de mi padre, prefería quedarme en casa.

Ella dijo: «No, no puedes quedarte en casa en tu cuadragésimo cumpleaños. No es natural, ¿verdad, Bernard?».

Bernard dijo: «Pasé mi cuadragésimo cumpleaños en un burdel de Marsella, y me contagié de gonorrea de una hermosa moza llamada Lulu».

«¿Ves?», dijo mi madre aprobatoriamente, «¡Bernard sí que sabe divertirse!».

Después de media hora de insistencia, acepté a regañadientes que me llevaran a El Oso y a ponerme “ese precioso traje de Next que nunca te pones”.

El Oso estaba a oscuras cuando entré delante de mis padres, mi hermano y Bernard. Entonces encendieron las luces y se oyó un grito de «¡Feliz cumpleaños!». Me di cuenta de que era el desafortunado destinatario de una fiesta sorpresa.

Mi madre gritó por encima del bullicio: «¡Llevo semanas planeando esto!».

Puse una sonrisa forzada en mi rostro y miré a mi alrededor: una sala llena de caras conocidas. Nigel y Lance estaban sentados en la barra. Wayne Wong salió de la cocina con una bandeja de aperitivos chinos. Marigold y Cerebritito Henderson hablaban con Michael Flowers. Gracie corrió hacia mí y me abrazó las piernas. El Sr. Carlton-Hayes y Leslie estaban sentados juntos en una mesa con tres ancianos a quienes reconocí de vista. (Tom Urquhart me contó después que eran clientes habituales que se habían negado a irse «solo porque era una fiesta privada»). Los Wellbeck estaban de pie bajo una pancarta de plástico que decía «Feliz Cuarenta».

Busqué a Daisy con la mirada, pero no estaba. Sin embargo, sobre las ocho y media, Pandora apareció con un largo abrigo de piel de oveja color crema y botas altas de ante marrón oscuro. Era la primera vez que veía mi cabeza calva, pero ni se inmutó.

Dijo: «La autopista era horrenda. Llena de idiotas en sus cochecitos familiares. Debería haber un carril para gente *seria* como yo».

Le pregunté: «¿No es ese el carril rápido?».

«No», respondió, «no es lo suficientemente rápido».

Un adulator Tom Urquhart le trajo una copa de champán. Ella se la bebió de un trago como si fuera limonada. Urquhart intentó hablarle de la cervecería, que amenazaba con cerrar El Oso.

Él dijo: «Cada día cierran veinte pubs», pero ella lo interrumpió, diciendo: «Estoy aquí a título personal, Tom. ¿Serías tan amable de traerme otra copa de espumoso?». Mientras él volvía corriendo a la barra, ella me miró fijamente con una mirada brillante y dijo: «Quiero que me informes sobre el progreso de esa maldita próstata tuya».

Le dije que el tumor parecía estar disminuyendo y que el oncólogo había dicho que había «motivos para el optimismo».

No parecía impresionada. «Alistair Darling dijo prácticamente lo mismo sobre la economía antes de que la libra se desplomara». Tom Urquhart le ofreció otra copa de champán y ella dijo: «Y ponme al día del ridículo asunto Daisy/Hugo».

Le dije que seguían juntos y que la última vez que había visto a Daisy estaba en la oficina de correos del pueblo, vestida de Dior.

«¡Dior!», exclamó riendo. «¡No en el *campo*! ¡Qué vulgar es *eso*!».

Durante toda nuestra conversación, la gente nos rodeaba, esperando la oportunidad de hablar con Pandora. No me hacía ilusiones: sabía que no era conmigo con quien querían pasar tiempo. Sobre las nueve, se apagaron las luces y mi madre apareció del otro extremo del pub con un gran pastel en forma de libro abierto, decorado con glaseado y cuarenta velas. Después de pedir un deseo en silencio (que Daisy volviera), soplé las velas. Hubo algunos intentos torpes de cantar «porque es un tipo excelente», entonces mi madre dio una palmada y pidió silencio. Se me cayó el alma a los pies. Iba a dar un discurso. Empezó rompiendo a llorar y abanicándose las manos frente a los ojos, algo que aprendió de *Factor X*. Nunca había visto a nadie hacer eso en la vida real. Varias mujeres se acercaron corriendo y le ofrecieron pañuelos y caricias reconfortantes, etc.

Mi padre gritó: «¡Ánimo, Pauline!», y finalmente logró recomponerse.

Empezó de forma bastante convencional: «Gracias a todos por venir y por guardar el secreto a Adrian». Pero entonces la cosa se puso fea. «¡Casi no puedo creer que hayan pasado cuarenta años desde que le di a luz! ¡Dios mío! ¡Nunca había sentido un dolor igual! Fueron treinta y seis horas de agonía insoportable, y no tenía a nadie que me cogiera de la mano ni me masajeara la espalda. A día de hoy no sé dónde estaba George».

Las miradas de desaprobación femeninas se posaron en mi padre.

Él protestó: «Estaba de pesca. Fue mucho antes de los teléfonos móviles».

«Podrías haberte mantenido en contacto», dijo mi madre. «Tu madre tenía un teléfono».

Sin duda para evitar que la conversación empeorara, el Sr. Carlton- Hayes dijo: «¿Puedo decir unas palabras?».

Mi madre asintió, claramente reacia a cederle la palabra.

El Sr. C-H se desplazó en su silla de ruedas hasta quedar frente al pequeño grupo de personas. Dijo, sonriendo: «Intentaré no aburrir. Solo quería decir que Adrian es posiblemente la persona más amable que he tenido el privilegio de conocer. Ya saben, trabajar en una librería puede ser muy duro; parece que atraemos a una clientela un tanto inusual. Adrian siempre fue paciente con nuestros clientes. Recientemente ha sufrido muchos reveses y los ha afrontado de forma magnífica, sin apenas una pizca de autocompasión. ¡Feliz cumpleaños, Adrian!».

Tras los aplausos, mi madre volvió a tomar el protagonismo. «Después de treinta y seis horas de lucha —el tamaño de su cabeza asombró a las parteras— nació. Tras unos meses de llantos inconsolables día y noche, nos dimos cuenta de que le habíamos puesto una tetina del tamaño equivocado en el biberón», rió. «¡No me extraña que no pudiera sacar nada y estuviera perdiendo peso!».

Volvió a reírse al recordar. «Bueno, entonces empezamos a disfrutar de él. A los seis meses ya se sentaba solito».

Pandora murmuró: «¡Dios! ¿Nos va a contar tus jodidos cuarenta años mes a mes?».

Mi madre se echó a llorar varias veces durante su discurso, pero aun así, seguía hablando sin parar. La gente miraba sus relojes. Algunos de los afortunados que estaban cerca de la puerta se escabulleron discretamente. Finalmente, urgido por Pandora, interrumpí a mi madre mientras contaba una especie de anécdota sobre la vez que tenía catorce años y me llevó a urgencias con un avión de juguete pegado a la nariz.

Me levanté y di un breve discurso agradeciendo a mi madre, a Wayne Wong y a la mujer que había hecho el pastel. Más tarde, como estaba cansada, Gracie derramó una lata de Vimto sobre la suave piel de oveja de Pandora. Pandora no se inmutó y se lo tomó a broma, diciendo: «No importa en absoluto, puedo reclamarlo como gastos».

«¿Gastos parlamentarios?», pregunté. «¿No es eso ilegal?».

«Para nada», dijo. «Está dentro de las reglas, nos pagan como a unos jodidos pobres. Los gastos suplementan nuestros míseros salarios».

Le pregunté si el cuaderno Smythson que me había comprado se podía reclamar como gastos.

Ella dijo: «Claro, se considerará material de oficina. Pero si tus escrúpulos no te permiten aceptarlo, con gusto lo aceptaré de vuelta».

Pensé en la lujosa cubierta del molesquín y en las gruesas páginas de tacto satinado. Me visualicé escribiendo algo extraordinario en él: un libro revolucionario. ¿Podríamos el cuaderno de notas Smythson y yo juntos revivir la novela inglesa?

«Me lo quedo», dije.

Mi madre persuadió a Tom Urquhart para que pusiera música por los altavoces del pub. ¡Elegió *Songs for Swingin' Lovers* [Canciones para amantes del swing] de Frank Sinatra!

Bernard Hopkins y la Sra. Lewis-Masters fueron los primeros en salir a la pista. Me asombró la agilidad de sus pies. Nigel y Lance salieron después, lo que desconcertó a algunos de los poco sofisticados clientes de Mangold Parva.

Cuando Pandora me invitó a bailar, le dije: «Sabes que no sé bailar, Pandora».

Me puso en pie y dijo: «¡Tonterías! Uno solo sale a la pista y simula el acto sexual, pero se abstiene de la penetración real».

Le permití que me tomara en brazos y nos movimos un poco por el pequeño espacio frente al bar. Mi madre pasó bailando con Brett, que se rió y le dijo a Pandora: «Esto es lo que se considera una gran noche en provincias».

Jueves 3 de abril

¡ALGO INCREÍBLE!

Anoche, a las diez y media, le dije a Pandora que estaba exhausto y que tenía que irme a casa.

Ella me dijo: «No me apetece volver en coche, ¿puedo quedarme contigo?».

Le dije que Bernard estaba en la habitación de invitados, pero que podía dormir en el sofá.

Acaricié mi cabeza calva y dijo: «No me gustan los sofás, compartiré tu solitario lecho marital, ¿de acuerdo?».

Asentí, incapaz de hablar, porque había olvidado respirar.

Cuando llegamos a casa, había una tarjeta de cumpleaños en el felpudo. Era de Daisy. Un hombre estaba inclinado sobre un puente de piedra fumando en pipa y mirando hacia abajo a un río. Reconocí la tarjeta: llevaba en una estantería de la oficina de correos al menos cuatro años. ¿Por qué Daisy eligió esa tarjeta? Sabe que odio fumar, me ponen nervioso los puentes y me dan miedo las aguas profundas.

Antes de meternos en la cama, Pandora dijo: «Por cierto, Aidy, estoy intentando la abstinencia sexual durante un año». Continuó contándome que la última vez que había tenido relaciones sexuales había sido detrás de la silla del Presidente de la Cámara con un diputado conservador.

«¿Mientras la Cámara de los Comunes estaba reunida?», jadeé.

«No», dijo, «pero me dio tanto asco de mí misma... Quiero decir, ¡un *Tory* [conservador]!».

Me puse el pijama y nos metimos en la cama. Me sentí aliviado de que no hubiera sexo. Mi espíritu estaba dispuesto, pero para mis órganos reproductores, habría sido un puente demasiado lejano.

Bernard me trajo una taza de té a la cama esta mañana. No pareció sorprendido de ver a Pandora allí.

Dijo: «Lo mejor que puedes hacer, granuja. Si te caes de un caballo, te vuelves a subir enseguida y lo cabalgas con fuerza hasta que se le caigan las malditas pezuñas».

Pandora dijo: «¿Me está llamando vieja yegua, Sr. Hopkins?».

Bernard se acarició el mostacho y dijo: «Señora, usted es de pura raza, una potranca hija de la flor y nata de los criadores de caballos de pura sangre».

Antes de irse, Pandora me besó la cabeza y dijo: «He dormido de maravilla, Aidy. Quizás vuelva».

Bernard y yo la observamos desde la ventana mientras se alejaba por el camino de entrada, con sus botas y la piel de oveja manchada, para recoger su coche frente a El Oso.

Bernard suspiró. «Belleza e inteligencia, y muslos con los que podrías partir una nuez», dijo.

Conversación escuchada en la fiesta:

Bernard a Nigel: *«Tuve una breve etapa como homosexual, pero tuve que dejarlo».*

«George Mole no es sordo, Wendy. Simplemente elige no oírte».

Viernes 4 de abril

Tratamiento. Enfermo varias veces.

Sábado 5 de abril

Dormí hasta el mediodía. Gracie fue al Parque Safari de Longleat con Daisy y HFL.

Domingo 6 de abril

Me levanté, me duché, me afeité y me comí un Weetabix (¿o debería decir Weetabi?). Vi el relevo de la antorcha olímpica por Londres, flanqueado por diez guardias de seguridad chinos y dos policías metropolitanos. La portaban famosos de los que Bernard y yo nunca habíamos oído hablar.

En Downing Street, el Sr. Brown salió a ver la llama. Sin embargo, no la tocó.

Bernard dijo: «Al tocarla, colega, habría consentido la ocupación del Tíbet y habría dado su bendición a la masacre de la Plaza de Tiananmén».

Estoy muy preocupado por los Juegos Olímpicos. Me refiero al Estadio de Wembley y a la Terminal Cinco, que aún no funciona. ¿Se reirá el mundo de nosotros en 2012?

Por la tarde me sentí lo suficientemente bien como para caminar hasta el bosque más cercano a nuestra casa. Bernard me acompañó. El suelo estaba salpicado de brillantes flores amarillas que asomaban entre las hojas secas.

Bernard dijo: «¡Celidonias! Te hacen sentir que no todo está perdido, ¿verdad, muchacho?».

Lunes 7 de abril

Princesa Diana: últimas noticias.

El jurado de la investigación emitió un veredicto mayoritario de nueve a dos. Declararon al Duque de Edimburgo no culpable del asesinato de la Princesa Diana. Me sentí un poco decepcionado, parece totalmente capaz de asesinar. ¿Es descabellado pensar que el duque se infiltró en Francia y, disfrazado, alquiló un coche —quizás un Fiat Uno— y forzó al coche de Diana a salirse de la carretera y estrellarse contra la pared del túnel, para luego escapar de vuelta a Inglaterra? ¿Puede justificar todos sus movimientos esa noche?

Martes 8 de abril

Tratamiento.

Resultados de los análisis de sangre. La Dra. Rubik dijo que mis niveles de PSA habían bajado, lo que indica que la quimio está funcionando. Sin embargo, le preocupa mi peso. Le comenté que tenía poco apetito.

Me dijo: «Pídele a tu esposa que te tiente con pequeñas cantidades de tus comidas favoritas».

Le dije que no vivía con mi esposa y que mi cuidador principal era Bernard Hopkins.

Arqueó las cejas, pero no hizo ningún comentario.

Le dije: «Bernard y yo solo somos buenos amigos».

Me dijo: «No es asunto mío. No tienes que explicarme tus acuerdos de convivencia, Adrian».

Le dije: «Pero creo que me has malentendido...»

Ella interrumpió: «En realidad no me concierne. Obviamente te está haciendo bien, y eso es lo único que me importa».

La próxima vez que vea a la Dra. Rubik, llevaré a Bernard conmigo. Quizás entonces se dé cuenta de que la idea de que él y yo podamos ser algo más que amigos es risible.

Miércoles 9 de abril

Bernard lleva desaparecido desde el desayuno. Mi madre vino con una sopa de pollo que había preparado ella misma. Mientras comía, me contó que corría el rumor en el pueblo de que le estaba siendo infiel a la Sra. Lewis-Masters.

Me indigné. Dije: «¿Es que estos entrometidos de mente estrecha no pueden aceptar que existe la amistad entre un hombre y una mujer?».

Mi madre me miró con incredulidad y dijo: «Yo nunca lo he conseguido, siempre he tenido problemas con los límites».

Le dije: «Pero Bernard es un anciano, y ella también».

Mi madre dijo: «Des O'Connor tuvo un hijo y es un anciano».

Le dije: «Pero la Sra. Lewis-Masters es una mujer refinada».

«No es tan refinada», dijo mi madre. Tomó mi tazón de sopa vacío y lo lavó bajo el grifo de agua caliente. Había algo en la postura de sus hombros que indicaba que tenía más que contar. Y no tardó en hacerlo. Mientras secaba el tazón, se giró y dijo: «La refinada Sra. Lewis-Masters tiene un hijo ilegítimo en Tombuctú. Su padre es un africano rico... rico en camellos, quiero decir».

«¿Y quién te lo contó?», pregunté.

«Wendy Wellbeck», murmuró, aunque no había nadie cerca.

«El hijo no para de escribirle diciéndole que quiere reunirse con ella en Inglaterra; al parecer, tiene una letra preciosa».

Dije: «Wendy Wellbeck podría acabar en prisión por interceptar el Correo Real».

Esperé despierto a Bernard. Cuando entró, a las 11:35, le pregunté si había estado con la Sra. Lewis-Masters.

Dijo: «¡Colega, estás viendo al hombre más feliz del mundo! ¡Le pedí matrimonio a Dorothea esta noche y dijo que sí!». Sonrió, mostrando sus dientes manchados de tabaco. «Claro, hay condiciones. Tengo que afeitarme el mostacho. Es una pena, pero así es. No puedo tomar alcohol hasta la hora del almuerzo, y no debo molestarla para tener sexo más de dos veces por semana. Ah, y tengo que arreglarme un poco en general».

Le pregunté: «¿Y cuándo os casáis Dorothea y tú?».

Bernard respondió: «Oh, dentro de muchos años. Me mudaré con la señora. Será un lugar confortable».

Diario, debería haberme alegrado por él, pero solo sentí celos. Sin embargo, le dije: «Felicidades, Bernard». Quería que me quedara despierto y brindara por su felicidad, pero usé la excusa del cáncer y me fui a la cama. Mientras yacía despierto en la oscuridad, me pregunté si Bernard sabía que sería padrastro de un hombre de mediana edad en Tombuctú.

Reflexioné que nadie conoce realmente a nadie y que la vida de cada persona es un misterio.

Jueves 10 de abril

Día de terapia.

Mi madre me llevó a la consulta esta mañana. Al pasar la escuela, vimos a un grupo de mujeres corpulentas de mediana edad manifestándose fuera de la puerta de la escuela. Algunas agitaban pancartas. Una decía: «GORDON BROWN NOS HA HUMILLADO». Otra: «IMPUESTO MÁXIMO DE DIEZ PENIQUES».

Mi madre saludó y tocó el claxon en señal de apoyo. Ella dijo: «Gordon debe haberse vuelto loco. ¿Por qué hace que las cocineras de comedor paguen más impuestos?»

Le dije: «No puedo hablar de política contigo. La quimioterapia ha neutralizado mis opiniones políticas, ya no puedo ver una diferencia entre los principales partidos».

Cuando estacionamos afuera de la consulta, le pedí que me recogiera en una hora.

Antes de partir, dijo: «Cuando hablas con Martha sobre tu depresión, no me culparás, ¿verdad? Solo la conozco un poco de «Movilidad en Silla de Ruedas»; su madre forma parte del equipo de formación latinoamericano».

Martha se rió cuando le conté lo que mi madre había dicho, y después de unos minutos me sentí completamente relajado en su compañía. Mi silla de IKEA y el reposapiés a juego eran increíblemente confortables. Me gustaba la decoración marinera de la habitación. La vela aromática sobre la pequeña repisa blanca de la chimenea ardía en un candelabro con forma de faro. A mi alcance, sobre una mesa de centro desgastada, había una jarra de agua, un vaso y una caja de pañuelos de papel de colores pastel. Reconocí algunas de las fotografías enmarcadas en las paredes. «Martin Parr», dije. «Solíamos vender sus libros». Nos quedamos mirando una fotografía de una pareja de ancianos sentados uno frente al otro en un café junto al mar. Se les veía incómodos y no hablaban.

Capturaba la desolación de envejecer y de no tener nada más que decir. Sentí un nudo en la garganta y, para mi horror, las lágrimas comenzaron a acumularse.

Al final de la sesión, la caja de pañuelos estaba casi vacía y la papelera medio llena de pañuelos húmedos.

Mientras estábamos en la puerta, Martha dijo: «Estás deprimido por muy buenas razones, Adrian. Quizás la semana que viene podamos hablar de verdad».

Le aseguré que no estaría sollozando durante los cincuenta minutos completos la semana que viene y salí, cerrando la puerta en silencio tras de mí.

Me gustan las mujeres como ella. No tiene las muñecas y los tobillos delgados que busco, pero tiene el pelo castaño rizado y un rostro de aspecto clásico. Iba envuelta en capas de diferentes tonos de gris, así que era imposible juzgar su figura.

Cuando subí al coche, le pregunté a mi madre qué sabía de Martha.

«Tiene hijos mayores», dijo, «y su marido murió en una avalancha».

«Qué desafortunado», dije.

«Sí, pero es una forma de morir con clase, ¿no?».

Dijo: «Depende de en qué estación de esquí haya muerto. Algunas son simplemente un Blackpool [Charco negro, localidad de vacaciones tipo Benidorm] bajo cero».

«Eres un snob de mierda», murmuró.

«Tú eres de las que llama a las hierbas "yerbas". Y no eres francesa, ¿verdad?».

Recorrimos el resto del camino a casa en silencio.

Antes de bajar del coche, dijo: «¿No me vas a contar qué pasó en tu sesión de terapia?».

Le dije: «No».

Me gritó: «Bueno, espero que no *me* estés culpando. Puede que te haya rechazado durante tu primer año, pero he intentado compensarlo, ¿no?».

Volví al coche. «¿Qué quieres decir con "rechazarme"?»., pregunté.

Me dijo con tristeza: «Cuando la comadrona te entregó, te devolví. No podía mirarte; no sabía qué hacer contigo. Nunca había cogido en brazos a un bebé recién nacido. Tenía grandes planes para mí misma».

Le pregunté: «Entonces, ¿quién se *ocupó* de mí?».

«Tu padre», respondió. «Se tomó un año libre. Muchos hombres se habrían largado; otros lo llamaban el gran Jessie [nenaza]. Los hombres no tenían nada que ver con los bebés en aquellos tiempos».

Al entrar en la casa, pensé que tendría mucho que contarle a Martha en nuestra próxima sesión.

Viernes 11 de abril

¡El Oso ha cerrado!

Sí, Diario, nuestro antiguo pub, cuyo nombre y ubicación conmemoran el tiempo en que Mangold Parva era el epicentro de las peleas de osos, ha sido clausurado por la empresa inmobiliaria propietaria. Los Urquhart ya se han marchado a Kirkby New Town para trabajar como gerentes interinos en un pub que apareció en la serie de televisión *Los pubs más duros de Gran Bretaña*.

Esta triste noticia nos la dio Justine, del Centro de Terapia Equina. Frenó bruscamente a su caballo y se detuvo en el camino. Irónicamente, íbamos de camino a El Oso para tomar algo con Bernard y la Sra. Lewis-Masters.

«Bien merecido se lo tienen los Urquhart», dijo mi padre. «La pendiente de esa rampa para el baño de discapacitados era tan empinada que necesitabas oxígeno para llegar a la cima».

Mi madre dijo: «Es una tragedia para el pueblo. Ya no queda ningún sitio donde puedas emborracharte en público y volver a casa andando».

Justine dijo: «Celebré mi compromiso, mi matrimonio y mi divorcio allí». Su gran caballo negro comenzó a sacudir la cabeza de un lado a otro y a mover los menudillos, o como se llamen las patas de los caballos. Justine gritó: «¡Compórtate, Satán!».

Pregunté: «¿Es uno de tus clientes?».

Justine sometió al caballo con una patada y dijo: «Mis clientes son *personas* estresadas e infelices. Los caballos les ayudan a recuperar su equilibrio».

Le dije: «Pensé que curabas caballos».

Ella se rió y dijo: «Estamos llenos de casos lamentables del sector industrial financiero en este momento».

Le pregunté: «¿Así que los amos del universo están limpiando tus establos?».

«¡Sí!», exclamó riendo, «¡y pagan una barbaridad por ello!».

Cuando ella y Satán se marcharon al trote, mi padre dijo con amargura: «¡Menudo desperdicio de dinero! Preséntale un caballo a un ricachón chiflado, dale una pala y deja que se las apañe solo».

Cuando llegamos a El Oso, encontramos a un pequeño grupo desconsolado junto a la puerta principal cerrada con llave, Bernard y la Sra. Lewis-Masters estaban entre ellos. Me conmovió mucho verlos cogidos de la mano.

Bernard dijo: «La pobre Inglaterra está siendo atacada de nuevo. La diferencia es que esta vez el enemigo no es la Luftwaffe, ¡es nuestro propio gobierno!».

Se oyó un murmullo de aprobación entre la multitud. Uno de los antiguos clientes habituales soltó: «¡Deberíamos hacer algo al respecto!».

 La multitud asintió con entusiasmo. Sin embargo, tras unos instantes de murmullos inconexos, nos distanciamos y cada uno siguió su camino.

Cuando llegamos a casa, le dije a mi madre que quería pasar un rato a solas con mi padre. Lo traje después de la cena. Ya le había puesto el pijama, le había lavado los dientes y le había peinado lo que le queda de pelo. Parecía un niño desaliñado..

Me dijo: «¿Qué pasa? Me estoy perdiendo mis programas».

Le dije: «Quería darte las gracias por lo que hiciste cuando era bebé. Mamá me dijo que no podía con todo».

Mi padre buscó a tientas sus cigarrillos en la chaqueta del pijama. Exhalando humo, dijo: «Tu madre era muy excitable, hijo». Frunció el ceño. «Has estado en Norfolk, has visto esos cielos enormes y horribles, esa tierra que se extiende hasta el infinito... imagínate vivir allí, en medio de un campo de patatas, sin una tele». Se estremeció. «¿Te extraña que tu madre estuviera mal de los nervios?».

«Bueno, gracias, papá», dije, y le di una palmadita en el hombro.

«De nada», dijo. «Me caíste bien enseguida, y sabía que tu madre te acabaría aceptando».

Lunes 14 de abril

Tuve a Gracie después de la escuela. Le preparé su comida favorita: maíz a la parrilla, cubos de queso Red Leicester y cebollas encurtidas. No me importa consentirla ahora que ya no es mi responsabilidad a tiempo completo. Dejaré que Daisy se las arregle para que la niña tome las vitaminas y minerales que necesita.

Fairfax-Lycett vino a recogerla. Diario, ¿era necesario que Gracie se alegrara tanto de verlo?

Martes 15 de abril

Preocupado por el dinero. La prestación por enfermedad no cubre mi parte de la hipoteca, y Bernard pronto se irá, junto con su pensión.

Estaba sentado escribiendo junto a la ventana del salón cuando vi a Simon, el vicario, entrar en nuestro camino de entrada. Llovía y se refugiaba bajo un enorme paraguas negro. Se me cayó el alma a los pies. Simon es de esas personas que te hacen bostezar antes de que abra la boca.

No paraba de quejarse sobre dónde podía dejar su paraguas chorreante y su abrigo mojado. Cuando todo eso se solucionó, dijo: «Llevo un rato queriendo hablar contigo».

Lo invité a pasar a la cocina y puse la tetera al fuego. Me dijo: «¿Sabes que el tejado de la iglesia está en una condición peligrosa y necesita ser reemplazado por completo?».

Le dije: «Antes de que sigas, Simon, soy un ateo sin un céntimo».

Me respondió: «No, no, no es dinero lo que quiero de ti. Ya es demasiado tarde para eso. El obispo ha recibido tres presupuestos y todos son desorbitados. Así que me temo que la iglesia de San Botolph será desacralizada y puesta a la venta en el mercado».

«¡No!», dije. «¡No puede ser un proyecto del programa *Grandes Diseños*! Es tan absolutamente hermosa: las vidrieras, las losas desgastadas, ¡ese olor a antiguo!».

Simon dijo con tristeza: «La pequeña congregación, las tuberías congeladas en invierno, los productos de la Fiesta de la Cosecha que consisten en latas viejas del fondo de la despensa».

Me sonrojé un poco al oír esto, recordando que habíamos enviado a Gracie a la última Fiesta de la Cosecha con una lata de hojas de parra rellenas que habíamos comprado en el Aeropuerto de Atenas antes de que naciera.

Él dijo: «Quería avisarte porque sé que tienes el firme deseo de ser enterrado en St Botolph's...».

Le aseguré que buscaría otro lugar de descanso cuando llegara el momento y le agradecí su consideración al avisarme.

Cuando le dije a Bernard que St Botolph's iba a cerrar, me dijo: «Qué pena. Como sabes, colega, soy un agnóstico a capa y espada, pero St Botolph's era un lugar estupendo para sentarse a reflexionar tranquilamente». Encendió un cigarrillo y dijo: «A veces hablo con ese pobre hombre, Jesús, colgado ahí en esa cruz espantosa». Le pregunté: «¿Qué le dices?». Bernard respondió: «Normalmente le digo: "Ánimo, colega"».

Miércoles 16 de abril

Un sol radiante y un cielo azul celeste. Caminé hasta el final del camino de entrada y unos veinticinco metros por Gibbet Lane. Los setos estaban repletos de la vista y el aroma del espino blanco y rosa. Los pájaros hacían mucho ruido y estaban ocupados haciendo algo en los árboles. La hierba junto al arcén se mecía con la brisa junto con flores silvestres sin identificar. Encontré un palo largo, lo usé para ayudarme a regresar y luego, al llegar a casa, me senté afuera y *observé* detenidamente el terreno que rodeaba las pocilgas. Hay muchísimo. Sentí un impulso primigenio de cultivar la tierra. Esto nunca me había pasado antes. Algunas de mis horas más angustiosas de adolescente las pasé en viveros, arrastrándome detrás de mi madre mientras empujaba un ruidoso carrito de metal contra las piernas de los inocentes clientes que pasaban.

Jueves 17 de abril

Paseé por el perímetro de nuestra propiedad con Bernard. Nos sentamos junto al pequeño arroyo, sobre el tronco de un árbol caído, mientras Bernard fumaba un cigarrillo. Siempre había considerado el arroyo una molestia, algo que me causaba ansiedad por las inundaciones, un peligro para Gracie y una carga para el seguro de la casa. Pero al observar el agua cristalina correr sobre el lecho pedregoso, me di cuenta de que era todo lo contrario. Mi pequeño arroyo era un tesoro. Se lo comenté a Bernard.

Se agachó y recogió un poco de agua con las manos ahuecadas. «Es néctar, colega», dijo, «deja en la sombra a esas bebidas de marca». Me sirvió un poco. Tenía un ligero sabor a nicotina.

Viernes 18 de abril

Dormí toda la noche abrazando la vieja chaqueta acolchada de Daisy. Huele a ella: una mezcla de perfume y humo rancio de cigarrillo. Me desperté esta mañana y encontré la chaqueta en el suelo, olía a tocino friéndose, así que supe que Bernard ya estaba despierto. Fui al baño y me miré en el espejo sobre el lavabo. Mi gemelo fantasmal me devolvió la mirada. Tenía el rostro pálido y demacrado, y la cabeza calva. Sus ojos eran manchas oscuras. Dije en voz alta: «Daisy, Daisy, Daisy».

Cuando entré en la cocina, Bernard estaba junto al fogón, removiendo el tocino en la sartén con una cucharilla. Con la otra mano leía un libro, *Fuera del bosque: La guía de los árboles para principiantes*.

«Después del desayuno, colega, daremos una vuelta por el perímetro del terreno y catalogaremos los árboles», dijo.

De repente, me di cuenta de que era importante saber la edad de Bernard. Le pregunté.

«Nací el dos del nueve de mil novecientos cuarenta y seis», respondió sin dudar. «¿Por qué quieres saberlo, viejo amigo?»

Apenas pude decirle la verdad —que temía que muriera pronto—, así que le dije: «Tienes la misma edad de Joanna Lumley [la alcohólica co-protagonista de la serie “Absolutamente fabulosas”]».

Él dijo: «Campeón».

P.M.

Aparte del horrible ciprés leylandii, que pienso talar en algún momento en un futuro, tenemos treinta y nueve árboles de hoja caduca maduros.

«Todos ingleses nativos, colega», dijo Bernard con orgullo.

Sábado 19 de abril

Boda de Nigel y Lance

Caminamos hasta Fairfax Hall con mi madre, que empujaba a mi padre en su silla de ruedas. Se quejó de que si Dios hubiera querido que dos hombres se casaran, habría casado a Jesús con Juan el Bautista. Mi madre y yo intercambiamos una mirada preocupada. Últimamente no para de hacer constantemente referencias religiosas. ¿Es un signo de senilidad? ¿Pronto se engañará a sí mismo creyendo que estamos en 1953 y demandará que le sirvan el té en su taza de la Coronación?

Tuvimos que parar varias veces para descansar y nos alegramos cuando divisamos Fairfax Hall entre los árboles. Llegamos justo a tiempo para ver llegar a Nigel y Lance en una limusina con chófer. Se veían muy bien con sus trajes azul pálido a juego, pero noté que Nigel estaba de mal humor. Cuando le pregunté por qué, me dijo que a las siete y media de la mañana Lance tuvo los “pies fríos” [se había echado atrás] y quería cancelar la boda.

Lance exclamó con voz chillona: «Dile *por qué*».

Nigel tiró del arnés de su perro guía y espetó: «Solo te dije que no te quedaras en el altar con la boca abierta. ¡Parece que vives en una residencia de ancianos!».

«¿Cómo sabes cuándo tiene la boca abierta?», pregunté.

Nigel espetó: «¡Puedo oírlo respirar! ¡Le pedí que se hiciera una cirugía de adenoides antes de la boda!».

Fue un momento incómodo, pero mi madre tomó las riendas y les contó que había perdido los nervios la mañana de su boda. Dijo: «La noche anterior, George me dijo que no quería tener hijos. Dijo que los hijos arruinaban la vida sexual y destrozaban la figura de una mujer». Mi padre dijo: «Y tenía razón, ¿verdad, Pauline?». Mi madre dijo en voz baja: «Lo que no sabía era que ya estaba preñada de Adrian».

La ceremonia fue oficiada por un registrador paternal que nos contó que era el primer matrimonio civil celebrado en Fairfax Hall. Me pareció un poco demasiado sentimental para mi gusto.

Borbotó: «Cada uno de ustedes tiene un corazón que late como las alas de un pajarito, pero al unirse en matrimonio tendrán el fuerte corazón de un águila, y como esa noble criatura, ¡volarán juntos hacia el cielo!».

Personalmente, no habría dejado al perro a cargo de los anillos. Yo era el padrino y esa debería haber sido mi responsabilidad. No fue agradable ver al perro gruñendo y mostrando los dientes cuando varias personas intentaban sacar los anillos de la bolsita de oro que llevaba al cuello.

En un momento de la ceremonia tuve que apartar la mirada: la respiración agitada y nasal de Lance, junto con la expresión de idiotez en su rostro, eran insoportables. Podía ver la vena de la sien de Nigel palpitando como un gusano convulsionado.

Al girarme, vi a Daisy, con su traje negro, de pie al fondo, sosteniendo un portapapeles. Me dedicó una media sonrisa y apartó la mirada. Estaba sumamente orgulloso de mi esposa. Era su primera boda en Fairfax Hall y lo había organizado todo a la perfección. No era fácil cuando la mitad de los invitados eran hombres gays con estándares muy exigentes.

Cuando me puse de pie en la recepción para dar mi discurso como padrino, recibí una ovación de pie. Me tomó completamente por sorpresa.

Nigel murmuró a mi lado: «Están aplaudiendo el cáncer, Moley, y el hecho de que tu esposa se haya escapado. No tiene nada que ver contigo».

Mantuve el discurso breve pero humorístico, diciendo que Nigel era el único chico de la escuela que se ponía crema hidratante antes de salir al campo de fútbol. También leí en voz alta un mensaje de texto de Pandora.

Lo siento, no puedo estar allí, estoy en la Ciudad Prohibida. Toneladas de cariño para el Sr. y la Sra. Nigel y Lance. Pandora.

Les comenté a los invitados: «Con “Ciudad Prohibida”, Pandora no se refiere a Liverpool. Está al frente de una delegación comercial en China». Mi madre se rió, pero no mucha gente se unió a ella.

Domingo 20 de abril

Pasé la mañana con Gracie, coloreando en la mesa de la cocina. Ella dibujaba una sucesión de princesas, yo dibujaba mi jardín ideal. Bernard nos preparó su desayuno completo. Gracie me pidió una servilleta antes de empezar a comer. Cuando le di un trozo de papel de cocina, frunció el ceño y dijo: «¿No tienes servilletas de verdad?».

Por la tarde la llevé a ver el arroyo, y le permití quitarse los calcetines y los zapatos para chapotear en el agua, que le llegaba hasta los tobillos. Hicimos una presa con algunas piedras lisas del fondo.

Cuando Daisy vino a recogerla, le dije: «Pareces cansada».

Ella dijo: «Estoy trabajando catorce horas al día».

Le dije: «Espero que te esté pagando bien».

Ella contestó: «No cobramos un sueldo, todo lo que ganamos lo reinvertimos en el negocio».

¡Así que está empleando a mi esposa a cambio de nada!

Lunes 21 de abril

Mi madre tiene una reunión en Leicester con una editora de adquisiciones de Libros Melancólicos S.L. para hablar de *Una chica llamada «Mierda»*.

Me dijo: «Quieren cambiar el título, pero les he dicho que se queda en *Una chica llamada «Mierda»* o nada».

P.M.

Mi madre regresa de la reunión. Su libro se titulará *La hija del granjero de patatas*.

Le pregunté si le gustaría mostrarles a Libros Melancólicos algunos de mis trabajos inéditos. Aceptó, pero podría haberse mostrado más entusiasta.

Martes 22 de abril

Mi padre llamó desde la casa de al lado y me pidió que le llevara «esa lata de frijoles».

Le pregunté: «¿Para qué la quieres?».

Me respondió: «¿Qué es esto, un interrogatorio? ¿Acaso trabajas para la maldita CIA ahora?».

Una reacción exagerada y ridícula ante una simple pregunta. Llevé la lata de frijoles. Mi padre estaba allí con Brett. Mi madre no, pero había pegado una hoja de papel A4 en la puerta del refrigerador y había escrito con enormes letras negras:

¡GEORGE! ¡NO TOMES NINGUNA DECISIÓN SIN MÍ!

Le llamé la atención sobre el aviso.

«He decidido ignorarlo», dijo desafiante.

Brett dijo: «Me ha indignado cómo la supuesta familia de papá lo ha tratado. Intenta ver más allá de la silla de ruedas, Adrian. Papá es perfectamente capaz de tomar decisiones, es un hombre inteligente».

Le pregunté: «¿Es por eso que cree que los actores de *Coronation Street* [Calle Coronación] se inventan sus propios diálogos?».

Jueves 24 de abril

¿Por qué últimamente todo el mundo usa la palabra «inaceptable»? Una mujer airada llamó esta mañana al programa Cinco Directo y dijo que era «completamente inaceptable que los bancos estuvieran jugando con nuestro dinero».

Esta noche, en Midlands Orientales Hoy, tras un inquietante reportaje sobre un cadáver mutilado encontrado en un contenedor de basura en un suburbio de Nottingham, un policía declaró: «Esta es una zona residencial tranquila y, por lo tanto, este crimen es totalmente inaceptable».

Un vecino entrevistado en la calle comentó: «Me di cuenta de que el contenedor llevaba tres días en la acera, lo cual es obviamente inaceptable».

Sábado 26 de abril

Esta tarde vi a Bernard corriendo por la entrada de casa. Me vio en la ventana y agitó lo que resultó ser un anuario del Oso Rupert [personaje de cómic creado por Mary Tourtel en 1920] por encima de su cabeza. En cuanto vi la portada, supe por qué Bernard estaba corriendo. El Rupert era la edición marrón de 1973.

Ese año, la editorial cambió el color de Rupert a blanco después de que solo se imprimieran unos pocos ejemplares marrones. Por consiguiente, esas raras ediciones marrones de Rupert son el Santo Grial de los librerías.

Bernard dijo: «Lo encontré en la venta de artículos usados del vicario. Estaba buscando unos pantalones decentes cuando lo vi. Está impecable, parece que nunca se ha abierto».

Me lo entregó, estaba en prístinas condiciones.

«Quienquiera que fuera quien se lo diera, seguro que compartía mi opinión sobre el joven Maestro Oso», dijo Bernard.

«¿Cuál es?», pregunté.

«Bueno, era un poco degenerado, ¿no? Ese oso tenía una seria adicción a las drogas. Yo diría que a los alucinógenos, ¿no crees?».

Hojeó cuidadosamente las páginas. Rupert parecía estar viviendo aventuras cada vez más extrañas, en lo que solo podría describirse como paisajes dalinianos.

Entré en la página web de los librereros y comencé a introducir la información. «¿Cuánto pagaste por él?», pregunté mientras escribía.

«La vieja detrás de la mesa solo pidió noventa peniques por el anuario de Rupert, un par de pantalones de sarga de caballería y una corbata regimental», dijo.

Cuando vi por cuánto se había vendido en subasta el último ejemplar de Rupert marrón de 1973, le dije a Bernard: «Si tomas pastillas para el corazón, tómate una ahora mismo... ¡dieciséis mil libras!».

Bernard se sentó y encendió un cigarrillo. Dijo: «No puede ser verdad, siempre era el último en la fila cuando la Diosa Fortuna venía a visitarme».

Le ofrecí una copa para celebrarlo, pero dijo: «Mejor no, estoy dejándolo».

Nos dimos una palmada en la espalda, como buenos hombres. Le hice envolver elpreciado libro en un paño de cocina y meterlo en una bolsa.

Dijo: «Te debo alojamiento y comida desde Navidad».

Protesté diciéndole que me había pagado algo de su pensión cada semana.

«Entonces debería comprarte algo para tu terreno», dijo, «colega».

Llamé al Sr. Carlton-Hayes y le hablé del anuario marrón de Rupert de 1973.

Se quedó boquiabierto y dijo que conocía a un coleccionista en América que estaría «encantado» de completar su colección.

Le pregunté cómo estaba Leslie.

Tras una breve pausa, dijo: «Leslie está extremadamente bien, ¿y cómo estás tú, querido?».

Le dije que me sentía mejor y que estaba dedicando mucho tiempo a cultivar mi tierra.

Me preguntó: «Supongo que has leído *Walden* de Thoreau, ¿verdad?».

Le respondí: «Lo tengo en mi mesita de noche».

Después de colgar el teléfono, Bernard me preguntó: «¿Te animas a ordenar los libros que nos dio el Sr. C-H?».

Le dije que sí.

Así que pasamos la tarde revisando las cajas de libros de valor moderado de la tienda. Después de seleccionar los que queríamos conservar, acordamos vender el resto por internet.

«Bueno, colega, ya podemos volver a llamarnos librereros», dijo Bernard.

Domingo 27 de abril

¡Brett lleva dos días desaparecido! Me temo que la lata de alubias y su ausencia no tienen nada que ver.

Mi madre cree que la lata de alubias sigue en la despensa. Mi padre me ha rogado que no le diga nada.

Le pregunté cuántas alubias había en la lata.

Me dijo: «Demasiadas».

Lunes 28 de abril

Estaba en la oficina de correos con un paquete para Glenn en Afganistán (una caja de zapatos llena de calcetines, pasta de dientes, caramelos de frutas, gusanitos, un dibujo de Gracie, una carta de mi madre, crema de afeitar, galletas Ritz y un pastel de carne Walker) cuando Kathleen Boldry, una de las cocineras más militantes, entró con una petición que condenaba la decisión del Ayuntamiento de conceder el permiso de construcción para un parque safari en los terrenos de Fairfax Hall.

Wendy Wellbeck dijo: «Ninguno de nosotros estará a salvo en su cama con leones y tigres sueltos».

«¡Y piensen en el tráfico!», dijo una cara de disgusto en la cola.

«He oído que va a haber jirafas», dije.

«¡Jirafas!», exclamó la cola al unísono.

La señora Golightly dijo: «No queremos jirafas en el pueblo con sus largos cuellos asomándose por encima de nuestros setos».

«¡Esto no es África!», exclamó un anciano encorvado.

Tony Wellbeck dijo: «Deberíamos marchar hasta Fairfax Hall y decirle a Fairfax-Lycett que el pueblo está en contra».

Dije: «Sería mucho más efectivo marchar de noche, con antorchas encendidas».

Para mi alarma, mi sugerencia recibió un apoyo incondicional. El tipo encorvado comentó que había estado a cargo de fabricar antorchas encendidas cuando era el encargado de la utilería para la función nocturna al aire libre de *El Fantasma de la Ópera* de los Mangold Players, que se celebraba en el foso del Fairfax Hall y sus alrededores.

Pensando en Gracie y Daisy, dije: «Sugiero que no incendiemos el salón».

Algunos exaltados en la fila estaban a favor de una política de tierra quemada, pero Tony Wellbeck los convenció de lo contrario. Acordamos encontrarnos a las 8 de la mañana en el césped frente a El Oso.

Tony Wellbeck dijo: «Son las veinte horas, revisen sus relojes».

Cuando la cola se dispersó, me di cuenta de que los estantes estaban vacíos y que los folletos del gobierno advirtiéndonos sobre todos los aspectos de nuestra vida habían desaparecido. Al comentar esto, Wendy Wellbeck dijo: «Estamos en liquidación, hemos presentado una apelación, pero no tenemos muchas esperanzas».

Les dije que tenía mucha influencia con Pandora Braithwaite, nuestra Miembro del Parlamento.

Wendy Wellbeck dijo: «Sí, habíamos oído que te la estabas tirando».

Tony dijo enfadado: «¡Wendy! Sé que estás preocupada, pero no hay necesidad de bajar la guardia y usar un lenguaje tan ofensivo con un cliente valioso».

Wendy dijo: «Lo siento, Sr. Mole. Últimamente no estamos bien. Este lugar es nuestro sustento y nuestro hogar».

Lo que iba a ser una delegación de manifestantes de Mangold Parva con antorchas creció gracias a internet hasta incluir a grupos como: el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF), Acción contra la Pobreza Infantil, la Liga para la Protección del Tejón, Pueblo Contra los Zoos (PAZ), el Partido Socialista de los Trabajadores, Amigos de las Jirafas (Reino Unido), Alianza de Contribuyentes (Sección de Leicester), Ayuda a la Vida Salvaje, el Grupo de Murciélagos de Leicester, Galgos Necesitados, Fundación Mundial para los Loros y Concienciación sobre los Tigres.

Los manifestantes comenzaron a llegar a última hora de la tarde. Poco después, los coches estaban aparcados en ambos arcones de Gibbet Lane y las calles aledañas.

Mis padres fueron hasta el final de nuestra entrada para ver pasar a los manifestantes de camino al punto de encuentro en Mangold Parva. Mi padre pudo dar rienda suelta a sus prejuicios contra los «alternativos» mientras todo tipo de inconformistas pasaban a su lado.

Mi madre estaba más feliz de lo que la había visto en años. No paraba de decir: «¡Por fin algo está pasando en Mangold Parva!»

Pasó un coche de policía, luego una ambulancia con su sirena aullando.

«¡Vaya!», exclamó mi padre, con los ojos brillantes. «¡Problemas!»

Mi madre llamó a Wendy Wellbeck para averiguar qué había pasado. Parecía que alguien de la Liga para la Protección del Tejón había increpado a un activista de Acción contra la Pobreza Infantil, diciéndole que no estaba legitimado para estar allí. Un obrero socialista echó leña al fuego afirmando que los tejones estaban plagados de tuberculosis y no merecían su lugar en el campo. Un agente de policía intervino y les imputó a ambos un delito previsto en la Sección Cinco [un delito menor]. La ambulancia era para un hombre de Concienciación sobre los Tigres que había caído en una zanja llena de ortigas.

Empecé a arrepentirme de haber sugerido una procesión con antorchas. Al llegar a la plaza, me asombró la multitud de gente que me esperaba. Bernard llevaba dos antorchas encendidas. Me dio una y nos pusimos en marcha. Los Trabajadores Socialistas coreaban: «¡Fuera el capitalismo! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!». Otros grupos intentaron encontrar una rima con «parque safari», pero no lo consiguieron. Muchos de los manifestantes mayores cantaban «Nacidos libres». Recogimos a mi madre y a mi padre al pasar por el final de nuestro camino de entrada. A medida que nos acercábamos a Fairfax Hall, empecé a lamentar todo aquello y a pensar que sería bastante agradable tener un parque safari cerca. Bernard me dijo que el estiércol de los animales sería un excelente fertilizante para las rosas que pensaba cultivar, y que ¿acaso no se beneficiaría el pueblo de los empleos que el parque safari generaría? Me sentí aliviado al ver un coche de policía aparcado cerca de la entrada. Un policía de tráfico salió del auto y se dirigió a la multitud.

«Señoras y señores», gritó. «Como saben, este sigue siendo un país libre, y como ciudadanos, tienen derecho a manifestarse pacíficamente, siempre y cuando informen a la policía de sus intenciones. Sin embargo, debo decirles que no se dio tal aviso, por lo que les ordeno que den la vuelta y regresen pacíficamente a sus autos y abandonen la zona».

Estaba a punto de darme la vuelta cuando Tony Wellbeck se abrió paso entre la multitud y pronunció un discurso apasionado pero ilógico sobre cómo se podía encontrar dinero para los parques safari, mientras que su oficina de correos, que había prestado un buen servicio a la zona durante setenta años, se veía obligada a cerrar.

Le dije a Bernard que quería regresar.

Dijo: «No me arruines la diversión, colega, estoy deseando darle a ese robaesposas Hugo Fairfax-Lycett el susto de su vida privilegiada. Los de su calaña viven aterrorizados por la turba». Se acercó al policía, lo saludó y dijo: «El coronel Bernard Hopkins se jubiló aquí, señor. Le doy mi palabra como oficial y caballero de que lideraré a esta gente en una protesta pacífica».

El policía dijo que terminaba su turno en cinco minutos y volvió a subir a su coche. La turba cruzó las puertas y comenzó a marchar por el camino de entrada hacia Fairfax Hall.

Sonó mi teléfono y Daisy dijo: «Adrian, no sé qué hacer. Hay una multitud de gente bajando por el camino de entrada. Llevan antorchas encendidas y parecen enfadados».

Le dije: «Daisy, estoy aquí con ellos».

Ella dijo: «Bueno, diles que regresen. Estoy aquí sola con Gracie. Hugo está por ahí en su quad, de hecho, estoy preocupada por él. No contesta el teléfono».

Diario, todo terminó en confusión, farsa barata y tragedia. Después de algunos discursos de fervientes activistas por los derechos de los animales, que protestaron contra el cautiverio de animales salvajes, la multitud se dispersó y la mayoría comenzó a regresar al pueblo. A las nueve y media, cuando Fairfax-Lycett aún no había sido contactado, Bernard, Tony Wellbeck y algunos vecinos salieron a buscarlo por los terrenos aledaños. Mi madre, mi padre, Wendy Wellbeck y yo entramos al vestíbulo y nos sentamos en la habitación que Daisy llamaba «el rincón». Era una habitación confortable con muchos muebles antiguos de madera marrón y sofás modernos.

Daisy dijo: «Me da agorafobia el resto de la casa. No estoy acostumbrada a espacios tan grandes».

Mi madre respondió: «Es lo que pasa cuando vives en una pocilga».

No me acostumbro a la nueva Daisy. Todavía me parece extraño que una mujer use un traje de tweed de dos piezas en interiores.

A las diez y media, Tony Wellbeck llamó para decir que habían encontrado a Fairfax-Lycett debajo de su quad. Estaba vivo pero inconsciente. Me dolió ver la evidente angustia de Daisy.

Antes de subir a la ambulancia, dijo: «Podría tener daño cerebral».

Le pregunté: «¿Cómo podrían saberlo?».

Martes 29 de abril

El pueblo está lleno de basura hasta los tobillos. La Sra. Lewis-Masters ha organizado una jornada de limpieza. Fairfax-Lycett recuperó la consciencia una hora después de llegar al hospital anoche. Cuando los médicos le hicieron pruebas cognitivas preguntándole el año, el nombre del primer ministro y su fecha de nacimiento, respondió 1972, la señora Thatcher y 1066, así que lo mantienen en observación.

Daisy no está nada contenta con él. Cuando le preguntó cómo había ocurrido el accidente, dijo que estaba huyendo de la multitud. Ella vino a Las Pocilgas para dejarme a Gracie y así poder pasar más tiempo en el hospital.

Le dije: «Daisy, si tiene que responder correctamente a unas cuantas preguntas de cultura general, puede que nunca salga de aquí. Es tan corto».

Ella respondió: «No me importa que sea corto. A los cortos es más fácil controlarlos».

Por la tarde, Gracie quiso volver a chapotear en el arroyo, así que llevamos unos sándwiches, un paquete de galletas Jaffa Cakes y un termo de té e hicimos un picnic. Le indiqué que el árbol que se mecía sobre el arroyo se llamaba sauce llorón. Quería saber el nombre de los otros árboles cercanos, y me alegré mucho de poder decírselo.

Mi madre bajó a unirse a nosotros, pero se fue a los pocos minutos diciendo que no soportaba los mosquitos. Al cabo de quince minutos, regresó. Se sentó en el tronco del árbol y encendió un cigarrillo.

Cuando protesté, dijo: «Estoy fumando por *ti*, Adrian. No quiero que los mosquitos piquen tu cabeza calva». Sacó una postal del bolsillo de su chaqueta vaquera y dijo: «Me alegro de haberla encontrado antes de que la viera tu padre».

En el frontal había una fotografía melancólica de una antigua cervecería en Burton-on-Trent. En la parte de atrás, Rosie había escrito:

Querida mamá:

Solo quería contarte que papá y yo estamos bien. Tenemos mucho en común, ¡no solo el parecido físico! Te mando mi amor y por favor dales mis recuerdos a George y Adrian.

Con cariño,
Rosie (Lucas)

Gracie jugaba feliz con ramitas, piedras y otros objetos que encontraba a la orilla del arroyo.

Mi madre dijo: «Podrías convertir el arroyo en una bonita fuente si lo limpiaras y plantaras algunos arbustos coloridos en sus orillas».

Yo respondí: «Se queda exactamente como está».

Miércoles 30 de abril

La Sra. Lewis-Masters vino hoy a tomar el té. Seguí la receta de Delia Smith e hice bollos de queso y de frutas.

Ya no usa andador. Cuando la felicité por esto, dijo: «Cuento con el apoyo de Bernard».

Le dije que yo también estaba agradecida por el apoyo de Bernard.

Me espetó: «No hablo *en general*. Bernard me sujeta literalmente cuando camino a cualquier parte».

Le dije que lo lamentaría mucho cuando Bernard se fuera de la pocilga.

La Sra. Lewis-Masters dijo que esperaba un “periodo de adaptación difícil” cuando Bernard se mudara con ella.

Bernard dijo: «Tengo algunas sucios hábitos, colega, como ponerme los calzoncillos del revés en días alternos».

La Sra. Lewis-Masters dijo: «Me importa un bledo la higiene personal. Viví con la gente del desierto, solo se bañaban dos veces al año, en arena».

Después del té, salimos a caminar para que pudiera mostrarle el terreno. Cuando paramos a descansar junto al arroyo, me dijo que me prestaría a su jardinero y su motocultor por un par de días.

Antes de irse a llevar a la Sra. Lewis-Masters a casa, Bernard me preguntó si estaría al día siguiente. Le dije que, aparte de la terapia, siempre estaba disponible.

Pandora llamó a la una de la madrugada para desearme buenas noches. No le dije que llevaba en la cama desde las nueve y media.

Me dijo: «He estado pensando mucho en ti recientemente. ¿Piensas tú en mí?».

Le dije que había estado pensando en ella desde que tenía trece años y tres cuartos. Lo que no le dije fue que mis pensamientos recientes habían sido casi exclusivamente sobre mi terreno y la mejor manera de cultivarlo.

Jueves 1 de mayo

¡UN GRAN DÍA!

Terapia cancelada.

Bernard me ha regalado cuatro gallinas, un gallinero y ¡un recinto a prueba de zorros!. Llegó todo esta mañana junto con dos hombres que lo montaron. Terminaron al mediodía.

Mi padre ha estado sentado en su silla de ruedas, mirando a través de la malla metálica y observando cada movimiento de las gallinas. Según él, las gallinas tienen personalidades muy distintas. «Esa es tímida, esa es una creída de mierda y la que está en el bebedero es corta de entendederas».

Viernes 2 de mayo

Fairfax-Lycett ya salió del hospital y se está recuperando en Fairfax Hall. Cuando dejé a Gracie, le pregunté a Daisy si había sufrido algún daño cerebral. «¿Cómo voy a saberlo?», se rió. «Lo rechazaron en *El Eslabón Más Débil*».

Le dije: «No sé cómo puedes vivir con semejante cabeza hueca».

«Es un poco corto», dijo, «pero no me importa. Tú o tenías la cabeza metida en un libro, o estabas escribiendo en ese maldito diario. ¡No estabas ahí, Adrian!»

Sábado 3 de mayo

Me desperté con una agradable sensación de anticipación. Me puse la bata y salí. Encontré a Bernard y a mi padre fumando, tomando té y observando a las gallinas. Les di agua limpia y comida; a las gallinas, obviamente, no a los viejos.

Le pregunté a mi padre si mi madre estaba OK.

Me dijo: «Está bien. Está trabajando en su libro de mierda».

Le dije: «Supongo que sabes que su libro es un cúmulo de mentiras, ¿verdad, papá?».

Bernard dijo: «Hablando de mentiras, muchacho, yo también he estado diciendo unas cuantas patrañas últimamente».

Le pregunté: «¿El coronel Bernard Hopkins, retirado?».

«No», dijo. «Es cierto, pero lo que no es kosher [correcto] es que soy soltero. Mi esposa está sana y fuerte y vive en Northamptonshire».

Le urgí a que le contara la verdad a la Sra. Lewis-Masters, con la esperanza de que ella rompiera el compromiso, lo que provocaría que Bernard se quedara y me ayudara con la tierra.

Domingo 4 de mayo

¡Otro regalo de Bernard! ¡Un cerdo y una pocilga! Vi el Land Rover y el remolque llegar lentamente por la entrada de casa y pensé que tal vez eran los arbolitos que había pedido por internet.

Cuando Bernard y yo salimos, oí un gruñido que venía del remolque. Al mirar dentro, un cerdito me miró. Diario, no soy sentimental, y nunca me han gustado especialmente los animales, pero no me avergüenza decir que fue amor a primera vista. Me encantó todo del cerdito: su expresión alegre, sus ojitos de cerdo, su piel rosada, su cola en espiral.

Bernard dijo: «Es un animal intrínsecamente cómico, viejo amigo. Pensé que te alegraría».

Tenía razón, así fue.

Lunes 5 de mayo

Día festivo

Me despertó el motocultor. Miré y vi que habían removido bastante tierra. El tipo que lo empujaba era un gigante con músculos como pequeñas colinas galesas. Se hace llamar «Dinero en Mano», o simplemente «Dinero».

Más tarde, nos ayudó a Bernard y a mí a construir un camino accesible para sillas de ruedas hasta la pocilga para que mi padre pueda alimentar al cerdo, al que, tras mucha deliberación, llamamos Rupert.

Mi madre está teniendo muchos problemas para terminar su libro. Dijo que en Libros Melancólicos S.L. están decepcionados de que no haya mendigado en las calles ni tenga una adicción a la heroína.

Mientras veíamos a Rupert revolcarse en el barro, dijo: «Me volví un poco dependiente del Nurofen en los ochenta, pero no ingresé en El Convento».

Le dije sarcásticamente: «Es una pena que papá no te haya pegado y te haya mantenido encadenada al fregadero de la cocina».

Mi madre suspiró y dijo: «Ni siquiera unas cuantas bofetadas, me tiene miedo». Luego me miró y dijo: «¡Aidy, te está volviendo a crecer el pelo! ¡lo veo al sol!».

Bernard gritó que Glenn estaba hablando por teléfono desde Afganistán. Corrí a casa.

Glenn dijo: «Papá, ha ocurrido algo maravilloso. Finley-Rose va a tener un bebé. Serás abuelo».

Diario, lo primero que pensé fue que era imposible que fuera abuelo, solo tengo cuarenta años. Lo segundo que pensé fue que quería vivir lo suficiente para ver crecer a ese niño. Había mucho que quería enseñarle.

Felicité a Glenn y le pasé el teléfono a mi madre, que había estado merodeando cerca. Estaba radiante de alegría ante la perspectiva de ser bisabuela. «Y todavía tengo mis piernas», dijo después de colgar.

Fui al arroyo y recé una oración laica por mi hijo, pidiéndole a quienquiera que estuviera a cargo del universo que protegiera a Glenn de las bombas en la carretera, los francotiradores, los misiles y el fuego amigo. Seguía allí, sentado bajo el sauce que se mecía, cuando el Audi de Pandora aceleró, saltando sobre los baches, y se detuvo frente a la casa.

Me levanté y comencé a caminar hacia ella.

APÉNDICE

MANGOLD PARVA, LEICESTER

Un domingo de abril de 2011

Una noche de sueño intranquilo. Tuve una pesadilla recurrente en la que Kate Middleton se casaba con Ed Miliband y el príncipe William con Justine. Yo estaba a cargo de los preparativos, así que una multitud de monárquicos enfurecidos me expulsaron de Inglaterra y me refugiaron en los protectores brazos del coronel Gadafi.

Me desperté no con el dulce canto de los pájaros ni con los gruñidos de mi cerdo fuera de mi ventana, sino con los gritos y palabrotas de mis padres, que me resultaban profundamente perturbadores. Me puse la bata de mi ex-mujer (a la que le había quitado la mayoría de los lazos y cintas) y me apresuré a ir a su parte de la pocilga convertida.

Mis padres nunca cierran la puerta con llave, convencidos de que si dejan Radio 4 encendida todo el día a todo volumen, bastará para disuadir a los ladrones, que huirán en su coche si oyen programas como *You and Yours* [Tú y los tuyos], *Desert Island Discs* [Discos para una Isla Desierta] o *The Archers* [Los Arqueros].

Empujé la puerta principal y encontré a mis padres en el suelo, en pijama, y la silla de ruedas de mi padre boca abajo, con las ruedas aún girando. Parecía la primera escena de un misterio de *Midsomer Murders* [Los asesinatos de Midsomer].

«Tu madre quiere matarme», dijo mi padre.

Mi madre gritó: «Solo dije...»

Querido diario, ¿cuántas veces esas cuatro palabritas han precedido a un desastre o un divorcio?:

1. La esposa de Walt Disney: «Solo dije que las orejas del ratón son demasiado grandes».
2. Eva Braun: «Solo dije... ¿vamos a Bélgica este año?».
3. La esposa del arquitecto: «Solo dije... ¿no se tambalea ese puente?».

Después de volver a sentar a mi padre en su silla de ruedas, encendió uno de sus sucios cigarrillos y gimió: «Tu madre me ha reservado una habitación en Dignitas, hijo. Me acaba de decir que tengo que ir a Suiza. Sé que soy una carga, pero no estoy listo para morir. Todavía no he alcanzado mi máximo potencial».

Mi madre encendió un cigarrillo (ninguno de mis padres puede hablar sin uno) y dijo: «Es un viejo loco senil».

Le dio el mando a distancia de la tele y lo empujó hacia el salón. Mi madre susurró a viva voz: «La Asociación de Salsa en Silla de Ruedas ha organizado un viaje para evitar la boda real a Zúrich y ya he apuntado nuestros nombres. ¿Por qué tu padre siempre piensa que quiero que se muera?».

Eché un vistazo a la cocina: había un enchufe roto con un cable deshilachado a la altura de la silla de ruedas junto a la puerta y un enorme bote de paracetamol al lado de la tetera, que puse fuera del alcance de mi padre.

Mi madre me preguntó qué hacía en el día festivo de la boda real. Le conté sobre la excursión del Grupo de Supervivientes de Cáncer de Próstata para recorrer las alcantarillas victorianas que pasan por debajo del centro de Leicester. Se supone que son una de las maravillas de los Midlands Orientales y solo abren un día al año para los residentes de Leicester.

Le dije a mi madre: «Cuando esté en la alcantarilla, quizás aproveche para preguntarle a nuestro guía sobre mi factura del agua, que me resulta incomprensible. ¿Les debo dinero o me lo deben ellos a mí?».

Lunes

Recogí a Gracie del colegio. Me dijo que estaba emocionada. Le pregunté cuánto.

Me respondió: «¡150%, papá!».

¡Dios mío! La influencia de Jeremy Kyle y Simon Cowell se ha extendido por todo el colegio Mangold Parva.

Le informé a Gracie que «por ciento» significa 100. Por lo tanto, es imposible tener un 150%. Me miró con lo que parecía lástima.

La niña estaba emocionada porque la directora, la Sra. Bull, había anunciado en la asamblea los planes del colegio para celebrar la boda real. A cada niño se le dará un guante de cocina de recuerdo y la clase de Gracie cantará «Rehab» de Amy Winehouse.

Martes

El presidente del consejo parroquial, Arnold Bush, me pidió que escribiera, dirigiera, produjera, comercializara, financiara y promocionara una pequeña obra de teatro sobre la boda real. Como ya no quedan edificios públicos en el pueblo, nos reunimos en mi casa.

Me dijo: «La obra tiene que estrenarse antes del 29, ojo. Porque me llevo a mi mujer a Skegness por su salud, he alquilado una caravana sin televisión». Miró a su alrededor y dijo: «Me acuerdo de cuando esto era una pocilga; me gustaba más entonces».

Después de que se marchara, llamé a mi ex-mujer, Daisy, y le pregunté si podía usar el salón de baile de la mansión de su nuevo marido para los ensayos.

Ella dijo: «Alquilar nuestro salón de baile cuesta 3.000 libras al día».

Le dije: «¿No puedes hacerlo como un favor?».

Ella respondió: «Las ex-esposas no hacen favores».

Le dije: «Antaño, podía alquilar el salón del pueblo por 3 libras y una botella de Dettol. Y usar el samovar costaba solo 50 peniques».

«¡Samovar!», exclamó con desdén. «¿Quién te crees que eres, el conde Tolstói? La gente normal lo llama urna».

Le dije: «Nuestra hija interpretará a Kate Middleton en la obra que estoy escribiendo sobre la boda real».

Daisy dijo: «Pero si odias a la familia real. Dijiste que eran parásitos que se enquistaban en la carne de los ciudadanos que sufren».

Le dije secamente: «Eso fue antes de conocer a la princesa Ana cuando visitó el nuevo Waitrose [cadena de supermercados]».

Daisy preguntó: «¿Qué te dijo?».

Me daba reparo contárselo a Daisy, pero le dije: «Me preguntó cuánto tiempo llevaba esperando y le dije que no mucho. Pero debes prometerme que no divulgarás a los medios lo que fue una conversación privada».

Daisy dijo: «Ya lo he olvidado». Se rió y colgó el teléfono.

5 a.m.

Escribí la obra corta durante la noche. Es realmente buena. La he titulado *Mucho ruido y pocas nueces*, ¿o ya se ha usado ese título? Me suena familiar.

7 a.m.

¡Acabo de recordar que *Mucho ruido y pocas nueces* la escribió Samuel Johnson! He retitulado la obra corta: *Bésame, Kate* [famoso musical de 1948].

17 de abril de 2011

CÓMO ESCRIBIR UN ÉXITO DE VENTAS

Adrian Mole recomienda libros para aspirantes a escritores

Adrian Mole, el mejor autor inédito de Leicester, ofrece consejos a los aspirantes a escritores

He llegado, aunque a regañadientes, a la conclusión de que mis posibilidades de convertirme en escritor a tiempo completo son tan altas como las de un ciempiés amputado ganando la carrera de ciempiés en las Olimpiadas de Insectos.

¿Por qué? No lo sé. Mis símiles son soberbios, mis metáforas meteóricas, y tengo una sintaxis que Dickens envidiaría. Así que, obviamente, la culpa no es mía (mis amigos de Leicester me elogian sin cesar).

Cuando dejé que Pandora leyera mi último manuscrito —«Un intelectual en el ring de boxeo»— me dijo: «Te envío un paquete, espéralo a toda costa si alguna vez quieres publicar». El paquete llegó hoy. Contenía cinco libros: *Cómo escribir una novela*, de John Braine; *Cómo escribir un bestseller*, de Arthur Zulu; *Cómo escribir un bestseller en cuarenta días o menos: Guía de un agente literario para escribir una novela*, de Barbara Debolt; *Cómo NO escribir una novela: 200 errores que debes evitar a toda costa si alguna vez quieres publicar*, de Howard Mittelmark y Sarah Newman. *Escribir una novela y publicar para principiantes*, de George Green y Lizzy Kremer, estaba colocado en la parte superior.

Dentro había una nota de felicitación. En ella había garabateado:

«No me envíes otro de esos que, ridículamente, llamas "manuscritos", hasta que hayas devorado, digerido y excretado hasta la última coma de estos libros.

P.D: Aunque he oído que Sue Townsend, o como tú la llamas, "La mujer que arruinó mi vida", jamás ha leído ninguno de ellos».

23 de enero de 2012

